

Así en el cielo

© salvador moreno valencia



Ediciones alvaeno



Ediciones alvaeno©

Título: Así en el cielo © 2005

D.R. © del texto: salvador moreno valencia 2008

D.R. © de la ilustración de portada: Eduardo Juan Gallego©

D.R. © de esta edición: Ediciones alvaeno

ISBN: 978-84-613-2096-7

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.

Así en el cielo

Sobre el color ocre de la pared, a la que le daba la espalda, se reflejaba la sombra de su exuberante melena. En aquella apariencia su cabello se agitaba como soplado por un vendaval, pero no era este fenómeno el que producía tal efecto en aquellas tinieblas, era el producido por el ventilador que soplaba directamente sobre su rostro en una mañana de agobiante calor.

Sobre la pared se reflejaban, a su vez, los rayos que desprendían sus bucles dorados iluminados por el sol que encendía toda la sala como un enorme foco de potencia grandiosa. Como si el mismo astro rey naciese en aquella oficina.

La melena, larga y rubia, ondeaba al viento procedente del ventilador que ponía sonido aéreo al lugar de trabajo del sheriff, propietario, éste, de aquella pelambre casi amarilla. En su rostro aniñado (efecto producido por la larga cabellera que en otros tiempos, algo remotos, o no tanto, alguna tribu de indios, de los que poblaron, una vez con total libertad, aquel vasto país, hubiera estado orgullosa de haber contado con tal insigne pieza entre sus tesoros), había una triste expresión como si desde su más tierna infancia le viniera a visitar el fantasma de algún capricho nunca alcanzado. Eran sus ojos pequeños, de color marrón, como dos rajadas en una tela de lona. Tenía como ya he dicho los ojos tan pequeños que de no ser por el resto de sus rasgos, característicos estos de una ascendencia nórdica, podríamos decir que alguno de sus antepasados habría sido oriental: quizá un mongol o un chino o un japonés. Y los cristalinos pequeños adornaban unas mejillas sonrosadas y redondas. Su boca era algo así como dos líneas paralelas con la diferencia de su fin, que en los labios acababa con sendos hoyuelos, a diestro y siniestro, y bajo las mejillas rechonchas. Y luego la barbilla casi perdida como ausente o como absorbida por una timidez innata, rasgo indiscutible del carácter de aquel hombre. Pero sólo su barbilla era tímida porque aquel sheriff era todo lo contrario, él era el antagonista de aquella barbilla timorata. Y como colofón final para dar a aquella cara un carácter un tanto divertido estaba su nariz. Una prominencia que se adelantaba a los acontecimientos, sobre todo los recibidos por las papilas olfativas. Así, aquel sheriff, podía oler un caso mucho antes de llegar a la escena del crimen o identificar a los malhechores a

varias manzanas desde donde él se encontrara. Sí, era una peculiar semejanza del pico de un águila, se diría de ésta que era aguileña pero no era en su totalidad así porque tenía rasgos de otro tipo de nariz por lo que, incluso, se podría decir que la nariz del portador de aquella larga y rubia cabellera, motivo de deseo de los indios aborígenes de la tierra en que olfateaba aquella napia, era mezcla de nariz remachada y aguileña. El caso es que aquella prominencia podía darse de narices, asomar a algún lugar y como ya he dicho olfatear a distancia a los irreverentes malhechores.

Pero aquella mañana en la que la sombra de su pelo ondeaba sobre la pared color ocre viejo, su eficaz protuberancia mitad águila, mitad remachada no pudo oler lo que se le avecinaba, debido a un pequeño constipado que todas las primaveras aparecía enajenando a aquella virtuosidad de lo que en ella era lo más valorado, el olfato.

Frente a él acababa de hacer acto de presencia una particular pareja; se diría como en aquella canción rancia y antigua que se cantaba en los colegios durante los recreos cuando llovía; *“el patio de mi casa es particular cuando llueve se moja como los demás”*, no sé qué podían encerrar aquellas canciones tras sus absurdos estribillos, quizá no nos decían otra cosa que la de que cada uno de nosotros no éramos nada particulares y sin embargo todos éramos iguales. ¿Eran aquellas canciones cantos, soslayados, a la libertad que por aquel entonces no se tenía? Aunque si hemos de ser sinceros no creo que en los tiempos que corren exista libertad alguna. Esos son otros *lópez*, ahora vamos a la historia en concreto. Siempre he pecado de ser un divagador nato. Pero esto no viene a cuento.

Estaba en lo de la pareja tan particular, por su extravagancia, cosa esta que al sheriff no le sorprendía en absoluto, él estaba más que acostumbrado a enfrentarse con las extravagancias de cientos de personajes incluyendo la suya, no iba a sentirse intimidado por la presencia de aquellos dos. Uno tan grande como él, y tan lacio, y además había un rasgo muy parecido en ambos, aquella resuelta nariz que olisqueaba a distancia. El otro en su mediana estatura, y con el mismo rasgo en común, así que en aquel despacho, donde el sheriff estaba aquella mañana limándose las uñas, donde ondeaba al viento aquella melena rubia, se reunieron tres narices que podían

dejar sin aromas un vergel donde las rosas prevalecieron sobre los jazmines, o las damas de noche.

Allí estaban las tres insignias olfateándose mientras que en el pecho del agente de la ley brillaba otra como una reluciente estrella sobre su corazón, que latía orgulloso de soportar el peso de aquel astro que anunciaba el grado, además del nombre, por el que se debían dirigir a aquella melena de oro: Sheriff Cesáreo Márquez Douglas.

Tras el enfrentamiento de las narices que se batieron en duelo aspirando todos los rincones del lugar y de los presentes en él, hubo un silencio escrutador. Se cruzaron miradas, los ojos con rasgos orientales se envilecieron mirando en los ojos de los dos personajes. Los ojos de estos también se enfrascaron retadores ante la estrella; la melena amarilla había dejado de ondear en las sombras de la pared porque el astro rey había abandonado la estancia a la que minutos antes había otorgado el privilegio de su presencia.

Las sombras se disparaban, ahora, sobre un suelo de madera donde se mezclaron con el aroma de pino del que habían sido sacadas las tablas que conformaban, a modo de rompecabezas (un simple puzzle para niños de tres años), el suelo del despacho de Cesáreo.

- Qué es lo que se les ofrece- carraspeó el poseedor de la estrella con un tono, evidentemente, de prepotencia sobre los intrusos.

-Nos ha traído ante usted, magnífica cabellera, porte y admiración de la población donde aplica la ley con total magnanimidad para satisfacción de los contribuyentes, la necesidad de solicitar de su excelencia una autorización muy, o eso es lo que creemos, singular por no decir algo extravagante o *extravagaria*, que no tiene nada que ver con aquel libro que escribiera Pablo Neruda- respondió uno de los dos personajes, en este caso el femenino de aquella pareja, una mujer ya anciana.

- Me sorprende su erudición- exclamó el sheriff sin tener ni idea de lo que le estaba hablando aquella mujer que por sus rasgos a él se le hacía familiar.

- No es grande la sabiduría que me otorgan sus labios lineales, yo no he tenido la ocasión que otros, que probablemente por sus condiciones sociales, quiero decir por su escalafón en la sociedad, un

tanto elevado económicamente, han podido tener, por eso de estar más a su alcance, una educación y cultura sobradamente más rica que la que yo poseo, y con ello tener más cerca la sabiduría. Pero no es ese el motivo que nos ha traído ante usted a mi nieto y a mí. Es un tema no muy alejado de la sofisticación de algunos elementos sociales o culturales, nada desconocido en la historia. De hecho es un método que usaron los antiguos para perpetuar la existencia, una forma de inmortalización del cuerpo físico.

- Vaya qué sorprendente mañana me espera, cuando ya la creía tan rutinaria como de costumbre- dijo atusándose la melena dorada el sheriff.

- Cree que ésta mañana no va a ser como cualquiera- dijo el personaje masculino de aquella pareja.

- Vaya que no, muchacho, y ustedes son la razón que sin duda me hará divertirme hoy.

Ante todo (no será la excusa que tengo para meter mi nariz achatada y pequeña en lo que no me llaman), he de presentarme si quiero que se me reconozca como el narrador de ésta peculiar historia que tuve la suerte, en parte, de conocer y vivir en propia carne, nunca mejor dicho hasta que ésta, la carne, fue a parar al lugar al que todas la carnes, de este mundo (matadero) irán a parar más tarde o más temprano.

Podría encabezar cada página con una alusión a algún paisaje como por ejemplo:

En la calle, a lo lejos, cruza un perro, por su apariencia dubitativa podemos afirmar que es un perro callejero; un vagabundo se acerca a la puerta de la iglesia, la única que hay en el pueblo, los feligreses se dirigen a su encuentro con dios. Las calles quedan desiertas. El coche de la patrulla de policía se dirige, también, a la iglesia. De él bajan dos agentes, uno joven o al menos más joven que el otro que sin ser un anciano ya se averiguan en sus rasgos los efectos del paso del tiempo. Cae la tarde y el sol deja su rastro anaranjado sobre los alfeizares de las ventanas de las casas que se asoman, unas frente a las otras, a la única calle que atraviesa el pueblo.

Esto quedaría posiblemente muy lírico pero yo no soy del todo partidario de estas estrafalarias formas. Así que voy a ir al grano, como ya he dicho varias líneas antes. Vayamos al concreto pues: mi nombre (aunque no sea trascendente en otras circunstancias, lo es en ésta desde el momento en que pasa a ser una parte activa de las mismas; la relevancia de mi nombre y apellidos está marcada desde el preciso momento en que pertenezco a la historia que a continuación van ustedes, lectores, si tienen paciencia con mis divagaciones, a leer), es Leopoldo Alas Clarín, he de aclarar que no tengo alas ni toco clarín alguno, y, que yo sepa, no tengo parentesco alguno con aquel escritor español, del que no he leído ni una letra y del que tampoco tengo la certeza de que exista; a lo mejor este nombre es sólo el seudónimo que utilizaba algún escritor o escritora; si antes de acabar el relato lo averiguo prometo decirlo para conocimiento de los lectores, que espero, sepan quién utilizaba ese peculiar nombre, perdonen mi ignorancia.

Hecha la presentación paso a lo que me ha traído a estas páginas. Tengo que decir que voy hacer el intento de narrar lo más

fidedignamente los hechos acontecidos hasta el momento en que este relato pase el relevo a otra manos, quizá más dignas de escribir esta historia descabellada.

Era tarde avanzada y la gente del pueblo salió de la iglesia y como cada día se dirigió al lugar correspondiente; las mujeres a sus respectivos hogares, los hombres a la tienda cantina que había en aquella pequeña aldea de menos de doscientas personas. El sol hizo su último guiño y dejó paso a la media oscuridad del ocaso.

Una vez por semana aquella gente se reunía, tras celebrar los actos sacramentales, en la casa del pueblo, que no era otra que la misma que ejercía de comisaría donde Cesáreo representaba la máxima autoridad como fiel servidor de la ley vigilando ésta para que se respetara y ejecutara, y para castigar a aquel que osara incumplirla. No era muy común que aquella gente cometiera delito alguno. Allí todos eran conocidos, cuando no familiares y gente muy respetable y dada a presumir de honestidad y humildad y sobre todo, a hacer alarde de ser seguidores natos de las enseñanzas de dios a las que ellos accedían por medio de las sagradas escrituras y sus visitas diarias a la iglesia y también gracias a los sermones del párroco.

Cesáreo Márquez Douglas llevaba con orgullo su nombre y por supuesto su primer apellido, por ser éste el que le correspondía por parte paterna. Su padre había muerto llevando una vida como la que él tenía en aquellos momentos. Podríamos decir que Roldán Márquez Da Silva murió con el orgullo de haber entregado su vida a su patria. Hay que aclarar aquí que él consideró como su país y patria el lugar al que llegó tras hacer una infernal travesía en la que se jugó la vida y por la que, al fin, alcanzaba el sueño de muchos hombres y mujeres de llegar al paraíso, que para ellos estaba tras las fronteras de México con aquel extenso país llamado Estados Unidos.

Tenía doce años aquel brasileño cuando decidió aventurarse en pos de aquel ideal de buena vida. Dejó a toda su familia, tras su marcha, a la que no volvería a ver en el resto de sus días. Se hizo a sí mismo. Creó, o al menos intentó crear una familia pero le salió la cosa mal.

Ya me he vuelto a ir por las ramas. No es en esta historia donde tiene relevancia la vida de Roldán; esto no es del todo cierto, porque sin su existencia tampoco tendría un lugar importante Cesáreo; sin

embargo la pareja compuesta por abuela y nieto habría existido y con ello ya era una certeza su determinación por llegar a conseguir su propósito. Estuviera Cesáreo o Roldán o cualquier mequetrefe en el puesto que debía autorizar su cometido.

Allí estaban aquellos dos personajes. Parecían dos pajaritos, quizá él si se asemejaba a un indefenso pajarito, ella sin embargo, a simple vista, no parecía, ni se adaptaba su perfil, con pájaro alguno. No estoy seguro.

Lo que sí he de decir que él, incluso asemejándose a un desdichado pajarito, era a simple vista un atleta. Su constitución fornida como la de un buey, más por su evidente mansedumbre, realmente era un buey y viceversa, pájaro. El caso es que parecía ser pájaro y buey a la vez, una extraña paradoja, aunque ya he dicho que en estos personajes todo parecía un tanto extraño y no vamos a sorprendernos de las paradojas de la vida. ¿O sí...? Quizá nos sorprenda el propósito que los había llevado a estar allí frente a aquella melena dorada.

Recordaba el chico a los reportajes de animales donde unas idílicas imágenes mostraban una extensa pradera; lejano el horizonte hecho de montañas, o de agua, a la mitad de distancia entre el inicio del infinito horizonte, y el lugar, donde imaginamos que se sitúa la cámara, podemos ver: ¡un momento esto es un campo de arroz de Vietnam!; un buey con su pajarito desparasitándolo sin pausa y sin prisa pero con un ritmo constante. Así era el chico que el sheriff tenía ante sus ojos marrones, puñaladas de capote.

Ella era, por describirla con detalles más cercanos, algo parecido a una agachadiza (al fin encontré el parecido y es que a veces basta con estrujarse el cerebro o con mantenerlo en una buena gimnástica), pájaro éste que habita en los inviernos el sur de Europa y se dedica a dar saltitos entre los terruños buscando gusanos despistados que llevarse al estómago. Esta como su nombre indica es agachadiza y da saltitos, como ya he dicho en línea anterior, como si diera pasos cortos, pasos largos es otro pájaro, del que algún día nos ocuparemos.

La mujer que allí se encontraba frente a Cesáreo era pequeña en comparación con la envergadura de los dos hombres, el que ella tenía a su lado izquierdo, y el que tenía frente luciendo aquella

estrella brillante que rivalizaba con el brillo de los dorados bucles en una lucha sin par por brillar más que los largos y finos, y bien cuidados cabellos que hacían movimientos sinuosos con el movimiento pausado del cuerpo que tenían el honor de presidir. Había en ellos, en los tres personajes, un rasgo similar, sus narices; y los chispeantes ojos.

Abundia y Aéreo, abuela y nieto estaban allí delante de aquella mesa tras la cual lucía larga y rubia la cabellera del sheriff. Eso fue cinco minutos después de que yo pudiera verlos llegar en una destartada camioneta, posiblemente marca Ford, de color anaranjado óxido.

Me encontraba aquella mañana por allí, entre otras cosas porque tenía una cita con uno de mis clientes. Ha decir verdad era el único cliente que tenía en mucho tiempo. Y además frente a la comisaría existía un lugar donde yo podía permitirme tomar un desayuno digno, bueno, era el único lugar que había por el momento, el mismo que servía de reunión, para los hombres, tras el oficio vespertino.

La ventaja de ser un divagador nato es que uno posee una imaginación desmesurada, tanto que a veces se miente, más bien diría se inventa sin coherencia pero con propia improvisación y en otras ocasiones se pierde el sentido de la realidad y no se sabe dónde ocurrió esto o aquello.

Mi único cliente era un hombre bajito de ojos acaramelados, lucía, sobre la comisura de su labio superior, un triste bigote que hacía compañía a su no menos triste sonrisa y a su melancólica mirada, que a mí se me antojaba como la de una de esas vacas que lo miran a uno cuando pasa cerca de ellas en el prado, donde pastan absortas al mundo que las rodea; sí; esa era la mirada de mi queridísimo y único cliente, el que me habría de sacar de aquella mala racha que duraba casi seis meses. Que cómo sobrevivía, muy fácil; iba dejando un rastro de ronchas por todos los lugares donde se me conocía que no eran, precisamente, muchos, pero sí, los suficientes para ir tirando; así y con un par de chapuzas me las iba arreglando y sobre todo con la inestimable ayuda de mi querida secretaria, que debido a su gran corazón, lleno éste, además de sangre y músculos, de una gran bondad, por la que ella sacaba de su otro trabajo algo de ayuda,

convencida de que pronto mi empresa de detectives iba a ir hacia adelante.

Vuelvo a divagar y eso es algo que me afecta como una enfermedad crónica. Estaba diciendo que cinco minutos antes de que abuela y nieto se encontraran frente al sheriff yo pude verlos llegar en su ruínosa chatarra con ruedas, ya que me encontraba sentado junto a uno de los ventanales de aquel café, tienda, único en el pueblo.

Pronto mi atención fue atraída por la llegada del hombre que parecía el trío de las tristezas por su lánguida mirada, por su mueca en los labios que no llegaba a ser sonrisa, pero tampoco asco, como esos pucheros que los niños hacen cuando se debaten entre el retortijón de barriga que les molesta y la alegría que les produce el desprenderse de ellos con un aireado pedo.

Así era mi cliente, pequeño y triste, pero a ratos alegre, tenía repentinos cambios de humor, él me confesó, que eran debido a que se acordaba de su linda mujer y de cómo la conoció y eso le colmaba de alegría. Y como había algo que no me aclaraba su otro estado de ánimo, no pude evitar hacer la pregunta.

-Y cuál es el motivo por el que se entristece- el pequeño hombrecillo se enrojeció y vi la cólera en su chispeantes ojos color pardo; me respondió sin titubear con un tono de odio en sus palabras, si no era odio era un sentimiento similar, quizá resentimiento.

-Acaso cree que estaría aquí hablando con usted perdiendo mi preciado tiempo y pidiéndole que dedique el suyo y su profesionalidad a ayudarme si no fuera por esa tristeza.

-Bueno no se altere- le dije yo sin más, no obstante no podía perder a aquel que de momento era mi único cliente, como ya he dicho.

Y no es del todo seguro que él, Licinio como me dijo que se llamaba, se dejara su dinero en mis servicios si yo andaba con bromas al respecto. Porque en realidad si no hubiera sido por lo que me afectaba, me hubiera reído en sus narices por cabrito. Claro que, una vez que acepté el trabajo, por supuesto él lo permitió al darme el cincuenta por ciento por adelantado, conocería a la que era protagonista y motivo de las dudas que traían a Licinio por la calle de

la amargura y digo que en eso tenía razón aquel tipo, no era para menos, yo en su lugar hubiera sufrido lo mismo.

He vuelto a las andadas. No puedo dejar de mencionar el efecto que me produjo el oír el nombre de Licinio. Fue un escalofrío intenso que me recorrió el espinazo, aquel nombre me trajo a la memoria otro y cómo no, la edad en la que tuve la desgracia de conocerlo, de oídas, menos mal, pero al fin y al cabo el mismo efecto de terror producía aquel hombre que llevaba el nombre de Licinio de la Fuente, ministro de trabajo del antiguo régimen de la dictadura del país del que tuve que salir poniendo pies en polvorosa, si en algo apreciaba mi vida.

No fui yo el único que lo hizo y no precisamente por determinación propia, no, sino motivado por el reguero de sangre que aquel dictador estaba dejando por todas las tierras de aquel país donde vine al mundo; a éste terrible e infumable desierto de seres humanos sumidos en la desgracia del anhelo y los deseos frustrados y del vivir cada día. Aunque hay algunos que pregonan teorías sobre la positividad y la esperanza, creo que un escritor premio Nóbel de literatura, evidentemente, dijo algo sobre la crueldad de los hombres. Dicen que los cambios y los viajes enriquecen al hombre, en eso estoy de acuerdo, pero lo hacen cuando es el hombre quien decide los mismos, no cuando se ve obligado a emprender un viaje sin retorno dejando a sus seres queridos, si los tiene, tras de su estela, también esta forma de viaje enriquece sobre todo en el sufrimiento. ¿Las necesidades diferencian a los viajeros?

El caso es que entre un Licinio y otro lo único que los asemejaba era el nombre que con toda seguridad no era, lo que se dice, realmente corriente. Porque a qué padre o madre se le puede ocurrir cargar, con la desgracia de llamarse Licinio u Olegario, a un hijo, por citar un ejemplo, quizá el portador al cabo de oírlo durante toda su existencia se acostumbra e incluso le parecerá un nombre bonito.

A mí me parece gracioso. También me recuerda a Plinio, el viejo, un divertido señor que murió por salvar a sus prójimos, aunque no es esta la hazaña que más se debería nombrar sino la de haber sido escritor, científico, historiador, político...

Estando yo dispuesto a entrar en acción como va el ciervo, en época de berrea, y se lanza encarecidamente de cuernos contra su

rival en la lucha desesperada por la realización del coito, y, con ello, perpetuar la especie; lucha encarnizada, encabritada... Ahí me encontré sin comerlo ni beberlo o sin cortarlo ni pincharlo, observando la escena que ya he contado algunas líneas más arriba o más atrás decida el lector el uso y abuso de la frase que va a decidir si era más atrás o más arriba, el caso que líneas antes he descrito la imagen; una vieja y destartalada camioneta, en la que prevalecía el color naranja sobre el óxido, se detenía frente a la cafetería a la que instantes antes acababa de entrar para disponerme a zamparme un par de donuts recién hechos (al microondas) y un espeso y humeante tazón de chocolate.

Sabiendo el resultado que la ingestión de aquel bárbaro desayuno me iba a deparar. Y el resultado, no era otro (como cada mañana desde que descubrí el antro en concreto), que salir corriendo hacia el excusado, wc, letrina, retrete, taza turca o más sofisticadamente el baño, aunque no tuviera la intención, de bañarme, precisamente, sino todo lo contrario. Por grotesco que parezca, me cagaba a chorros y ese ejercicio lo realizaba todas las mañanas como ya he dicho desde que encontré el tugurio. Algo de masoca tenía tal acción; pero qué placer es sentir el retortijón y luego, tras la espera adecuada, exacta, de lo contrario las consecuencias hubieran sido nefastas. Sabiendo el tiempo que se tarda en recorrer la distancia que existe entre el lugar donde uno se encuentra sentado y el dichoso excusado se aguanta hasta el que sabemos que es el último retortijón, el que precede la inminente expulsión en forma de pedorrera con la satisfacción que se asemeja a la de un orgasmo, al menos a mí me lo parece así. Una vez sentado sobre la taza del inodoro se me ocurrían una serie de pensamientos o ideas como por ejemplo: pensaba en los de sangre real, es que ellos no cagaban, es que ellos no tenían necesidades fisiológicas, y con ellas disfrutaban igual que cualquier hijo de vecino. O es que se permitía en cualquier novela hablar de sexo, en cualquier película se veía a la gente follando pero en muy pocas ocasiones se las veía cagando, no era eso un acto igual de sano que los demás, quizá es el acto más sano que exista, pues es sabido que de no defecar en condiciones la muerte se aproxima con una diligencia indiscriminada.

Veán como divago. En fin, que aquella satisfacción duraba lo que un coito, hablando en términos generales, aunque lo de generalizar no sea lo correcto, sobre todo un polvo realizado por alguien que lleva tiempo sin practicar el acto sexual, ya sabes que el de la defecación es de una frecuencia que ya quisiéramos para los coitos.

Resulta tan fugaz y el placer se desvanece tras una eyaculación tan precoz que con toda seguridad ha regado, como lluvia de verano, rápida y voraz, el pubis peludo, velludo, pelado, rapado, de la que yace insatisfecha por no haber olido ni de lejos el orgasmo.

Dejo las divagaciones y sigo donde estábamos. La camioneta anaranjada óxido estacionó en la acera frente al lugar en el que yo me encontraba observando el paso de la gente, de los automovilistas y de toda esa variopinta caterva de personajes, cada uno yendo hacia algún lugar determinado o viniendo o buscándolo. Introduciéndose en la malvada máquina de consumo que los acecha por todos los rincones del planeta. Y me viene a la memoria un anuncio, no voy a divulgar la marca de lo que se anunciaba en él, había imágenes y unos frases subtituladas que traducían lo que una voz en off y en otro idioma estaba narrando; era algo así: “esos creen que son libres yendo a sus trabajos cada día, a sus fábricas; para poder pagar sus hipotecas, sus coches, sus viajes, sus estudios... Pero en realidad no lo son, aunque las empresas que los emplean les obsequien con quince días de vacaciones o treinta al año, no, no son realmente libres, porque ellos les dicen lo que tienen que hacer, cómo vestir, cómo andar, qué lugares frecuentar, qué bebidas tomar, qué comidas comer... Va a ser un reto, realmente duro”.

Ya no me voy más por las ramas y veo la camioneta oxidada que estaciona, que al hacerlo rompe una de esos aparatos que sirven como surtidor de agua para los bomberos en el caso de que se produzca un incendio, y el agua comienza a brotar como si fuera un geiser, pero en éste en particular el agua brota fría y sube y llega a una altura de unos diez metros. De la camioneta bajan dos personas, una, por su apariencia, aunque me impide, la distancia y con ello mi miopía, distinguir, con absoluta claridad, sus rasgos, es una anciana, y, digo anciana porque la miopía que sufro no me impide distinguir una vestimenta de otra, tampoco me impide ver la forma de caminar; otra cosa es que luego las apariencias engañen, eso ya es sabido,

aunque en los tiempos que vivimos esa frase o dicho tiene menos valor que un billete de diez euros por no decir de diez dólares. La otra, por su aparente estatura y corpulencia es sin duda alguna un joven, un hombre joven. Lo que sí pude distinguir sin lugar a dudas fue un peculiar rasgo que era idéntico en ambos personajes, una nariz aguileña que se aventuraba unos centímetros delante de las mejillas, como un telescopio o periscopio, en el caso de hallarse en uno de esos submarinos donde varios metros por debajo de agua puede verse el horizonte en la superficie donde las olas siguen ajenas al tránsito de esos pesados peces de metal que van dejando su huella, ineludible huella de contaminación sobre las limpias aguas de los océanos.

Aquellas narices se adelantaban olfateando el camino, que a sus propietarios, aún, les quedaba por recorrer. Las narices avanzando. Subiendo la escalera de seis escalones, traspasando el umbral y luego la puerta de entrada de la comisaría de aquel pueblo. El mismo que hemos descrito donde una única calle hacía su labor de daga para atravesarlo y digo daga porque en su parte final, conforme se sale hacia el sur, se curva la ancha calle y se dirige por unos instantes hacia el este y luego como si la misma punta de daga tuviese una rotonda allí, ya en las afueras del pueblo, un semicírculo nos pone de cara al suroeste y así podemos ver que la carretera se pierde en una infinita recta que se fuga con sus dos líneas paralelas en un lejano horizonte.

Lo que en el interior de la oficina del sheriff Cesáreo iba a acontecer lo sabría yo días más tarde. Realmente lo que allí iba a ocurrir no era más que el inicio de mi aventura y la razón por la cual estoy relatando sobre el hecho en concreto, a pesar de mis divagaciones.

No sé si he dicho que mi primera mujer me dejó por eso precisamente. No es un tema que incumba ahora pero ahí queda reflejado para que comprendan la razón por la que me vi abandonado y en el fondo feliz de ser libre de nuevo. Lo de ser libre puede sonar a caso tópico. Ya se sabe que cuando los hombres y mujeres se separan se liberan y tal y tal...

Y como decía que estaba yo a punto de entrar en acción, así lo hice, una vez los dos personajes fueron borrados de mi vista al perderse, tras la cristalera de entrada, en aquella comisaría.

Puedo decir que no era un trabajo significativo el que me ocupaba, tampoco tuve nunca un trabajo importante, aunque ya he dicho que era el único en muchos meses. Y era un caso típico de celos y desconfianza. El tal Licinio tenía la mosca tras la oreja con las salidas de su mujercita. Sobre todo porque no sabía a dónde se dirigían los pasos de aquella bella esposa. Lo de su belleza tuve el privilegio de saberlo porque, a pesar de la foto y las indicaciones que me diera el empresario, no hacían justicia a la realidad y evidenciaban que el fotógrafo no había sabido captar la verdadera belleza de aquella mujer, que residía en su atractivo y en una mirada desbordante de erotismo. Esto lo comprobé poco más tarde.

Cuando ya me encontraba en la calle, con rumbo a mi destino de espionaje, recordé que no había sentido el retortijón de costumbre y por consiguiente, no había tenido que recorrer la distancia que existía entre la mesa y el retrete, acaso inferior al chorro de agua que seguía brotando con la misma fuerza, inagotable bien transparente, inodoro, incoloro e insípido que a tanto uso es indicado, tanto que algunos incluso lo beben.

Y como los rayos de aquel sol mañanero cruzaron el emergente manantial crearon, a su paso, dividiendo las partículas del agua, sobre el cielo grisáceo, un fantástico arco iris que a modo de señal me indicaba el camino que iba a seguir; algo que no era casual, ni obra de dios alguno, era una acción decidida de antemano y que yo llevaba realizando desde que descubriera el café donde disfrutaba de dos donuts y un tazón hirviente de chocolate por tan sólo un dólar. Mi economía era, cuanto menos, algo inestable por no decir insegura. Para ser más explícito he de decir que no tenía un puto chavo al que darle coba en los bolsillos. Mi clientela no era muy extensa por no decir nula y por los pocos casos que resolvía no cobraba en la mayoría de ellos. La gente tampoco nadaba en la abundancia, al menos con la que yo me relacionaba.

He leído algunos libros en los que se habla de protectores, de mecenas para artistas, pero quizá mi profesión no estaba en los listados de aquellos benevolentes protectores de poetas, escritores y

pintores, gente que si era pobre pasaría hambre y si por el contrario era rica tendría a su alcance, no sólo el sustento, sino además el reconocimiento y por supuesto la edición de sus obras, aunque sólo fuera una. Con el dinero se puede comprar hasta el más pinche estirado.

Yo era un caso perdido en cuanto al dinero se refiere, no me duraba un céntimo en el bolsillo, era como si me quemara con el fuego del infierno o he de decir para demostrar mi erudición, para no ser fatuo, que me quemaban las monedas y los billetes me abrasaban como si Mefistófeles me pinchara con su tridente mientras me cocía en una de sus calderas; que mi alivio se producía una vez me había liberado del vil metal del que unos dicen, los que no lo tienen evidentemente, que envejece su posesión y digo yo que no he visto envejecer a nadie que lo tuviese en cantidades inmensas. Sea como fuere yo no tenía la habilidad de hacer que el dinero, primero se quedara algún tiempo en mi poder y segundo, y por descontado que aumentara y se fuera reproduciendo. No, no era yo de esos, no vivía nada mal, pero el ser humano se adapta a las circunstancias con la capacidad de que es poseedor, no en vano es un instinto animal el de la supervivencia, así los que no tenemos nada sobrevivimos y además hacemos apología de nuestras dificultades creyéndonos en posesión de la verdad, porque es sabido que todo es excusable o achacable.

No quiero perder el hilo de la historia con mis asuntos de economía y contar que tenía que buscar lugares donde poder beneficiarme de los precios. Así para el desayuno tenía aquel café que de haber venido de noche, me hubiera recordado a un cuadro que una vez vi en una enciclopedia de esas que hablan de arte y donde están todos los que son y son todos los que están, yo digo que muchos se habrán quedado en la cuneta, ese cuadro al que me hubiera recordado el café de haber, como he dicho antes, venido de noche, era de un pintor americano que se especializó en pintar espacios vacíos o en los que se adivinaba la absoluta soledad del hombre, al menos eso leí en el libro. Cómo se llamaba ese artista es algo que ahora no recuerdo. Si he de hacer como la mayoría de los escritores que se dedican a contar una historia y para demostrar su nivel de erudición se jactan de citar a otros escritores; al parecer el

que no lo hace es como si fuera un inculto, mejor será que deje de escribir en este momento.

Ya me vino el nombre del puto artista americano, lo de puto no lo digo en tono peyorativo, se llamaba Hopper Edward y el cuadro se llama Aves nocturnas. No, si al final va ha resultar que tengo buena memoria y además una buena colección de libros de arte.

Estaba en que tenía el café para los desayunos baratos y para el almuerzo había encontrado un lugar, algo más limpio que el que me daba los buenos días. Uno que se olía desde dos cuadras o manzanas, y que estaba en la punta del pueblo de al lado, otra aldea de nombre extravagante llamada Cross City, ésta llevaba el denominativo de ciudad por ser más grande que Pine Bluff donde desayunaba. Vamos a situarlos, el del desayuno estaba situado al sur de Pine Bluff, y el del almuerzo al norte de Cross City o la madre que lo parió, ese olor aceitoso de fritanga que se queda impregnado en la ropa, en la piel y con ello pasa a la calidad de eterno aroma que te persigue por doquier que vas. De haber sido yo aficionado a los perfumes se habría creado una explosiva mezcla que ni siquiera una pobre e inofensiva mofeta habría tenido el placer de acercarse a mí. Así iba que se me olía a distancia y qué hacer, nada. Porque no iba yo a andar poniendo pegas al lugar, sobre todo cuando no tenía otra elección, porque allí me ponían dos filetes con patatas, algo elásticas ellas y casi de goma o como chicle, ellos, por tan sólo dos dólares, no era yo un broker de esos que invierte en valores o en bolsa, no, pero tenía que vigilar mis tan escasos recursos y por ello tan preciados. Todo este precio incluía una cerveza o una copa vino, el pan y el postre que era un flan gelatinoso que a saber con qué se había confeccionado en aquella cocina donde el cocinero tendría que mantenerse pegado como atrapado en la miel y me viene al recuerdo la imagen de la mosca que es atrapada por la pegajosa miel y revolotea teniendo en su presente, la seguridad, de que en un futuro próximo caerá muerta sobre una gota injusta de miel y tendrá la muerte más dulce que jamás haya soñado.

Qué me importaba si los productos eran de dudosa procedencia, me traía sin cuidado o al menos, al fresco y eso era otro tema; llevaba sin sacarla, para otra cosa que no fuera "*mear*", o para no ser tan vulgar, para hacer mis necesidades fisiológicas, tanto tiempo que ya

no me acordaba de cómo se hacía o cómo se disfrutaba sexualmente hablando.

Seres de costumbres. Animales más bien. No le iba yo a meter mano a mi fiel secretaria, mi honesta Calíope, la que llevaba éste singular nombre con la absoluta certeza de no saber de dónde provenía, y ahora voy a hacer lo que ya he dicho que hacen otros escritores para demostrar su cultura, le llaman saber enciclopédico, y digo yo que todo aquel que tiene o se ve en la tesitura de demostrar algo me parece algo acomplejado, a veces la ignorancia es una mala consejera no quiero yo pecar de incauto. O como dice Platón en el nacimiento de Eros que los ignorantes ni aman la sabiduría ni desean hacerse sabios.

No van esos estirados y lo controlan todo, literatura, pintura, cine, música y saben de todo y opinan de todo y hay muchos, eso lo he podido comprobar en una de mis observaciones, que se aprenden algunas frases dichas por sabios de otro tiempo y quedan de maravilla, bueno pues voy hacer acopio de lo que tanto critico y ciertamente yo tampoco sabía la procedencia de aquel nombre, y como buen detective hice mis indagaciones y me fui a la biblioteca local y allí uno de los empleados, cosa poco frecuente, me puso al corriente de la dichosa Calíope; era ésta la musa de la poesía en la mitología griega y además la de la elocuencia, se representaba con una tablilla, un estilo y a veces con un rollo de papel y era una de las nueve musas, madre de Lino y Orfeo, también es el nombre que recibe un asteroide, el que hace el número veintidós del catálogo, descubierto por un tal Hind en mil ochocientos cincuenta y dos.

Pero sus padres, en concreto su madre, se lo había puesto porque era el nombre que llevaba la protagonista de una de sus novelas favoritas, una telenovela, realizada en México, de producción argentino mexicana, que era como escardar en un coto. Y la madre de mi secretaria en un arrebató por dignificar a la protagonista de aquella sórdida serie le colocó el peculiar nombre a su hija. No en vano estuvo durante los nueve meses del embarazo llorando como una desconsolada pegada al televisor y sufriendo con las aventuras y desventuras de aquella Calíope mediática que no era otra cosa que el producto creado para que las amas de casa como la madre de mi

ayudante ahogaran su penas y lloraran al compás de los sufrimientos de la que llevaba todo el peso del culebrón.

Volvamos al asunto que nos tiene aquí presentes ya que no voy a contar mi vida sino la de esos personajes que de algún modo se cruzaron en mi camino y me involucraron en sus asuntos. Y así los ocupantes de aquella camioneta de color anaranjado óxido pondrían sobre la mesa de mi pequeña oficina el asunto que voy a relatarles a pesar de mis divagaciones.

Mi pequeño despacho, con seguridad, era de los más humilde y sencillo. Un desvencijado armario donde sus dos correspondientes puertas hacían el eterno intento de quedar cerradas, y el tiempo, y los fenómenos atmosféricos las alejaban cada día un poco más, así su tesón por quedar unidas se desvanecía como se pierden las ilusiones cuando se lucha por algo y las circunstancias se empeñan en dirigirlo hacia todo lo contrario del éxito, el fracaso que acaba con las esperanzas y las ilusiones de los que han puesto fuerzas y dinero en un proyecto. Pero así es la vida, unas veces se gana y otras se pierde. Así aquellas puertas habían perdido toda esperanza de llegar algún día a estar unidas, llegaría ese día cuando ellas se convirtieran, junto al resto de las maderas que formaban aquel armario, en un montón de tablas para ser quemadas en alguna chimenea de algún rico o famoso o sinvergüenza o político. Cómo llegaría mi quejumbroso armario hasta allí, con toda probabilidad sería enviado a la basura y allí sería recogido por los hombres que se dedicaban a recoger cartones y todo tipo de enseres que otros desechaban y luego lo venderían como leña a uno de eso tipos que ya he citado o hasta cabía la posibilidad de que mi armario llegara a calentar las nalgas de alguna pelandusca o algún cabrón o de un presidente o de un religioso, en fin que allí estaba aquel armario donde se apilaban montones de papeles inservibles y de los que me había olvidado hacía mucho tiempo, eran fichas de casos que yo había llevado con buen término.

He vuelto a divagar y por esta razón, no sé si lo he mencionado o no, en fin, que ésta fue una de las razones por las que me dejó mi última mujer. Divagaba tanto que llegué, incluso, a olvidar su nombre, cosa ésta que ella no supo perdonar y la entiendo, no la culpo.

Sigamos con Abundia y su nieto Aéreo que me dejaron un certificado sobre mi despejada mesa de madera aglomerada que utilizaba, como patas, dos caballetes que encontré en el trastero que era propiedad de la oficina que yo tenía alquilada. Llevaba sin pagar el alquiler varios meses, pero no recibí queja alguna. La verdad es que cuando la alquilé lo hice en una inmobiliaria que al cabo de un par de años desapareció, yo seguía pagando el alquiler, con el mismo procedimiento: metía el dinero en un sobre y lo enviaba a un apartado de correos; nunca tuve sospecha alguna y ahora que llevaba, por motivos ajenos a mi voluntad, sin pagar casi seis meses nadie había venido, nadie había llamado, era un caso extraño, pero cuando a uno no lo presionan para el pago de las deudas como que se olvida de ellas y no es para menos, digo que no siendo mi voluntad es evidente que si me hubiera ido bien habría pagado religiosamente el alquiler, eso es algo que me inculcó mi bendito padre. Ya estamos de nuevo.

Allí sobre la mesa de mi insignificante bufete tenía un certificado que abuela y nieto me habían dejado. ¡Ah Calíope! La de la linda voz, aquella musa de la poesía y la elocuencia, algo que no existía entre aquellas cuatro paredes. Cómo había llegado yo a contratarla. Aquella chica que era todo lo contrario a la que en la mitología griega hacía que los poetas construyeran sus elocuentes versos inspirados por su tono de voz angelical. Mi ayudante, mi Calíope tenía el don de hablar por los codos con un timbre de voz exasperante y lejos de relajarme con sus alocuciones me sacaba de quicio. Pero igual que las virtudes hacen que unos seres sean bellos o genios privilegiados o tocados por la mano de dios; los defectos hacen que otros tengan más empeño en llegar a convertirse en virtuosos sin envidiar nada a los primeros, y así ella era la persona más eficaz que yo había conocido jamás. Era su afición a anotar todo y a no perder detalle alguno lo que la hacía virtuosa al respecto de su trabajo, el que desempeñaba a la perfección. El resto era un caos. Su vida era un torbellino. Era una grabadora con piernas, las mismas donde se embutía unos pantalones pasados de moda como casi toda su indumentaria. Aquella mujer de escaso peso, huesuda y con una estatura anormal para ser una mujer de la generación perdida, no es que no hubiera mujeres altas pertenecientes a esa generación, no, lo

que ocurre es que eran muy pocas y éste era el caso de Calíope, medía casi dos metros quitando los tacones de unos cinco centímetros que solía calzar.

El caso, que era la persona idónea para realizar el trabajo de secretaria, telefonista, recepcionista, la persona que no dudaba en dar la cara por su empresa y por su jefe, aunque el sueldo era bajo y escaso porque no estaba yo para dilapidaciones, ya he dicho que no era esa mi voluntad sino la de los acontecimientos externos. Mi querida Calíope argumentaba que en el mundo que vivíamos lo difícil era ser bueno, lo fácil era ser malo. Ella, si mantenemos ese argumento, era una santa.

Seguí mi paseo aquella mañana en que los vi por vez primera. Dejé atrás el chorro de agua. Un camión de bomberos se acercaba al lugar de los hechos a toda velocidad, haciendo sonar sus estridentes sirenas ensordeciendo a los transeúntes que a esas horas paseaban por aquella calle, la única, que cruzaba aquel pueblo recatado y desapercibido.

Yo le di la espalda a todo aquel espectáculo que se formó alrededor de la destartada camioneta y de sus dos ocupantes, si había en el pueblo doscientos habitantes, allí estaban todos.

Los que se apearon de la camioneta se habían retirado de la oficina del sheriff sin haber conseguido del todo realizar su propósito. Cuando salieron a la calle pudieron ver con sus propios ojos, (aquellos cuatro ojos) el estado de la situación; dos de ellos (de los cuatro cristalinos) habían visto y mirado tanto y tantas cosas que parecían cansados sin parecer tristes sino todo lo contrario, se adivinaba en ellos un cierto fulgor de alegría como si fueran dos estrellas chispeantes; los otros dos eran verdes como aguas estancadas y miraban como extraviados; ajenos al mundo que los rodeaba.

Las dos narices llegaron al lugar que previamente habían olfateado cuando se disponían a recorrer el pasillo de la comisaría, el mismo que habían recorrido para entrar con una idea determinada recorrían ahora, a la inversa, con la incertidumbre de poder realizarla. Y olfatearon la situación antes de bajar los seis escalones y enfrentarse al panorama de los hechos.

Los bomberos intentaban cerrar la salida de agua, al no tener una idea clara de cómo actuar ya se habían puesto como sopas, no estaban muy instruidos al parecer ya que sus actos delataban una inexperiencia que clamaba a los cielos. Cómo aquella gente podía apagar un fuego si no tenían ni idea de cómo contener aquel chorro de agua que estaba dejando una riada en la calle. Pensé que mejor era no encontrarse en una situación de riesgo y atrapado por un fuego.

Y cómo no, en la escena había un policía que intentaba poner una multa a la mal estacionada camioneta. El policía era de temprana edad, joven, demasiado, diría yo para desempeñar la labor de vigilante del orden, éste resoplaba en el intento, arduo intento de redactar la multa. Aquel imberbe agente de la ley y el orden no sabía si resguardarse de la lluvia producida por la boca del riego o rellenar bajo ella el formulario que con el agua se desvanecía entre sus dedos. Y una vez su corta lucidez le hubo mostrado que era mejor refugiarse para poder rellenar aquel formulario, lo hizo y luego volvió a la aventura de colocar el papel por debajo del limpia cristales de la Ford naranja óxido. Y como la acción le produjo, de nuevo, el remojón para su uniforme y el destrozo del papel dio muestras de desistir.

Por suerte para aquel agente los supuestos dueños (siempre se es supuesto o presunto, hasta que el agente contrasta los datos, tanto del vehículo como el de los supuestos propietarios, y si en algo coinciden, él, el agente que nos ocupa, el mismo que vigila que se cumpla la ley y que todo funcione a la perfección, detendrá al presunto, y lo conducirá a la comisaría más cercana) aparecieron. Con lo que Abundia y Aéreo volvían sobre sus pasos, esta vez no por propia voluntad sino por la obligación que les imponía la legislación al respecto. Habían infringido una de las leyes y el policía imberbe los invitaba, tras leerle sus derechos, por las buenas, a entrar en la comisaría y allí deberían responder ante el sheriff de los daños ocasionados a los bienes públicos. Luego pasarían a disposición judicial y serían juzgados, condenados o absueltos según el abogado de oficio, el fiscal de la acusación o el jurado que en definitiva tenía la última palabra. De hecho hay hechos constatados en los que la sentencia ha sido errónea y el presunto infractor ha sido condenado a una pena cuando años más tarde aparecía el verdadero culpable.

Pero la justicia tiene demasiadas grietas o fisuras, depende de las circunstancias. El caso que abuela y nieto volvían a entrar en la oficina del sheriff. No era un delito demasiado grave, caso éste que haciéndose cargo de los gastos los dejaba en libertad o en la privación de ésta si no se afrontaba tal pago. Lo máximo era un arresto domiciliario controlado por los agentes de la ley y el orden.

Y aquel recién estrenado policía del orden, con rasgos próximos a los de un Neandertal, estrenaba detención con aquellos personajes: nieto y abuela.

La destartada Ford anaranjada óxido fue retirada por la grúa municipal que no era otra que la única grúa que había en el pueblo, propiedad del mecánico, único también en su profesión por los contornos, y llevada al depósito de vehículos que para tal fin existía entre tanto los propietarios iban a retirarlos, allí estaban todos los coches que legalmente eran sustraídos de la vía pública. Pura contrariedad pero la vida está llena de paradojas. O destreza de los que aplican las leyes, demasiadas habilidades en pos de un beneficio. Pero en aquel depósito de coches no había ni siquiera tres, y la furgoneta vino a sumar la cifra por lo que a partir de aquel momento la presencia de coches sustraídos se contaba en tres.

Yo por lo tanto había decidido, hacía ya mucho tiempo, prescindir de vehículo, pensaba que era un gasto superfluo, las mismas leyes te obligaban a sufrir gastos como los del seguro obligatorio, las revisiones, los impuestos por circulación y otros arbitrios...

Así que yo no tenía coche y con ello me ahorraba un dinero que no tenía y eso era ganar algo. Oí de un empresario que se ganaba más con lo que se ahorraba que con lo que se vendía, me quedé algo perplejo, pero así es, parece ser cierto y si no ahí están los ejemplos de las grandes multinacionales, lo que ocurre es que siempre que reducen gastos pagan los mismos, los obreros.

También había prescindido de otro tipo de cosas o deberíamos llamarles artículos de usos inservibles y en la mayoría de los casos absurdos. No basaba yo aquella decisión en las ideas de filósofos, ni griegos, ni romanos, ni alemanes que han sido los que más han destacado en el siglo diecinueve y veinte. Tampoco era yo un Diógenes que estuviera buscando la sabiduría en los hombres, o la luz, y que vivía en la más absoluta austeridad en un tonel, no era yo

tampoco un cínico perteneciente a aquel movimiento de filósofos. Mi decisión estaba tomada desde el sentido común, el mío, apelando a ese punto de vista con el que se conforma un pobre, pensando en pequeño o haciendo uso de una de esas frases dichas por alguien que ha sido olvidado, quedando su frase para la memoria, “no es más rico quien más tiene sino quien menos necesita”. Y como tampoco podía permitirme esos gastos extraordinarios pues me hacía a lo que tenía y olvidaba lo que se me ofrecía, con lo que llegué a la conclusión de estar ganando en mi forma de actuar.

Yo me jactaba de mi forma de vida entre los amigos, bueno entre los conocidos, amigos lo que se dice amigos no tenía. La amistad nunca me hizo favores, lo contrario, más veces me creó enemigos. Y cuando intenté, en alguna ocasión, contar mis pesares y sufrimientos nunca recibí más que un agravio comparativo y por lo tanto mis problemas dejaban de ser importantes, y, evidentemente, la ayuda que solicitaba se esfumaba porque el supuesto amigo se consideraba, incluso, más desdichado que yo. Por lo tanto, digamos que nunca le concedí la confianza “a la amistad”, que fue la que me demostró que una vez otorgada te lanza, sin remisión, hacia el mundo de las enemistades, por lo de que la confianza da asco y que cuando existe nos creemos en posesión de criticar y sopesar los actos de nuestros supuestos amigos en lugar de tolerarlos y respetarlos tal y como son con sus virtudes y sus defectos.

Como ya he dicho antes, mi última mujer (aunque esto de usar el posesivo me parece una aberración más propia de machistas, esos hombretones barbados con menos cerebro que una mosca, entonces me parece justo no utilizar aquí ese modo posesivo de hacer referencia a la mujer con la que compartí parte de mi vida) me había abandonado con motivo y razón ya que existía, y existe, en mí, esa facilidad para caer en la divagación, quizá propiciada ésta por una imaginación inquieta o bien porque en realidad, la realidad, valga la redundancia, me parecía a veces, como decía una de las letras de un cantautor español famoso (Ismael Serrano), una fiesta a la que nadie había tenido el gusto de invitarme. Esa era mi realidad, y la de los personajes de la Ford anaranjada era la de responder ante la ley de los desperfectos causados a tanpreciado bien público.

Los bomberos consiguieron detener aquel geiser y se marcharon, pero ésta vez con otro paso y acompañados por el silencio en el que sólo cabía el ruido del motor del camión. La calle quedó mojada y un tímido sol fue secándola; al cabo de unas horas el acontecimiento había pasado a la memoria de la camarera del café de mis desayunos, y del que probablemente sirviera de inspiración al mismo Hopper.

Yo había consagrado mi vida a la investigación de asuntos meramente triviales, asuntillos de poco monta, aunque para los que los sufrían podían significar la vida misma; sigo pensando que la estupidez humana no tiene límites. Se acaba la vereda y el tonto sigue, decían mis viejos, esos que se encargaron que mi vida no fuera, precisamente, un lecho de rosas y ese insulto fue el más pequeño que mi padre me dedicara en su vida. Como este no es un relato autobiográfico dejemos a un lado mi pobre y triste existencia y vayamos a lo que nos ocupa.

Las dos narices volvían a olfatear el mismo recorrido anteriormente hecho, lo único que diferenciaba la situación, era que ahora había otro olor que se sumaba a los ya olfateados con anterioridad. Éste no era otro que el que desprendía aquel policía y me recuerda esto a un libro, una novela narrada con exquisita prosa por Ernesto Pérez Zúñiga titulada Santo Diablo, en la que describe a un personaje apodado en la narración <<el abubilla>> y que el tufo que desprendía le valió el mote del bello del azufre.

Éste policía aportaba su sudorosa existencia a aquel dúo de narices sin ser abubilla alguno. Abuela y nieto subieron la escalera por segunda vez, traspasaron la puerta y se dirigieron, con diferente fin, por el mismo pasillo que la primera vez, incluso, les pudo parecer agradable. Ahora respiraban hostilidad, la amabilidad con la que habían sido recibidos antes se había esfumado desapareciendo por completo. Los hombres que vigilan que la ley se cumpla suelen cambiar de comportamiento ante presuntos delincuentes, alguno, incluso, puede llegar a la violencia con los supuestos malhechores para sacarle una confesión positiva de los hechos, lo que quiere decir una aceptación de culpabilidad aunque sea falsa.

Aquella anciana, que en aquel momento no podía entender qué había pasado, se convirtió en una abuela conflictiva, una abuela presuntamente peligrosa por lo que el comportamiento de los

agentes era de desconfianza ante aquella que a simple vista podría parecernos la madre Teresa. Que digo yo que también tendría su intrínquilis.

El imberbe agente iba pensando, en esos momentos, en los honores que recibiría, en la ensoñación de ser condecorado por su osada acción, retirando, a debido tiempo, gente tan peligrosa de la calle, donde podían haber seguido atentando contra los bienes públicos y lo que es peor, en contra de los honestos ciudadanos.

Y aquel descerebrado, elegido con toda seguridad, por no haber superado la prueba psicotécnica; a quién podía importarle ese detalle nimio, a nadie o quizá a los que los elegían por ser estos los que ostentaban el poder y no les interesaba que los esbirros que iban a contratar pudieran pensar, de hecho no se les permitía tal acto. Lo que necesitaban eran verdaderos patanes para poder manejarlos sin ningún tipo de problemas. Dale a un tonto un cargo y verás la respuesta, mi padre decía: “da a Pablito un carguito y verás quién es Pablito”. Aquellos patanes una vez nombrados agentes de la ley y el orden se subían al trono de la intolerancia y la prepotencia respaldadas, ambas, por sus jefes que no dudaban en darles, de vez en cuando, carta blanca, para que impusieran sus fuerzas de paso alimentando sus vanidades.

No era una excepción el sheriff que lucía su linda cabellera dorada como pequeñas espigas acariciadas por una suave brisa de verano. No. El mismo que se había quedado estupefacto cuando la pareja de narices, se presentó ante él y le formularan aquella absurda petición, se quedó con el mismo sentido de estupefacción cuando volvió a ver a aquellos dos cruzar la puerta de su soleado despacho.

Cesáreo Márquez Douglas era mestizo pero no por ello menos patriota, amor que le había sido inculcado por su querido padre que fue un patriota nato. Amaba su patria, su país, estaba dispuesto a entregar su vida si era necesario y vuelvo a decir que la necedad de algunos hombres no tiene límites. Sí, estaba dispuesto a dar su vida, ignorante vida, por aquel extenso y grandioso país formado por cincuenta estados donde la consigna de las libertades estaba quedando relegada a ser sólo un manido discurso que los aspirantes al poder utilizaban sin escrúpulos, lo mismo que hacían con el mensaje de ser los libertadores del mundo, eran unos cínicos los

gobernantes de aquel país que se había convertido en el sheriff del planeta, impulsando con este hecho sus propios beneficios, no los del Estado, sino los particulares. A él eso no le preocupaba. Amaba por encima de todas las cosas a su patria y por supuesto a dios, éste ocupaba el primer lugar en la escala de los valores de Cesáreo, en segundo lugar estaba su querido país y así sucesivamente hasta llegar a su mascota no menos querida por ello. Era ésta una perra callejera que él mismo había rescatado de las fauces de la muerte en la perrera municipal. Allí donde (tras el paso de una semana y sin que hubiera aparecido dueño alguno de aquellas mascotas, que residían temporal y precariamente en la dichosa morada) pasaban a mejor vida siendo sacrificadas con una inyección letal, el mismo proceso que se utilizaba para la muerte de los hombres condenados a la pena capital, aunque quedaban algunos estados que seguían utilizando la silla eléctrica.

El nombre del sheriff no se lo había puesto su padre por hacer honor a aquel que en la época romana hiciera referencia al Cesar, ni a aquel médico particular de Constancio y Luliano el Apóstata, no, no fueron estas las razones sino para que se recordara la forma en que vino al mundo, una cesárea, y ahí estaba el resultado, el masculino de la misma se convirtió en el nombre del sheriff que lucía su cuidada cabellera como aquel cowboy famoso del que ahora no recuerdo el nombre, un loco que murió con las botas puestas. Se podría tratar de cualquier loco que habitaba aquel país, pero éste lo más seguro que se tratase, ahora que caigo, de aquel llamado "Búfalo Bill".

En la puerta del despacho se podía leer en una reluciente placa, a la que él mismo sacaba brillo cada mañana antes de entrar en su espacio de trabajo, el nombre completo escrito en una fuente parecida a la que se utiliza para los créditos de las películas que tienen como trasfondo el viejo y lejano oeste, lugar donde estaba ubicada la población donde Cesáreo ejercía con total autoridad su labor.

La mascota del sheriff llevaba el nombre de uno de los presidentes de su país y éste era Bush júnior. Aquella perrita de orejas puntiagudas, hocico alargado, ojos levemente saltones, patitiesa, sin rabo, gruñona, mitad Chihuahua, mitad gato chino, tuvo la suerte, que no tuvieron los hombres que allí, en aquel país, fueron

condenados a muerte, de ser rescatada, en los últimos momentos, de la vil inyección letal, gracias a la compasión de Cesáreo que le llegó como una señal del cielo todopoderoso, eso fue lo que la sacó del trance en el que un señor vestido con bata blanca, para ser más higiénico, y cubiertos, sus dedos, por unos guantes de látex, empuñaba una jeringa de usar y tirar en la que el pentotal se encontraba dispuesto a salir por la aguja e introducirse por la vena pinchada y desde allí iniciar su viaje hacia el corazón, el pequeño corazón de aquella escuálida perra al que, como se ha dicho, pretendía detener el veterinario para darle un justo fin al animalillo. Y en el mismo momento en que la aguja rozaba la piel frágil de la mestiza, el sheriff gritó basta y la perra pasó a ser de su propiedad y a tener una digna vida propia de reyes. Ni que decir tiene que aquella perrita llevaría mejor vida que muchos hombres, por no mencionar a los niños y mujeres del mundo en que les había tocado vivir a una y a los otros.

Los rizados bucles de trigo viejo mecidos por un viento suave entre viejos robles tuvieron una visión premonitoria del inmediato futuro. Una campiña de aroma de lavanda y visión bucólica donde también pastaban bucólicamente unas simples vaquitas que mugían al ver pasar a los caminantes por el lugar. Gente que se dirigía hacia el interior de aquel estado. Al fondo una casa de madera pintada de gris perla con techumbre negra donde esperaba una butaca en el porche para mecer eternas horas de siesta mientras que los ojos luchaban por seguir contemplando el ocaso sin desfallecer ante la inminente llegada del sueño.

Todo éste idílico paisaje se había creado en la cabeza de Cesáreo y él incluyó a la perra sentada, fiel a su amo, en los pies de éste junto a la mecedora y disfrutando ambos de aquel y muchos atardeceres. También disfrutarían viendo cómo se le administraba el mortal líquido a alguno de aquellos asesinos, en su mayoría negros, condenados a la pena capital.

Una extensa e interminable llanura. Cielo azul hiriente. Montañas invisibles. Horizonte infinito. Lejano. Nunca parece llegarse a parte alguna. Una carretera tan recta que da vértigo. Tres veces o quizás más las rectas que cruzan Castilla y La Mancha, tierra de molinos, secos páramos de infinitos horizontes donde las nubes parecen

acariciar las lejanas montañas en un cuadro de Salvador Dalí. La tierra que se extiende ante mi vista es árida sin llegar a ser desértica. Monótona como un domingo en familia rodeado de otro montón de monótonas familias cocinando paella en el campo o la playa o haciendo barbacoas.

Una línea intermitente, de color amarillo, divide el negro asfalto que se pierde como una inmensa lengua bañada en regaliz que sigue hacia allá, lejos, muy lejos, tan lejos como inalcanzable, demasiado lejos, infinitamente lejana.

El viento clava cristales de polvo en los ojos. Ni tan solo un árbol se asoma a la inmensa llanura. Algunos matorrales espaciados parecen rocas en la perspectiva de la distancia, ramas que barren el páramo, hojas desterradas de una verde primavera, yertas en ese preciso instante que caen de su progenitor, el árbol de la vida.

Tierra, más tierra, arena seca, reseca. Ocre. Rojo. Marrón. Y quizá un naranja, por qué no. En ocasiones como si se tratase de pequeños oasis unas manchas verdes de vegetación salpican la desolación del paisaje convirtiéndolo en un soplo de esperanza. Grandes bolas de plantas secas recorren la llanura sopladas por un viento constante como si el lugar de nacimiento de todos los vientos fuese aquí y desde aquí saliesen a lamer y ulular por los rincones del planeta. Las bolas de paja recorren la tierra rojo ocre como los veleros recorren los mares. Cada metro un poco más grande. Así puedes encontrar bolas de un tamaño casi irreal. Aunque en este paisaje todo parece como en un sueño.

Ese pintor español del siglo veinte creó paisajes de ésta índole. Ya lo he mencionado antes pero no puedo más que volver a hacerlo, Dalí, y, su surrealismo, los relojes blandos y los paisajes inertes llenos de personajes oníricos. Así es el paisaje en donde ahora me encuentro recorriendo la infinita lengua de regaliz.

En el panel frontal del coche y en la parte que corresponde al aparato que mide la velocidad puedo ver ciento veinte millas que en kilómetros equivaldría a unos ciento ochenta aproximadamente. Cuando era pequeño, bueno, si pequeño se va a entender por niño parvulario he de decir que ya había llegado a la adolescencia. La pequeñez siempre me acompañó por ser yo precisamente un niño, primero, un adolescente, luego, y más tarde un hombre de estatura

tirando a baja. No pasaba el metro cincuenta; lo que quería decir era que me llamaba la atención aquello de las millas, porque cuando veía alguna película donde se hablaba de esa medida itinerante inglesa, me ponía a hacer cuentas y nunca me salían, yo era un poco torpe en la cuestión de números. De hecho en el colegio suspendí todas las asignaturas relacionadas con ellos. No fui yo un estudiante ideal.

El caso es que conducía a una velocidad aproximada a ciento ochenta kilómetros a la hora en aquella interminable recta donde el horizonte se alejaba cada vez más. Un perro muerto sobre el negro asfalto desvió mi atención en la carretera. Luego el perro se convirtió en una mancha marrón en el espejo retrovisor. Intenté crear una vida para el can pero me fue imposible. Falta de imaginación, exceso de divagación.

El sol se mostraba con su habitual inclemencia y en aquella inmensa llanura las chiribitas le daban un aspecto al entorno como si uno estuviera metido en una burbuja.

Recordé el viaje que hice una vez por el Sahara. Iba en moto. Una motocicleta con motor de cuatro tiempos. Ruedas especiales para la arena. Maletas de metal. Una de ellas como depósito de agua y la otra de combustible. Y en la parte de atrás del asiento una mochila con algunas mudas y algo de comida. Recorrí unos ocho mil kilómetros. Se preguntarán si iba solo, pues sí. Más solo que la una. No me han gustado nunca las reuniones de más de tres personas por creer que ya es difícil que dos, que se lleven bien, se pongan de acuerdo, imagínense un grupo superior. No hay medio de tomar una decisión sin que alguien ponga sus pegos. Entonces se genera un conflicto, no uno de esos que generan una guerra entre países, no. Sino de esos en los que al final no se llega a disfrutar bien del viaje. Pues por eso yo tenía la costumbre de viajar solo. Peligroso, no, para nada. Más peligroso es caminar por una ciudad grande. En fin, que aquel panorama me trajo aquel recuerdo del desierto, de los árabes que visité y que fueron tan hospitalarios conmigo; de las dunas que se desplazaban y de los oasis donde dormí. De los pequeños pueblos que atravesé, en los que me detuve, a tomar un tentempié acompañado con té, en alguno de aquellos cafetines donde los hombres se reunían a conversar y a pasar el día. Y los ojos de aquellas mujeres, iluminados y asomándose a aquellas telas que les ocultaban

el rostro. Los colores. Los azules añiles de mi infancia. Y los cantos del atardecer y los del amanecer. Una carretera estrecha mal asfaltada, diría yo que en vez de asfalto era empedrado. Un grupo de mujeres que pasean por ella. Todas con sus rostros libres y cuando descubren la presencia del hombre, rápidamente sus velos cumplen la función que durante siglos han venido ejerciendo, ocultar la belleza de la mujer árabe.

Todo vino a mi mente con la imagen del perro en la carretera. Pero cómo un perro había llegado hasta allí, era una incógnita, como tantas otras en el mundo. Como esa del misterio de la trinidad. No voy a hablar de religión, dejemos eso para los curas. Esos hombrecillos afeminados de manos asquerosamente tiernas y blancas y de miradas obscenas. Dejemos a esos singulares hombres que se masturban pensando en los monaguillos. Sigamos por donde nos lleva la historia de aquella carretera y hacia dónde me llevaba aquella tierra vasta e inhóspita de aquel estado. En el exterior del automóvil la temperatura era de unos diecisiete grados más o menos, dentro del mismo tenía veintidós.

Mi torpeza conduciendo se disimulaba en aquella infinita recta. Aquí el terreno no tiene desnivel alguno, todo llano y más llano, a veces una leve prominencia que desaparece sin elevarse ni un metro. Terreno plano, roto espejo tirado sobre el nivel del mar. Metáfora incorrecta. Como un espejo extendido en la inmensidad del océano. Quizá. O peor incluso: espejo brillante, lago emponzoñado de tristeza, agua muerta de nostalgia, charca infesta e inmundada de seres humanos; miserables homínidos; macacos mal educados; escoria de la naturaleza. Los veo saltando y fornicando, mejor digamos follando, y matando salvajemente y así consigo dejar constancia de mi mala leche y de la evolución de la especie...

Y en la carretera el tiempo parece haber desaparecido en alguno de esos relojes a los que he hecho alusión en líneas anteriores. Llevo conduciendo unas seis horas desde que salí de Pine Bluff y en ese tiempo no me he cruzado con ningún vehículo, sí, ahora recuerdo que me crucé con un camión de esos de la compañía de explotaciones de petróleo, que debe de tener algunos pozos por algún lugar de estas llanuras. El caso es que nada ha interrumpido mi transitar por esta carretera. Tampoco he encontrado casa o lugar de

descanso donde poder repostar y tomar un buen café con mis pasteles preferidos. Nada, aquí no debe de haber nada.

Tengo un croquis que me indica el lugar al que me dirijo y parece que no está muy cerca de donde me encuentro en estos momentos. Me dice el mapa, que me han dibujado, que al marcar el cuenta millas unas mil de recorrido que son casi dos mil kilómetros (qué pena que no tenga en estos instantes un convertidor de millas), sabría con exactitud cuantos kilómetros serían en realidad, me hago mejor a la idea de las distancias si las mido por la medida de mi país, el kilómetro. Es igual que cuando viajo en barco y se empeñan en poner nudos, viajamos a cuarenta nudos y ya estoy hecho un lío. En fin que cuando el marcador de millas llegue a mil debo estar en el lugar al que me dirijo. Una estación de servicio en pleno corazón de toda ésta tierra áspera y sin vida. Sin vida aparente porque ahí bajo la arena y las rocas seguro que pululan seres vivos en su cotidianidad bichera. Como algo esperpéntico esos animalitos se dirigen a sus quehaceres de perpetuar su especie para luego morir sin más planteamiento. Quizá ellos son los auténticos seres racionales. Puede.

Tras otras seis horas me he detenido para estirar las piernas y contemplar lo que parece un ocaso infinito; no cae el sol tras la línea del horizonte, parece como si se hubiera convertido en mi acompañante, un escudero de lujo para tan poco caballero. Ya quisiera yo parecerme al célebre Hidalgo.

Sí, he bajado del coche y en el marcador las millas se aproximan sin pasar la cifra indicada. Todavía quedan unas quinientas, a éste paso llegaré a eso de las cinco de la madrugada. He podido percibir que la temperatura ha disminuido unos cinco grados, miro el termómetro y compruebo que han sido, en efecto, cinco grados hacia abajo, ya notaba yo en el exterior del vehículo algo de fresco.

Este semidesierto parece que se comporta como un verdadero mar de arena. Por la noche bajan las temperaturas hasta veinte grados bajo cero y por el día llegan casi a los setenta. Aquí, en esta tierra yerma el día no tiene ese grado de calor pero sí tiene un grado de desolación que no se siente en el más grande de los desiertos. Una tristeza en la luminosidad o en el eterno llano, eso es lo que me produce algo de nostalgia. Algo parecido al paisaje de las pampas.

Pero no sé, a ciencia cierta, de qué siento nostalgia. No soy precisamente el hombre que vive de su pasado o por su pasado. Alguien en la vida me enseñó que lo mejor era vivir sin pasado alguno, lo que se determina por la voluntad que uno tenga de dejar atrás lo vivido sin recordarlo para bien ni para mal. Un hombre sin pasado es un hombre vivo o muerto porque tarde o temprano buscamos una referencia, algo así como la raíz del asunto. Y entonces viene ese planteamiento tan obsoleto: ¿de donde venimos y a dónde vamos? Sea así o de otra forma lo mejor es viajar por este mundo de locos sin mantenerse adherido a los recuerdos ni a las cosas.

Será que con todo aquel espacio abierto uno se veía empequeñecer y la idea de la mortalidad era como una puñalada. Es lo mismo que cuando estamos rodeados de montañas o de agua, la sensación de insignificancia se apodera de la mente y nos produce esa melancolía cuando nos damos cuenta de que nuestra efímera existencia pasa inadvertida para el resto del universo. Quizá ésta sea la causa por la que el hombre busca la inmortalidad sin importarle el precio.

Para no ponerme muy triste me concentré en la lengua de regaliz y dejándome llevar por las emociones y el pasar del monótono paisaje me olvidé de la civilización y tuve la impresión de que nunca había existido. Yo tengo muy a menudo una sensación como que no soy de este mundo o como que el mundo no me pertenece.

Hago referencia a ello varias líneas más atrás. Sí, esa misma emoción me invadió en aquel lugar donde el sol no dejaba de acariciar la línea del horizonte pero sin ocultarse jamás. Y estando yo en estos pensamientos que miré por el espejo retrovisor y tras de mí se cernía negra la noche y la luna se alzaba en su plenilunio, un exasperante júbilo me retorció las entrañas y cuando mis ojos, en una milésima de segundo volvieron a mirar hacia la parte delantera del coche era noche profunda. Encendí los faros que iluminaron aquella infinita negrura. Las líneas amarillas, que dividían la carretera en dos, brillaban con el toque de luz que enviaban los alógenos. Entonces aquella enorme extensión desapareció como tragada por algún animal prehistórico. La oscuridad se apoderó de todo y creí estar en una pesadilla. La niebla hizo su aparición y lo veló todo. Nada era visible a más de tres metros. La velocidad la fui aminorando y

para no salir de la carretera fijé mis ojos en la línea amarilla que seguía impertérrita su camino hacia el infinito. Las manecillas de mi reloj se aproximaban a la hora de la media noche. El frío en el interior del vehículo fue en aumento y decidí poner en marcha la calefacción, fuera marcaba cinco grados bajo cero. Había olvidado incluso qué tiempo llevaba conduciendo y qué tiempo me quedaba todavía por recorrer. En la radio como si desde otra galaxia enviaran mensajes las interferencias dejaron de sonar y el silencio fue absoluto. Y en aquel silencio recordé París sin ti, Roma y Berlín sin ti, Lisboa y Madrid sin ti, y no hubo lágrimas que corrieran por mis mejillas ni nada parecido, y sentí que me había convertido en un ser insensible a las emociones.

La calefacción comenzó a hacer efecto y pronto tuve que ponerla en el uno del botón del termostato. En la radio volvió alguna emisora a poner una melodía que se perdía en la oscuridad y tras la niebla chocaba con alguna montaña. Y volví al recuerdo, a pesar de que había aprendido a dejarlo atrás. Te vi sentada en aquella moto de color rojo con tu vestido a juego y con tus botas altas, tus labios rojos y pintados de más rojo; <<y es que me gusta el rojo>>, me dijiste y yo te vi atractiva y tú no te diste cuenta de que yo era un hombre pequeño y cuando me incorporé de mi asiento y me dirigí a ti comenzaste a reír y yo casi lloro de la impotencia de no saber por qué.

Las horas que llevaba en aquella carretera me estaban volviendo loco. Estoy volviendo a divagar y es hora de que diga qué estaba haciendo allí o mejor dicho qué era lo que iba a encontrar cuando llegase al lugar indicado. Miré el cuenta millas y me alegré, al comprobar, que marcaba novecientas noventa y cinco. Si aquellos dos pendejos no me habían mentado, y digo yo que por qué iban a hacerlo, me dieron la pasta, bueno una parte de ella, no iban a mentir, así que si los que me encargaron el trabajo tenían razón yo estaba a punto de encontrar la gasolinera y con ella el punto final de mi viaje, al menos el de ida y el inicio de mi trabajo.

La verdad es que mi verdadero viaje iba a comenzar, precisamente, allí. Puse toda mi atención en los tres metros que tenía de visibilidad delante de mí y cuando el marcador llegaba con toda exactitud a las mil, ni una más, ni una menos, millas, apareció a mi derecha una triste luz que parecía una aparición en aquella espesa

negrura. Giré y pude notar cómo cambiaba el terreno, del asfalto llano y liso pasé a un suelo que debía estar lleno de boquetes porque el coche no paraba de dar saltos. Fueron pocos metros los que tuve que recorrer. Y allí estaba, ante mis ojos, la estación de servicio indicada en el croquis con una cruz.

Hace cuatro días, no, hace quizás siete que aquella particular pareja apareciera en mi humilde despacho. Sí, los que con sus narices olfateaban, primero, el pasillo que hay que recorrer con anterioridad para llegar a mi oficina. Primer piso, puerta c, una placa que anuncia mi nombre y mi profesión: Leopoldo Alas Clarín, detective privado. Quizás con este nombre me hubiera ido mejor de escritor. No lo sé. Siempre he huido de los tópicos y en mi profesión he tenido que capear con ellos para no ser considerado como ese detective al que la gente, por eso de los estereotipos, considera trazado por un patrón determinado, con lo que uno es identificado con un tipo degenerado, duro, insensible, sucio, sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa con tal de conseguir su propósito, temerario y aventurero, mujeriego, bebedor y fumador empedernido y que se recupera con estruendosa facilidad de las tremendas palizas que va recibiendo a lo largo de su vida, sí, eso es lo que la gente piensa o esa es la imagen que han recibido gracias a la literatura y el cine que han construido un perfil del personaje que dedica su existencia a descubrir adulterios, asesinatos y otro tipo de delitos y delincuentes, y, claro, cuando mis posibles clientes llegan a la puerta de mi despacho, esperan encontrar sobre la placa que anuncia el nombre del detective cosas como *Jonny Mischievous*, *Hooper Crafty*, *Cash Hearted* o cosas por el estilo y mi nombre es lo más alejado a la imagen que ellos tienen de ese detective.

Imaginen que ustedes también necesitan de mis servicios, qué esperan encontrar cuando deciden ir a un detective, algo parecido a un matón, un ex soldado, un ex convicto; aunque la historia de la literatura tiene a detectives más refinados. Pero no voy a nombrar a ninguno por respeto a los que se puedan quedar en el tintero.

Así quede aclarado este punto, no encontraran ustedes lo que piensan o lo que le han hecho idealizar, sino todo lo contrario. Porque eso de tener una idea preconcebida de las cosas, es lo que más desengaños produce, hay excepciones que confirman la regla.

Casi todos los clientes que han cruzado la puerta para acceder a mi despacho, que no han sido muchos por no decir casi ninguno, no dan crédito a lo que ven y es de tal modo, que en ocasiones me han preguntado como si yo fuese el secretario, pues mi imagen se identifica más con uno de esos secretarios esmirriados, tipo haber hecho bien los deberes, un funcionario meticulado, que no deja pasar ni un solo detalle. Eso si no han tenido que verse las caras con mi secretaria Calíope, entonces es cuando parecen más desorientados, e incluso, recuerdo a uno de mis clientes que le pidió disculpas a Calíope por haberse, según su criterio de lo que debía de ser un despacho de detectives, equivocado de puerta. Se sorprendió cuando la secretaria le dijo que no había errado al elegir el lugar ni al detective y le propinó una retahíla característica de ella, porque he de decir que en eso yo estaba bien satisfecho, ella era toda buena propaganda y el que entraba por la puerta contrataba mis servicios a pesar de quedar decepcionado al ver mi imagen por no coincidir con la que tenía de esos tipos creados, como he citado anteriormente, por el cine y la literatura, dos asignaturas que están supeditadas, sobre todo el cine que nace de la literatura.

Nuevamente estoy divagando y me voy por las ramas y no es mi vida ni mi apariencia física lo que interesa de este relato que intento contar. Allí estaban los surtidores. Allí casi ocultos por la niebla. Iluminados por una miserable farola. No podía ver, como ya he dicho, más allá de tres metros. Detuve el coche. Miré en el termómetro la temperatura que hacía en el exterior. Se me erizó el pelo, el poco que me quedaba sobre mi testa, estaba marcando unos veinte grados bajo cero. Eran las cuatro, pasadas, de la madrugada. Me abroche bien la cazadora de aviador que un, precisamente, aviador, por típico que parezca, me había regalado, fue el pago que me hizo por haberle sacado de un apuro. Fue cosa de contrabando de tabaco, para ser más explícitos de puros habanos.

Pero vayamos a lo que vamos. La gasolinera si es que se le podía llamar así. He dicho que me abroché bien la cazadora y salí del coche. El frío se coló por la pernera de mis pantalones y me heló algo que en este caso rima y sentí cómo disminuían aparato urinario y escroto. Me subí los cuellos de aquella magnífica cazadora. Resoplé y casi se escarcha el aliento que se confundió con la espesa niebla. Aquel lugar

sería probablemente en el que Jesús dio tres voces y nadie lo escuchó porque a quién se le podría ocurrir poner allí, en medio de aquella nada, un surtidor de gasolina.

Poco a poco la niebla se fue desvaneciendo y fueron apareciendo los objetos que formaban parte de aquella gasolinera que estaba ante mis ojos. Un surtidor viejo y oxidado de esos manuales que han desaparecido de la faz de las gasolineras modernas, y dos más actuales, aunque probablemente procedían de un desguace, una farola que era la que iluminaba la explanada que había ante los surtidores y una casa de dimensiones parecidas a la casa de un enano. Aunque a mí me recordó a esas chavolas que hoy en día se ven en la periferia de las grandes ciudades donde conviven con los grandes edificios. En una ocasión que viajé a Lisboa pude ver, cuando me dirigía a salir de aquella ciudad hacia el norte del país, a un lado de la autovía un mar de chavolas que contrastaban con las mansiones de lujo que podían verse al otro lado de aquella moderna vía que circundaba la capital de Portugal. Así de las primeras era la caseta que estaba delante de mí.

Me encontraba entre la farola y los surtidores frente a la caseta que estaba construida, una mitad con madera y la otra con chapas, que por las inscripciones que en ellas había pude comprobar que eran los bidones de gasolina que allí se vendían y que la mano de un ser humano había estirado con toda seguridad a martillazos. He dicho ser humano y es demasiado obvio y lo que quería decir es que no fueron estirados los bidones de gasolina con la mediación de máquina alguna o por conjuro divino, las deidades griegas estaban muy lejos, demasiado lejanas para acudir a gestionar estiramientos de chapas en el otro lado del mundo.

La caseta tenía dos puertas, una mirando al sur que era la que se encontraba frente a mí. Por lo que yo le estaba dando la espalda al tan añorado sur, sobre todo si allí están las playas más paradisíacas que existen en la tierra, y la otra estaba mirando al norte, cerrando por lo tanto el paso de los vientos gélidos que de él procedían.

Sobre la puerta sur había instalado un sombrajo, construido con cuatro palos que sujetaban una especie de lona amarillenta, tela ésta que en otro tiempo debió de ser de color azulado, todavía se adivinaba su color inicial en alguno de sus deshilachados rincones, a

modo de porche donde aquella construcción distribuiría la sombra, es una apreciación que en ese momento tuve que imaginar, ya que eran las tantas de la madrugada, como ya he citado anteriormente, y no podía ver tal efecto. En el porche había una mecedora y una hamaca, la primera era un mueble que se solía utilizar por aquel estado, ya que en casi todas las casas había una mecedora situada en el porche de las mismas, era tradición sentarse en las horas de asueto y contemplar la nada existente mientras se fumaba en pipa, los hombres; y las mujeres hacían calceta para su prolífera progenie. La segunda, sin embargo, elemento más típico de países que estaban más al sur como podían ser México, o Guatemala, habría sido traída por algún aventurero en sus incursiones por las selvas; ricos temerarios que no dudaban en dilapidar sus fortunas en pos de acabar con el tedio que les asediaba en sus clubes o en sus casinos, todo menos repartir sus bienes entre los obreros que explotaban con tal de mantener su estatus y su alto nivel de vida.

Fuese como fuese, allí en aquel intento de porche estaba aquella mecedora gastada y la hamaca que parecían haber estado ahí por los siglos de los siglos; elementos de una utilidad elemental.

Sobre el sombrero y sujeto al tejado de chapa de bidones había un letrero que anunciaba una marca de refrescos de cola y junto a él, menos llamativo y suntuoso uno donde se podía leer: Repostar en Abundio Gas. Y en letras casi ilegibles: el lugar idóneo para reponer energía y estirar las piernas, pruebe nuestra auténtica enchilada de mole.

Me acerqué sigilosamente a la caseta. Cuando antes la he descrito, he olvidado decir, que junto a la puerta que daba al porche, había una ventana o ventanuco, por ser éste un agujero redondo, cerrado por un cristal casi ahumado y desde el que pude ver, cuando mis narices estaban pegadas a él, el interior de la cabaña. Dentro todo estaba o parecía estar en absoluta calma. No se vislumbraba presencia alguna, al menos, humana, porque un gato ronroneaba tumbado en un sillón oscuro que se podía distinguir en un rincón de la sala. Mejor digamos que era una estancia pequeña y que por su apariencia era acogedora. Frente al sillón donde el gato soñaba con noches de celo y sexo se encontraba una estufa, de hierro, redonda, y en la que parecía arder un fuego. Para comprobar si en verdad

aquella estufa mantenía el hogar con una calidez propia, miré al tejado de la caseta y pude ver, gracias a que, como he dicho antes se había disipado la niebla, una tubo por donde salía un hilo de humo que se perdía en el cielo, en aquel oscuro y tenebroso cielo donde las estrellas habían sido ocultadas, por esa noche, por un negro manto de nubes que presentaban sus fuerzas tormentosas para descargarlas sobre el tejado de aquel vulnerable refugio.

Como el frío en el exterior de aquella caseta arreciaba y cada vez me hacía dar más tiritones, decidí que era una buena idea intentar entrar. Dejé mi observación por el ojo de buey y me acerqué a la pequeña puerta. Di un par de golpes con los nudillos que comenzaban a quedarse helados. No hubo respuesta del otro lado. Lo volví a intentar, esta vez con dos golpes más contundentes. Pero el resultado fue el mismo. Nadie se dignaba a contestar a mi llamada. Comencé a exasperarme por la impaciencia, yo siempre había dado indicios de ser un hombre totalmente impaciente, aunque con el paso de los años parecía que aquel mal iba disminuyendo.

Volví a repetir la acción y esta vez lo hice con más brío y al segundo golpe la puerta cedió ante mi nariz, pero tras ella no se encontraba presencia alguna, a excepción del gato. Percibí el calor que me golpeó en la cara de una forma agradable. El gato dio un respingo y se escapó pasando por debajo de mis piernas. Cerré la puerta y me dirigí hasta la estufa y el calor fue en aumento y yo me comencé a recrear y el sueño hizo su aparición y como aquel sillón invitaba al descanso, no lo dudé, me senté y al poco rato me quedé dormido como un lirón.

Recuerdo, con algo de imperfección, cuándo vi las sombras de aquellas narices, tras el cristal esmerilado de la puerta de mi despacho. Y fue aquella imagen la que me llevó a recordar la mañana en que me encontraba en el café frente a la comisaría. Y de cómo pude contemplar la llegada de aquella camioneta destartada, marca Ford (este dato lo comprobé al salir del café), color naranja al que se asomaban unas deformes manchas de óxido. Pude ver cómo aquel vehículo chocaba con la boca de riego para bomberos. Cómo el agua salió disparada como intentando llegar al cielo para aclarar el celeste eléctrico que aquella mañana lucía aquel techo infinito al que me gustaba mirar porque me obsequiaba con una magnitud de

colores que hacían el delirio de mis sentidos. Recordé que una vez le pregunté a mi padre: <<Papá ¿Dentro del cielo qué hay?>> sin embargo no recuerdo su respuesta.

Sí, pude comprobar en el acto cómo los ocupantes del automóvil salían de él como si nada hubiera ocurrido. Cómo se dirigieron a la comisaría, cómo desaparecieron de mi vista tras la puerta. Los vi olisqueando el aire y dirigiéndose hacia el lugar que aquella mañana habían decidido visitar con un fin en común. Aquel día, mientras ellos se acercaban por el pasillo hasta la oficina del sheriff, yo no sabía que acababa de comenzar mi aventura. Aquellas narices, las de Abundia y su nieto Aéreo eran las que pude ver tras el cristal de la puerta de mi humilde oficina poco antes de que hicieran acto de presencia sus portadores.

Sí, recordé el día en que yo había quedado con el marido desconfiado: yo me dirigía, tras aceptar los honorarios y el trabajo, a espiar a la esposa del tal Licinio, tan sólo pronunciar ese nombre me da escalofrío.

Sí, aquella mujer, la de aquel hombre pequeño, por estatura, pero incluso así era más alto que yo, sin embargo era un gran hombre de negocios, propietario de una cadena de tiendas de decoración y de otra de venta de artículos dirigidos al mundo de la automoción. Aquel hombrecillo desconfiado tenía dos cadenas de tiendas y vendía y vendía y estaba amasando una fortuna con la venta, sobre todo, de los artículos que se vendían destinados al mundo del motor.

La señora de aquel Licinio, no el que tenía ministerio, sino el emprendedor nato que triunfaba en la vida, era una mujer increíblemente atractiva, su belleza era desbordante. Me pregunté qué había encontrado ella en aquel esmirriado hombrecillo. Lo sabría algo más tarde y tendría el privilegio de escucharlo de sus propios labios. La verdad que yo también hubiese sentido celos de aquella mujer y es que no era para menos. Sin dudarlo le hubiera echado un par de polvos que con toda probabilidad a ella le hubieran parecido insuficientes. Podía verse en la mirada de aquella mujer que era una insaciable, sin llegar a la ninfomanía, en el sexo y que para ella los hombres no servían para otra cosa que para devorarlos, quizá fuese como una mantis santateresa.

Así que me dirigí aquella mañana a cumplir con mi obligación. Y fui a la dirección que mi cliente me había dado. Allí estaba yo. Una plaza con cuatro o cinco árboles donde en el centro jugaban Las tres gracias con el agua de la fuente en la que estaban instaladas. Me llamó la atención el detalle de aquella escultura, que más bien diría yo que el escultor no había visto nunca a Las tres gracias, si realmente eran ellas a las que había querido esculpir, lo de Las tres gracias lo supe por la placa que hacía la aclaración, imagino que de lo contrario, jamás se hubiera sabido que aquellas formas asemejaban a las mismas. Pero en el campo de las artes ya se sabe, ha habido de todo y por supuesto los conceptos para poder explicar o dar un sentido a algunas obras, se hacen obligatorios porque de lo contrario yo o cualquier neófito los definiría como puras y simples ocurrencias, opinión ésta que sólo puede producir la ignorancia. No vamos hablar de arte, aunque las curvas que tenía la mujer de Licinio eran verdaderamente artísticas. Qué hubiera dado Miguel Ángel por tenerla de modelo.

En fin que allí estaba la plaza con su fuente y sus gracias y aquel edificio de construcción moderna rodeado de una parcela de césped donde algunas parejas se azoraban en abrazos, arrullos y arrumacos; donde algún vagabundo había instalado su casa de cartón para que así pudiera comprobarse que las diferencias sociales existen y que aquel hombre con casa de cartón tenía el beneplácito de los propietarios del edificio para poder recordar que ellos estaban en la cima. Al menos eso es lo que yo pensaba en aquellos momentos.

Me senté en un de los cinco bancos que miraban al edificio como si estuvieran colocados así para hacer más fácil la contemplación del suntuoso armatoste creado por un arquitecto de moda según su criterio de la belleza y el poder.

Esperé durante toda la mañana. La mujer de Licinio no apareció. Qué cómo iba yo a saber quién era. No podía haber nadie más en el mundo que llevase siete perritos de esos que parecen ratas y que se apeara de un mustang de color amarillo chillón. No, no creo que en el mundo hubiera dos personas como ella. Y además que su querido marido le había hecho todos los honores cuando me la describió. Que no puede pasar desapercibido un ser así. Pues sí. Éste a mí se me escabulló. No sé si detectó mi presencia por ser demasiado

precavida. El ladrón siempre toma sus precauciones antes de cometer un delito. El caso es que aquella mañana di por acabada mi jornada de espionaje y decidí ir a comer al magnifico bar donde disfrutaba de aquellas elásticas patatas y aquellos filetes chiclosos además de salir de allí bien perfumado para el resto de la jornada.

Sería a los dos días de estar allí apostado, como un cazador en su puesto esperando que pase la pieza para darle el tiro certero y acabar con ella, cuando la señora apareció y fue cuando descubrí que la realidad era mucho más generosa que las descripciones que de ella me hiciera su enamorado y fiel esposo.

Lejos estaba de ella, al menos en aquellos momentos, la indiscreción. Se comportaba con una sospechosa normalidad. No bajó de un coche amarillo chillón, ni llevaba aquella jauría de perros ni guardaespaldas. Apareció sola. Bajó de un taxi. En la plaza sólo estábamos el propietario de la casa de cartón y yo que me había ocultado, para no romper con los tópicos, tras un diario informativo, cuyas páginas en su total apertura me cubrían casi entero, por ser yo como ya he dicho antes un tanto pequeño.

Qué sorprendente fue ver a aquella mujer de metro setenta aproximadamente con aquel cabello, que incluso llevándolo recogido, se adivinaba extraordinariamente largo de un color azabache propio de un caballo árabe. Raza. Pura raza era lo que había en aquella mujer. Iba tocada con un gracioso y simple sombrero de paja color anaranjado a juego con unos zapatos de tacón donde prevalecía el naranja. El color de su piel se asimilaba al de las pieles de los indios aborígenes de aquella tierra, con toda seguridad por las venas de aquella mujer corría alguna parte de sangre india, se diría que era una mestiza en la que la belleza salvaje se le había quedado grabada como un tatuaje. Y lo que más me sorprendió fue el color de sus ojos, los que en esa ocasión no pude ver porque iban ocultos tras unas gafas de sol de color marrón; los vería más tarde y sería la mirada de sus ojos verde esmeralda la que iba a descomponer mi existencia, al menos la de aquellos momentos. Por lo demás decir que su cuerpo tenía, a simple vista, las medidas de una modelo perfecta, de esas que yo había visto en las revistas y de las que siempre había dudado de su existencia. Lo más cerca que he estado de una mujer bonita, aunque no haría justicia a la belleza de Ángela,

que era el nombre de la esposa de aquel que lucía un bigotito como una hilera de hormigas por encima de la comisura de su labio superior, fue en una noche que estuve invitado a una de esos congresos en los que un montón de tipos que ejercíamos la misma profesión nos reuníamos para intercambiar conocimientos y nuevas técnicas de investigación. Aunque los nuevos avances en la investigación privada se terminaban desluciendo o empañando por borracheras y líos de faldas que era lo que realmente, según marcan los cánones establecidos, íbamos a buscar en los congresos detectivescos.

Bueno, fue en aquel congreso cuando estuve cerca de una maravillosa mujer, era ésta una azafata que el organizador había contratado y tenía la función de sonreír como una idiota al entregarnos los programas de actividades organizadas. Que tuviera cerebro aquella criatura es algo que no pude comprobar, tampoco era algo que preocupase a nadie, lo que sí me hubiera gustado comprobar qué tipo de pechos se ocultaban o mejor dicho se dejaban entrever de un modo erótico y provocador bajo su blusa. No pude ni una cosa ni la otra porque la chica estaba liada con el organizador del evento, era éste un detective que al descubrir que su profesión no le iba muy bien se dedicó a organizar dichos congresos y como este país es grande y hay muchos detectives, a Alfredo Costa, que era como se llamada el tipo en cuestión, le vino al pelo el convertirse en organizador de aquellas fiestecitas que todos, o la gran mayoría de nosotros, aprovechábamos para desquitarnos de la rutina detectivesca con la que nos mal pagaba la vida. Unos limpiaban sus sables, hablando en un lenguaje soez y vulgar, otros nos conformábamos con hacernos pajas pensando en las tetas de las lindas azafatas, las cuales se reservaban para los más privilegiados, amos ellos de tarjetas donde brillaba el color dorado como si se tratase de oro.

Eso era lo más cerca, como ya he dicho, que he estado de una bella mujer, y entonces cuando vi a la mujer de Licinio bajar de aquel taxi mis ojos no daban crédito a lo que estaban viendo, a pesar de la buena descripción que me hizo mi cliente de su queridísima mujer. No, no daba crédito y allí me quedé observando tras las páginas del diario viendo cómo la mujer se dirigía hacia el propietario de la casa

de cartón y le entregaba un buen fajo de billetes. Qué tenía delante de mis narices, a una Teresa de Calcuta, a una <<my lady>> como la que fue esposa del príncipe de los ingleses que terminó estampada contra un muro de hormigón en un túnel de la glamorosa Francia para ser más exactos en el bohemio París, cuna de artistas y genios.

Puede que fuese una mujer matadora, devoradora de hombres, pero aquel gesto me descolocó. El propietario de la casa de cartón se deshacía en elogios por lo que pude entender de sus gestos, pues éste casi besaba el suelo con las reverencias que le hacía a la caritativa dama. Luego de haber realizado su acto de caridad con el dinero que los negocios de su marido ganaban, la caritativa mujer siguió su camino y se introdujo en aquel edificio. Ahí ya no pude averiguar más. Era imposible colarse en el interior de aquella construcción tan moderna. Algo que chocaba con el resto de las casas del pueblo, construidas, éstas, al modo más conservador y tradicional.

El edificio en cuestión estaba vigilado por dos señores que lucían impecables trajes del mismo color, que ahora no recuerdo cuál, pero sí puedo recordar que eran exactamente idénticos y lo más seguro hechos a medida por el mismo sastre, o he de decir, diseñador de moda. Porque aquel edificio era propiedad de un arquitecto famoso por sus extravagantes y modernas construcciones, cosa que descubrí días más tarde, pero vayamos a los hechos. Además de los tipos impecables vigilaban aquella entrada unas cuantas cámaras que cubrían todo el hall y el exterior del edificio, incluyendo jardines. Así que aquel día no pude averiguar nada. Tampoco averigüé gran cosa de las visitas de Ángela a aquel lugar, no obstante ocurriría algo que como ya he dejado caer, me traería de cabeza algunos meses.

Me las ingenié para poder tener acceso al edificio, sobornando a uno de los vigilantes que me dio una vaga información de la señora y de lo que venía hacer allí. Parece ser que en el edificio había una planta dedicada a viviendas y que allí vivía su hermano, al menos eso era lo que el guardia me contó, y ella lo visitaba un par de veces en semana, le estaba costeando la vida al supuesto hermano, que según el sobornable portero era escritor y como tal no le iban muy bien las cosas; y ahora que lo pienso no he leído mucho, pero cuando lo he hecho tengo como costumbre leer la biografía del autor que estoy

leyendo, y por regla general, hay excepciones, pero la gran mayoría o eran unos borrachos(as) empedernidos(as) o unos drogadictos(as) que acababan sus días, suicidándose u olvidados y en la más absoluta miseria para ser, a título póstumo, reconocidos como los grandes escritores de la literatura universal de su tiempo, y es que no puede existir más cinismo ni hipocresía en este mundo.

El guardián de aquel edificio tenía la boca grande, pero costaba buen precio, y presumía de tener una de las novelas escritas por el susodicho firmada por él mismo. <<No hay quién le compre un libro>> dijo aquel tipo alardeando de tener la información de primera mano. En el mundo existen tipos que se vanaglorian de saber cosas, claro que para poder sentirse satisfechos y presumir de ello no tienen más remedio que contarlas, lo que ocurre que en la mayoría de los casos, estos individuos no dudan en poner algunos adornos de su parte con lo que la verdad no es del todo creíble y tener a un confidente de ese tipo no es del todo fiable. El caso es que ahora podía al menos hacer suposiciones de aquella historia y si no averiguaba más le contaría a Licinio lo que había descubierto, yo le pondría algo de imaginación y así quedaría éste satisfecho y tranquilo, por que no iba a tener celos de su presunto cuñado.

Lo que ocurre que Licinio no se conformó con mi información y me dijo, una semana más tarde:

-Señor Leopoldo, no ha descubierto usted nada que yo no supiera, creo que no voy a pagarle el resto de la tarifa.

Eso me sentó como un jarro de agua fría, que no iba a pagarme el resto de los honorarios,

-Ya estamos- dije un poco alterado.

-No se me altere Leopoldo- respondió el bigotito y siguió con su teoría. -Mire usted no sabe que ella ha podido descubrirle y por ello ha comprado al vigilante para que le contase lo que ella quería que usted y yo oyésemos, y sabe por qué le afirmo esta apreciación, porque señor Leopoldo, si un hombre tiene un precio lo único que hay que hacer para saber más es subir su caché.

-No me diga que usted me ha pisado el terreno- le dije porque me estaba dando cuenta que aquel tipo bajito y con aquel bigotito me estaba dando la vuelta.

-No le estoy pisando ningún terreno, lo único que hago es salvaguardar mis intereses y mis propiedades y entre ellas, como usted habrá adivinado, se encuentra Ángela.

De este modo se dispuso a marcharse y yo le pedí que me diera algo de tiempo y le traería buenos resultados o al menos más satisfactorios que los que había traído en esta ocasión.

-Imagínese señor Leopoldo- me dijo mirándome con sus ojos pardos-, que ella no me está siendo infiel y descubre mi desconfianza al descubrirle a usted, sabe lo que ocurriría, me dejaría y se quedaría con todo lo que poseo y qué gano yo con arriesgar mi pequeño imperio al conceder a un tipo como usted otra oportunidad. No amigo, no me merece usted más confianza.- Diciendo esto salió de mi pequeño despacho que encogió en el momento que aquel hombrecillo cerró la puerta tras de sí. Fue menguando la mesa, el armario con sus desencajadas puertas, la mesa de Calíope, el flexo que había sobre ella, la máquina de escribir, la ventana que daba al patio interior se quedó sin luz y se convirtió en un agujero negro. Calíope no se hizo más pequeña por razón de no encontrarse en esos momentos en el despacho, había salido para buscar unos cafés para nuestro cliente y para nosotros. Cuando regresó, pude verla allí en la puerta de entrada con tres tazas en la mano de donde salía una línea de vapor de café que llenó la estancia con su peculiar aroma. Y entonces me pareció la mujer más grande del mundo, con sus largas piernas y su pelo afro y sus pantalones de campana de un color estridente, con collares de flores secas o de plástico, no sé, pero yo estaba allí un tanto turbado. Ella inmediatamente se percató de mi estado de ánimo y con una simple y llana sonrisa se acercó, colocó las tres tazas humeantes sobre la mesa y sin mediar palabra como si ella tuviera el don de la videncia, me consoló.

-No te preocupes Leo.

Primero puso su brazo sobre mi hombro, luego fue acercando sus mejillas hasta rozar la mías y así hasta que sus labios se pegaron a los míos con una fuerza increíble que los convirtió en inseparables por un buen rato, rato en el que su lengua estuvo pugnando, con la mía, por ganar el cielo de una boca que no era suya ni mía. Parecían seres desterrados luchando por volver a encontrar algo parecido al lugar del que habían sido expulsados.

Yo soy un hombre que no suele darse por vencido con facilidad, tanto que algunas veces la terquedad me nubla la razón y no doy pie con bolo. Así que si aquel tipo no me pagaba, yo por orgullo tenía que averiguar qué era lo que aquella mujer hacía en aquel lugar, además de lo que ya había averiguado con mis propios ojos. Y así lo hice. Fue al día siguiente, antes Calíope se encargó de hacerme olvidar por toda una tarde mi indignación. Sí, fue una tarde ardua de sexo y las paredes y mobiliario del despacho pudieron contemplar la peculiar danza que mi secretaria y yo danzamos. Parecíamos la una y media. Nunca habría pensado y menos creído que aquella mujer pudiera guardar bajo aquella apariencia de castidad tanta lujuria.

Al día siguiente volví por la mañana al café donde había estado yendo varias semanas, las mismas que hacía que lo descubrí. Me senté en el mismo lugar, parecía que alguien inexistente me reservaba aquella mesa junto al ventanal, desde el que podía ver la entrada de la comisaría con total claridad.

Mientras disfrutaba de aquel espeso chocolate y de los donuts recién hechos, recordé la mañana anterior y los sucesos acaecidos en la misma. Di un último trago al chocolate, un último bocado al segundo y último donut y esperé a que el retortijón se produjera, no hubo transcurrido un minuto cuando allí se presentó. Y como ya sabía el tiempo que tardaba en recorrer la distancia que me separaba del excusado o baño o retrete, me dispuse a recorrerla. Tuve que detenerme una vez por aquello que el retortijón me apretó con tal fuerza que me dejó casi inmóvil. Aguanté estoicamente y de tres pasos me encajé en el retrete. Sentado en la taza se me ocurren a veces ideas esperpénticas, y ahora que caigo, cómo podemos llamar inodoro a un lugar que apesta por regla general. Allí pienso por ejemplo: que en qué nos diferenciamos unos de otros, los reyes o miembros de la realeza, los de arriba, arriba y arriba y allí estaré para rendirle cuentas a quien corresponda y toda esa chusma que completa al resto de la humanidad. Sí qué coño nos diferencia, qué privilegios tan injustos.

Voy a escribir un artículo que leí y que me impactó y que siempre recuerdo en el excusado cuando dejo mis miserias al libre albedrío de su propio destino tras pulsar el botón de la cisterna.

<< ¿Qué está pasando papá? ¿Qué ruidos son esos?

Éstas y muchas más preguntas le hacía un niño de siete años a su padre, cuando el cielo se encendía y las bombas cortaban el silencio como una saeta. ¡Papá, Mamá! ¿Por qué nos vamos de la casa? ¡Mamá! ¿Puedo llevar a Toby con nosotros?

Toby no puede venir, allí a donde vamos será difícil encontrar alimentos para nosotros, déjalo aquí, así podrá cuidar la casa y cuando volvamos todo estará como antes.

La familia cogió todo lo que podía llevar consigo y se echaron al monte, poco a poco se fueron reuniendo con miles de familias que como ellos huían del terror y de la muerte. Los ancianos miraban hacia atrás y en sus ojos corrían las lágrimas de la desesperación como ríos violentos; dejaban atrás toda una vida, todas sus pertenencias, dejaban su pasado, sus vecinos muertos a tiros por no haber salido a tiempo en busca de una libertad efímera, de un derecho a la vida, que se les negaba en su propia tierra. Allí, donde crecieron y lucharon para poder conservar sus pequeñas tierras, sus casas que ahora ardían tras ellos, allí donde enterraron a sus padres y a sus amigos, allí donde vivían el día a día como en cualquier lugar del mundo antes de que comenzara la persecución, antes de que unos señores, que ni siquiera conocían, decidieran hacer una limpieza étnica, una atrocidad incomprensible, una barbarie de tal magnitud, que no tenía respuesta en sus mentes de personas humildes.

Sólo los tiranos pueden justificar la masacre, tanto los de un bando, como los de otro. Unos por erigirse salvadores del mundo gastando miles de millones en bombas y en armas para la guerra cuando, probablemente, esos miles de millones repartidos entre los pueblos afectados por la barbarie contribuirían a una paz más saludable para todos. Y los otros, en este caso los malos de la película, por erigirse en limpiadores de razas, creyendo que sólo ellos tienen el derecho a disfrutar la tierra de la que pretenden exterminar a cualquier ser que no sea de los suyos.

¡Papá! Estoy cansado, tengo hambre, tengo sed, ¿cuándo vamos a llegar? ¡Papá! Tengo frío. El sol caía en el horizonte como cualquier tarde, pero no era una tarde como aquellas en las que se reunían todos en el porche de la casa y contemplaban el atardecer con alegría.

El sol caía y sin embargo, las miles de familias desheredadas de sus tierras no lo contemplaban como lo habían hecho durante tantos años, porque el sol esa tarde era el ocaso de sus vidas>>.

Mientras miles de personas miraban en sus televisores el estado de la guerra, miles de personas se preguntaban por qué. ¿La guerra es cuestión de orgullo? Porque al parecer ni los “buenos” ni los “malos” se bajan del burro y los que sufren reciben la noche con las preguntas sin respuestas.

<< ¡Papá! Tengo frío. Se oían miles de llantos en la oscuridad de la noche y las estrellas ya no alumbraban lo mismo para los desesperados en el destierro de sus vidas. ¿Por qué?>>

Entonces termino mi acto fisiológico y me siento más animal que nunca y vuelvo a la civilización al pulsar el botón de tan sofisticado elemento, la cisterna, que nos libera de nuestras propias excrecencias convirtiéndonos en seres limpios y saludables.

Y luego recuerdo a Ángela y recorro sus caderas en mi fervorosa imaginación y una y otra vez ella se entrega a la lujuria de mis besos y entonces descubro que mi mano izquierda ha asido mi pene y sube y baja apretando de tal modo que el glande se me ha puesto morado. No siento vergüenza alguna y sigo con la tarea por extravagante que parezca, acabo de tener, lo que para las mujeres en su gran mayoría no pudieron tener porque sus maridos iban a lo suyo, lo mismo que en el mundo en el que vivimos, dos eyaculaciones y una satisfacción orgásmica porque en el acto de la defecación también se produce un placer increíble. Así que termino las faenas, intento limpiarme tanto lo uno como lo otro y qué creen que ocurre, lo de siempre, no hay papel. Este si que es un topicazo. Podría haberme ocurrido que al ir yo a coger el papel alguien empujase la puerta, aclaro que no tiene cerrojo que pueda impedir el paso, y me diera con ella en las narices, que aunque yo estuviera en cuclillas al caso es lo mismo porque mi nariz llega a la altura del pomo de la puerta. Y de este modo me veo tirado por el suelo y en la puerta no hay otra persona que la mismísima fuente de inspiración que minutos antes me estaba ayudando a desahogar el interior de mi escroto.

<<No le iba yo a escatimar esfuerzos>> dijo aquella mujer cuando me vio en tales circunstancias y no pude ver en ella ni asomo de

asombro y con la cara de quien ha estado viendo a tipos como yo en retretes como este durante toda su vida añadió:

<<Lo mejor será que le eche una mano>> dicho y hecho. Allí estaba la mano de aquella ardiente mujer que me demostró momentos después lo que vale un peine en el campo del sexo, no es por menospreciar a mi linda Calíope ni mucho menos pero he de ser honesto a Ángela no había mujer que le echase la pata en cuestiones sexuales, de eso doy fe. Así que tras retozar casi media hora en aquel infesto baño, decidimos salir cada uno por su lado.

Y ella dijo que fuéramos al baño de mujeres y yo le dije que era mejor dejarlo antes que nos pillaran, esto era una atroz mentira, no tenía yo miedo de que nos pillaran lo que ocurre es que un hombre poco acostumbrado a los placeres de la carne, como diría cualquier miembro de la iglesia, no podía permitirme quedar en mal lugar. Porque o fue todo un teatro el de la señora de Licinio o se lo pasó en grande corriéndose cinco veces en el tiempo que yo me vine, como dicen los mexicanos, dos. Poco antes de salir y quedar separados ella me citó para el día siguiente.

<<Ya sabes donde>> me dijo y con un gesto de sus carnosos labios salió contoneando sus lindas caderas. Mirando aquel maravilloso balanceo casi me mareo. Salí y pagué mi purgante desayuno.

En la calle estuve mirando el lugar donde la mañana anterior había estacionado la camioneta y recordé el pequeño revuelo que habían organizado los dos personajes de grandes y similares narices aguileñas. Como no tenía nada que hacer hasta el día siguiente en que había quedado con Ángela decidí caminar y recorrer la parte de las afueras de aquel pueblo, de una sola calle, que llevaba tiempo sin visitar. No es que estuviera demasiado lejos, no. Tres casas más y llegas junto al edificio, allí todos lo llamaban el edificio porque era el único que existía en aquella aldea pueblo, bueno pues pasas el edificio donde yo había ido a espiar a la esposa de aquel hombre ridículo y ya estás de lleno o de bruces, como fue mi caso, en el campo. Digo que fue de bruces porque como iba mirando la parte de atrás de aquel edificio no me percaté del socavón que había justo en el punto donde se acababa el pueblo y comenzaba el campo y zas, que caí de narices y menos mal que yo no tengo una nariz como los personajes de la camioneta anaranjada óxido que si no estaría aún

hincado como un poste en el pequeño huerto de la familia Suárez. Me había puesto perdido de barro. Había llegado a la hora en que los Suárez regaban el huerto. No lo hacían personalmente sino que tenían un sistema de esos que automáticamente se pone en marcha y como no fuera suficiente con el barro que tenía por la parte delantera de mi cuerpo fui regado con una lluvia enviada al aire por unos artilugios que los lugareños llamaban periquitos. Así que el paseo fue un tanto húmedo, recordé otro momento también húmedo, pero no me importaba, para un héroe como yo que había conseguido lidiar en cuestiones de sexo con una mujer como aquella, lo del barro y el agua era una nimiedad, absolutamente nimio, agradable incluso.

La mañana se fue acercando a su cenit y yo estaba ya seco cuando decidí sentarme y contemplar una vacas que pastaban en la granja del sheriff Cesáreo. Era idílico el paisaje, nuevamente me recordó a aquel pintor, que no sé por qué está en mi mente con tanta insistencia, será que fue una de las primeras exposiciones que vi cuando llegué a este país. Pero cómo no, ya llevo divagando un buen rato.

Estando yo en esos pensamientos vi llegar al sheriff en su flamante Cadillac dorado. Vi su melena mecida por el viento que entraba por la ventanilla abierta donde el sheriff apoyaba sus fuertes bíceps y tríceps. Las vacas, como si lo conocieran, que con toda probabilidad así era, comenzaron a mugir y poco a poco aquellas cuatro vacas se fueron acercando a la casa. Una bonita casa de madera pintada en gris y blanco con un tejado de color negro y un porche donde se mecía una mecedora con el viento y donde ladraba una perrita que no era ni más ni menos que la pequeña Bush júnior. Y vi bajar del coche al hombre y vi la melena caer sobre sus hombros y a la perra correr a su encuentro. Y al poco él se percató de mi presencia, aunque lejana, y me agitó su mano en indicación de que me acercase. Y así lo hice. Tomamos café y unas pastas secas de tres días y entonces me habló de los personajes de la Ford destartalada óxido naranja y me dijo que les había dado mi dirección para que yo les hiciera un encargo. Le di las gracias y tras una intensa charla de cosas triviales por lo que no pudo ser intensa, sino todo lo contrario, pero digamos que tras charlar un par de horas de todo y de nada me

despedí de él. Me invitó a quedarme a comer y yo le dije que no podía. Se ofreció para acercarme al pueblo, que no estaba a más de un kilómetro o a menos de una milla y yo le dije que me apetecía caminar.

Y ustedes se preguntaran qué hacía un detective en una aldea pueblo como aquel y yo les responderé que eso mismo pensaba yo. Qué hacía allí si apenas podía comer. Era el aire que se respiraba todo calma y paz por todos los rincones, no había ruidos, no había molestias, y, bueno, estaban los grandes centros comerciales a un par de millas que acogían a todos los paletos de veinte millas a la redonda, qué más quería, podía incluso trabajar en diferentes pueblos y evidentemente en casos distintos, ya se sabe que a veces en los lugares más pequeños y remotos ocurren las más atroces perversidades y allí es donde un hombre como yo debe estar. ¿Aclarado éste punto?

Decía que pude ver las narices de los dos personajes tras el cristal esmerilado, digamos entonces que lo que vi fue la sombra de aquellas narices. Y luego de estar allí detenidas durante un buen rato, como dudando si entraban o no, la puerta crujió como siempre lo había hecho cuando alguien la empujaba y allí se presentaron abuela y nieto.

Estando dormido en aquel confortable sillón, mi subconsciente hizo un recorrido por los hechos anteriores. Bajé del coche. Sudaba y era evidente que no era por el calor pues ya he dicho que el termómetro del coche marcaba veinte bajo cero en el exterior. Me dirigí a la caseta. La niebla se disipó pero yo apenas me di cuenta, tenía frío y sudaba. Puse mis delicados zapatos sobre el suelo del porche, la mecedora parecía haber sido abandonada segundos antes de mi llegada, cosa ésta improbable pues quién iba a estar allí sentado con el frío de perros que hacía. El movimiento no era otro que el producido por la leve brisa que soplaba y que era la responsable de empujar la niebla hacia el oeste o al sur, no estoy seguro.

Desperté de un salto. Un ruido me sacó del confortable sueño en el que me había introducido. Una línea de luz se filtraba por la ventana redonda y fue esa línea la que dibujó el contorno de una silueta y el rasgo que en la sombra se adelantaba era el mismo que el

de los que me habían enviado allí. Una nariz aguileña. Ésta era incluso más pronunciada y en su parte intermedia se arqueaba y luego se abría hacia la parte donde dos grandes agujeros enseñaban un pelambre de negrura imperfecta. A juego, en las orejas grandes, dos pelambreras de pelos como alambres. No podía ser otro que el primero de aquella saga, al menos en aquel país, sí, era como me lo habían descrito. Una nariz pegada a un hombre o érase un hombre a una nariz pegado que escribió Quevedo en aquella oda a la napia. Sí, aquella era una napia digna de la oda de aquel escritor. Y aquella protuberancia me miraba, bueno mejor vamos a decir que me olfateaba y los ojos como los de un chacal me miraban sin sorpresa alguna.

-Hacer preguntas presumiblemente idiotas, trae con toda razón respuestas, evidentemente, estúpidas- fue lo primero que se me ocurrió decir ante aquel anciano y ante aquella real nariz.

-Usted lo ha dicho, si lo que quiere es repostar después del descanso evidente, será imposible hoy, el camión no llega hasta mañana. Por el contrario, si su auto es de gasoil le puedo vender unos diez litros. No hay aceite ni nada que se le parezca. Así que ahora ya lo sabe, hasta mañana no podrá repostar cuando esta estación de servicio vuelva a ponerse en marcha.- Dicho esto el Abundio inicial salió por la puerta trasera de aquella caseta sin mediar ninguna palabra más. Yo me quedé allí intentando asimilar qué era lo que me había llevado hasta aquel lugar en el culo del mundo. Al menos a mí me había llevado allí el encargo de Abundia y Aéreo pero qué es lo que llevó a Abundio a aquel desolado paisaje.

Me levanté del sillón y me acerqué a la puerta trasera de la caseta y por un momento no di crédito a lo que estaba viendo. Un oscuro bosque donde se perdían los rayos del sol buscando rincones en sombras, un extraño bosque que como un muro se levantaba indicando que de penetrar en él no estaría uno exento de peligros. Decidí ir a la parte delantera donde la noche anterior yo había dejado estacionado el coche. No digo mi coche porque ya saben ustedes que carezco de ese tipo de propiedades. Era uno alquilado por Abundia y Aéreo para que pudiera llegar hasta el lugar en que ahora me encontraba. Allí estaba en el mismo lugar que lo había dejado y cerca los tres surtidores de color rojo que parecían vigilantes en vela. Sí,

una hilera de tres surtidores rojos y en el letrero además del nombre de la estación de servicios y aquella frase o slogan sobre ambas volaba un brioso *Pegaso* en el que el héroe Perseo montado en él fue a libertar a Andrómeda y que en este caso no era más que el emblema de los carburantes que allí se expendían. Pero dónde había visto yo aquella misma o parecida imagen. Y junto a uno de los tres surtidores estaba Abundio trasteando o limpiando porque los viejos surtidores brillaban de limpios.

Y la carretera que se perdía en el bosque que tras la curva se adivinaba tenebroso.

Cómo había venido yo recorriendo todas aquellas millas sin ver ni un solo árbol, nada más que aquella extensa y árida llanura y allí en un mismo lugar se concentraba un tupido bosque de pinos. Todo aquel paisaje se me antojaba melancólico y sentí cómo mi consciencia se paralizaba y el mundo que tenía ante mis narices parecía perder su sentido y entonces la realidad se vio empañada por aquella ensoñación.

Sería por la tarde una vez el crepúsculo estaba llegando a su final cuando yo sentiría verdadera melancolía y tristeza al recordar a Calíope que estaría en esos momentos acompañando a algún cliente o atendiendo las peticiones de los que ya eran nuestros clientes, Abundia y Aéreo. Pronto el sol se perdió tras la línea del horizonte que se hizo, con la oscuridad, inescrutable y entonces aquel bosque se convirtió en un verdadero agujero negro por el que yo no estaba dispuesto a pasar. La carretera se confundía con el negro de su asfalto que ahora lamían las ramas de aquella maraña de árboles. El intenso azul del cielo se convirtió en un verde aún más infranqueable.

Pero vayamos por partes y contemos por qué estaba yo allí en aquel lugar que, sin saber por qué, me recordaba a la alienación de los hombres o al desarraigo, que sufrían en aquel país, a las costumbres o todo lo contrario.

Estábamos en que las dos narices y con ellas su propietarios, por una inequívoca ley que los unía, se atrevieron a cruzar la puerta que chirrió cuando estos la empujaron con suavidad y el chirrido fue lento y monocorde. Con ese sigilo como evitando no hacer ruido los persiguió el sonido, al que ya Calíope y yo estábamos más que acostumbrados y cuando ya estaban en el interior solicitaron permiso

como el niño pequeño que primero actúa y luego pide autorización para justificar dicha acción que puede ser en la mayoría de los casos convertida en fechoría por la actitud que los adultos tomamos ante la misma.

En fin, que los dos seres dotados de inmensas y agradecidas narices solicitaron permiso para pasar una vez que ya se encontraban dentro.

-¿Podemos pasar?- preguntan casi al unísono pero hay una diferencia de tiempo que hace que suene la misma frase en diferente tono y voz como lo hace el eco.

-Sí, adelante- les digo yo con prepotencia, no obstante ya conocía la existencia de aquellos dos y sabía que me iban a visitar.

Se acercan a la mesa, a mi mesa o a la mesa en la que yo suelo trabajar o divagar que a veces es incluso más fatigoso que el propio trabajo y se detienen delante de ella. Me miran como si yo fuera del servicio técnico o de limpieza y luego miran a Calíope como pidiendo que ella les diga si en realidad están ante el que lleva sobre sus espaldas el nombre que brilla en la placa que hay en la puerta. Calíope que es una auténtica observadora y tiene una intuición increíble entiende la pregunta sin palabras y se limita a afirmar con un movimiento de cabeza y luego hace un gesto como diciendo que qué le vamos a hacer.

-Siéntense- los invito a tomar asiento en dos sillas que hay delante de la mesa de trabajo.

-No es necesario- me responde la anciana.

-No, sólo estaremos un segundo- dice el joven.

Yo no digo nada pero pienso que quien hace las cosas en unos segundos o quien cuenta una historia tan rápidamente no puede solucionar nada ni negociar algo. Me viene a la memoria una ocasión en que una ministra de asuntos exteriores hizo un recorrido por diversos países, en cada uno de ellos mantuvo una entrevista, con los presidentes de los mismos, que duró una media hora, qué se puede plantear en tan poco tiempo y menos arreglar. O dicha ministra ya tenía los deberes hechos y la oferta clara y sin esperar ni mediar palabra la hacía y se largaba, pero eso sí, antes se hacía la correspondiente foto. Pues eso, que qué me iban a contar los pendejos en unos segundos. Nada.

-Como quieran- les dije algo más cortés de lo que acostumbro y es que no estaban los tiempos para elegir mucho que digamos.

Calíope se levanta y se acerca a mí. Coge papel y lápiz y se decide a anotar lo que estos personajes van a decir.

-Hijo siéntate tú, yo me apoyaré sobre el respaldo de la silla que te acoge- dice la anciana y poniendo su mano sobre el respaldo del asiento se queda mirándome fijamente. Toma una profunda bocanada de aire que simula un suspiro cargado de emoción y se infla para desinflarse, segundos más tarde, como un globo.

Estoy lleno de prejuicios. Adquiridos en mi entorno, primero el familiar y más tarde el social. Sí, no hay acontecimiento en la vida, la mía, que no sea perjudicial para mi salud mental. He de sumar a ese cúmulo de prejuicios existentes en mí los prejuicios con los que siempre estoy valorando a los que me rodean. Me eduqué en un mundo lleno de problemas humanos, diría mejor que es un mundo donde los humanos nos dedicamos a crear dificultades y a hacer que la vida esté llena de vicisitudes. Quizá porque la gente estaba ociosa y con ello se aburría y se dedicaba a ponerle pegas a todo. Que si aquello es tal o cual, que si ella no hacía lo correcto, que si él andaba de mal en peor. El caso es que me eduqué en un mundo egoísta donde todos iban a lo suyo. Tuve que sufrir sobre mis carnes, sobre mi mente, el descalabro de la ruina. Creemos que porque somos occidentales y vivimos en una democracia no nos va alcanzar jamás la desgracia, eso es un efecto que vemos lejano y que nos es ajeno porque los medios de comunicación y los gobiernos de occidente se han encargado de exportar los conflictos y sus consecuencias a otros países, mundos que parecen no tener que ver con el que habitamos.

Cuando digo la ruina me refiero a encontrarme sin nada que llevarme a la boca y sumido en los efectos que produce la desolación del fracaso, con la ilusión por los suelos y la esperanza escondida en el rincón más alejado de la mente, no sabiendo qué hacer o cómo salir adelante y claro recurriendo a los seres más cercanos. Primero se recurre a la familia que en algunos casos suele ayudar pero lo hace más desde lo moral que desde lo económico. Eso en el caso de poseer tan valioso tesoro, escaso en los días en que vivimos. Y luego, evidentemente si se tienen, se recurre a los amigos que salen en desbandada cuando oyen las palabras mágicas; <<estoy sin blanca

podías echarme un cable>> y cuando te das cuenta los que no han tenido el valor de largarse y se han quedado por vergüenza, te están comparando sus circunstancias con las tuyas por lo del agravio comparativo como si así se liberaran del compromiso de tener que ayudar y con ello quedarse con la conciencia tranquila. Pero lo que es una paradoja es que te digan, cuando tú les estás diciendo que no tienes para pagar el alquiler ni para comer, es que ellos con sus dos sueldos no llegan a final de mes y que si ganan tanto o cuanto. El caso es que me he visto en esa situación en varias ocasiones en las que fueron infructuosas las ayudas solicitadas. Que nada que aquí nadie da nada por nada.

Pero qué es lo que yo estoy contando si aquí a nadie le interesa que un pobre detective como yo lo pase mal o viceversa. Contrariedades adquiridas. Desconfianza en mí y en lo que me rodea. Dar un paso y la duda que aparece y me desvía por momentos del objetivo. Lo prejuzgo, lo analizo, sopeso los pros y los contras, pero lo que ocurre es que siempre me veo sumido en contratiempos y alejado de lo provechoso de las situaciones y así me he convertido en un ser odioso cargado de prejuicios. Un cretino y pedante que lucha, en su interior, por no caer en todos los tópicos existentes.

Así que después de haber probado en mil y una, por no decir una cifra concreta, profesión, decidí que me convertiría en detective. Esa es la profesión ideal para alguien tan prejuicioso. Ahí me encontraría como pez en el agua. Indagando, sopesando, dudando, preguntado, sacando conclusiones, juzgando, desvariando y volviéndome loco.

Ya ven cómo se me va la pinza y vuelvo a entrar en el monólogo biográfico. Lo que me ocurre es que, como la mayoría, arrastro un complejo desde la infancia. Mi madre tiene mucha responsabilidad en ello. No digo que mi padre fuera un santo, no. Ninguno de ellos, y quizá eso les excuse, recibieron una educación adecuada; vivieron tiempos duros y lo que primaba era la supervivencia y no adquirir conocimientos culturales, por pertenecer a la clase social maltratada, esclavizada; la misma existe en estos días, aunque hoy se defina como clase media trabajadora, chorradas, esclavos que siguen haciendo posible el alto nivel de vida de los que los explotan.

El caso es que mis padres no podían entender que una persona, sobre todo si pertenecía a esa clase que hemos definido, pudiese

decidir tener una profesión, que a ellos le sonaba a chino. Y esa es una de las razones por las que nunca tuve suficiente confianza en mí. Por lo que cambiaba de trabajo constantemente como si se tratase de una camisa; se me ensucia y me la cambio por una limpia, así era yo en mi vida, hasta que llegué a esta profesión de detective. Siempre me han llamado la atención las personas que han dedicado toda su vida a realizar el mismo trabajo, por no decir, igual recorrido de su casa al mismo y viceversa. Claro que si dedicas el cincuenta por ciento de tu vida a, por ejemplo, hacer trajes, libros, cine, cocina, en definitiva que has dedicado tu vida a ser un profesional en una de esas ramas, qué ocurre con ello, que te habrás convertido en el mejor en tu ramo.

Yo me dediqué más de la mitad de lo que llevaba vivido a hacer de todo un poco. Era un maestrillo, de esos odiosos que son llamados maestros de liendres que de todo saben y de nada entienden, porque no es lo mismo saber leer que entender lo que se lee. Así que mi complejo lejos de disminuir iba en aumento, hasta que encontré como ya he dicho ésta profesión que dignamente, entre comillas, me otorgaba, lo que en las otras no había encontrado, autonomía, libertad de movimiento, nada de un horario estricto, en ésta profesión lo mismo tienes que trabajar de noche o quedarte días enteros vigilando un lugar. Compensa con la libertad de no soportar a un jefe, a uno de esos mequetrefes que se creen que se van a llevar al otro barrio todo lo que en éste han amasado, infelices. La naturaleza otorga a la mayoría de los seres una capacidad de sacrificio ajena a mi entendimiento.

Hice unos cursos en una academia, me dieron, a los seis meses, un título para colgarlo en el futuro despacho y con él se me otorgaba la potestad de ejercer la profesión. Me dieron las gracias tras haberme sacado cinco mil euros por la enseñanza recibida, porque aquí en este jodido mundo todo es un puto *Business*. Ahí es nada. Tú pregunta por ahí y si conoces a alguien que haya conseguido gratuitamente titularse y con ello tener una profesión vienes y me lo cuentas.

Y tuve la placa, mi título, mi autorización para llevar armas y la libertad para inmiscuirme en las miserias de los demás que me contratarían para hacer eso, hurgar en sus yagas, sacar sus lados más

miserables, ese lado que todos ocultamos con miedo y que suele salir a relucir cuando las circunstancias lo exigen.

¿No podían, los clientes, usar su sentido común, si es que lo tenían, o si es que sabían que existía algo así para solucionar sus problemas sin necesidad de solicitar los servicios de un detective o un abogado? No, no podían y por eso existían esas y otras miles de profesiones. Lo mismo que unos iban al siquiátra para que les dijera que todo estaba bien en su cabeza (como decía una amiga mía: “hay que tener la cabeza bien amueblada”), lo mismo acudían a mí.

A estas alturas ya sabrán por qué me abandonaron, con anterioridad he dicho una mujer, pero fueron tres, a pesar de mi apariencia grotesca tuve tres relaciones estables selladas con el beneplácito del registro civil. Divagaba, divagaba y para decirles cómo me había ido el día les contaba cuatro o cinco historias, era mi trabajo, no.

Los otros hablaban de sus trabajos, eso es una deformación, dicen, profesional, y yo digo que eso es estar hasta el cuello y no tener otra vida que la que se compone de trabajo y más trabajo.

Y las estrellas y el resto de los astros visibles en noches claras se colgaron de aquel verde tapizado y enmarcado por una negra recta que lamía las entrañas de algún otro mundo. Se perdió en mis ojos el infinito horizonte limitado por aquel tupido bosque. Quizá en aquel punto existiese una de esas puertas que dicen que abre nuestra dimensión a otras desconocidas, quizá. Quién lo sabía. Los descendientes de Abundio y por supuesto éste. Lo que allí existía sólo ellos podían saberlo.

Al no ser noche intensamente oscura se podían ver los surtidores iluminados por la farola y la carretera que se escondía tras la curva en la maraña de aquel, en apariencia, tenebroso bosque. Minutos antes de que el sol dijera adiós por completo a un caluroso día de verano, caluroso y largo, en la parte trasera de la caseta mitad chapa, mitad madera, se escuchó el sonido de un motor que por lo que pude ver al contemplar que la estación de servicio se iluminaba, era el sonido de un grupo electrógeno que funcionaba con gasoil, apreciación ésta dada por mi olfato, sentido que había recuperado desde que dejara de fumar hacía más o menos un año. Me dirigí a aquella parte en la que se hacía el sonido más estridente por la cercanía del magnífico invento y vi a Abundio que estaba ensimismado en la limpieza de una camioneta de color rojo. Al pasar por la parte delantera de la caseta no miré hacia dentro, el interior permanecía aún en la penumbra, no tuve tiempo de llegar al lugar donde el anciano se encontraba. De repente como salida de las entrañas de la tierra una sombra cruzó desde el porche hacia mi espalda. Pensé en algún depredador nocturno que iba en busca de su pieza y estando en esas cavilaciones sentí un golpe en mi propia cabeza, quizá en esos momentos yo era la presa. Pude escuchar el sonido que hizo el objeto al chocar con mi testa, por él averigüé o intuí que debía de ser algo parecido a una sartén. Tras aquel bong que sonó y se perdió en el eco de la noche, la más absoluta oscuridad se apoderó de todo mí ser. En mi cabeza se arremolinaron un sin fin de imágenes.

Una tarde calurosa. Una plaza de toros. Calor. Risas. Gritos. Un toro negro que luce una cornamenta digna de respeto. El torero corriendo. Polvo de arena en los ojos. Rojo. Sangre. Ocre. Albero. Mugidos infernales. Sangre. Más mugidos. Todo daba vueltas. Giro.

Giro. Una carretera. Un automóvil. Más calor. Sudor frío. Calíope hablando sin parar. Vuelta a la carretera.

Aquel hombrecillo preocupado por su mujer, bueno, por su mujer no, estaba preocupado por sí mismo. Aquella mujer que me susurraba ven sígueme, disfruta. Y Licinio como aquel ministro dando trabajo y esclavizando a los hombres y mujeres del mundo. Rojo. Más rojo. Muerte a los malvados.

Mi dulce adúltera hablándome al oído. Un torbellino. Una caída a un vacío inexplicable. Inconcreto. Infinito. Me sentí arrastrado hasta las entrañas del mundo por una fuerza invencible. Luego silencio. Oscuridad. Nada. Más silencio. Más oscuridad. Un eterna nada. Todas las cosas fueron quedando atrapadas en uno de esos lugares de la mente, o de la memoria y mi mente quedó liberada, por primera vez en todos los días de mi vida me sentí libre, verdaderamente libre.

Al paso de las horas sucumbió mi consciencia. La podredumbre de la humanidad florecía como una princesa en la noche de bodas pero con un efecto distinto. O como un astro que se enciende y luego, tras recorrer el universo, desaparece dejando una estela sobre nuestras memorias. Allí no había memoria, no había sentido del mal o del bien, algo que nada ni nadie podrá describir. La descomposición de la realidad fue cierta a la par que incierta. Y perdí la fuerza y con ella la capacidad de mantenerme de pie. Fui preso de una amnesia transitoria que me llevó a un lugar blanco cuya pureza destrozaba las imágenes en una pared azul. Volví a ver a mis padres allí sentados en aquellas tardes de verano, ya cuando caía el astro y se ocultaba detenían sus quehaceres diarios. Mi padre volvía a casa, cansado lleno de polvo y con humor de perros, poco antes de la hora en que el sol va dejando el lado que ha iluminado durante el día para aparecer, y ejercer su función, en el otro lado de este mundo que ilumina desde hace millones de siglos. No hablaba con nosotros, este nosotros se refiere a mi madre y a mí. Ellos se quedaban un rato sentados hasta que la oscuridad se había adueñado de todos los rincones, nunca antes de ese momento en que la noche penetra por las ventanas los vi entrar en la casa en los días de verano. Luego mi madre se iba a la cocina y recuerdo el olor de fritanga; pimientos fritos y gazpacho.

Mi padre se sentaba a la mesa y encendía la radio. Se podían oír las noticias y todo iba de maravilla durante la dictadura. Los medios estaban bajo el control del tirano.

-Licinio no he podido averiguar nada más de lo que ya sabe sobre las actividades de su esposa. Yo le aconsejaría que no se preocupase por no existir motivo para tal preocupación.

-Pero hombre, cómo puede estar tan seguro de sus palabras. Me sorprende usted Leopoldo. No puede aportar prueba alguna para que sus palabras tengan la verosimilitud que haga que yo lo acepte.

-Ya le digo que su linda mujer no está teniendo aventura alguna, por lo tanto no es culpable de adulterio y usted no podrá demandarla por ello. Yo diría que sus visitas a esos apartamentos, quizá sean motivo de quererse encontrar consigo misma durante unas horas, a lo máximo un par de días que es el tiempo más prolongado que ha estado ausente, según usted me ha informado y yo he podido comprobar. No creo que haya que tener otro tipo de sospechas.

Es fácil la mentira. Sólo a veces. Sobre todo cuando uno es el más interesado en ella. Que la linda mujer de Licinio no estaba teniendo una aventura era tan falso como muchas cosas de la historia de los hombres que nos han contado. Bien conocía yo la verdad y me dejé llevar por ella. Hay ocasiones en que uno soporta situaciones ridículas en las que el único beneficio es el puro sexo. Ese era mi beneficio. Me estaba beneficiando a la mujer de mi cliente. Parece un topicazo ¿no? Detective se lía con esposa de cliente y matan al pobre cabrón. De un déspota una vez oí una barbaridad parecida, él mantenía y relataba como broma algo así: "qué pena del pobre de mi yerno que me ha salido cabrón", refiriéndose a su hija que era algo ligera de cascos o más bien liberada en asuntos del placer. También oí de otro cínico, que se jactaba de decir, que los únicos nietos en los que no había duda de sangre eran los nacidos de las hijas porque de hijos nunca se sabía con quién habrían andado las mujeres de estos.

Parezca tópico o no, la señora Ángela y yo tuvimos una aventura. La verdad es que lo que realmente ocurría era que ella se estaba beneficiando de nosotros. Primero de Licinio que era su puntal económico. Segundo de su amante un escritor frustrado que luchaba porque algún día se vieran publicadas sus novelas, el vigilante al que pagué me había mentado, no era el hermano de la dama al que ésta

visitaba, no, y tercero del detective que debía desenmascararla y entregarla a su marido para que la dejara desplumada y sin un céntimo.

Sí, aquella chica era muy inteligente. Sabía bien lo que vale un hombre. Y como tenía todo lo necesario para volverlos locos jugaba a su aire y siempre ganaba la partida. A mí me volvía loco por unos segundos. Reconozco mi precocidad en los avatares del sexo. No tengo complejo por ello, todo lo contrario. No sin razón los franceses dicen del orgasmo que se parece a la muerte, por ser tan efímero, porque en unos segundos todo se ha acabado y deja una sensación de vacío, de tristeza, una mezcla de nostalgia melancólica del placer pasado como si de la misma vida se tratase, eso en lo referente a las mujeres, esto lo dijo una prostituta o cortesana. Y en lo concerniente a los hombres es igual de infructuoso porque tras el orgasmo viene el vacío y el sentimiento de pena por haber perdido tan pronto la pasión y el placer. Y todo eso se repite una y otra vez en cada acto sexual en el que buscamos la permanencia de alguna de nuestras emociones.

Nunca me he enamorado, realmente, entre otras cosas, porque no creo en ese sentimiento estúpido al que los necios llaman amor. Eso de la química me parece una tontería como la copa de un pino. No quiero volver a divagar con mis opiniones al respecto de una u otra cosa. El caso es que soy eyaculador precoz por vagancia, pura y simple flojera y podríamos llamarle simple comodidad. Y por supuesto porque soy un egoísta empedernido. No me atormento con ello. Mi conciencia está muy, pero que muy, tranquila.

A la mujer de Licinio le daba exactamente igual. No le importaba ni la rapidez, de hecho ni una sola vez logré penetrar en aquella linda caverna que guardaba el misterio que todas esas cavernas guardan y nosotros, los hombres, nos comportamos como si quisiéramos volver a unirnos al cordón umbilical al que permanecemos atados durante nueve meses, es como los reflejos de succión que todos seguimos arrastrando, por eso creo que a todos nos gusta chupar. Tampoco le daba importancia a que no llegará a introducir mi pequeño pene en su cavidad lubricadamente milagrosa. En todas las ocasiones, unas sobre un lugar, otras sobre otro, cambiaba el soporte en el que realizábamos nuestro acto, pero mi semen no necesitó de recolector

alguno. Los preservativos los usé única y exclusivamente para no dejar el resultado de mi eyaculación esparcido por el pubis o el vientre de aquella bella mujer. También para estar protegido de cualquier tipo de enfermedades, ya se sabe que no están los tiempos para ir por ahí desprotegido. Prefiero morir haciendo honor a los tópicos, de un balazo o un navajazo o de otra forma violenta, atropellado en una persecución, arrojado a un pozo con los pies metidos en cemento, cualquiera de esas muertes son para mí placenteras comparado con la manera de matarte de una de esas enfermedades nacidas en el siglo XX, por supuesto, caso este que me escama, estas enfermedades venéreas o contagiadas por vía sexual se producen en países subdesarrollados o llamados del tercer mundo, es para escamarse. Y es que hay diferentes maneras de realizar un genocidio sin que se pueda acusar a nadie. Sólo tienes que liberar cierto virus en el continente que te apetezca y en menos de cincuenta años te has cargado a millones de personas. Hay que correr riesgos, pero se acaba con un montón de seres que a los poderosos ni les van ni les vienen, en todo caso les preocupa que les vayan a costar dinero.

-Le digo que usted no tiene ni idea señor Leopoldo- respondió a mis alocuciones el pequeño comerciante entre rojo y azulado, creo que esto era debido a la ira que se estaba desatando en su interior.

-Bueno cálmese amigo- le dije yo intentando que éste no se me pusiera agresivo. Probablemente que Licinio había descubierto el trío amoroso, aunque en aquel mensaje a tres bandas los intereses, precisamente amorosos, estaban bastante alejados del fin en concreto, puro sexo, placer y punto.

-Le repito Leopoldo que aquí hay algo que no me cuadra- soltó como una especie de bufido como el de esos toros que van a lidiar y tras el primer pinchazo se desgañitan mugiendo. Cómo reaccionaríamos nosotros si nos hicieran lo mismo.

-Tampoco debe ser vital para usted saber con lujo de detalles qué hace su mujer en el apartamento una vez que cierra la puerta tras sí. Además nadie ha visto entrar o salir a otra persona que no sea ella. Déjele que se masturbe a gusto o que haga yoga o que se duerma la siesta o que se dedique a leer. Eso no le hace mal a nadie.

-No lo será para usted, sabe. Yo he sido educado en el seno de una familia católica practicante, ya sabe, una educación donde el adulterio, además de ser un pecado mortal, está condenado por la ley, y si ella está cometiendo dicha falta es aún más grave por estar delinquiendo y además faltando a nuestro señor, amén.

-No le parece a usted Licinio que es una ridiculez condenar algo que es instintivo en la raza humana. Por ejemplo, y no digo con esto que su esposa le engañe, si usted no satisface a su esposa sexualmente hablando, ella qué va a hacer, o lo contrario, es usted el que no queda satisfecho, qué hace, se busca una forma de saciar sus necesidades sexuales, no. ¿Vamos a culpar a alguien por esa tontería? Yo digo que si usted se beneficia con la presencia de su esposa y de algunos revolcones con ella, a qué estar dando vueltas a un asunto sin importancia. O va a dejar usted que ella se quede viendo como le chorrea su semen por su insatisfecho vientre. No será mejor ser realistas y no dejarnos llevar de esas tradiciones obsoletas de posesiones de personas como si fueran cosas que nos pertenecen. Luego vendrán unos cretinos, yo diría cínicos y bautizaran el comportamiento machista y violento hacia las mujeres como violencia de género. Me parece una barbaridad, la mujer es un ser humano, eso, a estas alturas, debía de ser ya indiscutible, pero al parecer, mientras en el mundo existan tipos como usted, la mujer seguirá relegada a ese puesto de florero que el hombre le ha otorgado, cuando no el de esclava.

-Usted no me tiene que decir a mí lo que yo he de hacer o cómo he de comportarme o qué actitud he de tomar. Mi mujer es mía y punto. Y no cabe la probabilidad de compartirla con nadie.

-No, si al final va a resultar que usted querido amigo Licinio, es peor y seguro que el adulterio lo comete usted cuando sale de la iglesia los domingos.

-Es que quiere decirme que reconoce con ello que Ángela está cometiendo el pecado y delito del adulterio, confiese de una vez- Licinio se ha levantado de su asiento, está enrojecido, en los ojos las venas se advierten con una violencia inusitada hasta el momento en el carácter de éste pequeño hombre.

-Mire señor, hombre de bien y tal y pascual, me parece que lo que realmente se merece usted es que le pongan los cuernos- digo esto

alterado un tanto y me levanto también de mi asiento para mostrar mi fuerza y quedo un poco ridículo por ser incluso más bajo que mi cliente.

-No creerá que le voy a pagar el resto de los honorarios- dice dejando caer su puño cerrado sobre la mesa que se queda sin inmutarse ante golpe de tan poca envergadura.

-El dinero se lo puede meter usted donde más daño le haga- le digo ya exaltado y con el puño preparado para golpearle- realmente me ha afectado acostarme con su bonita esposa- digo sin darme cuenta en voz alta.

-Me está diciendo que se ha acostado usted con mi Ángela, no tiene usted perdón de dios y ella aún menos- ahora el hombrecillo está verdaderamente exaltado, sus ojos se han inyectado de sangre. Parece más alto y feroz.

-Yo no he dicho tal cosa. Por los servicios prestados no se preocupe, creo que ya me los he cobrado, y sepa- le digo casi tocando sus narices-, que me los han pagado muy bien. Por que usted que presume de honesto, bondadoso, fiel, religioso y cumplidor me va a decir que no sabe a qué precio está el mercado de la carne. ¡Eh! Licinio. Pura lujuria es lo que busca usted las noches de los viernes cuando, con la excusa de las reuniones de la iglesia, se va usted tres pueblos más allá y ya sabemos todos qué hay allí. No se me haga el angelito.

-Eso me aclara que mi esposa se ha acostado además de con su amante con usted.

-No es usted algo ridículo, si sabía lo de su amante a qué viene contratarme para averiguarlo.

-Sólo necesitaba pruebas para poder denunciarla y que sobre ella cayese el peso de la ley, la terrenal y la de dios.

-El tiro por la culata, diría yo.

-Eso lo veremos- el pequeño hombrecillo vuelve a golpear sobre la mesa y se dirige hacia la puerta de la calle. Calíope se levanta del lugar que ha ocupado durante toda la conversación y se dirige a mí. Licinio desde la puerta lanza su amenaza por el aire y ésta llega hasta mis oídos y se instala por breves segundos en mi cerebro.

-¡Vaya hombre! Creo que la charla me ha dejado estupefacta la entrepierna- dice mi ayudante rozando sus tetas en mi espalda.

-Vamos Calíope déjese de tonterías- quiero disuadirla de su intento de seducirme y sin mediar más palabras la de la irritante voz, la que lleva el nombre de la que con su suavísimo canto venció a las Piérides y las convirtió en urracas según describe Ovidio en La Metamorfosis, me estaba metiendo la mano por la espalda camino de mi culo. Y así hemos ido a parar al suelo y allí...

Pueden pensar ustedes que el golpe que recibí en la cabeza, de manos de la madre de Aéreo me ha dejado un tanto tocado. Yo digo que no mucho más de lo que están ustedes. Dígame o dime, si su, o tu vida, su o tu existencia se puede definir como la han decidido definir, normal. Aquí en éste planeta no hay nada normal. Podría citar algún caso de eso que llaman normal, por ejemplo: es que es normal esa gente que trabaja más de diez horas diarias sacrificando su tiempo y el de sus seres queridos, si es que los tienen, pues parece ser que eso es lo normal, de locos es este mundo en el que vivimos. En caso de que a la palabra que nos define haya que hacerle los honores al significado que encierra, pues sea, seremos normales. Viva la normalidad y abajo la anormalidad.

Pues eso. Que el golpe que me atizó la madre del nieto de Abundia, no fue lo que hizo que divagara más, tampoco hizo lo contrario, me quedé como estaba. Así que sigo divagando. Y días antes que ocurriera lo del sartenazo yo estaba en el despacho y pude ver tras el cristal esmerilado aquellas sombras de narices aguileñas. Y luego los dos personajes entraron y se colocaron delante de mi mesa y la abuela de pie y el nieto sentado y ella con ese suspiro hondo, pero algo ficticio, una interpretación que no pasaría un casting para participar en la representación de Otelo pero sí el de algún programa basura que se dedicara a sacar a la luz las miserias de gente que parece menos real que la lotería nacional. Aquella visita iba a ser la responsable de que yo recibiera aquel golpe. ¿Por qué aquella mujer me atizó tal castañazo no lo sabría hasta que descubriera la trama de la historia? ¿Qué temía de mí si ni siquiera me conocía? ¿O es que me había confundido con alguien que en su pasado le hizo una jugarreta?

No se lo van a creer pero después de haber degustado el placer de la pérdida de la conciencia, digo placer porque en cierto modo se produce una satisfacción en esa secuencia en la que todo va desapareciendo alrededor para quedar en una oscuridad llena de

voces e imágenes y también por qué no, de luces, miles de luces de colores diferentes o diferentes tonos de una misma luz que brilla con una intensidad más allá de la grandiosidad, digamos que millones de átomos convertidos en millones de puntos de luz y luego la oscuridad plena y con ella una calma absoluta que precede a la última hora. Imagine que al perder la conciencia nos quedamos en blanco tras haber visualizado miles de imágenes y oído miles de sonidos. Se produce una amnesia temporal, en algunos casos, en otros no sólo es total sino que se alarga al resto de la existencia del individuo que la padece. Hay casos que han convertido a personas en verdaderos vegetales y otros en los que los enfermos han tenido que rehacer sus vidas dejando en el olvido su pasado. Todo deja de existir. Luego cuando se vuelve en sí, que en mi caso fue increíble, porque lo recordaba todo, incluyendo el sonido de bong que produjo el golpe, no desperté en el lugar donde recordaba haber recibido el golpe, desperté en un lugar rodeado de frondosos árboles que mecían sus ramas sobre la orilla de un lago. Comencé a recordar mi viaje a la estación de servicio y no vi ningún lugar parecido en el trayecto. Estaba alejado de la estación, no, no estaba muy lejos de ella. Digo que no estaba muy lejos de la estación de servicio Abundio porque poco a poco comencé a recobrar los sentidos y con ellos el de la orientación por el que había sido ganador de un premio en un concurso en el que había participado en mi adolescencia.

Tenía un terrible dolor de cabeza, no había experimentado jamás dolor parecido. Me habían hablado de las resacas, yo no tuve experiencia alguna con ellas, ya he dicho antes que no cumplo con todos los tópicos del detective clásico.

El caso es que no había sufrido dolores de cabeza semejantes al que sufrí en esa ocasión. Tuve suerte, ni un dolor de muelas había padecido. Mi madre mantenía que los niños que nacían sietemesinos traían dobles armas para luchar en contra de las enfermedades. Yo fui un niño nacido antes de tiempo, a los siete meses tomé la decisión de largarme de aquel lugar. Tenía prisa por conocer el mundo exterior. Lo primero que vi y que recuerdo (en contra de lo que se dice que los niños carecen de memoria en sus primeros meses y que no es hasta los dos o tres años cuando se desarrolla tal capacidad), el horrible color de la paredes del cuarto, recuerdo a mi

madre toda llena de sudor y a las mujeres que se afanaban en pos de mi cuerpo y el golpe en el cachete y mi primer berrido. Yo era un niño algo feo por no decir horrible, quizá mi apariencia grotesca produjo admiración en los presentes, no han cambiado mucho las cosas desde entonces. La gente que me mira sigue sufriendo la admiración por lo grotesco de lo que ven.

Yo estaba con el terrible dolor de cabeza y como hasta aquel día el dolor era desconocido para mí pensé que ello era lo que estaba produciendo en mi cabeza aquellas alucinaciones. Mi madre decía que los estados febriles, en los que nunca tuve la suerte de caer, producían desvaríos, los llamaba ella variaciones en la percepción de la realidad. Yo era hijo único, algo que mi padre no le perdonó jamás a mi pobre madre. La verdad es que el culpable o los culpables de eso no eran ni mi madre ni mi padre, fueron la matrona y el médico que asistieron al parto, los que motivaron mi venida a este mundo de mierda, este comentario es exclusivo mío, quizá al resto de la especie le parezca este mundo un lecho de rosas, cada cual con su parecer. Hubo algo que ellos llamaron desgarro de no sé qué parte en los ovarios y esa fue la causa que impidió a mi madre traer más vástagos al mundo y también fue la causa de que yo me criara libre de lazos hacia otros hermanos.

Mi padre la llamaba cosas como puta estéril, inútil ramera y otras mal sonantes definiciones. Ella le estaba tan agradecida que jamás se planteó recriminarle por su actitud insultante, convivió con los insultos hasta el día de su muerte. Me pregunto qué sentido de la dignidad tenía aquella que me dio la vida.

He vuelto a cometer el delito de divagación involuntaria. Las alucinaciones a las que he hecho referencia no eran tales, me encontraba en aquel paraje idílico cuando oí el movimiento en la hierba de algo que se acercaba. Intenté incorporarme, me fue imposible. El sonido cada vez estaba más cercano y con su acercamiento iba a descubrir qué era lo que lo estaba realizando. Y mi sorpresa fue descubrir ante mí a una mujer morena de piel canela. Parecía mestiza. Sus ojos azules de un brillo cegador me miraron con un gesto entre la compasión y el amor. Cuando miré a los azules ojos tuve el mismo efecto que se produce cuando se mira a una luz de excesiva potencia; como cuando miramos fijamente al sol y luego

cerramos los ojos y vemos pequeñas manchas de colores que van convirtiéndose en blanco a medida que desaparecen los efectos sufridos; así sufrieron mis ojos cuando se detuvieron ante los azules cristalinos.

¡Ay! La nariz me resultaba familiar. Mi memoria hizo una rápida búsqueda y trajo la imagen de Abundia y Aéreo. Aquella mujer de ojos azules era, sin duda alguna, la madre del nieto y la hija de la abuela que me habían visitado y por los que yo me encontraba en aquella situación.

Una mosca cruzó el aire. Una vaca lanzó su mugido al inmenso lago donde una tribu de ranas festejaba la estación veraniega y con ella la época de celo. El sol giró y se ocultó con una rapidez casi osada, se diría que el sol tenía prisa por introducirse en su habitáculo nocturno. Los árboles se oscurecieron y se convirtieron en grandes monstruos que agitaban sus cientos de brazos atrapando a los pájaros que se retiraban de un jubiloso día en el que habían saciado sus necesidades engullendo grandes cantidades de insectos y granos. Los murciélagos comenzaron a surcar los aires guiados por su infalible sistema de radar, resueltos a darse un gran festín en la masa negra de Kinops que revoloteaba creando una negra nube sobre las oscuras aguas. Las lechuzas gritaron en la lejanía.

La mujer se acercó como una sombra. Rozó mi cara con la suya. Sentí su nariz aguileña coquetear con la mía. Poco a poco fui incorporándome y pude observar con atención expectante el lugar donde aquella sombra se echaba sobre mi cuerpo magullado. Ella me escruta con sus sentidos sin usar, de momento, el gusto y el tacto. Cuando ya casi consigo mantenerme sobre mis delgadas y cortas piernas ella se abalanza sobre mí y mi cuerpo vuelve a tomar tierra como un avión aterriza en una emergencia improvisando el aterrizaje sobre la urgencia de una superficie cualquiera. Primero una ala y luego la otra y la panza que rebota en el duro suelo y luego una oreja que contundentemente se pega al barro, a la tierra húmeda donde se van alojando cada uno de mis huesos y tengo la sensación de estar muerto. Veo los gusanos que cabalgan sobre mi espalda y luego ellas, las aladas de ocho patas y de geométricos ojos depositan sus huevos y ellos, en menos que canta el gallo se convierten en larvas y luego, otra vez en moscas.

No hubo opciones de planeo como en el caso de esos aviones que tras detenerse, alguno de sus motores, todavía les queda la esperanza de que planeando el aterrizaje no sea demasiado contundente ni tan desgraciado que les produzca una muerte inmediata, evidentemente a los pasajeros, incluyendo a la tripulación.

Yo no corro esa suerte y mi cuerpo cae a plomo sobre la tierra que grita con un coro de grillos que se quedan en silencio al oír el sonido que ha producido mi cuerpo al estamparse en el suelo.

Los mosquitos, esos condenados seres que emanan de la superficie de los lagos y de todas las zonas que contiene aguas más o menos estancadas, comienzan su danza maquiavélica en busca de sangre donde clavar sus terribles aguijones. Zumba el lago y en la oscuridad se pierde la otra oscuridad que forma la nube de mosquitos. Parásitos dichosos que no dudan en chupar venas de todo bicho que se mueve bajo la mirada de una luna que impertérrita se asoma por encima de las copas de los árboles que aúllan sopladados por el viento que ha comenzado a desplazar a esa condenada plaga alimento para esos mamíferos voladores que te ponen el bello de punta nada más verlos.

La nube negra de mosquitos se apoderó del reflejo de las aguas que se oscurecieron tomando el color de las aguas del mar Báltico y de los miles de lagos que existen en Suecia y Finlandia. El zumbido de aquella nube se apoderó de todo el paisaje, del cielo verde, ese verde que vi cuando encontré la estación de servicio; se apoderó de los árboles; de los oídos de todos los seres vivientes. La noche se apoderó de aquella mujer y de mi persona que se vio sometida a lo que voy a contar.

Como una de esas sombras de la noche que nos persigue se apoderó de mi cuerpo aquella mujer mestiza de ojos azules y nariz endiabladamente puntiaguda. Me recordó la imagen, que según las tradiciones, tenemos de las brujas que surcan el cielo estrellado montadas sobre una escoba. Como si por ser poseedor de una nariz así, unos ojos de tal modo, una mirada misteriosa, perteneciera uno por esos determinados rasgos al lado malo, al lado oscuro. En el país vasco deben de existir muchas brujas, y brujos si nos dejamos llevar por ese tipo de tópicos y es que los tópicos hay que abandonarlos en

su gran mayoría, aunque a veces se convierten en la excepción que confirma las reglas.

Mi abuelo otorgaba el don de la bondad a aquellas personas a las que la naturaleza había dotado con unas enormes orejas. Decía que todo aquel que tenía unos buenos soplillos, que era como él definía a las orejas, tenía por ley natural el don de ser honesto y buena persona y yo digo que en muchos casos lo cortés no quita lo valiente; no en vano las orejas de mi abuelo eran enormes y por lo poco que lo conocí y lo que pude oír de boca de mis padres sobre él no era, precisamente, ni muy honrado, ni muy honesto, algo granuja. Esta valoración la hacía, como ya he dicho, por que él mismo tenía unos buenos receptores de sonido no porque él lo hubiera comprobado por sí mismo. Lo hubiera descubierto por refranes o por él mismo, aseguraba que eran ciertas aquellas suposiciones o supersticiones. Por cierto yo tengo las orejas pequeñas, muy pequeñas, quizá ello me otorgue, según mi abuelo que descansa en paz, o como dijo algún escritor, duerme el sueño de los justos, a pesar de haber sido un hombre injusto, otra virtud no tan benigna y qué decir de mi nariz, chata y roma en su punta y de mis ojos. La verdad es que mi abuelo tenía unas orejotas como dos soplillos y una nariz que olía a leguas o millas todo lo que se cocinaba en la comarca. Por eso mi recuerdo de él es fiel a sus creencias, aquel hombre que me acunó en muchas ocasiones entre sus brazos. Mi abuelo podría haber sido algo sinvergüenza pero eso no le hacía, en ningún modo insensible.

He vuelto a las divagaciones y es que no tengo arreglo alguno. Iba diciendo que la noche llegó con osadía sobre aquel paisaje y con ella la hija de Abundia, nieta de Abundio, madre de Aéreo, se lanzó sobre mi desquebrajado y dolorido cuerpo. Cayó sobre mi dolor de cabeza, sobre mi cara, mis ojos, mis labios, mis brazos, mis piernas y mi pene.

Volví a quedar sin conciencia. Tuve la sensación de ser absorbido por aquella nube de mosquitos que me elevó por los aires. Vi mi cuerpo trasladándose por encima de del espejo negro que creaban las oscuras aguas del lago.

-Bueno ustedes dirán- les dije cortés y educado a abuela y nieto, más cortés y educadamente que acostumbro a ser con los clientes que considero de pacotilla.

-Queremos que nos ayude- respondieron casi al unísono.

-Muy bien para ello sabrán que han de contarme de qué se trata. Y les aviso que no me dedico a asuntos de poca monta- les dije con tono prepotente, debía de dar la imagen de un tipo duro, un agente importante en el campo de la intriga y el descubrimiento de asuntos. Un detective con todas las de la ley. Me preguntaba casi al mismo tiempo que me comportaba como un chulo si sabrían aquellas narices que yo no tenía muchas opciones de elegir. Mi último cliente no me había pagado el resto de lo acordado, así que no me quedaba mucho de la parte entregada.

Lo supieran o no hay que aparentar lo que no es, de ello dependen casi todas las cosas en este jodido mundo. Pongamos un ejemplo: se imaginan ustedes a un escritor intentando vender sus libros vestido de camarero y sirviendo cervezas, pues no. No es el método más idóneo. Se pierde credibilidad; la gente no lo tomaría en serio, quizá alguien caritativo se detuviera unos instantes para atenderlo, escucharlo y luego de que el camarero escritor le haya recetado una dosis de quejas, se irá con la conciencia tranquila y probablemente diciendo que por algo estará poniendo cafés. Y entonces pone en tela de juicio el talento de éste al que no le queda más remedio que joderse y seguir escribiendo si es un verdadero escritor, publique o no. A lo mejor se convertirá en el mejor de los escritores del futuro porque por lo pronto el presente se la está jugando de lo lindo o quizá sea su propio talento el que se la está jugando y él sin darse cuenta o sin querer hacerlo. O también puede ocurrirle a ese pobre escritor que un alma caritativa lea su manuscrito y lo edite, puede también ocurrir que el alma piadosa y caritativa se apodere del manuscrito y utilice sus influencias para publicarlo en beneficio de su propia caridad porque cambiará título y nombre del autor dejando el contenido intacto.

El caso es que yo debía dar importancia a mi profesión, tenía que dar credibilidad a los resultados de mi trabajo, debía hacer que aquel simple y humilde despacho pareciera un bufete de esos detectives importantes y caros que salen por la televisión y por lo tanto tienen

tarifas altísimas, esos que dedican su caro tiempo a descubrir, en la gran mayoría de los casos, infidelidades de aburridas actrices y elegantes actores que visten a su mascota con accesorios de alto diseño, mientras en el mundo, miles de niños mueren en la más absoluta escasez. ¡Paradojas de la vida!

Al rato de estar yo intentando aparentar, lo que a simple vista para un torpe observador, era evidente, aquella pareja tan particular tomó las riendas del asunto y me habló, guardándose el turno el uno al otro sin interrumpirse nunca. Y así oí su peculiar y no menos singular y sin par proyecto. ¡Asombro!. No. No creo que se pueda definir como asombroso el proyecto de abuela y nieto. Quizá increíble en la ejecución del mismo. Porque en la finalidad no distaba de lo que históricamente se conocía. Aunque tal acción no se había llevado a cabo en las clases sociales desvirtuadas y marginadas, sea clase pobre; sí se había llevado a cabo en las clases dominantes o privilegiadas. Como dice un verso de *Gustavo Adolfo Bécquer*: “*con oro cualquiera hace poesía*”. Al igual que las leyes y los mamotretos llamados constitución cambiaban en beneficio y a veces, incluso, en perjuicio, de los ciudadanos; por qué no iba a ser posible realizar aquella, por descabellado que pareciese, momificación o embalsamamiento o disección de la que juraba y perjuraba amar, por encima de todas las cosas terrestres y celestiales, a su nieto Aéreo y que por esas sólidas razones, que pesaban tanto por el sentimiento de amor tan grande, había decidido ser embalsamada como los antiguos faraones egipcios, o como ella, más vulgarmente definía como un simple trabajo de taxidermistas que se dedican a inmortalizar a las presas que los cazadores exhiben orgullosos en los salones de sus casas.

Ella alegaba, quizá con un razonamiento menos coherente, que si un hombre puede disecar una pieza de caza y exponerla como trofeo, ella tenía, por encima de aquellas razones, más derecho en su petición, ser disecada para permanecer junto al nieto después de su muerte y hasta que éste dejará también el mundo de los vivos le haría compañía hora en el salón, hora en la cocina, hora en el baño, hora de dormir en el dormitorio. El nieto asentía con un movimiento pausado y tranquilo de cabeza.

-Señor Leopoldo, hemos llegado hasta aquí gracias a Cesáreo, que como sabe es el sheriff de este pueblo. Él nos ha dicho que es usted el único que puede conseguir que nuestro propósito se llegue a convertir en una realidad. Así que le vamos a poner las instrucciones, de lo que debe hacer, sobre su entrañable mesa. Por cierto no se haga usted el duro, ya sabemos de qué pie cojea.

-Bien, muy bien, señora y señor. Ustedes vienen aquí, cruzan la puerta de mi despacho y me sueltan ese montón de mierda, sin más que una opción por lo que he podido entender.

-Ya lo sabe usted o es que ahora le vamos a decir por qué.

-Está bien, dejemos esas trivialidades y pasemos al asunto, ya que no hay más remedio que aceptar el encargo y máxime, cuando traen ustedes tan privilegiada referencia, por no hacer alusión al buen fajo que han depositado sobre mi, cómo la ha llamado usted, insigne mesa.

-Estamos de acuerdo. Mire, no es muy complicado lo que tiene que hacer. Primero ha de ir usted hasta la estación de servicios de mi padre- dijo la anciana con gesto serio-, y una vez allí ha de convencer a mi hija que le firme este documento en el que acepta renunciar a la herencia en favor del señor Cesáreo.

-Segundo- continuó diciendo-, mi padre aún vive y no se sabe a qué razón atiende su estado de salud que al parecer le augura una larga existencia que con toda probabilidad será más larga que la de nosotros, por eso queremos- dijo sin interrumpirse-, que vaya usted y traiga éste documento firmado, porque una vez muera mi padre todas las propiedades del viejo pasarán a ser del señor Sheriff.

Yo podía preguntar por qué ellos no iban y hablaban con su familia. Pero me lo impidió la visión del buen fajo de billetes que el cándido joven había puesto sobre la mesa y encima del documento diciendo:

-Quiero que coja usted éste dinero y suba al coche que le hemos alquilado para la ocasión y que vuelva cuanto antes con el documento firmado por mi madre. Mi abuelita ha de ser disecada para que me acompañe el resto de mis días. El tiempo apremia. Dicho esto mis ojos se perdieron con la vista de tan venerado tesoro, el fajo de billetes que relucía, que olía, que llenaba la atmósfera de

mi oficina de un peculiar aroma, digno de ser olfateado por narices judías.

Esperó el muchacho a que su abuela acabase de hablar para hacer esta alocución. Recordé que yo procedía de un país en el que nadie esperaba que acabase su interlocutor de hablar, allí todo el mundo hablaba a la vez y en voz alta. Parecían gallinas cacareando, piando cada una lo suyo y sin, por supuesto, escuchar a los interlocutores.

Me estaba interesando el caso, menos por lo que me sorprendía la pareja y su objetivo, que por supuesto, porque no había visto tanto dinero junto nunca. También mi fiel secretaria, no me gusta usar ese posesivo, pero es una forma coloquial de hablar, quizá eso deje tranquila mi conciencia, estaba interesada en lo que había oído, no levantaba los ojos de aquel paquete de verdes papeles, que se podían canjear por tantas cosas, atado por una goma que seguro la anciana utilizaba para coger su pelo. Voy a decir recoger porque no sé si ustedes lo sabrán pero coger en México significa follar.

Por eso no era ese tipo de gomas que se usan para tal fin, Abundia no se follaba a su pelo. Pero sí hubiera servido, el pelo, de asidero para coger con ella en sus tiempos mozos. Calíope estaba como paralizada, boquiabierta viendo tan succulento manjar.

Aunque aquella pareja parecía venida de otro planeta, no era así. Abundia era hija de Abundio, su única y querida hija. El mismo que yo tendría el privilegio de conocer personalmente en aquella estación de servicio que podría haber servido de modelo para *Edward Hopper*. Aquella solitaria gasolinera enclavaba en medio de ningún lugar, donde aparentemente no existían más que los tres surtidores y el bosque que los rodeaba y por supuesto la carretera que desaparecía dando la impresión de que el ir por ella no conducía a ninguna parte, como si se girase al entrar en ella con la intención de abandonar aquel lugar sin conseguir más que llegar al mismo sitio, la extraña gasolinera donde el *Pegaso* haría brotar con una coza, no la fuente de *Hipocrene*, en el monte *Helicón* donde iban los poetas a inspirarse, sino la gasolina de los surtidores rojos y brillantes.

Abundio no hacía otra cosa que frotarlos como si esperase ver surgir, como si se tratase de una lámpara maravillosa, a un genio que le otorgase tres deseos. Qué deseos pediría aquel viejo que había pasado ya el siglo de edad. No se le veía en la mirada una ilusión o

una esperanza más bien lo que los longevos ojos describían en su mirada era la aceptación de las circunstancias como algo propio de la naturaleza. Era como si aquel abuelo hubiera descubierto hacía mucho tiempo que su presencia en aquel lugar era el resultado de una casualidad. Se había preguntado infinitas veces qué habría sido de él si un día, hacía ya muchos años de aquel día, hubiera ido en lugar de a la tienda de materiales al café. Con toda probabilidad no habría encontrado a aquel tipo que estaba intentando vender una serie de pertenencias, entre las que se encontraban unos acres de tierra en un lugar inhóspito y alejado de la civilización, si podemos decir que el pueblo donde había llegado tras un largo viaje, era algo parecido a la civilización. Sí, se había formulado aquella pregunta una y mil veces, y al final aceptó, que sin duda, aquello, no era otra cosa que la consecuencia del destino.

Abundio era originario del mismo país que yo. Él había llegado hasta allí por unos motivos, los que me hicieron salir a mí fueron bien distintos. Lo que nos interesa a nosotros es centrarnos en la razón que a Abundio lo había llevado a aquel lugar donde finalizaba la extensa llanura y comenzaba aquel melancólico y apacible bosque.

En su país de origen donde se crió rodeado por su familia, una familia de comerciantes que vivían en el barrio gótico de Barcelona y que tenían un pequeño puesto de especias, hierbas, mermeladas, miel y otros tantos productos de la tierra, traídos casi todos ellos del bajo Aragón y de la comarca de San Sadurn de Noya, estalló la guerra civil, una lucha que se cobró miles de muertes de uno y otro bando. No vamos a entrar aquí en valorar la lucha que se desató por las ideas de unos u otros. El fin de toda lucha es siempre o casi siempre el mismo, conseguir el poder, y las consecuencias son idénticamente iguales en todas las guerras, la víctima siempre es el pueblo llano e inocente: los niños, los ancianos, las mujeres y los hombres que lo único que necesitan que venga alguien y les dé lo que dignamente se merecen los seres humanos.

He dicho que no voy a entrar en valoraciones de ningún tipo. Así que la familia de Abundio vivía en aquel barrio y se mantenía con los beneficios de su tienda de productos naturales y al estallar la guerra y comenzar los enfrentamientos el padre de éste, llamado también Abundio, movido por el miedo puso tierra de por medio y se refugió

con toda su prole, en el país vecino. Su familia estaba formada por cinco hijos, cuatro chicas y un solo hijo, el Abundio que yo había encontrado en aquella expendeduría de gasolina en el fin del mundo. En el viaje tuvo la mala suerte de extraviar a su primogénito. Fue una huida apresurada y con los militares pisándoles los talones no pudo, aquel padre cuya desesperación lo hizo seguir adelante motivado por el resto de su progenie, rescatar a su único hijo del que se sentía tan orgulloso, de las manos de la desesperación.

Así Abundio quedó a disposición de otro destino que no iba a ser el mismo que iban a tener los suyos. El hado del destino de Abundio hijo lo separó de su familia utilizando sus artes. Conocía éste la afición que el chico tenía por el sonido de las campanas, de hecho desde muy niño se quedaba como extasiado con el sonido de ellas. Y ese día todos los campanarios de Barcelona lanzaron al aire un canto, un grito: ¡a los refugios! Y como Abundio quedó en la inopia al oír aquella sinfonía, no se percató de que su familia había sido arrastrada por la muchedumbre que corría despavorida Ramblas arriba. En aquellos momentos de confusión absoluta él no oía más sonido que el de las cientos de campanas que castigaban los oídos haciendo golpear sus badajos en el interior de sus cuerpos. Y luego vino el silencio y las calles quedaron vacías y hubo sonido de motores que se acercaban empujados por el viento que soplaba del oeste, del mismo lugar de donde venían los aviones dejando caer una nutrida nube de bombas que fueron arrasando todo cuanto se encontró a su alcance cuando colisionaron con: tejados, muros puertas, ventanas, torres, árboles...

Esa fue la última vez que aquel joven vería a su familia. Sus caminos fueron separados y mientras su padre, su madre y el resto de sus hermanas se veían obligados a cruzar la frontera para buscar asilo al otro lado, él llegó al puerto donde una muchedumbre se congregaba delante de un barco de carga. Allí luchaban por subir unos y otros. Sólo lo conseguían los que tenían por privilegio o por suerte un buen ato de billetes. Entonces el mismo capitán los contrataba para hacer la travesía hasta llegar a las Américas.

Cómo Abundio subió al carguero es un misterio, al menos él no ha desvelado ese episodio que lo trajo hasta este continente. Abundio desde ese día se convirtió en un joven reservado y poco hablador,

poco sociable. Quizá el motivo fuese que había perdido la confianza en los hombres. El caso que siempre fue, desde el día en que su familia y él siguieron rumbos distintos, un hombre callado y triste. Pero a pesar de eso pudo sobrevivir y siempre estuvo ocultamente, en su fuero interno, albergando la esperanza de volver a ver a los suyos. Para ello dedicó una parte de lo que sacaba de sus trabajos a ahorrar, por si se presentaba la ocasión, para viajar hacia aquel continente que dejara atrás hacía ya tantos años.

Como las esferas celestes se desintegran en el caos del universo se desintegró su esperanza al comprobar que los años iban en aumento y que la posibilidad de volver era cada vez más remota y sobre todo la de encontrar a los suyos con vida.

Sobre todo cuando nació la primera hija de lo que, en principio, él creyó, pudo ser una familia. Así que Abundio cuando llegó a superar los setenta años abandonó la idea de viajar a su tierra natal y por supuesto pasó página de su pasado, pero sin apenas darse cuenta había reunido un pequeño capital, fruto de aquella ilusión. Qué iba hacer con el dinero, no lo sabía todavía. Pero los seguiría guardando en el mismo lugar hasta que tomase una decisión al respecto.

Las campanas dejaron de sonar cuando se produjo el olvido. Todas las noches de su vida las había oído como un hilo de nostalgia que iba hilando todos sus sueños y donde sus padres y sus hermanas lo estrechaban con sus brazos y lo recibían allá en el reino de los cielos donde él tendría la misión de ser el campanero mayor. Sí, todos esos sueños fueron relegados al olvido. Y el olor a billetes viejos desplazó la nostalgia y la memoria se corrió una juerga y olvidó cualquier detalle que pudiese recordar a su vieja familia, aquella que habría cruzado la frontera y se habría instalado en el país vecino del que huían, aquella tierra nueva para la familia de Abundio que desapareció en su memoria en pos de la suya.

Y Abundio subió a aquel carguero y allí trabajando pagó su travesía y guardó lo que su padre, por precavido, le había metido entre las suelas de sus zapatos por considerar que a un adolescente nadie le iba a sospechar tal tesoro. Sí, y después de muchos años él tenía multiplicado por miles el pequeño fardo de los raídos billetes que su padre guardara en la suela de su zapato.

Si ese día en vez de ir hacia la tienda hubiese decidió ir al café no estaría ahora allí en aquel rincón de un mundo que se degradaba gracias a la acción de la mano del hombre. Pero fue otra vez el destino que confabuló para que fuese a la tienda. Al salir a la calle se encontró con un señor mayor con pelo largo y que portaba en sus manos algo que a Abundio le llamó la atención y que era un simple instrumento de trabajo, para ser más exactos, era una hoz y a él le recordó a los movimientos de comunistas, aquellos a los que muchos gobiernos perseguían, mataban y desaparecían. La hoz y el martillo. Y decidió ir a la tienda para adquirir una herramienta de aquel tipo. Le recordaba a su vez a los campesinos atacados por la miseria y quiso tenerla como un recordatorio de los males del mundo, males que asolaban los rincones de aquel planeta, llamado equívocamente tierra, cuando en él las tres cuartas partes eran de agua, así como tampoco se entendía cómo las minorías oprimían a las mayorías.

Allí estaba aquel hombre, que por entonces era un joven con mucho que echar de menos y con mucho camino por andar, en la tienda por haber cambiado su hábito de ir, cada día, a la misma hora, al café. Y en aquella tienda donde se podían adquirir todas las novedades que en el mundo se creaban encontró Abundio a un señor que intentaba vender un artilugio novedoso con el que se podía averiguar en qué lugar corría, subterránea, la bienaventurada agua. Ser zahorí a aquellas alturas podía resultar, incluso, agradable, por satisfacción propia, como ese sentimiento que nos invade cuando conseguimos un propósito.

Se componía aquel artefacto de un pequeño péndulo, algo así como una plomada de albañil y un mecanismo que indicaba a qué profundidad pasaba la corriente del venero subterráneo. Era aquella una tierra seca donde el agua era un bien algo escaso, sobre todo en las grandes llanuras que se asemejaban a desiertos. En el pueblo, a donde Abundio había llegado tras una larga travesía, primero por mar y luego por tierra, existían tres pozos que eran propiedad de la comunidad. Aquel invento podría significar que los paletos quisieran tener su pozo propio, en realidad eso es lo que ocurrió.

En estos días en los que yo me encuentro tratando de averiguar qué es lo que esconde la tierra que compró Abundio en aquella tienda, cada casa tiene su propio pozo de donde emana abundante

agua, fresca y limpia. Lo que quiere decir que el hombre que intentaba vender el artilugio era un vendedor nato. La dueña de la tienda, una señora obesa y con millones de pecas, al primer vistazo, podríamos decir que era vikinga, compró unos cuantos aparatos, luego los vendió a sus vecinos y estos se encargaron de buscar el agua en sus mustios jardines. La encontraron y con ello aquel pueblo se convirtió en un pequeño vergel propio de los desiertos de Arabia.

Y Abundio además de comprar la hoz para recordar por qué estaba en aquel país alejado de su familia, compró uno de los aparatos y (viniendo a su memoria el día que fue con su abuelo materno a las tierras de éste, allá cerca de Montserrat, porque había quedado con un vecino, un payes a la vieja usanza que usaba como artilugio para encontrar el preciado elemento, una vara de avellano terminada en uve), además un terreno baldío en medio de ninguna parte en donde yo tuve parte de la experiencia que en éstas líneas estoy relatando. Ahora sigamos con lo de la compra del terreno por parte de Abundio. Aquel tipo viendo aquel joven, pensó que era la persona indicada y además como pudo saber, sobre todo por el acento, que era un extranjero, intuyó que alguien que camina por tierras ajenas a las que lo vieron nacer, busca fortuna.

Y eso fue lo que lo motivó a ofrecer a aquel joven el trozo de terreno de unas diez hectáreas, donde además de la más absoluta nada y el bosque podía tener agua en abundancia. Sellaron el pacto y el vendedor le entregó firmadas las escrituras de la tierra y Abundio le entregó todo lo que le quedaba de los ahorros que su padre le había metido en el zapato para evitar, como ya he dicho, que los dejaran sin un céntimo en aquella huida que acabó con unos en Francia y con él en América del norte pero tirando al sur.

Eso ocurrió hace mucho tiempo. Más tarde aparecería la mujer con la que Abundio creyó haber formado una familia. Lejos estaba el cándido Abundio de acercarse a lo que él creía que era una familia, al menos como recordaba a la suya. La mujer apareció, uno de los días de fuertes vientos, cuando la llanura se cubría de una espesa niebla de arena, algo parecido a lo que yo pude sufrir la noche en que me dirigía a aquel lugar, y en el bosque los árboles se doblaban casi hasta llegar al suelo ululando como fieras heridas o como reverencian los creyentes a sus dioses.

Allí estaba ella ante la caseta que él estaba construyendo. Había aserrado algunos árboles y tenía terminado el armazón y dos de las paredes, la que protegía de los vientos gélidos del norte y la que detenía los rayos del sol en los amaneceres. Aquel fenómeno de viento y arena recordaba a uno que ocurría en la península de la que tanto Abundio como yo procedíamos, aquel era un viento procedente del desierto y por tanto muy caluroso. Lo que diferenciaba el uno del otro era el color de la arena, que en nuestro país de origen era roja y allí era ocre y que en éste lado del planeta esos vientos son fríos.

Aquella tormenta hizo detenerse a Ursula cuyo nombre podría hacer referencia a aquella princesa británica asesinada por los Hunos en Alemania junto a once mil vírgenes, pero ésta estaba lejos de ser virgen. Virtud que había perdido a sus recién estrenadas dieciséis primaveras. Costumbre ésta que provenía de la tribu a la que pertenecía donde las mujeres eran desposadas a los quince años.

De pie delante de la futura caseta, el viento enredándosele en los largos cabellos. Negros. Azabache. Pelo de brillo exuberante. Surcaba el aire la cabellera soplada por aquel infernal viento casi a un metro de su cabeza. Larga melena de brillante negrura. Espesura infinita como la carretera que yo había recorrido. Negra como las entrañas del bosque que se mostraba como una pesadilla. Los ojos tan azules como siete mares, tan verdes, a veces, como una pradera moteada por el marrón y el negro de búfalos que pastaban en la más absoluta quietud, antes de ser exterminados por el hombre blanco. Equilibrio que desequilibra la balanza. Vértigo que agoniza en un zoológico con una mirada llena de melancolía, una tristeza en los ojos que muestra un pasado feliz en donde retozaron, libres, animales y hombres. Labios de un rojo casi puro. Trazados con una terrible y eterna sonrisa. Besos salados como colas de sirena. Labios que callan. Lengua que lame cuando se asoma, sinuosa, provocadora. Labios que otorgan. Y el tiempo detenido en una tormenta de arena amarilla. Los pechos ocultos pero insinuados levemente como queriendo alcanzar el cielo. Las caderas balanceándose con un vaivén lento de siglos. Los pies bien asentados sobre la tierra que baila a su alrededor. Amarillo polvo en el que se convertirán los diablos rojos que muerden con la pasión del último minuto sobre la faz de la tierra.

Ursula dejando de pertenecer a las once mil vírgenes. Siendo desterrada de una muerte virginal a manos de un Atila derrotado en los Campos Cataláunicos. Ursula de pie frente a un proyecto y a su creador. Un Abundio atónito. Que se queda perplejo ante tal visión. Achacando a la soledad el producto de las alucinaciones y a los grandes y misteriosos árboles que lo miran haciéndole reverencias. El proyecto de surtidor de carburantes.

-Hace de eso mucho, mucho, demasiado tiempo- me dice el anciano meciendo su cuerpo en la vieja mecedora. El ocaso se adelanta y tiñe de amarillo las copas de esos árboles que lo han acompañado durante todos estos años.

-Tanta vejez desgana el apetito.

-Y ella ahí, tan real, tan ficticia como la propia existencia. Y yo que me quedé como sumido en una abstracción propia de un cuadro de *Kandinsky*. Qué tiempo aquel. La tormenta soplando y tronando. Los ojos casi cerrados para evitar la invasión de las partículas de aquel amarillento polvo. Ella que se acerca. Mi corazón que se desboca. Su aliento cerca. Mi martillo que se detiene en el mismo momento en que el clavo se desvía por la inercia del golpe anterior sobre mi dedo índice. Un grito ahogado. Mil truenos y centellas. Rayos y más truenos. Los árboles partiéndose de la risa y ella. Ella allí, impertérrita. Mirándome, incluso, con asombro. Su camioneta casi oculta en aquel cielo amarillo. Yo construyendo mi refugio, mi retiro, un lugar para recordar y echar de menos a los míos. Aquellos que perdí por ser tan aficionado, mejor dicho, tan iluso con el sonido de las campanas.

-¿Tantos recuerdos?

-Sí, tenía, recuerdo, unos cinco años cuando me bautizaron. Que por qué lo hicieron tan tarde. Creo haber oído, no estoy seguro de ello, que fue porque mi madre y mi padre no se ponían de acuerdo. Ya se sabe qué ocurre cuando uno de los cónyuges es de parecer contrario al otro.

-Lo imagino. ¿Cree que hay en este mundo dos seres que estén de acuerdo?

-No. Mi madre era una beata empedernida, incapaz de creer en otra cosa que no fueran los sermones del párroco. Mi padre algo dado a las ideas políticas más bien de izquierdas, había leído, de lo

que se jactaba, al alemán *Marx* y al ruso *Bakunin*. Lo que no llevó a otra cosa que a una eterna discusión iglesia anarquía y viceversa. Hasta que mi padre accedió y autorizó mi bautizo porque entre otras cosas se le había pasado ya la fiebre comunista o anarquista y se desentendió de ello.

-Muy interesante su infancia rodeado de tan dispares ideologías.

-Sí. De hecho él no estuvo presente en la ceremonia, para ello delegó toda responsabilidad en mi madre y en el que había nombrado padrino mío, un hermano suyo metido hasta el cuello en la iglesia y en la política contraria a la suya. Aquel que me apadrinara no movió un dedo años más tarde cuando estalló la guerra. Se limitó a observar el acontecimiento de la persecución de su hermano, mi padre, y de la familia de éste. Fue así de déspota o cínico o cabrón, no sabría yo definirlo de algún modo para que el adjetivo haga honor a tan vil comportamiento.

-De estos hubo cientos, por no decir miles de casos.

-Mucha mierda es lo que hubo. En fin que así fue, y, yo fui bautizado, salvado del pecado original, ese que en la más cándida inocencia de recién nacido viene, según los artífices de la iglesia católica, heredado desde que Adán lo cometiera, por el que se nace sin la gracia santificante y se está sujeto al sufrimiento, la muerte, la ignorancia y los desordenes de las bajas pasiones; así que con el bautizo mi pobre alma infantil y pecadora fue lavada y puesta a la disposición de dios. Mi madre satisfecha, mi padre, ni fu ni fa, algo *naïf* en el asunto, se quedó en la taberna y allí reunido con sus compadres intentó arreglar el mundo con sus ideas de igualdad y justicia para los hombres.

-Qué gente aquélla...

-...Qué tiempos en los que los ingenuos eran perfectos como cabezas de turco. Hombres que lucharon y luego murieron unos por el vil garrote y otros en el exilio que no se sabe cuál de ellas es la peor de las muertes.

-En sí la muerte...

-...Sí, quizá. Pero qué te estaba yo contando que con tantas cosas en la cabeza, son muchos años sabes joven, se me había olvidado.

-Cómo apareció...

-¡...Ah ya! Cómo apareció la mujer con la que estuve a punto de crear lo que yo entendía por familia.

-¿La familia? Vaya engorro.

-Sí, desde luego pero yo nunca tuve una de esas familias convencionales. La verdad es que algo parecido, pero no igual.

-De sobra lo sabrá usted, yo no puedo decir lo mismo.

-De hecho mi descendencia no es fruto de otra cosa que de los tres días, con sus noches correspondientes, que duró la tormenta que la hizo detenerse allí, en mi futura gasolinera, en mi presente derrota. Ya te he contado lo del hombre en la tienda, lo de que le compré el terreno y aquel aparato para buscar agua.

-Sí, lo ha hecho, pero por favor siga.

-Bueno pues así lo hice. Digo que me planté, según el mapa que aquel tipo me había dibujado, en la tierra que era mía. Y me dispuse a sacar agua y cómo lo hice, a mano como se hacían antes todas las cosas. El caso que a unos cinco metros de profundidad llegué a una roca de una dureza increíble. Estuve intentando traspasarla varias semanas, nada, ni un solo centímetro. Entonces volví al pueblo, te podrás imaginar lo que tardé porque yo por aquel tiempo no tenía vehículo alguno, y no me quedó más remedio que caminar. Nada, que fui a la tienda de Margaret y le compré algunos explosivos y volví con más ilusión.

-No he visto pueblo alguno en mi viaje hasta aquí desde que salí de Pine Bluff.

-Claro porque el pueblo del que hablo está hacia el otro lado del que vienes.

-Ya ve...

-En el camino de vuelta soñaba con un gran pozo donde el agua no se secaba jamás. Un jardín lleno de flores y una mujer y unos chiquillos que llenaban el aire con sus risas y con sus llantos, porque así somos los niños. Bueno digo que así hemos sido todos cuando niños. Qué pena que el hombre se olvide con tanta rapidez de su infancia.

-Pero es la ley de la naturaleza.

-Nada chico que volví y me puse a la tarea y lo conseguí. Un enorme chorro de agua que brotaba con una fuerza maravillosa. Estuve bailando tres días para celebrarlo. Algo loco si que me estaba

volviendo. Allí, alejado del mundo y de la civilización sin contacto con otros seres.

-Puede que...

-...Que me volviese loco, sí, cuando la vi a ella mi Ursula. Sí, le ofrecí cobijo. No estaba aún terminada la caseta pero yo tenía un refugio de lona entre unos árboles y allí pasamos los días y las noches que la tormenta anduvo soplando sin escrúpulo alguno. Soplabo, aullaba, crujían las ramas de los árboles, el bosque emitía un tenebroso quejido en una amarillenta oscuridad.

-Parece un relato de terror.

-Qué terror ni que leches. Nosotros nos acurrucamos y nos entregamos al calor de nuestros cuerpos. Luego pasó la tormenta y con ella desapareció la alucinación, el espejismo del naufrago, el delirio del aventurero del desierto.

-Casi como estar en medio de una gran ciudad.

Cuando la oscuridad hubo prescrito y se levantó, sobre el espejo del lago, el astro rey, mi conciencia volvió. El dolor de cabeza había desaparecido. Mi memoria navegaba intacta en mares de recuerdo. Fui tomando conciencia de mi cuerpo físico primero y luego de todo mi ser; abrí, con cierto grado de miedo, un ojo, como lo hace la liebre que duerme con un ojo como vigía, y cuando éste hubo inspeccionado el lugar donde me encontraba, le siguió el otro para quedar ambos estupefactos. O soñaba, o el techo que había sobre mí era de color rosa y de un material acolchado; estaba realmente en el interior de una caravana.

Sí, me encontraba en el interior de una coqueta, cuanto menos, cursi caravana donde prevalecía aquel color rosa con un horrible tono que hería las pupilas tan sólo de mirarlo. El rosa predominaba por encima de los tonos de madera de los que estaban o aparentaban estar hechos: cama, sillas, mesa, estanterías...también a juego con aquel espeluznante color del techo unas cortinas detenían la luz que provenía del exterior.

Mis ojos dieron un exhaustivo repaso enviando toda la información a mi cerebro que comenzaba a archivar todos los detalles. Fui despertando con sigilo y en el más absoluto silencio. Hice el sonido propio de un movimiento al incorporarme, el catre chilló bajo mis nalgas. Estaba desnudo, completamente desnudo

como había venido al mundo y como me iría. La cama estaba situada en una especie de nicho, no me golpeó la cabeza al levantarme porque mi estatura me permitía estar sentado sin alcanzar el techo. Otra persona de estatura mediana se habría golpeado. El caso que me libré de un nuevo golpe de cabeza. En la caravana todo parecía hecho con una proporción exacta. El poco espacio que había se había aprovechado muy bien en su construcción. Recordé cómo la noche me atrapó con aquella nube de mosquitos y cómo, la hija de Abundio, se lanzó sobre mi maltrecho cuerpo. Sí, Ursula, madre de Aéreo, hija de Abundio y nieta de Abundio y de Ursula la india.

Aquella sombra que percibí en la penumbra del atardecer estaba pegada a una hermosa nariz, nada envidiable a las que yo había visto, como una sombra china, tras el cristal esmerilado de la puerta de mi humilde despacho.

Era, ésta, Ursula, un tanto ligera de cascos, algo que había heredado de su abuela de la que llevaba su nombre, aquella que llegó con la tormenta y se fue con la calma.

Su único hijo nació de una relación, he de decir de su primera relación, no había hombre, que tras repostar en la estación de servicio que su abuelo había creado, que ella no se pasase por la piedra. No se sabe ni cuántos habían gozado de la sensualidad de aquella mujer. Tenía ésta la triste condena de sentirse insatisfecha sexualmente, no era del todo como una ninfomanía, no llegaba a padecer esa insatisfacción, pero era tremendamente sexual. No todos los hombres, que detuvieron sus autos para llenar los depósitos de gasolina, tuvieron el ánimo tan alto como para retozar con aquella moza. Pero los que si lo tenían no dudaban en venir desde bien lejos para llenar sus depósitos y vaciar de paso sus cargadores de espermatozoides.

El caso es que de la primera relación nació Aéreo, nombre que ella le puso para recordar a su padre. Era éste un piloto de una avioneta que no tuvo más remedio que aterrizar por llevar uno de los motores incendiado. Hizo un aterrizaje sin muchos deterioros en el aparato y consiguió, gracias a la ayuda de Ursula, apagar a tiempo el motor que ardía con lo que salvó su avioneta.

Pudo haberse matado aquel tipo mientras ella estaba observando cómo maniobraba con eficacia aquel temerario joven. Éste tuvo que

pasar un par de semanas en aquel lugar. Por el día se dedicaba a reparar el motor y por la noche a retozar con aquella mujer insaciable a veces. El motor lo tuvo reparado, para poder poner en el aire su flamante avioneta de color plateado, en menos de cuatro días, sin embargo, decidió saborear, los restantes, el placer que le proporcionaba aquella chica que le hacía las maravillas del universo, al menos a él le proporcionaba ese efecto el eyacular. Era impreciso pero por ello era más excitante. Eso que a muchos les da miedo porque se mueve entre la incertidumbre y la improvisación era lo que enloquecía a aquel piloto.

La extraña forma de amar de Ursula, que igual se desvivía haciéndole caricias que se dedicaba a abofetearlo, lo mantuvo en aquel lugar ese tiempo. Pronto recibió un mensaje por la radio de su aparato y tuvo que poner aire de por medio. Se fue sin despedirse de ella ni del viejo al que no le prestó atención alguna, exclusivamente lo trató para que le prestara algunas herramientas y algo de grasa para engrasar los mecanismos. Por lo demás no cruzó palabra alguna con él. A decir verdad fue el viejo Abundio quien puso las distancias, por lo reservado del carácter de éste y porque, según me confesó uno de los días de los que pasé allí, en una de aquellas largas charlas que mantuvimos sentados en el porche contemplando el bosque y la carretera, lengua negra, agudizando el oído para saber que se aproximaba algún vehículo, que aquel tipo no le gustó nada, por su prepotencia de piloto de las fuerzas aéreas de aquel país, y sobre todo por su vanidad ególatra. Se jactaba de haber participado en los bombardeos de Alemania, en los que los aliados realizaron para liberar a Europa de la amenaza nazi. Y a Abundio no le hizo gracia esa presunción de héroe, mezcla de patriotismo y sheriff del planeta tierra. El caso es que aquel yanqui presumido se estuvo tirando a su nieta, mientras Abundia su hija hacía la vista gorda porque le importaba un carajo quién se pasara a su hija por la piedra o al contrario. Ella había visto crecer a su hija con aquella carencia afectiva, no le iba a ir dando sermones por su actitud, le traía sin cuidado y así lo demostró y de éste modo su padre le negó la palabra y le prometió que no le iba a dejar ni un real, ella se rió a carcajadas en la nariz, hermosa nariz de su padre, no le importaba nada el dinero, lo que sí quería era que llegara el día de su muerte.

Lo que aquel piloto hizo, lo harían muchos otros con aquella mestiza. No sé si lo he dicho antes o no. Que la bisabuela de Aéreo era india, bueno queda dicho y si con anterioridad se ha afirmado tal detalle quede como repetición para que no caiga en el olvido que la primera Ursula era india y que Abundia, su hija era mestiza y que Abundia fue madre de la segunda Ursula y que ésta era también mestiza, porque su padre era un indio. Esto lo vamos a dejar para luego; digo que la historia de cómo Abundia tuvo relaciones sexuales y con ellas el fruto de su vida la relataré más adelante, si se tercia en el argot taurino, pero lo más importante de aquel fruto vendría con el tiempo, su nieto Aéreo. Ahí se detuvo el mundo para la que se convirtió en abuela.

Así que la india que llegó con la tormenta pasó aquellos días retozando con el catalán y se largó con los primeros indicios de calma. Entre él y ella despejaron, los cristales del coche, de polvo, y cuando estuvieron tan limpios como para hacer posible la visibilidad, ella arrancó el motor que rugió en el silencio de la tarde que caía en el horizonte cuando ya el muro que formaban las primeras filas de árboles de aquel bosque, se hubo tragado el sol que había lucido por unos eternos minutos, los mismos que duró la despedida, desapareció Ursula tras una nube de polvo amarillo.

La carretera no dejaba su rastro negro por aquel entonces, solamente dejaba un rastro de polvo que se iba asentando poco a poco, para volver a pertenecer al camino hasta que otro coche u otra tormenta de viento lo volviera a elevar y así se repetiría la misma historia, miles de veces hasta que llegaron las máquinas asfaltadoras y pintaron el camino como lengua de regaliz.

Esto parece algo cursi pero no es de mi cosecha, tengo que hacer aquí alusión al autor, sería de mal nacido no hacerlo. <<Te amaré hasta que la tierra desaparezca convirtiéndose en infinitas partículas que pulularan libres por el inmenso universo>>. Es del escritor, para el que yo iba a trabajar algo más tarde, llamado Cándido Mora Blanco. El mismo que yo creí hermano, y que era amante de Ángela la mujer de Licinio.

A diferencia de aquella primera Ursula, el aviador se despidió lo mismo que ella, lo que ocurre que él no volvió jamás, pero ella si lo

hizo nueve meses más tarde para pedir a Abundio que se hiciera cargo de la criatura que iba a nacer.

Como Abundio era un tanto naíf, y, además, estaba más solo que la una, no dudó en aceptar la propuesta de aquella india que tenía, por herencia genética, quizá, la actitud de ser algo nómada. Así que la india llamada Ursula, la primera en ésta historia, volvió a marcharse con la promesa de volver en cuanto el hijo o hija que llevaba dentro, tras su nacimiento, estuviera preparado/a para alimentarse por sí mismo/a. Y así fue. Un año más tarde, cuando Abundio ya había terminado su caseta y cuando ya había instalado su primer surtidor, llegó Ursula y con ella traía a una dulce criatura, una hermosa niña de sonrosadas mejillas y con una nariz que servía como signo de que la paternidad era cierta, no había duda.

Abundio la miró y en sus rasgos pudo ver los de su familia que por unos instantes le vinieron a la memoria. Y cómo iba a llamar a aquella criatura, pues evidentemente se llamaría como él que era digno de darle a su hija el nombre que definía a la plenitud y a la abundancia. Plenitud puede que hubiese en la vida de aquel catalán, pero lo que se dice abundancia, en esos tiempos, no nadaba, precisamente, en ella.

Y así nuestra primera Ursula desaparece del relato, aunque aparecerá algo más tarde por cruzarse en el camino con uno de nuestros personajes, uno del que tenemos poco que decir pero que sin él no podría haber existido otro de ellos. Vamos a dejar ésta parte de la historia para cuando llegue el momento. Sigamos por donde íbamos.

Y Abundio y su hija se quedaron contemplando cómo aquella mujer volvía a desaparecer tras una nueva nube de polvo por aquella futura lengua negra que se extendía por la infinita llanura, desierta hasta llegar al surtidor de Abundio donde el bosque te daba la más misteriosa bienvenida. Porque uno no se espera encontrar nada en esa tierra, por lo menos cuando llevas conduciendo cientos de millas sin atisbar ni una sola montaña.

-Ya veo que no es fácil la tarea que me encomiendan. Mas es arduo el trabajo que vengo desempañando con mis clientes, que hoy por hoy quedan satisfechos con los servicios prestados- dije sin darme cuenta en voz alta.

En ese momento en que la mentira era tan evidente me vino una carcajada, sonora risa que rebotó en las paredes de mi oficinita, que chocó con los cristales esmerilados de la puerta de entrada, que salió por una fisura y se perdió por el pasillo saliendo a la calle y fundiéndose con el viento que aquel día soplaba con una cadencia casi molesta, por nos ser ni muy fuerte ni muy suave, como un termino medio que no tiene sentido cuando uno es un borracho empedernido o un mujeriego o un hijo puta, así soplaba aquel viento que se tragó mi sonora risa. Me hubiera gustado poderla reprimir en el preciso instante en que se formó allí en el interior de mi garganta, antes de que las cuerdas bucales se tensaran para crear el sonido de la carcajada que salió escupida en un reflejo sin control.

-Está bien, no pierda más tiempo, salga de inmediato hacia éste lugar- y diciendo esto Abundia me señaló en un plano un punto al que yo debía llegar cuanto antes mejor, según su observación.

-Vale, vale- les respondí-, no tendré tiempo que perder, pero necesito que me aclaren una pequeña duda. Cómo es que el sheriff les ha entregado el certificado que autoriza la momificación. Que yo sepa...- seguí exponiendo mi opinión-...no existe, hasta el momento ningún caso que sirva como precedente para que la ley autorice la disección de seres humanos. Se ha avanzado mucho en ese aspecto. Por ejemplo: los futuros muertos expresan, antes de que llegue la fatídica hora, evidentemente no podrían hacerlo una vez llegada ésta, la forma en que quieren que sus cuerpos sean enterrados, bien como es tradicional o incinerando sus cuerpos, pero no hay constancia de que en ningún lugar se haya permitido tal modo de disección. Claro que esto es en lo contemporáneo, porque ya sabemos que históricamente, hace siglos que se viene practicando este modo de pasar a la eternidad del cuerpo físico. En esta tierra cuando los aborígenes campaban, en plena libertad, a su anchas, antes de que fueran masacrados por el hombre blanco que llegó de otras tierras, se utilizaba la pira funeraria donde se quemaban los cuerpos ofreciéndolos a los dioses, han desaparecido los dioses, parte de la naturaleza y los pocos aborígenes que quedan están en reservas como si se tratase de animales. Entonces cómo han conseguido ustedes la autorización de ese tipo déspota, narcisista, mentecato y prepotente hombre de la ley y el orden.

-Nada es fácil de conseguir, sobre todo con la ley- dijo la anciana-, pero quien hace la misma hace la trampa.

-Sí, aún no acabo entender- dije algo contrariado, no es que yo sea algo corto, pero he de reconocer que necesito tiempo para captar las cosas.

-Mire Leopoldo, el certificado es igual que el que usan los cazadores para que el taxidermista les diseque a sus presas. Lo único que el sheriff, en este caso, hará la vista gorda, vamos que mirará para otro lado. Y en la ficha donde se indican las características del animal a disecar aparecerán las de un ejemplar de oso pardo.

-Ya voy comprendiendo, así que ustedes pretenden que el taxidermista trague con ese engaño y no sólo firme el certificado, sino que además realice la obra, están locos, verdaderamente locos- dije y la carcajada que antes había salido de mi garganta se quedó en mantilla con la que ahora salió, porque ésta estuvo a punto de romper los cristales esmerilados por donde yo había visto llegar a aquellas narices que ahora me proponían participar en tamaña barbaridad.

-No se preocupe, el taxidermista hará su trabajo, ya lo verá- dijo Aéreo con cara de pájaro.

-Ya lo creo- Apuntilló la anciana con cara de agachadiza.

-No sé hasta qué punto esto puede tener sentido. Sobre todo que yo vaya a la estación de servicio de su padre y consiga la firma de su hija y para qué.

-Ella no tiene que firmar el certificado. Ella ha de firmar la renuncia a su herencia porque es la condición que Cesáreo ha pedido. No como requisito para realizar la operación, como puede usted entender, sino para que se le ceda a él la herencia, a la que yo estoy dispuesta a renunciar con tal de no separarme jamás de mi nieto.

-Esto si que es una locura, quieren que yo convenza a su hija, a la madre de éste tarugo de que, en pos de su meta, renuncie a lo que le pertenece por ley. Creo que ustedes están verdaderamente chiflados- les dije y me levanté para dirigirme a la mesa donde Calíope estaba con la boca abierta sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

-Así que por la cantidad que le hemos ofrecido no va a usted a poner trabas. Cuando haya conseguido nuestro propósito venga a ésta dirección.

Y la dirección, que estaba señalada en el mismo mapa, se encontraba al norte del lugar a donde yo debería dirigir mis pasos y no era otra que la de un viejo conocido mío de profesión taxidermista. Había dedicado su vida a disecar osos, ciervos, gamos, águilas, bisontes y una larga lista de todo tipo de animales cazados por los hombres en su ansiedad por sentirse poderosos. Porque es conocido que la caza produce, en algunos hombres, ese efecto de borrachera al poder sentirse por encima de todas las cosas por tener el maldito poder de dar muerte a otros seres indefensos.

En el estado donde vivía aquel conocido mío, taxidermista de profesión, como ya he dicho, había un gran número de hombres que se dedicaban a la caza en su tiempo de ocio y por y para ello existían leyes que regulaban tal afición, para no permitir que la caza se convirtiera en algo anárquico. Una de ellas, por ejemplo, permitía la caza de osos usando, como reclamo, los donuts, bocado de bollería tan patrio como la hamburguesa.

Recordé mis desayunos favoritos con los donuts y el chocolate caliente e intenté ponerme en la piel de los golosos grandullones que se levantaban sobre sus dos patas traseras cuando olfateaban el magnifico manjar. Era cruel la formula, pero como la ley la aprobaba el mal no era tan grave. No obstante dicha ley había sido aprobada por el senado, otorgando el privilegio al estado en particular, porque en otros no se admitía ese método pero sí otros, como el que se utilizaba mucho más al norte, la hamburguesa de tres o cuatro días con la carne ya en curso de putrefacción, lo que aumentaba la posibilidad de que uno de aquellos animales salvajes, empujado por su olfato, llegara a ponerse a tiro de cualquiera de los cazadores sin escrúpulos que estaban dispuestos a disparar sus relucientes rifles.

En el estado, donde mi conocido taxidermista vivía, fue el mismo gobernador quien llevó la propuesta de ley al senado, siendo en ese tiempo su hermano presidente del país. Eran aficionados, ambos, a matar, tanto a animales como a seres humanos. La pena de muerte existía allí y en otros estados. Qué importancia podía tener un bicho

peludo y mal oliente, ninguna, lo mismo que un hombre malvado, excusa ésta que se practicaba para justificar la pena capital.

Así que comprendí que Aéreo y Abundia lo tenían todo previsto. No en vano el magnánimo comisario o sheriff había dado su consentimiento, claro que a cambio de una tierra en medio de ningún sitio. No me extraña que aquella gente no tuviera reparo en deshacerse de ella. Eso es lo que yo pensaba en esos momentos, me equivocaba.

Pero tendría que estirar la pata, primero Abundio, y, luego, conseguir la firma de la madre de Aéreo. Que lo más probable es que firmara sin ningún impedimento.

Yo en ese momento no conocía la finca. Pero tendría el privilegio, no solamente de conocer la tierra sino de disfrutar lo que en ella se movía con faldas.

Ursula, como ya he dicho, me tuvo varios días encerrado en la caravana, yo estaba bajo los efectos de alguna droga porque no hacía más que, como dicen en México, coger y dormir, dormir y coger.

Terminemos con el cómo abuela y nieto me encontraron y fue gracias a mi buen amigo, lo de amigo lo digo con algo de ironía, no obstante, ya he aclarado en esta historia lo que para mí significa la definición de la amistad.

En fin, que a las dos narices aguileñas, las había enviado en mi busca, nada más y nada menos, que el señor todopoderoso sheriff de la ley y el orden, Cesáreo Márquez Douglas. Y es que me tenía tirria. Claro yo iba por libre y ya se sabe que en los pueblos hacer, lo que se dice, lo que a uno le plazca no es bien recibido por el resto de los que tienen responsabilidades que los encadenan por mucho que me vengan con el cuento de que si son hombres libres y tal y cual y Pascual Duarte, título éste de una de las novelas que no he leído y que su autor fue premio Nóbel de Literatura con mayúsculas ambos.

-Quién si no pudiese haber sido señor Leopoldo- me quedé perplejo porque o yo había estado hablando en voz alta o la mujer era una bruja.

-Claro, qué otro- sentenció Aéreo-, él le tiene en muy buena estima.

-Ya- dije yo con algo de rabia-, conque la rubia cabellera os ha dado mi dirección y mi nombre.

-Hombre, es usted algo inteligente- dijo con algo de sorna la anciana.

-Está bien, por la cantidad que me han prometido iría incluso a cazar osos sin donuts.

-Por ello no ha de preocuparse amigo, ya sabe que aquí tiene la mitad y la otra cuando vuelva con el documento de renuncia firmado por Ursula.

-Y así fue cómo me puse en camino y asenté las cuatro ruedas, del vehículo que ellos me habían alquilado, sobre la negra carretera donde una línea amarilla se perdía en el infinito horizonte. Lengua eterna de regaliz.

No había visto yo tanto dinero junto en la vida. Ni siquiera Licinio, que al final no me pagó los honorarios totales, podría pagar tanto, aunque su mujer valía mucho más de lo que ahora tenía yo ante mis ojos. Quinientos de los grandes. Mitad ahora, mitad luego, como la frase que llegó a convertirse en algo que los jefes de estado de este mundo esgrimían con euforia, enfatizando, en ese antes y después que tan popular se hizo; ¿hay un antes y un después, ya nada será igual?

Qué hubiera hecho Platón al oír tamaña sandez. Claro que hay un antes y un después y un durante o es que somos estúpidos. En fin, que allí tenía yo sobre la mesa quinientos billetes de los grandes, ahí es nada. Y allí estaban las cuatro ruedas del auto y el motor rugiendo y la carretera, negra como el alma del diablo, tirando de mí como si yo fuese un objeto que atraído por la fuerza de la gravedad cae al suelo, quién fue el que descubrió este principio, quizá fue Isaac Newton, pero yo no caía al suelo sino que me desplazaba hacia adelante con la única idea de encontrar el lugar que con un punto rojo me había señalado la pareja de chiflados en el mapa.

El dinero lo puede todo y mis ideales se dejan sobornar con facilidad si éste está por medio.

Antes de salir, para celebrarlo invité a Calíope, mi fiel secretaria, a una cena.

-Linda Calíope esta noche invito a cenar.

-Acepto encantada, tú eliges el lugar.

Me di cuenta que no había dejado de ser miserable, porque con toda esa pasta había podido invitarla a otro lugar algo más decente,

pero no lo hice, fuimos al mismo antro donde yo me almorzaba los plastificados filetes con patatas más estiradas que un chicle usado.

Poco antes de todo esto, las dos narices se despidieron y volvieron sus pasos sobre lo andado y sus narices olfatearon de nuevo el pasillo, luego la calle y así, todo el trayecto hasta llegar al único lugar donde los forasteros podían alojarse en el pueblo, un motel en las afueras. No pasaban por allí muchos extraños, solamente algunos vendedores, algunos miembros de iglesias nuevas, los evangelistas y un grupo de actores que recorrían los estados y los pueblos con su teatro de calle. Poco más era la clientela del motel llamado El Paraíso.

-Le deseo suerte- dijo la anciana con una sonrisa sospechosa.

-Lo mismo digo- secundó el nieto abobado.

Luego tras sus pasos y sus olores (cada uno tan peculiar que se podían distinguir en el pasillo, por la derecha salió Abundia y por la izquierda lo hizo su amado nieto), salimos Calíope olfateando a Aéreo y yo a la feliz Abundia.

En la calle el maldito viento seguía acariciando los árboles de la avenida principal del pueblo, la única vía a la que se asomaban las casas, a uno y otro lado y donde los árboles parecían haber estado allí, durante toda su existencia, esperando que se construyeran las casas para cobijarlas con sus agradables sombras en las calurosas tardes de verano. En el cielo una estrella nos guiñó desapareciendo y Calíope pidió un deseo.

-¡Mira una estrella fugaz! Pidamos un deseo.

No me dijo qué fue lo que pidió. Yo no pedí ninguno, entre otras cosas por no creer en superstición alguna y menos en esa que decía que había que pedir un deseo cada vez que se veía una de aquellas estrellas que abandonaban la vía láctea, al menos en su función de estrellas, pasando a formar parte del más absoluto anonimato, lo mismo que nos ocurrirá a todos nosotros que pasaremos al olvido y seremos reemplazados por otros.

Cruzamos la única calle existente y salimos de Pine Bluff y fuimos al restaurante, al café, al bar, al centro de reunión de los parroquianos de la tranquila villa con denominación de ciudad por ser mayor que la bucólica aldea donde Cesáreo gobernaba con toda seriedad y firmeza y allí en Cross City cenamos aquella noche.

No me voy por las ramas pero había que celebrar el trabajo y más que eso lo que íbamos a celebrar es que después de muchas vicisitudes pasadas teníamos un fajo de billetes delante de nuestras narices, mejor dicho, en mis bolsillos, que fue a donde fue a parar una parte de los billetes una vez habían sido olfateados y puestos sobre la mesa por la singular pareja, mi humilde mesa de mi no menos humilde despacho donde había aguardado tantos días una ocasión así. Había hecho trabajos, pero como aquel ninguno. Claro que a quién puede ocurrírsele ir a abrir una oficina de detectives en una aldea como aquella. La verdad es que no se le puede ocurrir a otra persona que a mí, y, en modo alguno, se le ocurrirá a alguien en su sano juicio o que no huya de algo o se oculte como era mi caso. Allí nadie podría encontrarme, qué ingenuo he sido en la mayoría de los casos. Creo que ese es un aspecto de mi forma de ser del que me he desentendido por no darle la mayor importancia. Y, ahora que lo pienso, tiene mucha más de lo que yo he creído jamás. Pues pecando de ingenuo me instalé en aquel pueblo perdido en medio de un estado de inmensas medidas y donde probablemente no ocurriera nada, por lo que me iba ir regular, sobreviví. Ya he dicho antes, si la memoria o mis divagaciones no me fallan, que por el alquiler de mi despacho no pagaba desde hacía tiempo, unos seis meses, el casero no apretaba y el administrador, que era el encargado de que se efectuaran los pagos con regularidad tampoco lo hacía más por la razón de que había desaparecido que por la de realizar su trabajo. Pues con eso ya me suponía un desahogo. Luego la linda Calíope se dejaba parte de su otro sueldo, bueno digamos que se dejaba la mitad de su verdadero sueldo, el que se ganaba trabajando en la única oficina de correos que existía en cincuenta kilómetros a la redonda. Muchas veces pensé que aquella oficina era un buen lugar para atracar. Sobre todo los primeros de mes que recibían el dinero para el pago de las subvenciones y de los salarios de los jubilados, que allí eran casi el noventa por ciento de la población; qué dónde estaba la juventud, ni idea, que se habían largado a buscar fortuna, ni idea, porque nadie hablaba de ello. Parecía, más bien, como si allí los únicos jóvenes, que habían existido, fuesen aquellos ancianos jubilados, o apunto de serlo. El resto eran dos o tres niños que vivían en las afueras, en una casa algo misteriosa por su aspecto exterior,

nunca vi el interior, y es que en todos los pueblos ha de haber una de esas casas. Eso era todo. Cuatro niños y dos adolescentes que ya habían olvidado su infancia y se habían precipitado, quizá influenciados por la madurez que los rodeaba, en una vejez anticipada.

Y allí tuve que ir a colocar mis posaderas de buen detective. Claro que cuando uno no tiene el privilegio de elegir no tiene más remedio que bailar con la más fea. Porque en lo concerniente a suerte, lo que se dice buena, nunca tuve la buena sino más bien lo contrario, aunque yo muchas veces haya pensado que tampoco era para tanto y que una cosa lleva a la otra y así gira que gira. Peor estaban otros. Y, qué mal es el consuelo de los tontos, el de muchos. Entonces qué iba a hacer. Me líe la manta a la cabeza y me acordé de mi madre que en sus ataques de nervios decía que se iba a liar un día la manta a la cabeza y nos iba a dejar allí, a mi padre y por supuesto a mí, nunca ocurrió tal cosa, ella asumió su papel de sumisa y con un estoicismo inusitado encajó los golpes y se convirtió en una silenciosa sufridora que achacaba sus males a sus malos pensamientos, como el de abandonar a su marido y a su único hijo.

Nada, yo sí que me lié la manta a la cabeza y salí pitando de aquel lugar; la casa de mis padres era un infierno. Mi padre no se preocupada de otra cosa que de buscarme trabajo. ¡Ya! Recuerdo, a mis doce años cómo me explotaba el muy..., y es que me dan ganas de vomitar; tengo que decir que estos trabajos, si eran reenumerados, nunca lo supe, pues nunca vi una perra chica. Él se encargaba de recoger el sueldo que supuestamente había pactado con la persona a la que me entregaba como si fuera una mercancía a la que había que sacar provecho. Y luego, además, crecí con la repetición de su frase favorita, eres un inútil, no sirves para nada. Y si me pongo a contar aquí para lo que servía no acabaríamos nunca. En fin, que no es eso lo que vengo a contarles. Después de tanta divagación sigo con la cena de mi fiel secretaria en el *barrestaurantcafédelpueblociudad* Cross City.

Ya divago, y, ¡ay! ¿No era Pine Bluff de casitas en hilera unas frente a las otras casi simétricas, con su iglesia y su pastor presbiteriano y sus dos extranjeros y su forastero y su sheriff que lucía su espléndida melena iluminando los rincones oscuros con la

brillantez de un rayo de sol, un idílico lugar al que llegar y en el que quedarse? Qué importa. Vayamos al grano.

Llegamos y como de costumbre estaban los de siempre. Al poco rato y como cada día, a la misma hora se habían reunido casi todos los hombres de Cross City. Las mujeres se reunían en casa de la mujer del alcalde. Y allí tomaban té o charlaban del tiempo o de sus esposos queridos o de sus no menos queridísimos hijos y cómo no, del estado en que se encontraban sus queridísimos y adorados trozos de césped.

Allí estábamos, Calíope y yo, rodeados de caras conocidas envueltos en una nube de pringue y siendo ungidos por el repelente olor a fritanga que no se te quita en siglos de los poros.

Como decía, al poco rato como cada día llegó el señor sheriff Cesáreo luciendo su brillante cabellera y cómo no, su estrella, la que le otorgaba el poder sobre todas las cosas, la que lo hacía casi intocable, casi omnipotente, invencible, imbécil, creído y botarate payaso, todas estas conjeturas las hice nada más verlo. Pero gracias a él tenía ahora en mis bolsillos aquella succulenta cantidad de billetes y como buen caballero y haciendo de tripas corazón y encajándome mi mejor cara de hipócrita lo invité a sentarse con nosotros.

-¡Hombre Cesáreo! Siéntese con nosotros.

-Muchas gracias amigo- aceptó con una sonrisa casi amable. No le conocía yo a éste personaje aquel tipo de cordialidad. Más bien era un hombre seco, serio e introvertido, no se relacionaba con la gente más que lo justo, porque saludaba a todos sin detenerse a hablar con ellos más de un minuto. Ese comportamiento lo había yo observado en el tiempo que llevaba allí instalado. Es cierto. El sheriff era un tipo seco y parco en palabras. Las justas. Preguntas y respuestas. Nada más. No perdía su tiempo con trivialidades, nimiedades, al fin y al cabo, las llamaba cuando alguno de los parroquianos lo quería entretener más de lo que él había decidido ser entretenido, un minuto a lo máximo tres que ya eran una eternidad. Se atusaba el mentón, se acariciaba el largo pelo brillante y sin más se daba media vuelta y se iba por donde había venido. Y se le veía desaparecer calle abajo o calle arriba, aunque la inclinación del terreno no daba para otorgar la definición de pendiente hacia ningún lado, por ser aquel un terreno llano, aunque levemente inclinado hacia el sur. Se podría

decir que si en la parte norte de Pine Bluff se echaba un cubo de agua correría ésta hacia el sur pero ejerciendo un esfuerzo sobrenatural, de hecho, cuando llovía en aquel pueblo el agua solía quedar estancada y con el rutinario y lento paso de las horas se dirigía hacia el sur con una lentitud casi desalmada como si de un reloj de arena se tratase. Quién iba a percatarse de tan insignificante fenómeno, en aquel lugar donde nunca ocurría nada o casi nada, porque en todo teatro existe vida tras los bastidores, y, en aquel lugar, como en todos los pueblos de la tierra, existía un mundo de engaños y misterios, los cuales no voy yo a descubrir en este relato, por creer que me he vuelto a ir por los cerros de ese lugar que está en la provincia de Jaén.

Y como venía diciendo, aquella noche el sheriff aceptó mi invitación y no fueron dos ni tres minutos los que perdió con nosotros. Pasó toda la cena. Incluso bebió un par de copas de vino. Y de qué se habló en la cena. Pues de qué se iba a hablar, de mi función en el caso de Abundia y Aéreo y por qué a él le interesaba tanto aquel caso. Ya lo descubriría con el paso de los días que a veces son como arpías.

Ahora recuerdo una frase que una vez oí en un bar, dónde si no, se puede llegar a oír algo parecido: *“La vida es una puta apostada en cualquier esquina dispuesta a hacerte pagar cara la existencia”*.

Cuando uno no tiene nada se dice que se come los mocos, aunque no sea ésta una forma adecuada o literaria de describir una situación en la que el protagonista de la misma se encuentra boca abajo, mejor dicho, en la más absoluta indigencia. Sea que cuando uno no tiene nada parece que lo persigue la miseria. Y cuando uno tiene uno o dos trabajos van y aparecen otros tantos. Es como el dinero que sólo se le aparece a quien más tiene.

Pues estaba yo de lleno en mi trabajo sobre Abundia y Aéreo minutos antes de partir para aquel lugar, que parecía haber visitado en sueños, al menos esa era la sensación que tenía, había soñado un lugar parecido o unas circunstancias parecidas a las que aún no me habían ocurrido, algo premonitorio se respiraba en el ambiente. Estaba ultimando los preparativos en mi, como ya se ha dicho, humilde despacho, cuando apareció aquel tipo. Y cual fue mi sorpresa.

De repente el caso de Licinio y Ángela volvía a la palestra. Por qué. Porque el tipo que acababa de cruzar la puerta del despacho no era otro que el amante de Ángela. Aquel escritor resentido con la vida y más con el mundo editorial. Ya sabemos que éste es un recurso fácil para criticar el oscuro y podrido mundo que mueve los libros, sean de la condición que sean; ensayos, novelas, poesías, científicos, filosóficos, etc.

Donde se mueve el dinero siempre apesta a ese olor rancio como si las monedas y los billetes envejecieran o llegasen a un estado de putrefacción dejando en el ambiente un aroma nauseabundo, quien haya estado en uno de esos locales de juegos podrá confirmar mi hipótesis.

En fin que allí estaba, tras el cristal esmerilado, la sombra del escritor frustrado y luego su presencia como si se tratara de un mismo fantasma. Así era su aura. Fría. Metálica. De color amarillo, pero no de oro. El brillo era desvaído como una moneda vieja de cobre o de zinc en la que se ha perdido cualquier ápice de brillantez. Sus ojos estaban algo tristes. Con todo el peso de su manuscrito cayó sobre el asiento de delante de mi mesa. Luego, sin esperar el intercambio de saludo, puso un libro sobre la destartada mesa, a su derecha, a mi derecha colocó el manuscrito. Me miró, se atusó una barba de semanas, donde comenzaban a blanquear las canas.

Me volvió a mirar y entonces tras el reconocimiento dijo:

-¡Hombre! ¿No me esperaba?- se detuvo un momento, aspiró una honda bocanada de aire, un aire vencido y viejo que pululaba por las paredes de la oficina. Y continuó:

-¡Vaya qué bien que estamos en la misma historia!

-No se me puede tachar de mal anfitrión, pero en ésta ocasión no puedo atenderle, tengo que salir, mejor dicho, sea, o sea, dicho mejor, que salgo de inmediato para solucionar un recién estrenado trabajo así que disculpe que lo emplace para otra ocasión.

Habíamos cenado Calíope y yo la noche anterior, habíamos hablado con Cesáreo y aquella era la mañana siguiente. Mañana de preparativos. Aunque lo único que yo debía de llevar era aquel certificado y si quería alguna ropa para mí. Pero digamos que estábamos haciendo los preparativos cuando llegó el escritor con su manuscrito y su historia, no debo de olvidar que también viajaba con

él un libro, que al parecer por su aroma, estaba recién salido del horno. Olía, y esto me recordó a mis primeros días de colegio, a madera recién cortada, a bosque, a árbol, a naturaleza, a alcohol, a tinta, a grasa, a máquina de imprimir, a libro nuevo. Mi olfato se inundó de aquel olor y se puso raudo y veloz a introducirse en los rincones de la memoria. Qué olores aquellos, en las mañanas en las que iba a la escuela, y, el olor de los niños, los otros, siempre consideré que yo olía diferente, distinto, luego estaban los demás: la señorita, los lápices, las gomas, el polvo de tiza haciéndonos cosquillas y a la vez estornudar. Luego el silencio, el miedo a ser preguntado el primero, el rubor, el cosquilleo...

Nada, que aquel libro estaba muy bien editado, bien encuadernado con sus tapas y con sus cubre tapas y además, el papel por donde se fugaban las palabras en miles de líneas era un papel fuerte, cálido al tacto, mejor se diría que agradecido, el caso es que por lo que se podía ver a simple vista o a ojo de buen cubero, era un buen trabajo.

Las cubiertas eran de color canela y la cubre cubierta se componía de tres colores. El fondo negro. Una O que ocupada casi media tapa en color naranja como si fuera el ojo de una gran aguja, el resto de las letras, en rojo, estaban realizadas en un formato casi diez veces menor o quizá treinta veces, la impresión que daba su título era de una gran O que amenazaba a las otras letras que temerosas formaban lo que sin duda era el título, Obeso. El nombre del autor un tal Alva Eno, que en este caso no coincidía con el del hombre que yo tenía frente a mí. No entendía qué pintaba yo en un asunto de libros. Nunca se me dio bien la literatura, la verdad es que tuve algunos años buenos en gramática, pero me los cargué todos una mañana en la que la maestra de dicha asignatura se empeñó en dar la clase delante de mi pupitre, la única razón que la llevó a ello fue que no le quedaba más remedio porque el conserje no había tenido la lucidez de poner la pizarra en otro lugar, dejando un espacio entre ésta y mi mesa de menos de cincuenta centímetros, tengo que hacer honor a la verdad, porque la señorita tenía un trasero que medía, al menos, de diámetro, un metro y medio, entonces vamos a decir que entre la pizarra y mi pupitre había casi un metro. Así que la maestra, soltera y de avanzada edad, entrada en años y kilos con pechos exuberantes,

en tamaño, se colocó delante de mí. Y como ella tenía un pequeño defecto a la hora de hablar, no es que tartamudeara o algo por el estilo, no, lo que a ella le ocurría era que cuando hablaba solían salirle miles de pequeñas gotitas de saliva, algo que es bastante común en los seres humanos; y las gotitas, más bien yo las definiría como una lluvia de esas que en el norte del país de donde procedo llaman cala bobos, caía sin remisión sobre mi cabeza. Produciéndome una sensación extraña entre la repugnancia y la antipatía. Vengo a decir que me cargué la lengua porque no pude soportar la infernal llovizna proveniente de la boca de la maestra y le dije que de haberlo sabido me hubiera traído un paraguas. Aquello no agradó, como era evidente, a la que explicaba escribiendo en la pizarra los nombres de escritores españoles del siglo diecinueve, de los que ya ni me acuerdo, porque desde ese día las clases de literatura se convirtieron para mí en un infierno. Qué por qué le sentó tan mal mi comentario, yo creo ya me traía entre ojos y además conseguí con él arrancarles, a mis compañeros, una estruendosa carcajada que, a decir verdad, fue como el barómetro que midió las consecuencias de mi arrogancia, según me llamó ella, arrogante y engreído.

-No eres más que un estúpido ignorante, pero lo peor es tu engreimiento- dijo la mujer llorando por mi actitud.

Pero ya estoy con historias que no vienen a cuento; sigamos con el escritor que se me había colado en el despacho cuando ya casi estaba a punto de salir a descubrir aquella tierra muerta.

-Échele un vistazo a estos dos libros, le voy a poner en antecedentes. Lo haré de forma breve para que no pierda su valioso tiempo. El caso es que hace un año, yo escribí esta novela que se titula Obeso, trata sobre la lucha de unos personajes, unos enfermos obesos y otros anoréxicos, por llegar a tener el cuerpo ansiado, más o menos, por encima, habría que profundizar algo más porque se trata de la lucha personal de una serie de individuos por sobrevivir. Pero esto quizá para un detective como usted sea, por decirlo de algún modo, una cuestión trivial, porque lo que yo voy a pedirle es que consiga demostrar el plagio al que he sido sometido. Como le estaba diciendo, hace un año escribí esta novela y como usted ha podido averiguar por sí mismo, no vivo en una situación económica brillante y no me puedo permitir ciertos lujos. Por ejemplo, sin ir más lejos, el

de registrar mis manuscritos originales en la oficina reglamentaria, entre otras cosas porque no puedo pagar la tarifa. Así que tuve que ingeniarme de otro método, uno que leí en una revista de esas que hablan de cómo escribir, cómo publicar, cómo hacer tal o cual. Ya sabe, las que pretenden sacarte los cuartos. El caso es que utilicé uno de esos métodos. Y el mismo día que envié tres copias a un concurso de novela que se organiza en la Tapaniata, me envié, éste que está sobre su mesa con acuse de recibo para que pueda tener el efecto que legalmente puede tener un sello de correos. Así que con anterioridad a la publicación de este libro ya existía en mi poder, evidentemente el original por ser yo su único autor. Pero aun así y manteniendo mis reservas sobre esos concursos literarios, introduje una errata en el original, así se puede encontrar un fallo en la página 128 en la línea 7, que no es otro que una dirección, en la que cambio el número de piso. Y no me va a creer usted, pero el plagio es absoluto porque no se han molestado en revisar la obra y menos en cambiar dicho gazapo. Puede usted verlo en las páginas que he citado anteriormente.

-Está bien- le dije al excitado escritor-, pero tendrá que esperar a que vuelva de este viaje que me dispongo a hacer en estos momentos. No le prometo nada, pero le aseguro que haré todo lo posible para denunciar el plagio y demandar a la editorial, así que perdone pero ahora he de irme- terminé de este modo y el escritor se me quedó mirando con cara de pocos amigos, por no decir de uno y malo.

-De acuerdo- dijo con un convencimiento casi natural lo que me resultó, de algún modo, misterioso. Tras decir esto se levantó de la silla que había ocupado y me estrechó la mano. No hubo más palabras; pero sí una mirada penetrante, de esas que esos escritores suelen tener, una mirada escrutadora que parece que te está traspasando la piel y que se va metiendo por debajo de ella y se cuela en tus venas, llega al corazón lo zarandea, lo rastrea sin escrúpulos, le da bocados y luego sigue su camino hacia el cerebro y allí se instala, fría, espectadora, expectante, y va cogiendo una a una las pocas neuronas que quedan vivas y las sacude y luego se las come y se divierte al hacer preguntas capciosas viendo que uno no sabe o no encuentra la respuesta. Así fue su mirada antes de cruzar la puerta y

convertirse en una sombra china tras el esmerilado cristal que también fue víctima de la inquisidora mirada que todo lo analiza y que todo lo pone a prueba.

Yo terminé los preparativos. Calíope llegó algo azorada, yo diría que ruborizada. Se acababa de cruzar en el pasillo con el escritor, pero ella no supo quién era, sólo que éste la había mirado con ese tipo de mirada en la que las palabras son prescindibles porque a veces una mirada dice mucho más que cualquier alocución verbal. Una mirada con la que su ropa había desaparecido y cuando los ojos del escritor viajaban a la altura del pubis de la linda Calíope la lengua de éste salió de una boca casi grotesca por su expresión y le dedicó una pérfida danza. Una lengua blanca de la que salía un intenso aliento que debía ser incluso peor que las intenciones de la mirada que la recorría sin limitación alguna.

Hay muchos hombres que no dudan en repasar descaradamente los cuerpos de esas mujeres que con ellos se cruzan, de hecho lo hacen con el más absoluto descaro. En fin que así era aquel escritor al que yo había conocido, como ya todos saben en mi anterior investigación, la señora de Licinio nos utilizó de algún modo. Aquella mujer de encantos sublimes. Por qué nuevamente venía a mi memoria la tarde en que comencé a gozar con aquella criatura. La vida que es un volver. Esto lo ha dicho o escrito algún hombre pero ahora no recuerdo quién o cómo se llamaba, quizá por esa ingratitud que a veces se instala en la vida de algunos hombres y mujeres o he de decir mujeres y hombres, para que no se me enfade ningún colectivo de feministas ni se me tache, por utilizar ese orden, de machista, pero lo que quiero decir es que la gente olvida y con ello se olvidan a los hombres que escribieron grandes frases o grandes verdades. ¿O será que la vida es un girar y girar como lo hace la tierra, un olvido tras otro?

Sea como fuere sobre mi mesa quedó el original escrito por el escritor, y el ejemplar, editado por la editorial Tapaniata, de un tal Alva Eno, probablemente aquel nombre no era más que un seudónimo utilizado por algún escritor para editar sus obras o, en este caso, las de otros escritores que, ilusionados, enviaban sus inéditas novelas a concursos de dudosa fiabilidad. ¿Esos concursos no serán, quizá, la fórmula que tienen escritores consagrados de recoger

nuevas ideas? Eso sin mencionar a los negros que más de uno de ellos utiliza para poder permitirse estar de farándula a la vez que escribiendo. Esa era la hipótesis de mi nuevo cliente. Tendría que aparcar aquello por un tiempo porque primero debía resolver el asunto que me había llevado al lugar donde Ursula me mostró los rincones más sórdidos del sexo.

No quiero, por lo pronto, entrar en valoraciones de ningún tipo. Por considerar que las especulaciones y los rumores no son mi idea de trabajo. Yo compruebo, investigo y una vez tengo la información suficiente hago mi informe en el que quedan claras las intenciones de unos u otros así como la culpabilidad o la inocencia de los involucrados en el caso. Porque la información recibida, no siempre es veraz, y en éste caso yo debía comprobar la que estaba recibiendo por parecerme de algún modo falsa o falta de solidez.

Yo emprendí mi camino hacia aquella estación de servicios teniendo la sensación de haber vivido en aquel lugar en otro momento. No vamos a entrar en temas paranormales. Pero yo tenía esa sensación. La había sentido siempre, de hecho, nunca había tenido sensación de extrañeza al llegar a un lugar desconocido, hasta entonces, por mí. Y esa fue la sensación que tuve cuando llegué a la gasolinera. Una familiaridad casi inhóspita, porque cuando se visita a la familia, tras un largo periodo de tiempo, la alegría y la acogida producen a la vez, ese sentimiento de acogimiento y de despedida, produciendo el efecto de una hospitalidad falsa y tan precaria como la propia existencia.

Así que con aquellas sensaciones me enfrenté a aquel lugar y como ya he contado en páginas anteriores me quedé sorprendido con lo que iba a descubrir. Quiero decir que convencí, de algún modo a Ursula para que aceptara la proposición que yo llevaba de parte de su madre y de su hijo. Abundia y Aéreo me habían entregado un documento que ella firmaría, con poco asombro para mí, con todo convencimiento. ¿No le importaba a aquella mujer lo que decía el documento? ¿Se sentía tan libre y por ello renunciaba a cualquier propiedad que la atase ineludiblemente a la tierra? Ambas cosas serían ciertas y eso es lo que hizo que mi trabajo fuese tan fácil.

Qué decir del abuelo, el Abundio expulsado de su tierra, desarraigado y a la vez desarraigado. Un hombre que había perdido

todos sus lazos familiares, y que había encontrado una tierra desértica al pie de un frondoso bosque donde lo único que brillaría sería un surtidor viejo y destartado. Luego él y su fuerza de voluntad (se sabe que el ser humano está dotado de una energía invisible, una fuerza que parece surgir de las vicisitudes para enfrentarse a las mismas), haría el resto.

Paulo Coelho dice en uno de sus artículos, precisamente eso, que al ser humano la vida siempre lo está poniendo a prueba y que a las dificultades siempre les sigue la buena bonaza. De modo que a Abundio le pareció que aquella tierra era su paraíso a la vez que su propio infierno y si no qué me dicen ustedes de la vida, si no es un infierno dentro del propio cielo y viceversa.

Y a la que le correspondía la parte de su herencia, a ella la Ursula venida al mundo por la suerte de una aventura de Abundia, como el resto de los miembros de la familia habían venido al mundo, por la suerte de una aventura, con la excepción de Abundio, pues él había sido engendrado en el seno de una familia que había sido creada con premeditación. Tanto en lo referente a él como a sus padres. Al ser despojado de ese referente él creó su propia familia pero en condiciones circunstanciales, no pudo utilizar el concepto de lo precavido o prefijado de antemano. La misma se creó en un golpe de azar. Y así todo lo que en su vida fue ocurriendo no fue más que el puto y despiadado destino que en ocasiones utiliza su afilada navaja para asestar finos y delicados cortes que se convierten en cicatrices que nunca se curan, que prevalen al tiempo y a la vida, que se regocijan del dolor y el mal que producen.

Así se convirtió en un hombre frío, huraño, introvertido. Creó su mundo para defenderse de sus monstruos; de los fantasmas que lo asediaban en las noches de insomnio. Entonces adquirió la costumbre que todavía practicaba, sentarse en el porche de la caseta y contemplar el bosque que lo contemplaba a su vez con su movimiento misterioso y donde miles de ojos invisibles se asomaban para escrutarlo cada noche que pasaba meciéndose en aquella mecedora que compró a un tipo que pasó por la estación y como no llevaba mucho dinero le propuso un intercambio.

Sí, allí estaban los seres invisibles, los que le recordaban a su familia, la imagen que de ésta tenía le era tan lejana que a veces

pensaba que no existía realmente, que nada más era un sueño, un sueño que lo perseguía enseñándole miles de ojos de seres invisibles del bosque. Ojos que recordaban a los de su padre, a los de su madre y a los de su abuelo. Un señor que le daba pequeños pellizcos de cariño en los carrillos sonrosados y orondos que él mostraba cuando tenía cinco o seis años, no era esto nada más que otro lejano recuerdo intangible y que no podía palpar, que no podía sentir con ese sentido del tacto que cuando se es niño se tiene para ir descubriendo los objetos y todo lo que nos rodea, como el del gusto donde las papilas segregan saliva para generar un mundo de sabores y que vamos conociendo antes que cualquier otro tipo de sentidos. Y luego la nada, un silencio y el bosque que cierra sus ojos y la aurora asoma con una timidez dorada una línea de luz y con una mueca de coquetería como un niño de pocos meses sonrío al nuevo día, y así los ojos de Abundio se cerraban cada noche desde que llegara a aquel lugar que yo tuve la suerte de descubrir, la suerte o la desgracia que al fin y al cabo ambas van unidas.

Las dificultades hacen crecer a algunos hombres

Él me miró, su ojo guiñó izquierda, luego; derecha, y, sin mediar palabra, disparó.

Yo observé, la trayectoria del proyectil o bala en argot popular, estupefacto; primero surcó el aire en una exhalación brillante; segundo penetró por mi hombro y el impacto hizo que mi cuerpo se viera privado de su natural equilibrio; tercero salió por mi omoplato esparciendo pequeños trozos de hueso y carne en un aire helado; y para acabar, no tuvo suficiente que fue a incrustarse en el corazón de un inocente al que en ese preciso momento el destino le jugaba una mala pasada, haciéndolo caer muerto sobre el suelo brillante y frío de la sala de espera de aquella estación de tren.

Esta fue mi primera experiencia cuando llegué a este país. Sin saber cómo ni por qué me vi ante aquel tipo que sin conocerme me disparaba, quizá a mí o quizá con más seguridad a algún espectro que en su mente le hacía pasar malos ratos. Que el tipo era un colgado, era más que evidente. He conocido con el tiempo a muchos locos; gente de miradas perdidas sin expresión alguna. Gente que actúa sin noción de tiempo, sólo presente, los psicólogos le llaman algo así

como patología del animal. Que es lo que realmente es el hombre, un animal de instintos. Unos han desarrollado una parte del cerebro, la intelectual y otros se han quedado en la base, el animal y si a ello le añadimos drogas y alcohol el individuo se muestra tal y como su animalidad lo define, depredador, cazador y eso lo lleva a matar. Pero mi agresor no era ni una cosa ni la otra. ¿Simple coincidencia? ¿Destino? Y he de citar una frase de una película en la que Fred Astaire al bajar unas escaleras le dice a la actriz: “Casualidad es lo que llaman los bobos al destino”, frase ésta que se me quedó grabada y me ha seguido en las casualidades de mi propio destino.

Había comprado un billete para largarme de la ciudad y estaba a la hora y en el lugar apropiado para que me agujerearan el hombro. Nada más. Puro azar. Puto destino. Casualidades de la vida. Me recuperé en tres semanas del percance. El que no se recuperó nunca fue el hombre que pasaba por allí como yo, con la única diferencia de que a él ya le había llegado la hora y la encontró allí cuando el tren con destino a Zingana hacía su entrada por la vía cinco. Se detenía. Se escuchaba la megafonía. Se bajaban y se subían a él los pasajeros y aquél pobre cerraba sus ojos para siempre mientras a mí me trasladaban a un hospital y al agresor lo condenaban a la muerte los diez, quince o veinte disparos a boca jarro que los guardias de seguridad le repartían por todo su cuerpo. Este es el principio de mi viaje hasta este lugar.

Vengo repitiendo a lo largo de este relato mi propensión a la divagación y cuando quiero contar una historia concreta me voy por los cerros de Úbeda, aclaramos aquí, nuevamente, para los que se hayan incorporado tarde, que Úbeda es un pueblo de la provincia de Jaén una de las ocho provincias de Andalucía. Dado este dato geográfico sigo adelante con lo que intento contar desde el principio.

Sí, allí en medio de ningún sitio estaba, como una premonición que anunciaba el bosque, aquella estación de servicio, donde se habían engendrado los descendientes de Abundio, hijo perdido en las refriegas nacionales del país del que habíamos emigrado ambos, por razones bien distintas; él exiliado por causalidades de la vida, porque en su adolescencia se vio envuelto sin quererlo y sin enterarse en una revuelta donde sus padres lo perdieron de vista para siempre. El sonido de las campanas que llenaba el enrarecido aire de Barcelona

mezclado con el que hacen los aviones cuando se acercan demasiado a los tejados lo dejó a merced de su propio destino. Fue separado sin voluntad propia de sus seres queridos y sin saber ni cómo ni por qué se vio metido en un barco con rumbo a otras tierras. Lejanas y desconocidas tierras que lo recibieron solitario y con escasos quince años. Vagó una eternidad aquel adolescente. Luchó contra el primero de los muros que lo separaba del resto de la gente que se encontraba, el idioma, lo venció.

No en vano la necesidad es la mejor aliada para aprender y él en menos de dos meses se defendía en un inglés acentuado en catalán por lo que muchos se divertían a su costa. No le importó, y tras cientos de noches de soledad y de frío, de desesperación encontró a un ser humano que se ocupó de él hasta que cumplió la mayoría de edad. Fue un hombre de origen italiano/español, su madre era gallega y su padre romano se habían conocido en el viaje en busca de la tierra prometida y al llegar se desposaron y al poco tiempo nació el protector de Abundio, Natalio Moretta Figueró. Luego con el paso del tiempo nuestro Abundio siguió su camino y la suerte lo llevó hasta donde yo me encontraba retozando con Ursula.

En la caravana no faltaba detalle como ya he descrito antes. Para hacer más idílico el momento, desde sus ventanas podía contemplarse el lago que se llenaba, al atardecer, de mosquitos. Recordé una leyenda española sobre la que escribió Gustavo Adolfo Bécquer y que se titula Ojos verdes. Cuenta ésta la historia de un señorito que se adentró en las profundidades de un bosque encantado en busca de una presa. Incluso habiendo sido advertido por su leal y fiel lacayo, éste no dudó en dirigirse hacia el profundo bosque para rescatar a su ciervo herido y lucirlo como trofeo. Y fue en esto que llegó a un nacimiento que llenaba un lago de aguas cristalinas y allí encontró el encantamiento en la imagen de una bella mujer por la que perdió el sentido y por la que sacrificó su vida. La hermosa mujer, no era otro, que el mismo diablo, según cuenta la leyenda y si el propio diablo se había transformado en Ursula no lo dudo. Porque no puede haber otro ser alado que con su maleficencia pueda hacer gozar de esas plenitudes de las que los hijos de dios están desterrados por considerarlas pecados mortales. Yo estaba, según esa ley, condenado a quemarme en la hoguera eterna. Y lo

haría con gusto si en ella encontraba otra lengua como la de aquella que pasaba los días esperando, como el cazador acecha a su presa en su puesto de caza, a un hombre para dar rienda suelta a su calenturienta mente y a su insaciabilidad sexual.

Gocé y gocé, conseguí la firma y me marché de allí con algo de tristeza. Abundio se quedó sentado en su mecedora confundido con su eterno vaivén contemplando aquel bosque animado por donde se perdía la carretera. Yo le di la espalda y lo miré por vez última a través del espejo retrovisor del coche y allí inmóvil quedaba en el recuerdo de la gasolinera, del bosque, del lago invisible, de la mujer que hiciera que las horas de mi estancia allí se convirtieran en un paraíso, aunque no puedo decir que las tardes en las que me revolqué con Ángela no lo fueron. Quizá los paraísos son como los recuerdos pasados. Como el mismo dolor y las dificultades que dejan de tener importancia cuando han pasado. Quizá era eso. El caso que el paraíso quedó relegado al sueño porque en el espejo retrovisor desapareció y a él volvió la imagen de una línea recta de color negro que se perdía en un horizonte baldío y tan lejano como el mismo fin del mundo. Mi trabajo había concluido con éxito y cuando hubiese terminado de recorrer aquel montón de millas me encontraría de nuevo en Pine Bluff y allí me reuniría con Abundia y Aéreo les entregaría el certificado y con ello la otra parte del dinero vendría a mis manos. ¡Ah dulce money! No iba a ir al pueblo donde aquel amigo mío ejercía de embalsamador como me habían dicho mis estimados clientes.

Con la pasta pensaba darme el piro de aquel pueblo; largarme con Calíope y entregarme a la carne lujuriosa que rodeaba el montón de huesos de un metro noventa. Sí, me decía mientras el auto iba absorbiendo la lengua de regaliz y empachándose con tanta golosina. Caían las millas y con ellas el sol se acercaba a la línea del infinito horizonte, se quedaba allí detenido y en un abrir y cerrar de ojos desaparecía como tragado de repente por las fauces de un ser misterioso. Un ser que me mira y me sonríe burlándose de mí. Y miro en el rectángulo visual y en él la inopia se hace paso entre miles de musarañas que tiñen el cielo de un color pardo agrisado y el viento es un refugio de hojas, de hierbas secas hechas un barullo que como una gran bola de paja recorre las distancias en un destierro solitario.

El ser misterioso sigue mirándome y sus mandíbulas hacen un movimiento continuo que me indican que van a ser abiertas para engullirme en la distancia cuando yo me dispongo a ir al retrete o excusado a dejar correr o vagar en libertad mi imaginación de loco. Los dientes se dan cita en una carcajada sonora que invade el universo. Desparecen las estrellas. Desaparece la noche. El día. El tiempo. El viento. El agua. El fuego y la tierra es engullida por las fauces de ese ser que sigue mirándome mientras el cuenta millas marca ciento veinte por hora. Diez y estaré junto a la dulce de estridente voz que me acompaña en este viaje. Calíope.

Pero antes de todo esto mi pensamiento se escapa a través del espejo retrovisor con la línea amarilla que divide la negra senda. Pienso en ti. En nuestra estancia en Roma. En Berlín. En París. Quien no va a París muere como un tonto. Quien regresa de allí vive como un ombligo. Y tú me prestas la atención necesaria para no perder el hilo de mis divagaciones y luego te quedas absorta mirando a ese negro que acaba de cruzarse con nosotros y dos horas más tarde me dejas tirado en el hotel y no vuelves nunca. Se hace eterna la espera en París y en cualquier rincón del mundo cuando tu amor se fuga con un tío que seguro que la tiene más grande.

Luego paso la depresión con un sin fin de combinaciones alcohólicas que me cobran a precio de oro. Y salgo a la calle y en el Arco del Triunfo hay un grupo de japoneses haciendo fotos como verdaderos poseídos por ese ángel negro al que todos tanto hemos temido y al que yo en esos momentos no dudaría en entregar mi alma.

Ya estoy como siempre con esta enfermedad de divagar. La carretera se alargaba y al paso de las millas recorridas se hacía penosa, casi más que la ida. Dura. Horriblemente recta. Negra. Una infinita recta buscando su punto de unión como esos patéticos seres que buscan su media naranja eternamente sin encontrarla nunca. Esa es la lengua de trapo de los hombres. Imbécil humano. Y yo sigo con el pie puesto en el acelerador de una forma casi mecánica como si ya los cinco dedos que le pertenecen se hubieran fundido y con ello convertido en parte de la máquina. Luego recuerdo el certificado. A Ursula y sus divinos pechos. Sus muslos como los de *Las Tres Gracias*.

Orondos y blancos muslos que en el caso de Ursula eran de color tostado y brillante de un tacto suave y sublime.

El bosque regresa como si yo hubiera estado dando vueltas en la infinita lengua de regaliz y allí puedo ver, al pasar por delante, la mecedora vacía, el *Pegaso* oxidado sobre el techo de chapa. El polvo rojo envolviéndolo todo y los tres surtidores carentes de brillo. Y el eterno vaivén de la mecedora que se mueve al unísono que las copas de los árboles lo hacen empujadas por una brisa misteriosa y lastimera. Aúllan los vientos en los rincones del profundo bosque donde las ramas centenarias crujen como lastimadas por el empuje de unos brazos invisibles o una hoja de sierra que enseña sus dientes afilados a esos legendarios troncos que se encogen por el miedo al talado.

Y el ser de grandes dientes y carcajada frenética se limpia las babas en un acto de satisfacción al ver que Abundio ha estirado sus extremidades y ahora se dirige hacia su boca.

Ursula sigue al acecho de un hombre de paso. No le gustan los hombres que se encariñan demasiado y tras tres días se quieren quedar para siempre. Ella es un espíritu libre. Como todos los espíritus libres no aceptan normas ni nada que les pueda hacer sentirse prisioneros. Son libres de amar, de pensar, de sentir, de ir o de venir, de quedarse o morirse mirando un eterno atardecer en una valle rodeado de montañas o en una llanura donde el horizonte es un punto infinitamente lejano. Son libres de llorar o sufrir. De reír o cantar. Y así era Ursula la que había renunciado a su herencia porque para ella el valor de las cosas era, absolutamente, el cero. Nada era más importante para ella que poder estar preparada en cada momento para salir al camino. De hecho, su hijo Aéreo se había criado con su abuela por esa misma razón. Ella lo dejó a recaudo de su madre cuando éste había cumplido los nueve meses. Una vez destetado y preparado para alimentarse por otros medios que no fueran los de sus tetas, dijo que así era la naturaleza y al igual que el águila abandona a merced de la naturaleza a sus pollos o el conejo lo hace con sus crías o como cualquier animal lo hace, Ursula hizo lo mismo razonando de ese modo. Su madre, Abundia, no le perdonó el acto y dejó de hablarle y de mirarla a la cara. Cosa que a ella, le ocurrió con la misma exactitud siendo desheredada por su padre el

Abundio original. Tanto madre como hija tuvieron el mismo pago. Con la diferencia de que Abundio había dejado todo lo que le pertenecía a su nieta Ursula. Por lo que Abundia necesitaba de mí para conseguir la firma. Por qué no lo hizo ella con lo fácil que me resultó conseguirlo a mí, es evidente, si Abundia no hubiera necesitado mis servicios yo no tendría nada que ver en esta historia y por lo tanto no estaría aquí contando ni mis divagaciones ni nada. Y tampoco el sheriff Cesáreo Márquez Douglas haría nada aquí porque en realidad él es el motor de toda esta historia. Vamos a ir a esa parte. ¿Qué le otorgaba a Cesáreo el certificado? Le otorgaba la propiedad de Abundio, al que irremisiblemente estaba unido.

La madre de Abundia, la primera Ursula fue la madre biológica del sheriff. Su madre a la que él había creído siempre como la auténtica no podía concebir hijos. Y el anterior jefe de la policía de Pine Bluff como quería tener descendencia costase lo que costase, no invirtió demasiado, sólo unos días, los que tardó en localizar a aquella india de espíritu libre que andaba acampada por los alrededores del valle de los castores y allí tras una charla poco convincente ella aceptó el trato, no tanto por el sheriff como por ella, que llevaba varios meses sin pincharla ni cortarla. Y así el padre de nuestro querido sheriff fue progenitor del que se convertiría, con el tiempo, en el sheriff júnior de aquel pueblo simétrico. El mismo que me había dado el trabajo y el mismo que se iba a quedar con toda aquella hacienda en la que, según mi opinión, lo único valioso que había era Ursula nieta. Pero el sheriff ocultaba sus verdaderas intenciones o conocimiento del terreno.

Yo seguí el transcurso de la carretera y poco a poco la distancia se fue haciendo menor y pronto divisaba, al mismo tiempo que el sol se alzaba sobre las casas grises de Pine Bluff, la casa de Cesáreo en medio del bucólico prado donde las vacas parecían pastar eternamente.

Me ha llamado la atención muchas veces, al igual que al viejo Abundio le llamaban, en su adolescencia el sonido de las campanas, la mirada de paz de una vaca. Creo que todas las vacas, sin excepción alguna, tienen esa mirada pacífica, una mirada perdida y que te mira desde sus grandes cristalinos como desde un mundo superior, no me extraña que en la India sean veneradas y sagradas.

Recuerdo cuando era un niño que cerca de donde vivíamos había una granja donde se codeaban unas veinte vacas que pastaban por las tardes en el campo que nosotros, los chiquillos del lugar, habíamos elegido como campo de fútbol. Tras la hora de la siesta nos dirigíamos a nuestro lugar de juego y allí nos quedábamos petrificados de miedo ante el espectáculo que presenciábamos cada tarde. Resulta que las vaquitas se alocaban a la hora de más calor y corrían como locas en busca de una sombra, algo que por allí era bastante escaso. No había un árbol en una milla a la redonda. Entonces las vacas iban de un lado para otro como poseídas por un travieso espíritu. Una tarde una de ellas encontró refugio en una de las casas vecinas a la de mis padres y la dueña de la casa, que a esa hora se desperezaba de la siesta, puso el grito en el cielo. Acudieron todos los vecinos y la sorpresa para todos fue ver a aquella hermosa suiza mirando, con su peculiar mirada, las fotografías de los familiares muertos de los que allí habitaban. Y los miraba con esa mirada de dios tranquilo que tienen, como he dicho antes, las vacas. Nosotros iniciábamos nuestro partido de costumbre y las vacas se iban al otro prado para seguir pastando. Esa fue la imagen que vi desde el coche, esa era la imagen que había visto tantas veces. Como un recuerdo que vuelve una y otra vez, o como un sueño que se presenta nítido y que puedes llegar a confundirlo con la realidad, así estaban las vacas y allí la casa y el sheriff con su perro salvado de la letal inyección y también estabas tú. Primero como un destello y luego como una luz que se hace patente incluso llegando a cegarte para desaparecer con tanta prontitud como una estrella que surca el cielo y deja su rastro de fuego por unos solos instantes.

Allí estabas conmigo. Se me cayeron las monedas y en la parada el tren no esperaba a nadie. Las recogí presuroso y me llené los dedos de barro y luego tu fragilidad y tu rostro blanco de una quietud insoportable y tu mirada como la de las vacas; el mar que metía su brazo en el interior del pueblo que visitamos, La Guardia, en el norte de aquel país que yo había abandonado como una *Alicia* perdida en el país de las maravillas o como un *Peter Pan* en el país de nunca jamás.

Sí, allí, en el sueño que se hacía realidad estaban las vacas y el aura junto a la brillante melena de Cesáreo hombre de ley y de dios.

Miré el cuenta millas y las agujas se habían acercado a las treinta por hora cuando percibí que había disminuido la velocidad. El pueblo se abría ante mí. Y los hombres y mujeres estarían, a esa hora, rezando en la iglesia y el cura Benedicto Oldfield estaría lanzando al aire de la capilla su sermón diario con el que buscaba caer con todo el poder de su iglesia sobre los pecadores arrepentidos.

Cansado me dirigí al lugar donde podía tumbarme un rato, ducharme y luego reiniciar el camino, lo han averiguado, no. Sí, en mi oficina que me servía de hogar tenía un buen sofá, no muy confortable, pero al menos algo decente para echar una pequeña siesta. Ese pequeño detalle me recordó que cuando me dirigía, de vuelta de la estación de servicio, a Pine Bluff, a unas veinte millas de éste habían colocado un enorme cartel publicitario con la imagen de un sofá de tres plazas, blanco, a la primera vista te invitaba al descanso, pero su precio, eso fue lo que realmente me llamó la atención; barbaridad. Dios de la tierra, el precio era irreal, al menos para un hombre como yo, aunque tras cobrar el resto del precio acordado por el trabajo de Abundia y Aéreo, pudiera permitírmelo, digo que era excesivo, quizá era el sueldo de un obrero de la construcción, el sueldo de un mes. Pensé en cómo ha de sentirse un ser humano cuando ve que un simple sillón está mucho más valorado que su mano de obra. Es indignante. Así es la sociedad de consumo en la que vivimos. Terrible. Devora hombres, también mujeres, no se me enfade el colectivo, como ya he citado en anteriores líneas, de feministas etc.

Podría enunciar muchos más casos en los que la valoración de las cosas está por encima de la valoración del mismo ser. Pero no estoy aquí relatando esta historia para hacer conjeturas sobre cómo se infravalora la dignidad humana ni esto pretende ser un ensayo de sociología.

¿Por dónde íbamos? Ya he vuelto a la realidad. Que me encontraba a las afueras de mi querido Pine Bluff, que pude ver el lujoso cartel que anunciaba el sofá y que en menos de diez minutos ya estaría sentado en mi agradable mesa escritorio. Haría una llamada de teléfono y esperaría a que Abundia y su nieto llegaran con el resto del dinero, si es que no se habían ido ya hacia el pueblo de Julio Vigo.

Está bien. Llego. Aparco. Salgo del coche. Entumecido. Duras las piernas. Duro el culo. Tendría que decir, los glúteos. Las manos algo agarrotadas. Los dedos artríticos. El sueño haciendo bostezos de vuelta y vuelta. El asfalto duro. La escalera. El cristal esmerilado. La placa brillante que anuncia mi nombre y mi profesión. Y yo como un extraño. Lo veo todo como si al cruzar la puerta de cristal esmerilado me voy a convertir en mi propio cliente. Calíope me mira. Sonríe. Alegre. Casi eufórica. Y yo con mi estatura de enano sin serlo o como un personaje público dijo una vez, refiriéndose a esas mujeres y hombres bajitos, personas que carecen de estatura vertical. Para reírse de uno. Sí, con mi carencia de estatura vertical allí mirando la brillantez mustia de la placa, mirando mi nombre, mirando mi vida, mirando hacia atrás como queriendo descubrir dónde perdí el control y, dónde el destino se burló para el resto de mi existencia de mí.

Me recupero del trastorno momentáneo de nostalgia, abro la puerta y sí, allí, Caliope como una musa, mi musa, la de la dulce voz convertida ésta, por la envidia de un dios vulgar, en voz estridente, en mal sonante voz, en loro, en cotorra que repite una eterna cantinela. Sí, mi dulce y fiel Calíope sonrío, se dirige a mí, y veo venir su delgadez, su exceso de estatura vertical. Y sus brazos largos e inmensos que me atrapan en el tiempo y me rescatan de la melancolía pasajera, esa que mata ahí en lo más profundo de las entrañas y como si saliesen de las mismas fauces de un monstruo implacable, sus brazos me acogen y me elevan por los aires, por el aire viciado de mi humilde oficina donde la austeridad no tiene nada que envidiar a la de los antiguos filósofos, los que iluminaron el camino de muchos. Sí, y entonces la realidad me sacude como un toro de dos años.

-¡Hola Leopoldo, mi querido Leopoldo!- dice Calíope con su peculiar tono de voz.

-¡Buenos días!- le respondo entre alegre y compungido.

-Tengo noticias para ti- dice ella con un tono de voz desconocido, hasta el momento, por mí.

-Sí, luego me pones al día, primero debo tomar unas medidas fisiológicas antes de reventar.

-Está bien- dice ella con ese tono de conformidad exasperante que adoptan las mujeres cuando quieren conseguir algo.

Yo me dirijo al excusado. Un pequeño habitáculo de un metro cuadrado donde se dan cita por este orden: lavabo, inodoro, ducha, espejo. Abro la puerta. Cierro. Me siento en la taza del inodoro. No sigo con los detalles. He olvidado mencionar un objeto que está en el interior del enorme cuarto de baño. El calentador de agua. Eléctrico. Cuarenta litros. Termino. Abro el grifo de la ducha. Me deshago de la ropa. Sudor. Olor.

Cae sobre el suelo, como atrapada por un efecto de gravedad permanente, la sudorosa vestimenta, el mismo que nos tiene a todos atrapados en este planeta que hemos hecho inhóspito. Cae la lluvia caliente y mis recuerdos se funden con el vapor de agua. Ursula en mi cabeza. El golpe seco. La oscuridad. De repente el lago. La nube de mosquitos. Los deseos rompiéndose como olas en un espigón eterno. Las caderas suaves. Los muslos tersos. Los senos de la indiferencia amamantada. Sus labios inferiores y superiores. La indigna palabra del amor. Sexo a raudales. Mi hermosa erección. Los cristales de la mampara que separa un mundo de otro, el de dentro vaporoso, el de fuera seco, injusto, salpicados por una lechosa lluvia de espermatozoides, futuros seres vivos que morirán si escrupulo alguno atrapados por una lluvia caliente y carente de afecto y tragados por el desagüe por el que se dirigirán a un mundo subterráneo de cloacas.

Quizá allí se muten y cobren vida como monstruos. Salgo de la ducha. Huyo de eso monstruos espermatozóicos.

La eterna toalla me abraza con menos fortuna, para mí, que los brazos de Calíope que se ha colado en el ambiente cálido y nebuloso de la catarata infernal y allí su desnudez. Sus huesudas caderas. Sus pechos coronados por dos duros manjares de pastel de higos. Y de nuevo la batalla campal de sexos. La lucha de igualdades y prioridades. El instinto animal, el que nos convierte en progenitores natos, perpetuando la especie, la nuestra, la insolente raza humana que todo lo aniquila.

Me he vuelto a ir por las ramas. Por algo descendo del mono. De rama en rama y tiro por que me toca.

Las novedades han sido puestas sobre mi mesa. El escritor ha vuelto varias veces desde que me marchara hacia aquel lugar. El surtidor. El Abundio español, catalán para más exactitud. Ursula.

Abundia. Aéreo. Cesáreo. Y la culpable de que toda aquella gente existiera, la india, salvaje, fértil como la tierra de aquellos tiempos, Ursula, bella entre los animales del bosque. Luna de abril que muestra una exuberante primavera. Lluvia de cien días. Frondosidad de los eternos bosques que hoy mueren esquilados por seres ambiciosos.

El escritor lamiendo las cavernas de Calíope que ha sido devorada por el monstruo. El dios omnipresente que se ríe a cada momento de mí. El escritor maldiciendo a sus coetáneos, a sus malditas proposiciones de ver, un día, su nombre reflejado en los anaqueles de la historia, ser eterno. Sed de eternidad efímera. Como un Quijote que arremete con su locura tan cuerda o efímera como un estambre de azafrán. Como un Cervantes que ha quedado en un segundo plano porque el personaje que ha creado lo ha relegado sin consideración alguna. Quijotes y Sanchos del mundo dispuestos a rescatar al creador.

En una taberna, un día, oí, en uno de mis viajes por la tierra de las meigas, una bella leyenda que contaba cómo nació el primero de los caballeros errantes y cómo se crearon las sirenas.

<<Érase una vez un pez volador que salió de las aguas para buscar algo diferente, para descubrir qué existía más allá de su hábitat; fue entonces que llegó a una tierra donde las meigas custodian la puerta de los infiernos; al mismo tiempo lo hacen con la de los cielos. Y nuestro pez se encontró delante de una de ellas y allí le detuvo en su marcha una figura que para describir con verdadero rigor, no podríamos encontrar calificativos apropiados por lo que la historia ha prescindido de una descripción racional. La figura detuvo a nuestro entrañable pez. Por qué era nuestro y entrañable el pez. Porque era de esos seres a los que sin saber cómo ni por qué se les coge rápidamente cariño y a los que abandonar requiere un enorme esfuerzo. Allí estaba el pez que ávido de conocimientos no dudó en preguntar a aquella figura que él desconocía por completo, no había visto nada parecido en todo lo que duraba su existencia y no guardaba recuerdo alguno por tener memoria de pez. Así que el pez quiso atravesar la puerta. La figura le advirtió que si osaba atravesarla se enfrentaría a la propia evolución de su especie y por supuesto a la misma destrucción de la misma.

Cómo iba a desentenderse de un reto tan magnífico. Y cómo privar a su especie de una evolución natural y lógica. Debía hacer lo que debía hacer. Y así el pez traspasó la puerta. Y cuando, se encontró al otro lado, la figura que custodiaba la entrada había desaparecido o había evolucionado porque allí, al otro lado, encontró un ser de escamas, mitad anfibio, que perpetuó su especie con nuestro hermano el pez. Y éste se convirtió en un caballero errante, el primer caballero errante al que ni los libros de caballería ni la historia han hecho justicia. Porque ha quedado relegado al más escabroso de los olvidos. Nuestro querido pez tomó el cambio de una forma incluso estoica y decidió vagar por las tierras en busca de su otra mitad. La misma que había quedado atrapada en la otra parte de la puerta porque la figura que la custodiaba se apoderó de ella convirtiéndose en la primera de las sirenas. Y así, nuestro pez vagó por los mundos horribles y bellos y no encontró jamás su otra mitad y la sirena se convirtió en una leyenda que pasó de boca en boca, de meiga a meiga y el que fuera de algún modo su artífice quedó olvidado y vagando por el universo de los espíritus libres con la única condena de no encontrarse a sí mismo por el resto de los universos que se crearán y desaparecerán como cosa natural del caos. Las meigas siguen cantando y los pescadores siguen soñando con sirenas>>

A qué venía esta historia. Bueno sea cómo sea. El caso es que unos ensombrecen a otros y la envidia es muy agotadora, además de ser mala consejera. El escritor se había pasado a la parte de la empresa y ahora ya se encontraba en la nómina de compartir mujeres y dinero, por que tanto Calíope, de corazón desmesurado y caritativo, como Ángela se compadecían de las calamidades del literato frustrado y le mantenían sin ánimo de lucro. Claro que a Calíope le movía su admirable corazón el sentimiento de lástima y a la vez el de satisfacción por contar, según descripción de ésta, el pobre diablo con una medida envidiable para los que por designio de la naturaleza la tienen pequeña. Pero yo no tenía nada que objetar y menos que envidiar, según palabras de la linda Calíope. Tampoco tenía nada que temer porque yo era, muy a pesar mío, de la misma madera que aquel escritor. Un olvidado. Uno que no estuvo en el lugar adecuado ni en el momento oportuno. Alguien a quien la suerte le pasa por el

lado sin llegar a rozarle siquiera. Un perdedor nato. Un espíritu libre en definitiva. Un nómada.

Un caballero errante. Un pez con ansias de evolucionar. Un mono sapiens perdido en el torbellino de la más absurda de las realidades. Éramos al fin y al cabo almas gemelas.

En el baño las gotas de sudor se elevan creando una nube sobre nuestras cabezas. Calíope intensa. Maldad infinita. Succiona. Lenta. Mente. Con una lengua viperina que se retuerce en mis entrañas.

De repente un golpear fuerte sobre el cristal esmerilado. Rígidamente golpes. Mano nerviosa. Inquietantes nudillos. Luego las sombras chinescas. Dos narices. Águilas de la noche. *Pegaso* se ha soltado de su atadura de acero y emprende su vuelo, sobre su lomo Abundio el catalán. El bosque crece de alegría. Las vacas mugen en un coro de ranas y los mosquitos han creado un baile de muerte. Los golpes de nuevo. Fuertes. Rotundos. Cuatro manos al compás. Taca taca taca tá. Salgo del baño. Sigo con el ojo izquierdo el recorrido de una sombra.

Vuela una mosca con su sombra proyectada en la pared como si fuese un gran monstruo. Y puedo ver las dos narices. Son Abundia y Aéreo sin duda, efectivamente, no hay duda.

-¡Ya les abro! No sean impacientes- me apresuro a calmar a mis clientes.

-Tenemos prisa, el tiempo apremia y mi abuela está ya en la fase final, solamente nos quedan dos semanas- escucho la voz de Aéreo algo excitada. No entiendo qué es lo que pasa con el tiempo y la fase final. Parece como si alguien estuviera a punto de terminar su deambular por esta desagradecida existencia.

-Está bien, no se me congestionen, les abro en unos segundos- los dejo, al parecer algo más calmados y me decido a poner algo de ropa sobre mi cuerpo. No utilizo ni la mitad del tiempo que el segundero tarda en recorrer tres o cuatro puntos en un reloj cuando vuelvo a oír los golpes y esta vez la voz de Abundia. Una voz que parece llegar de un profundo y oscuro pozo.

-Señor Leopoldo abra de inmediato debemos partir sin demora hacia el norte.

-¡Hacia dónde dice que debemos de ir!- le pregunto algo irritado porque acabo de llegar de un largo viaje y lo último que me apetece es volver a conducir.

-Salga y ya se lo explicaremos por el camino, ha habido un cambio de planes, nosotros debíamos haber salido hace tres días, pero ajenas circunstancias a nuestra voluntad lo han impedido, así que hemos tomado la decisión de que usted venga con nosotros.

-Quien paga manda- les digo y un pensamiento me viene como un rayo, mejor como una luz excelente y me dice que a qué precio voy a pagar mi libertad o mi prisión. Es un delirio. No era yo un espíritu libre. Un caballero errante, un nómada. Sí, todo eso está muy bien, pero me he vendido, el sistema me ha atrapado y el dinero <<poderoso caballero>>, me ha volteado los principios. Jodidos estamos.

Abro la puerta y ellos y su impaciencia me cogen del brazo y sin más se disponen a salir de allí conmigo a rastras. Calíope sale segundos más tarde y para cuando somos visibles ante sus ojos desde la puerta del baño yo ya estoy en el aire asido por los brazos del grandullón Aéreo y arrastrado sin voluntad propia como barrido por un tornado con el que la lucha es inútil.

-¿¡Qué está pasando!?- le grito a mis raptos, por llamarles de algún modo.

-Nada que usted Leopoldo pueda arreglar en estos momentos.

-Está bien bájenme- digo con mi característico mal humor. No les he contado que me caracteriza un agrio y avinagrado mal humor que posiblemente he heredado de mi padre. No, no les he contado esa faceta de mi carácter. Bueno otra vez será. Sigamos con el rapto. O no se define así el acto de obligar a una persona a ir contra su voluntad hacia un lugar al que no ha sido, protocolariamente, invitado. Y más, incluso, cuando se usa la fuerza física. Sí, yo estaba siendo, literalmente, secuestrado.

-No se apure- dice la anciana- en el camino le explicaremos todo.

-¡Todo! ¿Qué diablos es todo? No habíamos quedado en que una vez yo les hubiera entregado el documento firmado por Ursula su hija y madre de éste zoquete, me darían el resto de lo pactado y luego paz y gloria o gloria y paz...

-Habíamos quedado en que usted se dirigiría al lugar que le indicamos en nuestra anterior visita, no lo recuerda.

-Sí, pero yo no pinto nada allí, además de que no tengo intención de visitar a ese taxidermista.

-¡Ya! Pero es que usted ha de venir con nosotros, sólo usted puede convencer a su amigo el embalsamador para que lleve a cabo una empresa como ésta.

-¡Claro! Mi amigo el taxidermista que vive en el norte de este vasto país. Cómo saben que tengo en Libidinous un amigo que se dedica a tal profesión.

-Amigo Leopoldo al sheriff Cesáreo no se le escapa nada.

-¿El sheriff qué pinta en todo esto?

-Lo descubrirá usted a su debido tiempo.

-Empiezo a estar un tanto hasta las... mejor contengo mi lengua.

-Sí, señor, mejor será que contenga su lengua, el insulto no es sólo una molestia vulgar sino un derroche de energía innecesario.

-Bueno, entonces, Aéreo, hazme el favor de depositar mis pies sobre la tierra firme.

-Está bien lo dejaré sujetarse sobre sus propias extremidades y no vaya intentar salir corriendo.

-No soy un niño, oiga, no me falten más al respeto- lo que uno tiene que aguantar cuando se ha vendido al mezquino dinero.

Estamos en la camioneta naranja óxido. Los tres en el asiento delantero por carecer ésta de uno trasero.

Los planes cambian en la vida con una facilidad casi imperceptible. Los que me habían dicho que yo debía dirigirme al norte a la casa de mi amigo el taxidermista Julio Vigo, habían cambiado de planes y en lugar de encontrarnos allí partíamos los tres juntos, tan juntos en aquella destartada camioneta.

-Menos mal que soy pequeño- dije con ironía y es que no hay otra cosa mejor que reírse de uno mismo y de las circunstancias que lo rodean, que en este caso eran, cuanto menos, esperpénticas.

-Yo tampoco soy un mastodonte- respondió la abuela mirando el horizonte.

-Menos mal que yo conduzco- dijo el nieto con su voz de pazguato. Con esta triste conversación iniciamos el viaje.

-Podía usted hablarnos de su amigo el taxidermista- dijo la anciana.

-De acuerdo, hablaré de mi amigo el embalsamador: Es éste un gallego fugado de las meigas y de su pobre pueblo donde la miseria se jactaba de la prole hambrienta, compartiendo carcajadas, que resonaban en las paredes de los salones, con los caciques explotadores y fascistas que tenían al pueblo bajo el yugo a pan duro. Había aprendido de su abuelo algunos pasos para disecar animales y con lo aprendido y un poco de voluntad, la misma que hace que el ingenio se desate cuando el hambre arrecia, consiguió hacerse un hueco en Libidinous, un pueblo de cazadores, mestizos en su gran mayoría, aunque el poder lo ostentaban, evidentemente, los blancos, que gobernaban con todo despotismo y casi como en el pueblo de donde había venido Julio, lo único que los diferenciaba era que en Libidinous eran algo más libre, al menos para conseguir los votos se permitían ciertas libertades y se pregonaban como un derecho de los hombres. Falso. En el fondo falso.

-¿Y no está llena la historia de falsedades?- dijo la vieja.

-No estoy para demagogias, así que sigo con lo de mi amigo- le respondí irritado.

En fin que estos dos pájaros habían dicho que yo debía ir al pueblo donde mi amigo disecaba osos y otros animalitos, pobres bichos que no habían cometido ningún delito ni pecado, lo único que habían hecho, nacer cerca de los hombres. Y al final habían cambiado los planes por razones que no tuvieron la amabilidad de contarme. Creyeron más correcto esperarme para que fuese yo con ellos, eso es lo que yo quise creer o al menos ese fue mi punto de vista, yo lo único que quería en aquellos momentos era cobrar la otra parte de lo pactado.

Mi gran amigo Julio... tengo que contarles cómo nos conocimos y dónde. No sería de hombres justos dejar esos detalles para el olvido. Aunque ya he dicho en varias ocasiones, y no sólo lo he dicho, sino que lo mantengo como criterio, que todos estamos relegados al más absoluto olvido. Ahora que lo pienso, sería un buen negocio dedicarse a hacer biografías, quién no iba a pagar por verse incluido en la lista de los seres inmortales, de esos hombres y mujeres que quedaron grabados en la historia por sus aportaciones a la misma.

Unos hicieron una mala aportación, y otros buena, pero sea de un modo u otro ahí han quedado, simplemente que en los tiempos que corren no hay muchos que sepan de su existencia. Mal ejemplo. Me encontraba en un bar en Boston o en San Francisco, bueno, cuando vea a Julio confirmaré si nos conocimos en el bar en Boston o en San Francisco. El caso es que estaba yo cabizbajo como perdido. Pensando en el incidente de la estación, el que casi me cuesta la vida. Rodeado de humo de cigarrillos ajenos porque nunca tuve ese estúpido vicio. No entiendo qué satisfacción puede sentirse inhalando productos tóxicos y luego expulsando el resto al medio ambiente. Muchos, cuando realizan el acto de fumar parece que se han convertido, por arte de magia, de repente, en galanes del cine o en bellas damas que fuman con glamorosa actitud. Luego tiran el cigarrillo con algo de indiferencia como si el mismo vicio no tuviera nada que ver con ellos. Como si lo superaran haciendo ver que están por encima de los vicios con ese gesto de prepotencia y de arrogancia cuando con la suela del zapato se aplasta el vil y malvado resto de veneno. Como matando a quien te mata lentamente. El local tenía poco aire por carecer de ventilación y era una chimenea en pleno rendimiento.

Aéreo era un mal por no decir pésimo conductor, la furgoneta dio unas camballadas que casi nos hace salir por la ventana.

-Oye si no te importa haz el favor de conducir con más cuidado- le rogué al torpe chofer.

-Sé lo que hago- recibí por respuesta.

-Haz caso al señor Leopoldo- le dijo la abuela, sin embargo él no escuchó ni al uno ni a la otra.

Alguien me pregunto alguna vez, en un lugar parecido si tenía esperanza en los seres humanos. Aquella vez no supe qué contestar por encontrarme en una situación algo delicada por no decir dramática. Luego fue Julio, en aquel bar al verme taciturno, pensativo, observando cómo se hundía la especie humana en la miseria, quien me hizo la misma pregunta.

-¿Tienes esperanzas de que todo esto cambie algún día? ¿Tienes esperanza en la raza humana?

-No sé quién eres ni por qué te interesa mi opinión con respecto de las esperanzas hacia esto o aquello- le dije sin siquiera mirarle a la

cara. Pero él no se amilanó y siguió tozudo en su insistencia de recibir una respuesta.

-No sé si debo tener alguna esperanza en la humanidad- le dije sin ganas de comenzar una conversación trivial.

-No es bueno carecer de la misma- me dijo y continuó su alocución-. ¿No es mejor creer, aunque sea un poco, un nada pequeño, una micra de micra, en que la humanidad algún día cambiará y construirá un mundo justo y equilibrado? ¿No es bueno creer que las mujeres y hombres están predestinados a la evolución y por la tanto a crear un lugar donde se haga justicia que iguale a todos, en vez de dar por sentado que los seres humanos estamos condenados a la autodestrucción por estar irremisiblemente hechos para concluir el caos de los universos?

-No sé- le respondí porque en ese momento me había pillado divagando y acordándome de ella: Ella en París. Ella en Berlín. Ella en Roma. Ella en Venecia. Ella en Ginebra. Ella en Bruselas; ella en Tokio; ella en New York; ella en la Habana, ella en Montecarlo; ella en Madrid; ella en todos los rincones del mundo; ella con sus defectos y sus virtudes; pero al fin y al cabo ella; la diosa, la que incluía a todos y todas, la que nos daba el derecho y los deberes; ella la católica; la musulmana; la protestante; la india; ella la escéptica; la agnóstica; la atea, la beata, la muerta y la viva; ella la guerra; ella la paz, ella con su santa sonrisa de hipócrita caníbal; ella la diosa y la virgen; ella la papal y la mitra; ella la historia; del arte; ella la filósofa; ella la pensadora; ella la justicia; ella la política; ella la madre de todas las cosas; ella; la naturaleza: Ella la muerte.

-Pareces demasiado absorto- me dijo Julio.

-Y tú quién te has creído que eres para dar tu opinión al respecto de mi estado anímico.

-Yo no soy nadie pero llaman mi atención siempre individuos que se comportan como tú.

-Y no te han roto nunca la cara de idiota que tienes.

-Hombre si nos ponemos a insultar te digo que saldrás mal parado. No es que yo sea de esos tipos violentos que a la primera de cambio te quieren zurrar, no. Lo que pasa es que ni tus insultos, ni los de otros, me afectan, así que los insultadores no encuentran la forma de

enfrentarse con su supuesto oponente y claro, se largan siempre con la retahíla a otra parte.

-Está bien amigo, déjame estar y vete con tus ideas a otra parte.

-No te apures compañero, eso no es el estribillo de una canción española.

-Y si lo es, qué puede importar- eres músico o qué.

-La verdad es que no soy músico, tampoco artista, o extravagante, yo soy tal que con mis manos he aprendido a dejar constancia del paso por esta tierra de los animales. Por decirlo de algún modo poético.

-Yo para decirlo de algún modo poético diría por ejemplo:

Como el viento suspirando en los oídos de la nada con mis manos la diseco y la muerte queda como un alegato y como un trofeo que será exhibido por el cruel cazador que salió al campo con ventajas al enfrentarse a su pieza.

Como el viento, suspirando en los oídos de la nada muere el animal a manos del infame, del vil depredador y queda en la memoria de los suyos para luego formar parte de una colección de salón donde todos los seres que una vez estuvieron vivos, se miran con unos ojos grandes de cristal que tú, taxidermista, has colocado sin la expresión de horror que tenían cuando fueron alcanzados. Tú, taxidermista que dulcificas esas miradas que como el viento suspiran en los oídos de la nada, porque jamás serán oídas.

-¡Vaya con el hombrecillo!

-No vengas ahora con adulaciones falsas, lo que hace falta es que me invites a una soda, por no tener yo el vicio del alcohol. No por aborrecerlo, todo lo contrario, padezco una alergia al líquido elemento que si lo pruebo paso a formar parte de los que abonan el campo santo con sus huesos y excrecencias. Una vez, la primera, que sin saber de mi alergia, le di un trago a una de esas bebidas caseras que se suelen hacer por el oeste y fue visto y no visto. Me hinché como un pez araña o era un pez globo.

-Sea así, no te invitaré a ninguna bebida alcohólica, una gaseosa.

-Gracias acepto la gaseosa si puede ser con sabor a mora.

La palabra mora me hizo recordar cuando era niño. El patio del colegio. Los bollos. Las refrescantes y gasificadas limonadas que preparaba la madre de Julio. ¿Era éste aquél Julio que por motivos

del destino me encontraba, pero no en el patio del colegio sino en una taberna en el culo del mundo? ¿Era el Julio que nos invitaba a limonada los domingos después de salir de misa? Si era o no, no nos habíamos reconocido al principio. Al cabo de una hora hablando de nada y de todo, una anécdota común fue la señal para que nos quedásemos mirándonos como poseídos por un monstruoso diablo. Qué prebendas eran aquellas. Y cómo nos había llevado la vida hasta allí a los dos, a los que en otro tiempo fuimos niños, que compartimos años dorados, como todos lo hemos sido, y olvidado que lo fuimos para desgracia de la humanidad, aquellos que disfrutaron de correrías y de limonadas en las tardes de mayo o de agosto. Sí, los mismos que descubrirían los primeros efectos de las erecciones y cómo no, el de las primeras pajas.

Así que voy a dejar a mi amigo Julio Vigo y seguiré contando cómo llegamos hasta él. He dicho ya que Abundia y Aéreo me habían sacado a rastras de mi oficina donde, poco antes de que ellos hicieran su aparición en la escena, yo disfrutaba del placer más antiguo que existe, el de la fornicación. Aunque dicho así, de ese brutal modo no es muy romántico. Digamos entonces que estaba disfrutando de los efluvios de un insano amor que exclusivamente se limitaba al disfrute de lo elemental, lo prácticamente animal o quedaría mejor decir lo básicamente animal. Sí, lo he dicho, me encontraba en la ducha, en el reducto que se destinaba a tal uso. Un metro cuadrado protegido por una mampara de cristal que evita que el agua se esparza por el resto del pequeño habitáculo que se destina a las funciones de baño y dispensario para el relax y la reflexión. ¿Quién de vosotros no caga mientras reflexiona o es al contrario, pues entonces y viceversa?

Pero ahora estaba en la destartada camioneta naranja. Soportando el aliento fétido de aquella anciana que debía estar podrida por dentro porque lo que emanaba de sus adentros era peor que lo que emanaba de las cloacas de París antes de la revolución, cuando la gente se hacinaba en los arrabales de la ciudad y los que morían de peste se enterraban en fosas comunes, a miles. Yo no he estado allí, eso es algo evidente, pero leí "El perfume" donde su autor describe de un modo magnífico este punto y me ha venido a la memoria cuando he oído el aliento de esta anciana que llena la camioneta y aunque he abierto el cristal de la ventanilla en la que me

encuentro con la cabeza fuera sigo oliendo el fétido olor nauseabundo.

Comienzo a relatar en presente porque ya es presente y porque me da igual que no lo sea. En definitiva el futuro para mí no será ni ayer ni mañana ni hoy, ni para mí ni para el resto de la humanidad, porque sólo seremos polvo y por lo tanto careceremos del sentido de ese tiempo inventado.

De todos modos puedo decir que íbamos en la camioneta de color naranja oxidado y que según mis planes no iba a poder descansar en los días siguientes, por los menos en una semana.

Así que vamos en la camioneta. Conduce Aéreo. Abundia sentada entre él y yo. Describo el frontal del auto que es de madera o al menos es una imitación bastante buena. A quién puede importarle ese detalle. A nadie. A quién pueden importarle estas historias. A nadie. Pero yo voy a seguir con el diario de a bordo de un detective privado que aún no ha encontrado su lugar en este planeta.

Recuerdo lo cosechado con el paso del tiempo en mis diferentes experiencias laborales; una de ellas con un empresario avaro; con madera de dictador; de estatura mediana; seguro que hizo la prestación militar en el cargo de furrier; no podía entender yo cómo podía permitirse el lujo de explotar a sus empleados sin que estos lo demandasen. La verdad es que se las ingeniaba para coger por los huevos a sus cobardes obreros que se pasaban el día quejándose pero nunca le hacían llegar las quejas al magnánimo jefe. Y explotaba a sus empleados con lo que a todos nos pierde, el dinero. Pero pagaba mal; peor aun; y los empleados temían el quedarse sin paga por lo que apechugaban con sus excentricidades. Propias de un inculto con dinero. Un analfabeto con suerte. Un nuevo rico que no sabía ni hacer la O con un canuto de caña. Pero se había quedado con la lección que le ayudaba a elegir a pobres indefensos o a gente con dificultades económicas para abusar con su vulgar poder. Creo que él sí tenía un gran complejo arrastrado éste desde su infancia; y un alter ego a batir, su hermano que siempre salía a relucir como ejemplo de hombre de negocios. Nunca vi a su hermano, tampoco a su esposa y tampoco a su hijo. Sólo me dediqué a salir del bache. Tres meses y luego adiós mariposa ahí te quedas con tus miserias y tus mierdas; que dios le da pan a quien no tiene dientes; aquel tipo no sólo

arrastraba su complejo de inferioridad, sino que pensaba que todo el mundo es ladrón. Era desconfiado. Incluso controlaba el agua que podíamos bebernos los empleados durante las largas jornadas laborales. Daba de alta a la gente por un horario y trabajaban el doble. Un tirano de esa índole es mejor dejarlo a un lado. Carecía de respeto y por supuesto de educación. Y siempre subestimaba a los demás. Él era el único que lo hacía bien y con la punta de un dedo y una de sus frases favoritas era: Para hacer que te obedezcan tienes que aprender a obedecer. ¿No era dictador?

Pero voy a dejar a ese tipo porque no merece malgastar la energía dedicándole el tiempo a semejante individuo. Aunque es bueno hacer referencias de ese tipo de hombres para que otros sepan a qué atenerse si se encuentran con uno de ellos, que hay muchos.

Lo difícil realmente de la vida es ser bueno, me refiero a la condición de bondad del ser humano, lo fácil es ser malo o que te conviertas en ello. No faltan ocasiones en la vida para que se te remuevan las vísceras y te conviertas en un cabrón.

Admiro a la gente que se mantiene invicta tras los embates que la vida les da. Golpes que la vida te otorga para que te envilezcas y te pudras con otros millones de seres inhumanos.

Ya está bien de conjeturas; alivio sintomático de mis úlceras estomacales; bálsamo para soñadores empedernidos, hijos de la tierra de nadie, donde nadie es nada y donde nada es nadie. Abortos empobrecidos de un proyecto de humanidad perfecta.

Hombres taimados, asustados, desterrados del cariño de una familia, del calor de un padre y de una madre. Niños desorientados; aturdidos; chacales en la nueva selva de absurdos; niños que han perdido las raíces y que se han alejado de la parte humana. Dicen que si hay vida hay esperanza. Espero que así sea.

Sigo con nuestro viaje al pueblo de mi amigo Julio Vigo, taxidermista de profesión; exiliado político de su madre tierra. Expoliado por los poderosos. Don cacique cometiendo crímenes impunes ante la ley y la justicia y respaldado por ambas. En fin, que caminamos en la destartalada camioneta hacia el destino que Abundia había decidido tener, y también hacia el mío, hacia el de Aéreo y cómo no, hacia el del sheriff Cesáreo Márquez Douglas que

será el que verdaderamente va a salir ganando de toda esta historia. Pero dejemos eso para luego. Ahora. El presente.

Vieja. Joven. Y hombre que camina acercándose a la madurez esa que viene con la mitad del siglo, aunque yo ya la había pasado en unos cinco años, me sentía como un recién estrenado cincuentón. Preparado para el rock and roll, traducido esto quizá no tenga sentido, soy una roca rodando o un canto rodado. El caso es que como dice una canción somos piedras del camino y que tenemos como destino rodar y rodar. Y si Adelita quisiera ser mi esposa. Rancheras de Texas y Tobago; Baja California y norte de México, Tijuana y Los coyotes, tequila, sexo y marihuana.

Pues eso, que ya estaba yo avistando los sesenta cuando me dirigía, en compañía de los Abundios hacia un destino irreal. Cómo la anciana iba a ser disecada por mi amigo Julio; cómo éste iba a aceptar hacer un trabajo como aquel; las virtudes de los hombres muchas veces se desconocen, al menos los efectos que en ellos producen ciertas virtudes o dones, también defectos. Todo influencia de algún modo a los actos de los individuos. Muchos, frustrados ven en un caso así una salida al anonimato y no dudan en llevar a cabo hazañas de ésta envergadura o índole. Incluso muchos, tanto mujeres como hombres se han convertido en asesinos para deleitar o satisfacer su lado más egoísta.

Desconocido apoyado en la barra de una taberna en un lugar desconocido, en un mundo de anónimos seres. Como peces. Como moscas revoloteando en la mierda. Como simples marionetas abandonadas al capricho del viento. Como veleros abandonados a los caprichos de una mano oculta que mueve los hilos.

Conversación entre Julio Vigo y Leopoldo Alas Clarín:

-¡Vaya! Había un escritor español que utilizaba ese seudónimo. No estoy seguro.

-Yo tampoco, pero dejemos ese punto literario para los eruditos pedantes y cursis bibliófilos, gracias a los cuales existen esos mamotretos de libros.

-Pues es mejor que esos, como los has llamado, cursis y pedantes bibliófilos, se dediquen al estudio de las artes literarias, o las otras artes porque gracias a ellos no olvidaremos nuestros inicios y por supuesto evitaremos que el mundo se convierta en una pocilga

infesta llena de animales salvajes; seres humanos sin educación, sin principios, sin moral, sin respeto; será terrible; espero estar muerto para cuando eso ocurra. El poder de la ignorancia será escalofriante.

-Ya, pero no está muy lejos ni lo uno ni lo otro.

-Hombre que todavía tengo treinta y dos años.

Y eso fue hace tiempo, unos veintiocho años antes, o algo así. Yo por entonces también tenía esa edad, dos menos que Julio Vigo del que era gran amigo y con el que recorrí casi todo este país. Juntos recorrimos estados llenos de bosque. Inmensas llanuras. Pueblos perdidos y de brutales habitantes. Lagos y montañas. Mucho antes de que se extinguiera el búfalo, aunque por aquel entonces ya comenzaban a peligrar como especie. Luego se pudo salvar la especie y se crearon reservas al igual que se hizo con los indios.

Sí. Aquel gallego criado en las rías bajas. De familia de pescadores. Luchadores natos. Hombres rudos hechos y forjados ante la adversidad y la dureza de los elementos. Marineros de tradición. Era como los de su estirpe. Duro. Y fue de su abuelo del que recogió las artes de la disección. El abuelo era pescador como todos los de su familia pero en los ratos libres, que solían ser en las horas de tempestad y tormentas se dedicaba al oficio de taxidermista. No en vano había diseccionado buena parte de la colección del amo del poblado donde vivían.

Venía diciendo que el gallego era hombre duro, de tesón, voluntarioso; y tenía algo que ocultaba; en su fuero interno se enfrentaba con un ser, otro ser, ese que al parecer todos llevamos dentro y unos descubren, para su desventura o ventura; otros ni siquiera saben que existe, para, en este caso, su fortuna. No hay ser que sea más libre que aquel que se mantiene en su necedad o en la ignorancia por estar exento de conocimiento, aunque sea lo más triste que le pueda ocurrir a un ser humano.

Se me va la pinza. La olla. La testa. La casa de las reflexiones. La calavera. La lechuga. La cocorota. La azotea, la chirimoya. El coco. La coca. La tronera. Por dónde vamos. Me he perdido. O es el hado de las letras el que me está gastando una broma. Ya creo que voy entrando en la memoria.

Estaba en que mi amigo Julio Vigo era un hombre honesto y decente. Honrado, las circunstancias se lo habían permitido porque

sé que hay muchos hombres y mujeres a los que el destino les tiene preparado el no ser honrados, según las convicciones establecidas, ajenos a su propia voluntad que no es otra que la de apaciguar a los acreedores pagando lo debido, pero como he dicho el destino les ha obsequiado con otro fin y se convierten, estos, sin quererlo, en unos indecentes morosos. Nadie va a juzgar las circunstancias adversas de los ilusos que emprendieran una empresa que poco más tarde caería en la quiebra. Nadie va tener en cuenta ese detalle. Ni otro de esa índole. No, no se va a juzgar por los acontecimientos contrarios sino por los hechos de impagados que los convierten en morosos, esos seres tan peligrosos para las entidades financieras, esas que te prestan a precio de oro unos cuantos dólares o euros.

El caso es que mi amigo Julio había tenido suerte y se convirtió en un hombre honrado y valorado por la comunidad en la que vivía. Y fue allí donde se había instalado donde acabó de completarse para el resto de su vida. Hacia allí marchaba la camioneta óxido naranja; hacia allí nos dirigíamos la peculiar pareja y yo, el atípico detective. Un vulgar e inadvertido hombre invisible que no dejaba huella; un hombre tan común que podría pasar por cualquier ser humano de la tierra. No era yo de esos hombres que en su aspecto físico tienen un no sé qué, una manera de mirar, un gesto en la sonrisa, una cicatriz, un agujero en el mentón, no sé, algo que me diferenciara del resto de los humanos. No, no tenía yo esa suerte por carecer de cualquier peculiaridad que me hiciese diferente y distinguido. Seres como yo los encontrabas a patadas en los metros, en los bares, en las calles mirando los escaparates o los culos de las tías. Sí, yo era lo que realmente es un hombre del montón. Otro más. Otro don nadie. Un cero a la izquierda de todos los que como el aviador, que engendró a Aéreo, eran héroes o iban camino de convertirse en ello. Yo no era héroe ni iba camino de convertirme en nada, pero definitivamente, tanto unos, como los otros íbamos a terminar siendo pasto de gusanos, qué importa, entonces, qué diferencia hay; si al final acaba por olvidarse todo. Aunque en el fondo sentía admiración, un tanto de admiración mezclada con la envidia, del aviador que se quedó tantos días por gozar de los encantos sexuales de Ursula, por los que, incluso el mismísimo diablo, habría suplicado a dios el perdón de sus pecados.

Miré hacia mi lado derecho y allí, tan cerca de mí, con su peculiar olor nauseabundo, con su nariz que casi rozaba la luna delantera del vehículo, estaba la madre de la que me hizo gozar durante aquellos días, quizá no llegué a igualar al aviador que fue padre sin saberlo; un padre que quizá se estrellara en una de sus aventuras o fuera derribado por uno de los enemigos del mundo en la II Guerra Mundial. Creo que por la edad de Aéreo el aviador no pudo luchar en tal guerra, quizá lo hizo en el Vietnam, me da grima pensar que pudiera haber sido uno de los pilotos de un avión llamado... Enola Gay; el caso es que de él yo al menos no sé nada, tampoco tengo un interés inusitado por descubrir el pasado o el presente del padre de Aéreo.

Sigamos con nuestra andadura hacia Libidinous donde Julio Vigo me recibiría con los brazos abiertos. Ya llevábamos casi dos o tres años sin vernos; saber sabíamos el uno del otro porque no rompimos el contacto; para ello, usábamos uno de los medios de comunicación, casi en extinción, el correo ordinario. Esto en tiempos de Internet era algo inaudito. Pero nosotros como buenos nostálgicos o románticos queríamos mantener la emoción de recibir una carta, cada equis tiempo, de un amigo. Ya que nadie se acordaba de nosotros, no por el hecho de ser olvidadizos, no, simple y llanamente porque no conocíamos a nadie con quien tuviéramos la suficiente confianza como para compartir correspondencia.

Así que el taxidermista y yo seguimos escribiéndonos cartas y ese era el único modo de mantenernos unidos de algún modo. Y ahora que lo pienso: Cesáreo; el cartero; su fiel chivato; su fiel amigo; su babosa; su sombra; él ha tenido que ser el que le ha dado la información al sheriff sobre mi amigo Julio, no se me ocurre otro modo.

-Está bien- les digo a abuela y nieto-, podíamos detener este cacharro durante un rato, comer, tomar un refresco y luego, una vez repuesto el agujero, seguimos hacia el destino de ésta loca historia.

-No hay locura que valga, hijo- me dice con aire de buen humor la vieja, o debería decir: la anciana; de este modo quizá no suene despectivo-, que la que realmente nos hace reconocernos como cuerdos.

-Bueno, eso si me ha gustado, tiene toda la razón Abundia.

-Vale- dice el nieto ensimismado en la conducción de la camioneta-, en la próxima estación de servicios echaremos un trago y comeremos algo.

-¿Cuándo crees que hay una estación de servicio?- pregunto con mi virtud de desconfiado.

-A poco menos de diez millas- responde Abundia que ha dejado una oleada de aliento que parece que hemos atravesado un vertedero o una de esas plantas de aguas residuales.

-Me echaré una cabezadita- y diciendo esto desconecto y me introduzco en un laberinto de ensueño. De esos sueños que nos invaden en las horas de sopor del verano.

La calle está desierta. En el bar los últimos en salir somos Julio Vigo y yo. Parecemos la antesala de una boda gay. No somos homosexuales. Aunque podríamos serlo.

En las Vegas hay una ceremonia cada diez minutos. Bodas que celebran recién estrenados conocidos. Y para contrarrestar tanta euforia y felicidad existe el mismo número de oficinas que te gestionan el divorcio en veinticuatro horas y además te dan, gratis, las pastillas para aliviar la resaca tanto de alcohol como de amor.

Yo diría que las peores resacas han de ser las de amor. Eso, sin duda, no es más que una suposición mía. Mi opinión desde el punto de vista ajeno. Como el que ve los toros desde la barrera. Por cierto; nunca me han gustado esas bárbaras fiestas donde se ejecuta a un animal que indefenso se defiende con las únicas armas con las que la naturaleza lo ha dotado: los cuernos.

Como decía que mi inmodesta opinión sobre las resacas es esa. Las de amor duelen de otro modo. Lo he sabido porque a lo largo de mi triste existencia, que en nada difiere de la de todos los seres que habitamos el planeta, he oído muchas versiones sobre la misma. Y en otras tantas de ellas, he tenido que investigar por haberseme contratado para ello. A veces cuando uno no tiene nada que hacer se aburre. Mira al techo o simplemente se deja llevar por el monótono sonido de fondo; ya sea el de un motor de un coche, como era en estos momentos mi caso; o se evade mirando hacia un paisaje que en la distancia parece tan irreal como cuando lo alcanzas con tus propias manos. Ya he dicho anteriormente que tengo la capacidad o podríamos llamarla virtud, de no parecerme nada extraño, me refiero al paisaje o a las ciudades, sin embargo con las personas me ocurre todo lo contrario, todas o casi todas me parecen tan desconocidas. Claro que eso es contradictorio, sobre todo para ejercer la profesión que ejerzo, en la cual, se supone que debería de ser un especialista en fisonomía humana, pero no me quedo con un rostro ni practicando. Creen que eso no me ayuda; en absoluto; me abre otros caminos, perspectivas que escaparían si yo fuese un buen fisionomista. Ya he dicho que me ocurre como el que ve los toros desde la barrera, seguro puede estar que no será embestido por uno de ellos. Así me ocurre, aunque en muchas ocasiones el descuido me

ha hecho salir de la barrera y el animal me ha dado buenos revolcones.

El animal de dos piernas y erecto o he de decir erguido. El próximo año, si llego a visualizarlo con mis ojos, se lo preguntaré a un amigo, bueno, conocido, que es escritor o al menos eso es lo que pretende. Menuda lucha que mantiene día a día el susodicho. Con la de hienas literarias que hay por ahí sueltas. Vamos que se le escapa una frase y se la plagian. Ya habrán averiguado a quién me refiero. Sí, hombre! Hago la admiración tipo inglés para que después digan que pecho de anglicismos. ¡Que se jodan! Putos cabrones. Esos que tienen sus propios esclavos. Negros, tienen el cinismo de llamarlos. Les hacen el trabajo y ellos lo firman. ¡Puto dinero! ¡Putas hipocresías! Y es que en el fondo le he acabado cogiendo cariño a ese cabrón desafortunado que ahora debe estar escribiendo El enigma del trece. ¿O es que ya lo ha escrito alguien?

A mi buen conocido escritor lo dejé poco antes de salir para aquella estación de servicio, en la que tuve el placer de conocer a Abundio, padre y bisabuelo de estos, respectivamente que tengo aquí a mi lado en esta cochambrosa camioneta. Al escritor lo dejé, o me dejó él a mí, sí, ya recuerdo. Fue él. Se fue. Salió por el pasillo. Bajó las escaleras. Se cruzó con Calíope. La tomó en su imaginación de cerdo frustrado. Entró de lleno en la realidad de la calle, del pueblo, de las casitas dispuestas unas frente a las otras, tan geométricas. Pura geometría. Y Cesáreo; sheriff; hombre de la ley; se cruza con él. Los dos cruzan sus siniestras miradas. El cabello dorado del uno bailando en el aire. El sombrero deshilachado del otro cayendo al suelo empujado por una tronera incansable y desbordante de imaginación. Y se encuentran en la penumbra de un café; podría ser San Francisco; sí, es esa ciudad que alberga a miles de hombres que han decidido ser lo que en realidad son. Y el sheriff intenta acariciar la mano del escritor que aleja la suya en un gesto de hombría refinada. Y el laberinto de las pasiones vive con la misma quimera con la que se viven los sueños o con la que se viven los éxitos alcanzados.

Una tina de agua; hirviente; cálida; mañana de júbilo del 4; fecha en la que unos festejan la victoria entre comillas y otros la muerte. Una muerte que llegó como una lluvia torrencial y fue arrasando

pueblos enteros y con ellos a sus habitantes que corrieron despavoridos buscando el significado del castigo que alguien en un despacho de millones de dólares había decidido enviarles. No, no era ese dios, era el peor de los dioses.

Vuelvo con el sonido monótono de la camioneta y el de la voz de Abundia que me intenta contar algo.

-Despierta- me dice-, hay que repostar, mira esa gasolinera. ¿Te trae el recuerdo de algo?

No puedo creer lo que están viendo mis ojos. Si no es la estación de servicio de Abundio que me corten los...

-No, no te preocupes, como ésta hay en este estado un millar, todas iguales, exactamente iguales, y para ser exactos existen setecientas noventa y ocho.

-Pero entonces...- detengo la frase o el pensamiento y luego reanudo la plática-... es que ustedes pertenecen a una de esas cadenas o franquicias que se han puesto a proliferar como las setas?- y vuelvo a utilizar la interrogación como lo hacen aquí.

-No amigo, nosotros no pertenecemos a ninguna cadena ni franquicia, como lo llamas, la cadena o la franquicia, llámale como quieras, nos pertenece a nosotros.

-¡No me lo puedo creer!

-Pues créaselo amigo Leopoldo.

-Vaya con el Abundio, el catalán. Con razón dicen que los catalanes para el dinero son de lo que no hay y eso de que la pela es la pela va a ser cierto.

-Es muy largo de contar y no quiero aburrirte- dice la vieja y nuevamente el aire se ha impregnado de ese fétido olor que me da náuseas.

-Pero has de saber detective que no todo en la vida es dinero o poseer. Nosotros, por ejemplo, somos algo extravagantes, eso es cierto y por ello se caracterizan la mayoría de los ricos, pero nuestra extravagancia es tal, como habrás podido comprobar, que no vivimos en la opulencia sino en la austeridad, no sabemos valorar lo que tenemos o quizá no nos gusta gastar y lo que nos hace felices es ver cómo se incrementan nuestras cuentas bancarias.

Aéreo ha desviado la camioneta hacia la entrada de la gasolinera. Símbolo de ahorro y esfuerzo, pienso yo cándidamente. Sin saber

cómo de aquel lugar que he visitado, el mismo que me ha quedado grabado a fuego, por los efluvios bebidos de ese manantial de pasión y locura llamado Ursula, puede crearse un imperio y vivir como un miserable. Peor incluso: cómo se puede ser tan miserable siendo propietario de un emporio como el de las gasolineras *Pegaso*. Cómo no he podido caer en ese detalle. Cómo no me he dado cuenta; y; es que el desatino que produce el sexo en grandes cantidades es desquiciante. Sobre todo en alguien que se dedica a investigar y a descubrir tramas y asesinatos; no; no tiene excusa alguna que no me haya percatado de ello. Y ahora viajo con una parte de la propiedad de esa cadena de estaciones de servicios, idénticas todas a la que yo descubriera aquella noche de tormenta de arena.

Edward Hopper hubiera estado orgulloso de ver cómo un viejo loco ha construido casi un millar de estaciones como la de su cuadro. A lo mejor él era el mejor amigo de Abundio, nunca se sabe.

<<Nunca he tenido en cuenta las consecuencias de mis actos. Soy visceral. Impulsivo. Valoro más la dignidad y el respeto que el dinero con el que se puede apaciguar a seres con actitudes similares a las mías.

Lo terrible es que existan hombres y mujeres que se aprovechan de las necesidades de otros y los explotan miserablemente sin escrúpulos, llegando, a veces, a tener hacia ellos un trato vejatorio. La prepotencia de los que avasallan llega a medidas desproporcionadas.

El caso es que siempre, por culpa de mi carácter, me he visto sufriendo las consecuencias de mis actos. Una acción que encuentra respuesta, por supuesto, en la ira y prepotencia de la otra parte, la que veja, la que explota para así de ese modo seguir prevaleciendo sobre cualquier actitud de desobediencia o desacuerdo.

Así esos dueños y señores de todas las cosas, pueden permitirse, en el siglo veintiuno, actuar con la misma impunidad que lo hacían los déspotas señoritos y caciques de la época de la dictadura, la misma por la que tuve que salir pitando. No estaba yo muy conforme con las imposiciones y así me fue, así me ha ido y por desgracia o por

suerte, no en vano soy yo mismo, para bien o para mal, así me seguirá yendo.

En primer lugar he de presentarme. Que ya sé que ésta no es mi historia. Vale. Pero tengo que aportar a ella algunas conjeturas. La verdad es que creo que aquí no va a ocurrir nada. Lo que se dice ni pío. Yo quiero contar que conocí a Leopoldo en un congreso de detectives; profesión que al igual que él, ejerzo; en este caso no con la misma suerte; a mí al menos me contratan una vez al mes como mínimo. Recuerdo aquel congreso donde nos reunimos unos ciento cincuenta detectives. Una reunión de locos en su gran mayoría borrachos empedernidos, para no desmitificar a la raza de esos hombres que se dejan la piel a cada paso que dan en busca de una pista.

No, no fue ella quien lo mató, no, tampoco fue el doctor, ni su amigo el taxidermista, no, tampoco lo hizo el nieto y menos el sheriff. No, no lo mató nadie, se mató, de algún modo, él mismo. No, tampoco fue un suicidio, aunque eso parezca una contrariedad, pues a pesar de ello no fue un suicidio. Todos creen eso. Que se le fue la cabeza y en un arrebato se pegó tres tiros con su pistola, la misma que compró cuando le dieron la placa y el título de detective. Que no. Que las balas eran del mismo calibre que la pistola que se encontró en su mano y que era de su propiedad. Todo eso está demasiado trillado para argumentar el homicidio o el suicidio. Digamos pues que fue la mitad de las dos cosas. Veamos. A Leopoldo se le cruzaron los cables. Hasta ahí estamos de acuerdo. Entonces se arrebata. Y como su carácter estaba algo dañado. Mejor digamos que arrastraba un grave complejo. Complejo que residía o nació en su más tierna infancia. Aunque él aseguraba que esa tierna edad no había sido, para él, lo que se entiende por suave, blanda, cariñosa, rodeada de calor... Pues eso. Entonces una noche después de llegar a Libidinous y encontrarse con su amigo Julio, para ser exactos la tercera noche de su llegada, y ya se habían tomado las decisiones para llevar a cabo el disecado de aquella loca anciana, y Julio había cobrado la primera parte de lo acordado, salieron a celebrarlo juntos. Los dos amigos, viejos y cansados. Hartos de la existencia. Frustrados. No arrepentidos. Pero al fin y al cabo, melancólicos. Y fue esa noche que recordaron el día en que se volvieron a encontrar por las cosas del

destino, aquella taberna. Las horas indeseables. El silencio que a veces se arremolina en las gargantas y obstruye la palabra. Los deseos reprimidos de uno y los del otro sin despertar. Y decidieron hacer un recorrido por sus vidas. Inventaron o imaginaron qué hubiera sido de ellos si aquella noche hubieran tomado otra decisión distinta a la que tomaron. Se vieron criando niños. Acompañados de una ejemplar mujer. Imagen idéntica de las amas de casa que salían en los anuncios de la época. Soñaron con una casa de dos plantas. Tres dormitorios. Dos baños. Un garaje, detalle éste de máxima importancia. Un salón. Un porche donde poder contemplar a los vecinos y criticarlos y odiarlos y envidiarlos. Ser la viva estampa de su contemporaneidad. No tener más ilusiones que las de llegar al domingo y someterse a la vieja y milenaria costumbre de los pobres, llenar sus barrigas y atiborrarse de cosas inútiles. Olvidar. El trabajo. El jefe. Las horas extras y perdidas. El silencio de nuevo. El sonido de las olas en los domingos de ocio, calor y playa. Moscas cojoneras. Arena en el bocadillo de pan de molde. Lechuga. Tomate. Y por supuesto la linda barbacoa al llegar a casa. Cervezas. Barrigas de vecinos hipócritas. Más cervezas. Los niños gritando. Las mujeres quejándose. Ellos, los hombres argumentando sobre el partido de fútbol del sábado. Que si todos ellos fueran entrenadores serían, de seguro, los mejores. El lunes. Vuelta a la mierda. La monotonía. La incertidumbre de la bronca. Si el jefe venía mal follado. O si había descubierto que su linda mujer se la estaba pegando con uno de los inversores de la empresa en la que ejercía como jefe. Sí, rememoraron a título de triunfo la osadía de haber permanecido invictos de aquella esclavitud. Porque no habían podido escapar a la esclavitud a la que todo ser humano se somete. Las contradicciones de la mente; las soledades, los miedos, y el tiempo que rompe las horas en relojes de arena. No hay una metáfora que lo dignifique>>.

-Sí, mi caro amigo.
-¿Entonces Leopoldo no se quitó la vida?
-No, de eso estoy seguro.
-Bueno ya he dicho que no del todo.
-Hombre o se quita uno la vida o se la quita otro, pero eso de las medias tintas en ese tema no me parece razonable.
-Razonable mi caro amigo, a qué llamas razonable.
-Bueno a lo que se puede explicar mediante la utilización de la lógica.
-Me niego, o mejor dicho me opongo.
-¿Pero a qué?
-A todo y a la vez a nada.
-Al absurdo, al fin y al cabo es lo que lo define de algún modo.
-¿El qué?
-La nada y el todo.
-La simplicidad o la complejidad es lo que tanto a una como a otra las hace simples y a la vez complejas.
-¿De nada y de todo?
-¿No es un espejismo anómalo de un ente o un astra?
-¿Y por qué te acongojas?
-Por nada y por todo.
-¿Tienes miedo?
-Depende de lo que llames o definas como tal.
-Qué va a ser, del miedo, de esa sensación de vértigo e inestabilidad.
-Ya, pero entonces crees que debo sentir miedo o eso a lo que tú defines como tal.
-No sé, yo lo tendría.
-Ya, eso es lo que os han hecho pensar, y es que después os vais quejando de que esto y aquello por no decir lo otro.
-No sé que quieres decir con ello, puedes aclararlo.
-Claro mi caro amigo, perdona, todavía no te he preguntado si puedo tratarte con la confianza que nos otorga la desfachatez de perder las composturas.
-Bueno si eso quiere decir que me puedes tutear hazlo.

-Más o menos. El caso es que, como te decía, a Leopoldo le echaron una mano en esto de quitarse del mapa y con ello de los problemas.

-Pero él, precisamente él, estaba más que acostumbrado a bregar con las dificultades, no creo que en su vida le hubiera salido algo del todo bien.

-Ya, como el protagonista de esa novela, recuerdas, “El enigma del trece”.

-No he tenido el placer o privilegio de leerla, entre otras cosas porque no soy yo muy dado a la lectura, casi me aburre. Yo que vengo de una familia de eruditos. Lectores natos. Sin ir más lejos mi padre posee una de las mejores bibliotecas del país.

-Bueno tampoco en este vasto país no creo que haya grandes lectores. Por lo menos no creo que haya grandes bibliófilos.

-Entonces de dónde crees que salen esos escritores que son capaces de vender millones de libros.

-No nos desviemos de la historia en concreto. Vamos a dejar nuestra opinión sobre ese tema por no conocerlo en profundidad y por tanto no podemos sacar un justo veredicto sobre esos escritores.

-No sé yo lo tendría.

-¿Tendrías miedo a todo y a nada, de qué serviría, en ese caso, tu miedo?

-Quizá para reforzar mi voluntad.

-¿A qué llamas voluntad?

-Bueno, a eso que todos sabemos.

-¿Sabemos? ¿O nos han hecho creer...?

-La verdad es que sí, creo que tienes razón.

-Entonces la voluntad no es lo que ellos dicen que es, o al menos así podríamos creerlo.

-Tal vez.

-No, porque se define persona voluntariosa a toda la que es capaz de llegar a una meta, a realizar un objetivo con esfuerzo y sacrificio.

-Sí, pero...

-Entonces volvamos a lo de Leopoldo.

-Vamos allá mi caro amigo.

-Una descripción apropiada de un paisaje o del lugar donde se ha cometido, por ejemplo un asesinato, puede ser determinante para

descubrir al asesino, si es que hay uno. En este caso dejemos que el propio Leopoldo nos lleve hasta la escena del crimen y con ello al asesino o en este caso como hemos dicho, al ayudante de suicidio o al que incita al homicidio.

-... Pero no se define como voluntarioso al que hace todo lo contrario, sea esto, no hacer nada.

-Claro.

-Yo no diría tan claro.

-¿Acaso es más fácil hacer lo uno o lo otro?

-No, quizá las dos tengan el mismo grado de dificultad.

-Entonces, a qué tanto rollo con la voluntariedad de las personas.

-No sé. Pero ahora que lo dices creo que es más fácil ser voluntarioso que no serlo.

-Sí, vamos a tomar algo- dijo Aéreo con júbilo.

-Ahí hay un estacionamiento.

-¡Vayamos!

La gasolinera era, como ya he dicho antes, fiel reflejo de la que Abundio había creado en primer lugar. Y además era también la copia exacta de aquel cuadro de Hopper Edward. Bajamos de la camioneta y nos dirigimos al bar. Allí sólo había un camarero y dos tipos que debían de ser los conductores de dos enormes camiones que estaban estacionados afuera. El resto era un local solitario que sería frecuentado por los colonos que vivieran cerca de allí. Eso no lo sé pero podía adivinarse.

La vieja cada vez apestaba más. Era como un bicho que tras su muerte al cabo de unas horas comienza a descomponerse y hiede a leguas. Así comenzaba a oler aquella anciana. Su nieto la abrazaba constantemente con una entonación de alegría que rozaba, en la mayoría de las veces, la pedertería. Y como podría decirse, el amor carnal por su propia abuela, la que empatizaba con el del su nieto. Y allí entramos.

Tras una mirada de escrutinio de los asistentes decidimos acercarnos a la barra de aquel local. Amarillo. Verde y con lámparas de color rojo. Insólita podríamos decir de la decoración del antro. No llamaba la atención porque el país era el país de los horteras. Una tierra en la que el gusto por las cosas bellas o al menos acordes con la belleza se había quedado en algún rincón de un bosque exterminado. Quizá se exterminara con los búfalos. Pedimos café y hamburguesas. Comimos incluso con más silencio si cabe del que habíamos mantenido en el trayecto de viaje que hacíamos. Todavía nos quedaba algo más de la mitad por recorrer.

Era esa hora en la que el sol comienza a deslumbrar en su camino hacia el punto más distante entre él y la tierra. Planeta éste que parece haber sido privilegiado con respecto al resto de los que se conocen. Vamos a dejar las lecciones de astronomía para quien realmente sabe de ello. Terminamos con nuestro tentempié y de nuevo reanudamos el camino. No hubo más palabras, no más conversación. La tarde llegó y pronto el cielo se tornó naranja y luego se convirtió en un tapiz lila que fue a desembocar en el negro intenso de la noche sin luna. No era noche de luna nueva porque a poco que

el sol se había despedido de nosotros hizo acto de presencia aquella maravilla, la misma por la que los lunáticos matarían si fuesen privados de ella. Y Selene se hizo presente en las sombras de la noche. Iluminó la carretera y los campos que atravesaba. La camioneta naranja dejaba, de vez en cuando, un haz de luz anaranjado. Los espejos de Selene se miraban en nuestros rostros. La anciana apestaba cada vez más fuerte. No se podía casi soportar. El sueño me abrazó y me dejó, por un tiempo que ahora no puedo determinar, moribundo viajando en paisajes imaginarios dignos de cualquier dios, pero yo no era ni dios ni héroe.

Recuerdo el paisaje. El local y la gasolinera quedaron atrapados en el mundo de los sueños. Allí donde los recuerdos se confunden con el sueño. Porque una vez han ocurrido las cosas ya no hay constancia de ello, quizá escrita, por ello existe la burocracia, que puede que sea el único modo que los hombres encontraron, antes de que llegaran el resto de los artificios que hoy se utilizan para inmortalizar los momentos, el caso es que de un modo u otro el ser humano siempre se ha afanado por atrapar el presente antes de que éste se convierta en pasado y ni las cámaras fotográficas, ni las de televisión pueden hacer que el tiempo se detenga, lo único que harán será dejar el brillo de unos instantes que con el paso del tiempo queda desvaído y en la penumbra donde están todos los momentos vividos.

-Claro y en los tiempos que vivimos todos son voluntariosos.
-Sí.
-Pero por necesidad.
-Entonces...
-...El que no lo es se enfrenta a un verdadero conflicto.
-Podíamos definirlo como tal, pero yo diría que debe sacrificar mucho más, por lo tanto, en un mundo donde todos son voluntariosos y están en continuo movimiento es arduo el trabajo de mantenerse ajeno y pasivo.
-Como un observador que mira y remira pero sin participar jamás de los acontecimientos.
-Pues eso.
-Que asunto tan voluntarioso el de los carentes de voluntad.
-Dime si sigues teniendo miedo al todo o al nada.
-No, ahora comprendo, no hay nada ni todo, sólo un puro abismo infinito.
-Puede, pero eso también es cuestionable.

Recuerdo una foto de familia en la que estamos mi padre, omnipresente, mi madre, resignada y yo caldo de cultivo para crear un monstruo, ahí está el instante pero se ha perdido el color y con él el significado. Los ojos sin expresión como en un anonimato donde el nombre desaparece y prevalece el recuerdo sin nombre. Una imagen taciturna que nos contagia una tristeza extraña por sentir que nada merece la pena, que incluso los hijos te olvidaran en el caos en el que nos movemos.

Selene siguió su recorrido y cuando ya, el lucero del alba, se asomó con su torpe discreción, desperté de mis sueños y me vi envuelto en la pesadilla fétida de Abundia y Aéreo.

Recuerdo la última vez que estuve por estas tierras. Son hermosas. Hay bosques por todos lados. Grandes extensiones de cedros. Altos. Solemnes. Erguidos. Casi dándole la mano al sol. Al astro que han buscado sin tregua desde que sus primeros retoños despertasen en el lecho de ese frondoso bosque. Y sus lagos. Creo que hay unos doscientos. Sus aldeas. Pequeñas. Casas. De madera. Eso hace unos años. Recorríamos el país Julio y yo y llegamos hasta aquí, luego él decidió quedarse. Yo me marché. Recuerdo la estación. Recuerdo los ojos del tipo. Fue en San Francisco. O quizá pudo haber sido en Pine Bluff o en Libidinous. Sí, recuerdo el sonido de las balas. Su trayectoria. Peor parte se llevó el que como cada día se dirigía a su puesto de trabajo. Un humilde hombre que dejaba viuda y huérfanos a la merced de un mundo donde cada vez se confiaba menos en los hombres. Yo seguiría creyendo en las personas, por mucho que me dañasen, era mejor creer en ellas, de lo contrario mi existencia sería triste, muy triste. Por eso la vida me golpeó en tantas ocasiones. Pero aún sigo pensando en que merece la pena ser un soñador o un romántico.

Quizá me había convertido en el último romántico. Y Julio. Él sí que era el último de los románticos. Y si no que me lo digan. No es encantador disecar a seres que una vez estuvieron vivos para mantener en nuestras memorias su aspecto eternamente y cuando se exterminen nos quede el legado, de esos seres, disecado. Espero que se me note la ironía. No, mi amigo Julio no era ningún romántico. Era el hombre más atroz que he podido conocer. Frío. Cínico. Reservado a veces, según le interesaba. Taimado. Precavido.

Malvado. Pero era mi amigo. Todos tenemos defectos. Yo por ejemplo, si ir más lejos soy un cretino, un cantamañanas, alguien que no aguanta, el tipo que a la primera de cambio sale por peteneras. Un bruto acomplejado. Una sopla gaitas. Un gusano. Y todo por la educación que recibí. Mierda es lo que estoy hecho. Ya ven que para formar una pareja Julio y yo seríamos una de las más virtuosas, si es que el virtuosismo no está reñido con la gilipollez. Porque en la gran mayoría de los casos, generalizando sobre la existencia, casi todos los virtuosos suelen ser idiotas o al menos adoptan un comportamiento de prepotencia exagerado y van por el mundo mirando a los demás por encima de sus puercos hombros.

Bueno que ya era el día. Que ya el pueblo se acerca. Que ya la vieja comienza a ponerse nerviosa. Que ya el nieto canta como un indio. Que ya la abuela se descompone y entra como en un trance. Que ya. Ya. Me doy cuenta de que estos dos están como cabras, pero más loco he de estar yo para estar aquí con ellos y es que el dinero poderoso caballero nos prostituye a todos. Hombre qué le vamos hacer, a todos nos gustan los lujos que se pueden comprar con él.

- Discrepar.
- Pero sobre qué.
- Bien dicho, si no se discrepa se está de acuerdo con los acontecimientos y por tanto se llega a la sumisión.
- Bueno si esa sumisión no se convierte en esclavitud...
- Toda sumisión es fruto de la falta de libertad.
- Crees que no es de esclavos aceptar las condiciones, atroces condiciones que impone la sociedad del consumo.
- Dicho de ese modo, puede.
- Claro que puede, pero lo peor no es llegar a la sumisión sino dejarse engañar y estafar por ella.
- A tanto no creo que se llegue.
- ¡Ah no!

La calle donde vive mi amigo Julio aparece ante nuestras narices. Más a las suyas que son por los menos el doble de la mía, que también gasto una buena talla. Y ahí está su casa con un enorme ciervo disecado en el jardín. Unos cuantos patos salvajes. Un oso, dios un oso. Julio tiene un pésimo gusto. Y en el tejado hay unas cuarenta aves, diferentes especies que antes volaban y disfrutaban en libertad sobre las aguas de alguno de esos cientos de lagos.

-Mi caro amigo como dijo muy acertadamente, hay que buscar los detalles insignificantes.

-Mire que en ese sitio de ahí, junto a la tina del baño, hay unas hojas de afeitar sin ni siquiera abrir.

-Es usted un buen observador, podemos decir que Leopoldo tenía la intención de suicidarse, eso ya lo hemos dicho. Pero parece que hay alguien a quien también le gusta que lo pensemos.

-Entonces es esto una evidencia de que ha sido un homicidio.

-Claro amigo, esto es lo que presentí cuando llegamos aquí. Mire, todo está como preparado para el suicidio. Tú crees que Leopoldo tenía motivos para quitarse la vida.

-Hombre no lo sé, yo no le conocía. Usted quizá sepa algo que yo ignoro.

-No es lo que usted ignore sino lo que se le pasa por alto.

-Entonces he de hacer una nueva reconstrucción de los hechos y quizá así pueda averiguar algo más sobre el difunto.

-Ahí estás en lo cierto, mi caro amigo.

-Pero usted va a tutearme o qué.

-Está bien mi caro amigo, desde este momento intentaré tutearle, disculpe, de ante mano, si en otra ocasión me dirijo a ti como me he dirigido durante toda mi vida a las personas que me superaban en años.

-Gracias, me hace un favor, y sabe que yo no le supero en años, aunque usted se conserva muy bien, yo estoy en diez años por debajo de su juvenil apariencia.

-Vale, vale, pero no nos desviemos del tema.

-Habíamos quedado, bueno yo le había sugerido que para conocer un poco más al asesinado, debía hacer una reconstrucción de los hechos.

-Es cierto, me gusta que cada día estés más despierto, ya ves que esta carrera te puede dar lo que la vida necesita, sorpresas.

-Me gusta la gente inconformista.

-¿Por dónde íbamos?

-Por lo de dejarse engañar o estafar.

-Claro, mira tú si no...

-...que idiotas son los hombres, laboran, trabajan y trabajan y pagan y pagan. Los que manejan el mundo les han dividido las pagas

y les han endilgado los pagos, por cuotas, aplazados. A éste método lo llaman ser productivos.

-¿Pero para qué o quién y qué producen?

-Horas y horas.

-Ya, pero el sistema habrá que sustentarlo.

-Pero a dónde nos lleva éste método voraz.

-No sé, quizá al canibalismo.

-Por dónde empezaría usted.

-Yo mi caro amigo lo haría desde el principio en que llegamos a este pueblo, qué le llamó, perdone, que te llamó la atención cuando entramos en éste pueblo.

-Hombre no podía ser otra cosa que esta casa, ya sabe, la de los animales disecados, la del luminoso de neón que anuncia el nombre y la profesión, si no recuerdo mal era así como: Julio Vigo, Taxidermista, el mejor del condado y del estado, por no decir del entero país.

-Vaya veo que tienes una gran memoria, condición que le aventajará en ésta profesión que has elegido.

-Sí, eso era, seguro que estaba escrito de ese modo, si lo hubiera estado de otro, quiero decir de una forma correcta habría pasado desapercibido el luminoso, la casa no. Porque ya me dirá usted que esos animales ahí en el jardín y en el tejado no es un signo de mal gusto o de que el propietario, ese taxidermista está más loco que una cabra.

-Estás en lo cierto, pero sigamos.

-Has dado en el clavo, sí, al más atroz de los canibalismos.

-Imagino a esos millones de seres con la barriga llena.

-¿Los ve?

-Sí ¿Pero a dónde quieres llevarme?

-Te llevo, inexorablemente, al mismo lugar al que se dirige la humanidad.

-Eso es ser demasiado pesimista.

-¡Ah! ¿Crees que hay motivos para el optimismo?

-Siempre es bueno mantener un gramo de esperanza.

-Mira, cuando esos seres satisfechos queden descontentos, digo que no llenen sus barrigas.

-Pensándolo en profundidad.

-Puedes observar el comportamiento humano, por ejemplo, en esos centros comerciales, todo es consumo. Qué dice Unamuno sobre la cabeza, el corazón y el estómago. Es un triángulo y si uno de los elementos no queda satisfecho se produce un conflicto.

-Entonces el proceso de equilibrio pierde éste y se produce el caos.

-Destruir para construir.

Por fin llegamos y Julio salió a recibirnos. Aéreo pone poca atención cuando conduce, por poco no se lleva ese Ford Mustang por delante y si el conductor del mismo no está atento la camioneta le pasa por encima. ¡Ah! Mi viejo y entrañable amigo Julio. Sigue tal y como lo dejé. No pasa el tiempo por su cuerpo. Para mí que éste le pega al formol o a algo que lo conserva tan bien. Ya estamos aquí. Largo ha sido el camino y espero que merecido sea el descanso.

-¡Vaya! Y la camioneta color oxido naranja que por poco nos aplasta, eso fue lo segundo que llamó mi atención y por supuesto la destreza con la que usted maneja el volante. De haber sido yo creo que la destartalada camioneta se carga su maravilloso Mustang del 68.

-Y qué vio, vuelvo a pedir disculpas, y a dónde se dirigía la tartana y sus ocupantes.

-Claro, se disponían a entrar en la zona que la casa de los animales tiene reservada para los autos.

-Siga, digo, sigue, sigue...

-Sí, también el hombre que estaba en el porche con los brazos en posición como para recibir o entregar un abrazo.

-Exacto.

-Y los ocupantes de la Ford.

-Va vene, caro amigo, va vene

-Recuerdo sus narices, al menos las de un hombre joven y una anciana.

-Y...

-Éste hombre que ahora yace en la bañera.

-¡Bingo!

-Bueno pero eso no me dice nada y tampoco aporta al caso ninguna luz.

-No se canse amigo, siga y verá cómo sin mi ayuda lo descubre, perdón de nuevo, lo descubres tú solito.

-Usted frenó y el hombre que ahora duerme el sueño eterno se le quedó mirando y usted a él.

-Efectivamente.

-¡Ah! Mi querido y viejo Leopoldo- Julio sale a mi encuentro y yo tras bajar de la camioneta, habiendo mirado antes al coche que Aéreo ha estado a punto de atropellar y ver a los ocupantes, me dirijo hacia sus brazos con los míos abiertos para sellar un mutuo sentimiento de amistad. Me ha parecido conocido el conductor del Mustang, dónde lo he visto antes. Bueno tampoco ha de tener mucha importancia. La vieja y el nieto se apean de su carruaje y Julio conecedor del contrato les pide que pasen a su humilde casa. Y en esa humilde y acogedora casa no hay un lugar libre de animales muertos, o debería decir disecados, el caso es que mire a dónde mire

me vigilan expectantes los ojos de algún pobre ciervo o un pobre oso o un pobre, en fin, mil ojos que piden justicia con una mirada retadora de odio y venganza, animales que un día se descolgaran de las paredes y acabaran con su creador, Julio Vigo el mejor de los taxidermistas del contorno.

-Me sorprende usted porque nosotros íbamos hacia la ciudad de al lado para resolver las desapariciones de mujeres, caso parecido al que ocurrió en el desierto de Sonora en México y que fue resuelto gracias a un trato que hizo el gobierno de Estados Unidos con el cartel de Tijuana. Unos cerraban los ojos y los otros se encargaban de garantizar que ya no habría más mujeres desaparecidas. Luego han llovido las leyendas y la verdad se quedó, como las víctimas, enterrada en algún rincón de ese maldito desierto. Digo que me sorprende porque parece que los asesinatos le persiguen.

-De no ser así cree que podría mantener el ritmo de vida que llevo.

En la casa de Julio el único lugar libre de animales y de sus miradas es el cuarto de baño, al menos eso creí, así que me fui derecho allí y pude descubrir hasta qué punto puede llegar el retorcimiento de una mente, había unas cinco ranas disecadas sobre una especie de charca en la bañera. Cuando salí, la pareja, abuela y nieto se habían acomodado en una habitación que Julio les proporcionó para su descanso. Él y yo nos salimos al porche y nos sentamos y charlamos largo, y tendido. De todo y de nada y también del asunto en concreto. Él me dijo que no le importaba y que tenía la autorización, por escrito, firmada por el sheriff Cesáreo Márquez Douglas y además la cuantía de la factura le iba a servir para retirarse; comprar una caravana e ir a morir al cañón del Colorado, a un lugar que está de moda, a donde llegan cada día cientos de jubilados para esperar allí el día fatídico de la ida de este mundo. Hablamos y hablamos. Y en realidad todo era como un sueño para mí. Yo no sé qué estaba ocurriendo con mi vida, pero el caso es que de repente el tiempo era tan fugaz, tan sin sentido y lo que me rodeaba tan irreal. ¿Había sido drogado por algún brebaje ingerido en aquellas noches que disfruté de la presencia de Ursula? No sé; tenía sueño y comencé a bostezar. Mi amigo Julio no era el que yo había dejado tiempo atrás, aunque su apariencia física lo fuera, en su interior todo había cambiado. Era un hombre taciturno. Obsesionado con la eternidad y el poder, con el dinero. Carente de valores, desconfiado, cínico. No, no era ni por asomo, ni el niño con el que compartí colegio, ni el hombre que yo conocí y con el que recorrí este país. Tanto tiempo rodeado de esos animales, al final acaba por afectar, digo yo.

Y luego esa galería de fotos con gente importante con la que se había fotografiado con sus trofeos disecados por él. Estaba incluso uno de los que fue presidente del gobierno, su hermano, un tío suyo, unos árabes con sus turbantes exhibiendo una cabeza de oso que medía, unos noventa centímetros en su diámetro.

Fui viendo todas las fotos y Julio me seguía ensimismado en ellas como si se hubiera quedado atrapado en el momento en que el fotógrafo pulsó el botón de su cámara. Y no era tan incierto.

Él quería la inmortalización y quería ser disecado cuando llegase su hora final y para ello lo tenía todo previsto. Por eso el motivo de

su viaje al cañón del colorado. Allí se había afincado un tipo que como él se dedicaba al arte de momificar a seres, con la diferencia, por el momento, de que éste disecaba a cadáveres de humanos y mi amigo Julio iba camino de convertirse en el segundo taxidermista del mundo que hiciera lo mismo. Y como éste negocio sea rentable dentro de poco nos disecaran a todos, suponiendo que tengamos seres tan queridos o que nos quieran tanto, como Aéreo ama a su abuela Abundia y viceversa, para que ordene la puesta a punto y nos coloquen en un rincón de su sala de estar frente a la televisión.

Sí, una galería de fotos que ya comenzaba a desprenderse del color inicial y a tomar esa transparencia en la que se adivina la transferencia de un tiempo presente a otro relegado al olvido y a la melancolía de los que nos puedan suceder.

Fuimos a la cocina y como no era muy tarde decidimos salir al bar y tomar algún refresco por ser los dos abstemios, y, así, nos encontramos en la barra de un café que volvió a recordarme al pintor americano, el mismo que parece perseguirme en esta historia, espero que su esposa no tuviera el mal gusto de disecarlo, creo que su aportación al arte del siglo XX es buen salvoconducto para la inmortalidad.

Bueno, que allí estábamos y recordamos viejos tiempos a pesar de la mirada ausente de mi amigo y en ocasiones de su propia ausencia como persona. En la puerta me llamó la atención un Ford Mustang del 68 una maravilla de coche para los que se lo podían costear, probablemente el propietario era un tipo bien rico. Era el mismo que estuvo a punto de arrollar Aéreo. Sí, el mismo. Y en el bar estaban los dos hombres que iban en su interior. Nos miramos. Cruzamos las miradas y luego un lapso de tiempo y el recuerdo como una llamarada. Sí, conocía aquel tipo pero no sabía de qué o dónde lo había conocido. Tenía esa sensación de que cuando ves a alguien te parece conocido y tienes la certeza de haber cruzado en un momento tu vida con la suya.

Pero Julio me distrajo de mi observación y volví a introducirme en una retahíla, mejor dicho en un monologo que Julio me obsequiaba invitándome a ir con él para que fuese testigo de la ceremonia de su disección.

-Voy a seguir si me lo permite.

-Claro caro amigo, siga, sigue, siga...

-Al más puro y voraz de los canibalismos.

Uno de los dos conversadores se levantó de repente sobresaltado, no por las palabras oídas sino porque había recordado que debía ir a la granja a dar de comer a sus animales. Uno se dirigió a satisfacer el estómago de sus animales, y el otro a satisfacer los de los que lo esperaban en la escuela.

-Y poco más tarde cuando nos encontrábamos en el bar entraron el pequeño hombre que usted conoce y, que ha pasado a mejor vida si es que en ésta le iba mal, el taxidermista. Que a juzgar por su indumentaria. Y ahora que lo digo...

-Buena apreciación.

-Es cierto, su apariencia, nadie va y prepara su suicidio; llena la bañera; compra cuchillas de afeitar nuevas, ahí está el paquete sin abrir; y luego se pega tres tiros en la boca; nunca mejor dicho a boca jarro; y cae en la bañera, con las casualidades hay que estar muy atentos no vayan a confundirnos y en realidad se trata de causalidades. En éste caso son estos detalles la causa que confirma que éste hombre no se disparó tres tiros a boca jarro. Primero: el primer disparo le abrió el cielo de la boca y le estampó los sesos sobre el techo y por la trayectoria del disparo los restos habrían quedado esparcidos alrededor de esa lámpara.

-Muy bien creo que en este caso te vas a llevar un diez.

-Ya, pero si con el primer disparo ya estaba muerto el segundo y el tercero nos dejan ante la clara evidencia de un asesino.

-Muy bien, ya le he dicho miles de veces, perdone, ya te he dicho miles de veces que los grandes casos se resuelven gracias a los pequeños detalles y a usted, digo a ti se te está escapando el más importante.

-Deje que lo intente, luego atamos los cabos sueltos y deliberamos sobre el o los presuntos asesinos.

Salimos del bar a eso de las doce y treinta más o menos. Estaba cansado. No había dormido mucho en los últimos siete días y la fatiga se apoderaba de mí y me sumía en un extraño sueño. No pude dormir vigilado por aquellos ojos que en la oscuridad clamaban venganza. La noche fue lenta y rigurosa. Encendí una lámpara pequeña y pasé parte de la noche pensando en ti. No era Ursula ni mucho menos la mujer que podría hacer que te olvidase. No. Creo que no había nacido una mujer que consiguiera tal fin. Y te vi en todos esos lugares en los que yo nunca he estado. Tú, con tu melena ondeando al viento, tu larga y rubia melena dejando reflejos en los charcos de las calles de Londres o de Belfas; o; de Ginebra; y vi tu sonrisa blanca y tus amantes; secos hombres que se fotografiaban contigo por ser tú la chica más espléndida del planeta y luego tus faldas volaron y esa imagen recorrió el mundo y mis entrañas se retorcieron y cuando estaba a punto de odiarte la luz del amanecer me sacó de mis ensueños y oí la puerta de la habitación abrirse y tras ella apareció Julio que me invitaba a bajar y tomar el desayuno. De los Abundio no había ni rastro en la casa, sólo ojos por las paredes, ojos que recibían el día con la misma esperanza de venganza que el día anterior y con la misma que la recibirían el resto de los días que les quedaban de estar allí colgados, por haber pasado a formar parte de la inmortalidad con la que mi amigo Julio les había obsequiado.

-¿Dónde están abuela y nieto?- le pregunto como despistado a Julio.

-Han ido a realizar una transacción, a comprar flores y luego volverán.

-Oye Julio tú no está muy bien de la cabeza- le espeto con aire despejado-, ¿cómo vas a disecar a esa vieja si todavía está viva?

-No hay nada que temer. Ella está dispuesta a ponerse una inyección letal. Las mismas que se usan para dar muerte a los inquilinos del corredor de la muerte, valga la redundancia.

-¿Cómo que ella está dispuesta a inyectarse el pentotal?

-Bueno ella está dispuesta a que alguien lo haga y para ello estamos esperando a Cesáreo.

-¿El sheriff qué pinta en todo esto?

-¿Tú no has leído el documento que te firmó Ursula?

-Pero si no es más que un simple formulario para solicitar un cambio de domicilio.

-Formulario que le da a Cesáreo la potestad sobre todas las propiedades de Abundio cuando éste muera.

-Claro y éste que yo tengo es ni más ni menos que el que me autoriza a hacer mi trabajo como si se tratase de un caballo o una gacela...

-Mira Julio nos vamos a meter en un lío, mejor que pongamos en conocimiento de las autoridades este asunto.

-Ni hablar, llevo años esperando una oportunidad como ésta y no la vas a estropear tú con tus ideas peregrinas de la justicia.

-¿Qué ideas peregrinas Julio, no recuerdas los sueños que compartimos, las tardes que pasamos ideando nuevas formas de entender la vida? Buscamos una verdad y la perdimos en el camino. No seas loco.

-Te repito que no me vas a estropear esto. Todos buscamos verdades y al final la realidad nos atrapa y nos desilusiona.

La tarde se ha estrenado en los alrededores de Libidinous y la luz se filtra con timidez en el suelo verde. Las granjas emiten sus sonidos de costumbre: la algarabía que los animales montan cuando van de retorno al establo con la satisfacción de encontrar los comederos repletos de heno fresco y avena. Las luces de las casas comienzan a encenderse y en la iglesia, las campanas llaman a misa de las seis de la tarde. Tras media hora de homilía los asistentes volverán a sus casas y se sentarán en la apacible calma de sus porches y contemplarán la aparición de los astros como un ritual que se repite y que se trasmite de generación en generación.

A lo lejos, donde se pierde una fugaz bandada de aves, en el horizonte que se tiñe de púrpura y las nubes echan un velo de fina seda sobre las eternas rocas celestes, pueden verse unas luces, pero no se trata de estrellas, son los faros de un auto que se acerca al pueblo, a una velocidad moderada como si se tratase de un cortejo o un desfile en el que las carrozas pasan a paso lento como disfrutando del tiempo o como si el tiempo para los conductores de las mismas, que van ocultos bajo su engalanamiento, no existiera. Una melena dorada surca el aire y los destellos que emite se confunden con los de la placa que brilla orgullosa, en el no menos orgulloso pecho del sheriff Cesáreo Márquez Douglas donde palpita un corazón incluso más orgulloso, henchido de soberbia. Una estrella vigorosa, orgullosa, con luz propia, prepotente, por encima de todas las cosas terrenas y a veces celestiales como un gusano que se arrastra en pos de una hoja donde se dará un festín que lo convertirá en crisálida y luego larva; larvas de viento, de lluvia, de absurdo enfermizo, de lucha monstruosa con la luz propia del sheriff que se apagó hace tanto o quizá tan sólo haga unos míseros instantes que transformados en minutos se convirtieron como el gusano en mariposa de tiempo y de espejismo, de vértigo animado y contagioso, de lucha descabellada por convertirse en un omnipotente dios que todo lo controla.

Ese es Cesáreo el sheriff de Pine Bluff un ambicioso hombre sin vida o sin otra vida que la que ha consagrado a hacer cumplir la ley, promesa que le hiciera a su mentor, su padre, un desalmado, a veces, un intolerante, otras, un avaro sediento de oro. Ahí luce su melena, ahí se agita al viento su cabellera de oro, ahí se escucha el silbido del

viento cuando choca con el elegante Ford que Cesáreo conduce con una disciplina aprehendida, esa a la que los libres de espíritu no son jamás capaces de rendirse. Sí, una autoridad en materia legal, un chino en el zapato de los delincuentes y de los sospechosos, que en esta sociedad, por decirlo de algún modo, somos todos. Sospechoso de ser algo libertario, sospechoso de renegar del poder, de no estar de acuerdo con la sociedad que ata y mata al individuo.

Como un sol que nace y sin ocultarse muere en un medio día de atolondrada duermevela en la que un grillo mata su siesta acompañado por la cigarra y que hila su hilarante chillido para engarzar a los mosquitos que acechan a la caída de la noche para inyectar su vil veneno sobre unas víctimas sumidas en una resaca de sangría y tinto de verano.

Y ahí llega victorioso como un príncipe que vuelve de la batalla ganada y arrastra tras de su ejército una reata de prisioneros con los que poder mostrar su absoluto dominio al ajusticiar a los rebeldes en la plaza del pueblo y así dejar claro el hecho ya evidente de su opresión. Esclavos somos, al fin y al cabo, todos. Él es ese caballero que regresa y a su llegada encuentra lo que buscaba o esperaba encontrar, ya de por vida, ya de por muerte. Y la sed de poder o de dinero que al fin son el uno el sustento del otro y viceversa.

Ahí está el pueblo del taxidermista, mejor dicho el lugar donde vive Julio Vigo. Y Cesáreo se dirige, una vez que ha entrado en la calle principal, hacia la casa donde los animales tienen una fiesta de momias que esperan la hora de la venganza.

-¿Es que nunca has tenido un sueño?

-Sí, y no uno, he tenido muchos, la mayoría se quedaron en el baúl y alguno que otro se convirtió en realidad; pero Julio esto de realizar ese sueño tuyo de inmortalizarte y momificar, primero a Abundia y segundo a ti mismo me sigue pareciendo una verdadera locura.

-¡Ah! Pues explícame, si es que puedes encontrar razones suficientes, entonces que la cordura de los hombres es la lógica.

-Bueno no sé cómo voy a hacer un planteamiento de esa índole, pero seguro que si lo pienso un rato te doy las razones suficientes para demostrarte que estás en un error y que sólo un loco puede llevar a cabo una barbarie así.

-Vaya, ya veo que no tienes muchos argumentos para desmontar mi sueño. ¿No crees que los seres humanos se han vuelto absolutamente locos y lo peor es que creen estar cuerdos? Dime cómo se dejan convencer y esclavizar al mismo tiempo que creen que son hombres libres. ¿Dónde encuentran la libertad, en sus televisores, en sus días de descanso o en sus vacaciones? Sí, me vas a decir que no eran nuestros sueños de libertad, igualdad y paz los que al fin dejaron de cumplirse, por que, amigo Leopoldo, bien sabes que nada de nada, ni paz, ni igualdad y mucho menos libertad, existen.

-Ya estás como siempre. Ya sé que luchamos o al menos soñamos en aquellos tiempos con construir un mundo mejor, un mundo que sin ser perfecto funcionara sin esclavizarnos, sin condicionarnos. Ya sé que eso era y es y será, por desgracia para la humanidad, una utopía. Pero tú te has puesto del lado de la materia, de lo artificial, quieres seguir presente, aunque seas una momia, en este mundo. No quieres aceptar tu destino que no es otro que el de todos, la muerte final y la desaparición de los elementos. La no existencia. La nada. ¿Lo comprendes?

-Todo eso está muy bien, y yo digo que como soy un hombre libre haré con mi vida y con mi cuerpo lo que me plazca, moleste a quien moleste y altere o no las costumbres, absurdas manifestaciones del hombre para compensar su soledad o mejor dicho su vacío. Mira a tú alrededor y comprueba con tus propios ojos qué existencia más vulgar llevan los hombres. Por mucho que quieran aparentar y que quieran imponer las jerarquías con eso de los niveles. O es que no cagan igual que tú o que yo o que esa Abundia a la que dentro de tres horas le vamos a dar el pase a la eternidad pagado con la integridad de su dinero, porque no me vas a decir a mí que el vil dinero crea integridad, todo lo contrario, la deshace y sobre todo la dignidad ni la conoce, porque es lo peor de lo peor, te digo mi querido amigo Leopoldo que el vil metal es el cáncer de las sociedades modernas y será el causante de la desaparición de la humanidad y entonces de nada habrán servido los filósofos griegos, ni tampoco los romanos, ni los árabes, ni los orientales; no, no servirán de nada las milenarias sabidurías y tampoco las enseñanzas que se transmitieron de generación en generación; no tengas duda amigo, la humanidad está

condenada a desaparecer tragada por el dinero. Su propia creación se los tragará a todos.

-¿Y tú no vas a hacer esto por dinero, verdad?

-Pues en parte sí. Pero porque lo necesito para poder realizar el gran sueño de mi vida, que si no sabes que lo haría por nada.

-Yo te conozco bien, Julio, y sé que tú esto lo haces pensando en la grandeza que te va a proporcionar tal acto. Porque lo que buscas es que Julio Vigo quede inmortalizado como el hombre que momificó tras los egipcios, tras un evidente paso del tiempo, trátese de siglos. Y la contemporaneidad te hace ser el segundo hombre en el presente que pretende realizar, lo que para mí es una locura.

-Te vuelvo a repetir que no serás tú quién lo impida, lo haré aunque tenga que ser por encima de tu cadáver.

Caen las palabras en saco roto y además el viento las arrastrará a una inexistencia que no habrá hombre alguno, en el futuro próximo, que las vuelva a oír y menos leer. Todo tiende al caos. Todo es inútil. Pero las horas que quedan para que ello sentencie el presente en un futuro sin esperanza darán su fruto en un vano y último quejido de dolor y desesperanza como si un dios grandioso hubiese sido castigado a los infiernos o a vagar por las estelas milenarias del universo y cayendo al vacío en el agujero negro de la vida su grito se oyese como un aullido de viento y un niño de ojos grandes se acerque a ese vacío para rescatar con vida la propia existencia de la humanidad y entonces Saturno vomitará a sus hijos y ellos se revelaran contra ese dios que los condenó y devoraran a su progenitor para bien de la humanidad y ellos, esa raza pequeña se vengará en los niños que crecieron y olvidaron su niñez atropellada por una sociedad caníbal y desalmada.

Son las tres de la madrugada y en el único hotel que hay en Libidinous un hombre lee insomne, su compañero duerme un profundo sueño asaltado sólo por las preguntas sin respuestas que se ha formulado tras encontrar el cuerpo del detective muerto en el baño de la casa de los animales disecados. Preguntas que ninguno de los allí presentes ha sabido responder o no ha querido por no comprometer a nadie o a ellos mismos.

Y en la escena del crimen dos mujeres, qué criatura puede cultivar tal belleza, son inauditas su deslumbrante sonrisa y su profunda

mirada. La otra mujer por decirlo de algún modo es la cara opuesta, sin ser fea no alcanza ni por asomo un ápice de belleza de la otra dama, pero en ella hay algo que le hace ser mucho más destacable o quizá deseable; es el carácter que eleva su, de algún modo, carencia de belleza por encima de la misma convirtiéndola en un objeto de deseo más atrayente si cabe, quizá más morboso, todo lo estropea su tono irritante de voz, que al lado o en comparación, y no valen los agravios comparativos, con la sensual voz de la otra mujer parece un chivo que berrea buscando a su madre para alimentarse.

El pasante duerme y el detective vela y su vista está absorta en una novela de intriga y crímenes: *“El escarabajo de oro”*.

No duerme desde hace más de quince años, desde la misma noche en que despertó sobresaltado por el sonido de una ráfaga, pero no era de viento, sino de metrallata. Barrieron las balas su habitación de arriba abajo, de izquierda a derecha, de norte a sur y de puerta a ventana y de cama a cama. Aquella habitación que tenía alquilada cuando se encontraba en uno de sus primeros casos, el que le dio la fama y la fortuna, después, el que lo convirtió en el detective más cotizado del país. Cómo pudo salir de la escabechina, por que a veces la suerte se alía con el diablo y esta vez, según su criterio, el diablo se puso de su parte y luego se lo llevó a beber de bar en bar y de copa en copa hasta que el amanecer lo dejó, a él, y al diablo, en la puerta de unos mafiosos que habían tenido que ver, primero con la muerte del individuo para el que él estaba trabajando y luego con el ametrallamiento de su habitación y así los pilló con las manos en la masa y como el diablo, como se ha dicho en las líneas anteriores, se alió con él o viceversa, consiguió terminar su primer caso con todos los honores que se les conceden a los héroes.

Qué lejos estaba, cuando aquello ocurrió, el pasante de aquel hombre, tan lejos que, incluso, esa noche, muchos años más tarde, dormía junto al detective más importante en todos los estados, en todos los corros de ricos y de políticos. Era un sueño cumplido y por fin podría poner en práctica sus ya estudiadas teorías.

¿Iba a tener la misma suerte que aquel triunfador o se iba a convertir en el anónimo detective en el que se había convertido aquel cadáver antes de llegar a eso, a cadáver? O quizá siempre había

sido un deshecho de la sociedad y por lo tanto un muerto que más o menos es lo mismo.

Leopoldo Alas Clarín gozaba en aquel baño de su eternidad salpicada en los azulejos naranjas y en el pasillo se reían las cabezas de los disecados animales. Un pájaro carpintero se disponía a picotear un trozo de árbol y dejaba en el aire del recuerdo su trino y su monocorde toc toc toc, una lechuza se giraba en su propio cuello para mirar los sesos salpicados sobre el techo azul del cuarto de baño donde, como ya se ha dicho, yacía Leopoldo. Quizá si hubiera sido escritor su suerte habría sido distinta, pero dudo que mejor.

-Mi querido amigo, mi caro e inexperto pasante, vamos a retomar el asunto tras el descanso, que tan merecido teníamos.

-Muy bien, ya que todo hombre merece un descanso, aunque hay por ahí algunos miserables que disfrutaban esclavizando a otros hombres, de ello ya habla en su libro Memorias de Adriano la escritora Marguerite Yourcenar.

-Muy agudo mi caro amigo; recuerdo una frase de dicho libro que hablaba sobre la esclavitud y creo que decía así: dudo de que toda la filosofía de este mundo consiga suprimir la esclavitud; a lo sumo le cambiarán el nombre. Que tremendismo hay en ella y que gran verdad mi querido pasante.

-Sí, y que lo diga y también decía el propio Adriano en sus memorias que era capaz de imaginar formas de servidumbre peores que las suyas, porque se podía llegar a lograr transformar a los hombres en máquinas estúpidas y satisfechas, creídas de libertad en pleno sometimiento.

-Bueno, amigo dejemos a nuestros grandes amigos los romanos y los griegos y sigamos adelante en esta investigación que por lo que a mí respecta está tan clara, porque la evidencia es abrumadora. Espero que usted haya despejado ya las incógnitas y descubierto al asesino.

-Bueno no es de mucha relevancia que toda esta gente se diese cita aquí, aunque al parecer ninguno de ellos había quedado concretamente en este lugar, fueron llegando uno tras de otro porque lo que todos buscaban era al fiambre, bien para darle pasaporte o bien para solucionar sus problemas que habían delegado en éste.

-Y bueno, qué personas han llegado a la casa, antes y después, lo sabremos cuando el forense nos pueda dar la hora exacta en la que Leopoldo pasó a mejor vida. Que para mí fue sobre las dos de la pasada noche, cuando usted se encontraba roncando, perdone que le haya sacado a relucir uno de sus defectos, pero es que ronca usted de lo más raro. A mí no me preocupa porque como usted ya sabe tengo la mala costumbre de pertenecer al mundo de los insomnes.

-Pero hombre no habíamos quedado en que nos íbamos a tutear.

-Tienes razón es que muchas veces me traiciona la educación recibida; ya sabe, digo sabes, unos padres a la antigua usanza a los que me estuve dirigiendo toda la vida con ese tratamiento, cosa esta que me causaba una impresión extraña, me parecía estar hablando con desconocidos en lugar de con los seres que me trajeron al mundo. Qué vamos hacer el hombre y sus costumbres, muchas veces se excede en los tratamientos o comportamientos, digo yo que un termino medio sería lo adecuado. Pero no perdamos el tiempo en suposiciones mías y vayamos a lo que nos incumbe en estos precisos instantes, la muerte de mi caro amigo Leopoldo.

-Está bien yo tengo una idea sobre la forma en que le han matado, porque es evidente que esto ha sido premeditado.

-Sí, y puede usted, perdón, puedes narrarla a éste que desde este momento se ha convertido en todo oídos.

-Claro que sí. Vayamos al caso.

No habría un lugar peor que aquel en el que se habían dado cita aquellos personajes. No eran los animales disecados, los que realmente hacían del entorno un paisaje mórbido y donde la muerte olfateaba a través de sus papilas a los bichos que en tiempo de vida fueron bellos y que se habían convertido en horribles monstruos sedientos de sangre, la misma que ellos habían derramado. Era en el salón donde se reunieron todos una vez fueron llegando. Los primeros en llegar a la fiesta fueron Abundia, Leopoldo y Aéreo, estos fueron recibidos por Julio Vigo como ya ha quedado plasmado anteriormente. Más tarde llegó, en solitario, el sheriff Cesáreo conduciendo su fabuloso auto, éste no fue recibido por nadie, porque los que lo habían precedido se encontraban, unos charlando en el bar y los otros descansando y preparando el ritual de la muerte.

El sheriff llegó y entró como Pedro por su casa, actitud esta que lo delató como conocedor de la misma lo que ponía en evidencia su amistad con el taxidermista, al menos eran conocidos, aunque debía haber algo más porque un conocido no se toma las licencias que se tomó Cesáreo. Dejó aparcado su flamante auto en el mismo garaje de la casa. Bajó de su bólido. Entró por la puerta del interior, la que comunica la cochera con el recibidor o hall, luego se dirigió a la cocina, abrió la nevera, se preparó un combinado de vodka con zumo de tomate, su bebida preferida y después se recostó en la butaca del porche, pasando previamente por el salón donde no se encontraba ser viviente alguno, solamente las momias de: dos ciervos, un caballo, tres tejones, varias águilas, cuatro búhos, dos serpientes cascabel, diez conejos y cuatro pollos naranjas; dos pavos enormes, un cisne, una oca, un perro salchicha, dos hurones, cuatro urracas, dos cuervos, un pájaro espino, una nutria, un pavo real, un faisán y un oso pardo y aquella colección pronto sería aumentada con la exquisitez de la presencia de Abundia que reinaría en su calidad de ser humano momificado sobre los animales durante unos tres días, plazo éste que era el que Julio Vigo le daba a sus clientes para quedar, primero él, satisfecho y luego, evidentemente su cliente; éste llegaba, una vez extinguido el plazo, y se llevaba, tras el pago del resto de la cuenta, a su animal querido para colocarlo en el salón de su casa presidiendo la chimenea. Acto este que era muy común por los contornos donde vivían verdaderos cazadores mediocres, gente que tenía que presumir, en sus reuniones o en sus cenas con los amigos, de los trofeos que habían sido colgados con tal fin. La presunción, a veces, de los hombres, rebasa límites insospechados, al igual que su estupidez...

Qué les iba a contar Aéreo a sus amigas o amigos cuando estos fuesen a visitarlo y se encontraran el cuerpo de su abuela presidiendo la chimenea sentada en su butaca preferida. Les contaría que la idea había sido de ella y que la razón era el no abandonarlo después de muerta, y él argumentaría que estaba orgulloso de tener a su abuela allí, la mujer que lo había criado, debido a que su madre, Ursula lo había dejado, no del todo abandonado, lo que ocurrió es que ella no se hacía cargo de su hijo el cien por cien, así que Abundia que había sufrido el mismo sino se decantó por dedicarle todo su

tiempo y con ello su vida a su tierno nietecito, el mismo que ahora estaba esperando el momento en que a ella le introdujeran en sus venas el veneno para apartarla de la vida y acercarla al momento de pasar a la eternidad.

Y ya la habitación está preparada para el fin al que han de llegar las cosas. Abundia será inyectada de muerte y luego en sus venas viajará un líquido que la dispondrá para mantener intacto su organismo. Sus nervios, sus tendones, sus huesos, todo quedará sin la menor apariencia de muerte. Una eutanasia autorizada que la librá de sufrimientos inútiles.

Es una muerte interna de la memoria, de la psique, del corazón, del cerebro, de los órganos pero no de la imagen que exteriormente tendrá la cariñosa abuela. Sí, ya la habitación preparada y el número de invitados creciendo. Ya está Cesáreo sentado en el salón observado y observando. Y en la puerta suena la campana; alguien abre la puerta, no es uno de los momificados animales, es Julio Vigo quién hace girar el pomo de la puerta. La imagen de la mujer que hay en la entrada lo deja algo perplejo. Se dice interiormente que nunca vio belleza tal. Magnífica la hermosura si te deslumbra con unos ojos como los que lo acaban de sorprender ensimismado que estaba en su proyecto.

Todo está dispuesto sobre la mesa de trabajo. La cama donde se tumbará la abuela. -¿Y ésta mujer qué ha venido a buscar en mi cueva de animales muertos?- Y ella que le responde como si hubiera adivinado su pregunta.

-He venido para ajustar una cuenta con alguien que anda por aquí.

-Pase, pase, no sea tímida.

Lo de la timidez es una virtud o un defecto, según se mire, pero esta mujer precisamente carece de los mismos. Y pasa la mujer y saluda a la estrella que brilla en el salón reflejándose en el centenar de ojos muertos que la miran, a la estrella, y a la hermosura que acaba de dejar a todos los presentes, vivos y muertos, estupefactos. Bueno al sheriff no parece haberle sorprendido demasiado, más bien parece que él esperaba esa visita. Luego sigue Julio con los preparativos. Leopoldo baja las escaleras y se dirige a la cocina. La verdad es que lo de desayunar le parece algo vomitivo, sobre todo cuando se dispone a ser testigo de una atrocidad como la que va a

acontecer. De modo que todavía sonámbulo no se ha percatado de la presencia de Ángela que luce un radiante vestido de color turquesa con un escote al que se asoman o en el que se intuyen sus dos presencias, las que hacen perder la cabeza a cualquier hombre con un único cerebro, que al parecer somos la mayoría.

Y Leopoldo sigue angustiado y no ve a la hermosura que se ha sentado junto a Cesáreo con el que conversa a modo íntimo como si tuvieran una relación de años, se entiende que es una relación amistosa. Suena de nuevo la campana y ésta vez es Leopoldo quién se dirige a abrir la puerta. En el trayecto hacia ella se ha dado cuenta de la presencia de la mujer de Licinio. Se ha detenido ante ella, la ha mirado y sin palabras ha formulado una pregunta: <<¿Qué hace aquí esta mujer?>> La campana de la puerta vuelve a sonar como si el que la está haciendo sonar tuviese prisa. Leopoldo sale de su asombro y llega a la puerta donde ha vuelto a sonar la maldita campana. Abre. La luz acribilla el salón que estaba, hasta ese momento en penumbra, se dibuja la sombra del que espera en la puerta. El sol está frente a la casa y deslumbra a Leopoldo, sus ojos, acto reflejo, se cierran.

La figura parece ir dotándose de forma conforme él va abriendo los ojos que poco a poco se van adaptando al intenso resplandor que el sol emite esta mañana de primavera en Libidinous. Primero puede apreciar los ojos del que espera, luego su rostro, su pelo, su pecho y así hasta contemplar por completo delante de él nada más y nada menos que al escritor, el mismo al que había dejado para luego en aquel caso de plagio que debía resolver. Qué hace aquí. Vuelve la tonta pregunta. Pregunta sin palabras.

-He venido para que no me olvide- respuesta con palabras secas y contundentes.

-No si no lo he olvidado- pretende decir una voz que no sale de su garganta; cierra la puerta; nuevamente el salón vuelve a la penumbra inicial como si no existiese sol alguno en la mañana de las momias que presiden todas las paredes del mismo.

-Siéntese- Miradas de complicidad se descubren en el brillo de ojos que se cierran en un tic que pasa desapercibido a los ajenos a la mueca. Ella, la belleza, saca, leve, su punta de lengua afilada y humedece sus labios en un gesto casi obsceno pero provocador. El

escritor se sienta frente a ella y le responde con una mirada que la desnuda y la recorre por completo.

Ella lo sabe y se retuerce en un movimiento sensual que apenas es percibido por los allí expectantes espectadores. Se abre la puerta de una habitación por la que sale Julio Vigo el mismo que minutos antes había desaparecido por la misma invita a los allí presentes a presenciar, si es su deseo, el acto de inmortalización de Abundia. Los presentes no parecen nada sorprendidos. Y en este mismo momento vuelve la campana a sonar. Leopoldo piensa que todo está salvado, que su mensaje ha llegado al fin y que la policía federal está en la puerta. Qué iluso llega a ser a veces un hombre. Sorprendente es ver, tras abrir la puerta, a Licinio. No entiende nada, <<qué está pasando aquí, no soy yo el detective que todo lo tiene que saber y descubrir, parece que todos estos se hubieran aliado en mi contra>>. Licinio entra como si ese acto lo hubiera estado realizando durante toda su vida. Se dirige hacia su esposa y la besa en la mejilla diciéndole que lo disculpe por haber tardado en llegar pero que unos asuntos de negocios lo tenían ocupado. Y tal y tal. Leopoldo siente un vértigo espantoso. Vuelve la campana a sonar y antes incluso de que él se retirara un metro de la puerta. Da media vuelta y allí delante de él está Calíope.

-Vaya- se dice ya resignado-, esto hay que evitarlo- le dice susurrando a su fiel secretaria.

-Claro- responde ella-, a eso he venido.

Vuelve Julio Vigo a pedir a los asistentes que pasen a la habitación o que se queden fuera pero en ese caso ya no habrá posibilidad de entrar allí hasta pasadas veinticuatro horas. Las momias de los animales siguen expectantes el movimiento de los ocupantes del resto de su entorno, ese al que ellas por la evidencia de su inmovilidad no pueden acceder. Allí los ojos de cristal esperan a tomar, a recobrar lo que les han arrebatado con impunidad, la propia y característica, la que describe al hombre por su naturaleza de depredador. Esos seres inertes serán despiadados cuando por fortuna recobren la vida, su existencia de siglos.

-¿Cómo dice mi caro amigo que a este Leopoldo lo han frito? Y todos estos personajes que ahora están ahí en el salón, esperando, no porque quieran hacerlo, si de ellos dependiese estarían ahora a mil millas de aquí, sobre todo el que o los que hayan cometido este crimen. Pero no podrán moverse de ahí hasta que se haya resuelto. Hasta que yo, digo, hasta que tú y yo le hayamos dado con el dedo en la yaga a uno de esos mal nacidos y hayan llegado los federales.

-Mire ahí debajo, tras el pie del lavabo, lo ve. Sí, hombre, usted lo puede coger.

-Sí, caro amigo, parece a simple vista un libro, ya lo tengo.

-Vaya- y en ese momento el detective y su pasante se disponen a abrir el hallazgo. Un libro de cubiertas verde oscuro o botella al parecer de un material reciclado, crece la expectación entre ellos. En la bañera se sigue humedeciendo el cuerpo sin vida de Leopoldo Alas Clarín, sus ojos estampados en el entramado que los azulejos han creado en conjunción con las neuronas que parecen espermatozoides dibujados sobre los mismos.

-Bueno amigo, qué tenemos aquí, nada más y nada menos que el diario de a bordo de un navegante, bueno en este caso de un detective.

-Quizá en él encontremos las claves para descubrir las razones por las que este hombre se encuentra en ese estado lamentable, claro que no para él, porque ya no es nada lamentable para el que yace sin vida humedeciendo su cuerpo sobre sangre y agua.

-Bien amigo, pero sigamos porque además hemos de encontrar una evidencia mayor que delate al o a los asesinos.

-Sí, este cabello, largo y dorado, no le parece conocido por lo singular de la cabellera a la que pertenece.

-¿Cómo ha llegado hasta aquí? Se hace usted esa pregunta.

-Sí, pero no hemos quedado en que me va a tutear.

-Perdona, te preguntas qué hace aquí o al menos cómo ha llegado hasta aquí dicho cabello. Bueno puede ser una casualidad. Quizá el sheriff se rozara con el cadáver antes de que fuese eso, un triste cadáver porque todos los muertos nos recuerdan a nosotros mismos, por ello esa tristeza que vemos en ellos. O quizá él ayudara a traerlo aquí para dejarlo encerrado mientras abajo seguía el ritual con el que estaban momificando a esa anciana.

-¿No cree usted que haya sido el sheriff?

-No, yo no he dicho tal cosa, pero tengo mis dudas. Creo que Cesáreo no tenía razones para quitar de en medio a este desgraciado.

-Bueno si él lo único que pretendía era recoger el documento que ni Abundia ni Aéreo y tampoco Leopoldo le habían entregado como habían pactado, es ese el motivo por el cual está en esta casa, según apuntan todos los indicios.

-Sí, caro amigo, eso está muy bien, pero qué hay en ese documento que no ha aparecido y cuyo contenido sólo conocen, evidentemente la firmante, Ursula, Leopoldo que no podrá desvelarnos nada y la abuela loca y su nieto enajenado por la momificación de la misma.

-Cesáreo no va a soltar prenda, porque él sabe qué se le entregaba con el documento, pero también sabe que si no aparece no podrá hacer uso de lo que en él se le iba a entregar. Pero dónde puede estar el dichoso documento. Sabemos quizá que Leopoldo lo haya entregado a Abundia poco antes de que lo recogieran en su oficina, no, no sabemos nada, aunque quizá la desconsolada Calíope sepa algo más de lo que entre sollozos pretende contar.

-Bueno, será mejor echar un vistazo a este cuaderno de navegante.

-Tiene razón mi caro amigo.

-Que ya hemos dicho mil veces que me vas a tutear.

-Hombre por fin he conseguido romper en usted esa digna actitud de tolerancia y paciencia que lo caracteriza y por supuesto de educación, ya era hora que, fueses, tú el que primero me tutease.

-Yo no he querido hacerlo antes por el respeto que le tengo.

-¡Vaya amigo! Vayamos al café y allí ojearémos este cuaderno de Bitácoras a ver si en él descubrimos algo sobre este asunto.

-Estos se quedarán aquí hasta nueva orden.

Los dos hombres, pasante y detective salen de la casa de los animales donde quedan a disposición del sheriff de Libidinous y de sus dos ayudantes, mientras llegan los agentes federales para hacerse cargo del caso, todos los sospechosos del asesinato de Leopoldo, al menos los que se encontraban presentes en el momento en que la policía entró en la casa, alertada por la llamada de una vecina que había oído gritos humanos y no de animales.

Queda la casa en el más absoluto silencio contemplado por los momificados ojos y los rugidos de un oso se cuelan por las rendijas donde hacen nido las polillas que agujerean las maderas con las que se construyó la casa de Julio Vigo.

Leopoldo cierra la puerta y con él muy cerca, aferrada a su brazo viene Calíope y los dos deciden poner fin o al menos impedir que se realice, el acto de matar a Abundia, con su consentimiento, y luego ser momificada.

-No me vas a impedir nada- dice Julio y sin pensarlo se acerca a Leopoldo que no espera que su amigo le golpee con un bastón. Cesáreo interrumpe la acción, al menos de momento, sujetando al detective antes de que caiga desmayado en el suelo.

No he perdido el conocimiento todavía, así que si me permiten y a pesar de mis divagaciones voy a terminar de contar esta historia hasta el punto en que sin poderlo evitar paso el relevo.

Caigo sobre los brazos del sheriff de Pine Bluff, Calíope da un grito que despierta a una gran parte de los animales muertos. Y en esto que alguien me ata las manos, y me venda los ojos. Luego puedo sentir cómo se me transporta a otro lugar, una persona carga con mi cuerpo y siento el frío de los azulejos del baño, por lo que puedo corroborar que es allí donde me ha encerrado esa panda de ratas. Y cómo me las ingenio para zafarme de las ataduras, muy fácil pero no voy a entrar ahora en explicaciones superfluas. Y entonces escucho que se abre la puerta, yo me he quedado como estaba, para no alertar al enemigo. Pero no es el enemigo, es Ursula. No sé qué hace esta mujer aquí y lo peor es que parece haber estado años sin comer, porque trae un incontrolable apetito, pero sexual, y me devora allí mismo sobre la bañera o dentro de ella. El agua sale hirviendo y el baño queda en la penumbra de los vapores. Me adormezco y luego al rato despierto y ahora veo con claridad el agua; el agua; el agua; roja; roja; y puedo decir que hasta aquí he llegado.

En el bar los dos hombres. Uno frente al otro. Miran y leen y releen. Y vuelven a pasar las páginas de ese cuaderno de notas encontrado en el lugar del crimen. Pasan las páginas como el tiempo y así la nada se convierte en poco más que algo y luego el recuerdo, primero nítido y más tarde, mucho más tarde borroso, como una tarde de invierno lluviosa que siempre recordamos en verano, y luego todavía más lejano como una borrasca el recuerdo inexacto de los actos que realizamos y la consecuencia de ellos en el presente que fue el futuro y así la paranoia se expande como un universo flexible y en continua expansión.

Siguen los hombres enfrascados en el cuaderno de Pitágoras de Leopoldo y en el bar los paisanos se dan cita para tomar un café o una copa o un té o un simple vaso de agua, fría si puede ser. Qué más da. La importancia de los detalles, es a veces infinita, y otras son simples, tan simples y vulgares que no aparecen en ningún lugar y en ningún rincón del mundo y es ahí donde se escapan las soluciones y donde podemos descubrir la respuesta a algunas de las preguntas planteadas desde que el hombre es hombre.

Dos hombres, uno frente al otro, ignoran la clientela del café. En el café dos hombres siguen ensimismados en sus hipótesis y los clientes pasan por delante de ellos y son como piezas de un rompecabezas invisible, en el fondo así es, nada más y nada menos, la vida, no más que un invisible y gigante rompecabezas creado para no ser resuelto o para descubrir lo fácil que es la existencia. Y los dos hombres se detienen un instante en el libro, en la página exacta, la que desvela el misterio y la que condena a un culpable a la silla eléctrica o peor incluso, a las manos desalmadas de Julio Vigo taxidermista de profesión y aspirante a dios todopoderoso, con la diferencia de que éste lo único que puede es momificar y hacer eterno un cuerpo vacío sin alma o a lo mejor esa es la verdad, la única, la auténtica, la que se nos ha negado desde el principio de la sabiduría. Bueno así o no, sea, que los dos hombres en el café se detienen, miran remiran, leen, releen y observan por vez primera a la concurrencia del local. Un hombre como lejano al final del salón, sentado a la mesa y mirando hacia el exterior. No se ha descrito aquí el establecimiento en particular pero hay que decir que es un local amplio y con varios ventanales que dan a la única avenida que tiene Libidinous. Es un

hombre pequeño con un bigote como hilera de hormigas, se comporta de modo extraño como el que espera a alguien que no llega o que tarda en aparecer, pero que su llegada es de una importancia vital, así está el hombrecillo en el fondo del bar, el resto de los clientes llevan allí casi toda la vida o al menos esa es su actitud, la que demuestra que se está en casa propia. El hombre del final no sólo muestra que no está en casa propia sino que le molesta el tiempo y tiene prisa por que ocurra lo que tenga que ocurrir o lo que ya estaba planeado de ante mano, quizá una cita a ciegas, o una entrega ilícita de productos prohibidos, de lo contrario no habría qué temer. Y ese temor se le ve en los ojos pequeños como puñaladas en un abdomen enorme, inflamado por el deterioro del paso del tiempo.

Se detienen las miradas de los dos hombres sobre la huida del bigotito y vuelven al libro, al cuaderno de Pitágoras y en él parecen encontrar la fotografía del individuo en cuestión, buena descripción.

-Vaya qué tenemos ahí.

-Ya veo que este tal Leopoldo era un buen fisonomista.

-Lo ha clavado.

-Este es el individuo celoso, y piensa el ladrón que todo el mundo es de su misma condición.

-Que razón tienes mi caro amigo.

La noche está próxima, en el bar se han encendido las luces que primero han iluminado con una tristeza mortal para convertirse, más tarde, en unos minutos, en una luz blanca como la de los pasillos de los hospitales, frías luces que le dan un aspecto verdoso, tanto a enfermos como a visitantes o acompañantes. Y el hombrecillo de bigotito se ha calmado algo al ver entrar a una mujer de estatura alta, delgada, con ropa desfasada, pantalones de campana y una camisa de flores de colores, el pelo afro y una mirada extraviada como buscando lo que al final ha encontrado, el hombre pequeño y con bigote. Se levanta, le hace un gesto con la mano, un ademán que significa venga aquí.

Los dos hombres que estaban enfrascados en la lectura del cuaderno se han quedado mirándola y nuevamente se produce entre ellos un diálogo.

-Sí, tienes toda razón, este Leopoldo era un buen fisonomista.

-Mire, esa debe ser Calíope su fiel secretaria.

-Esto se pone al rojo.

-Entonces estos dos no estaban presentes en el momento, ni de la momificación, ni del crimen con lo que tenemos un doble crimen, uno ya está resuelto pero el otro es el que nos ocupa nuestro tiempo e ingenio.

-Mi caro compañero me lo estoy pasando bien, yo diría más que bien, porque la cosa se pone interesante. Podremos descartar, quizá, a algunos de ellos, pero no nos dejemos engañar por las apariencias.

-Qué propones que Calíope y Licinio quedan descartados por no haberse encontrado presentes en el acto.

-No, vamos a buscar qué razones podían tener uno y otro y qué motivo les mantiene aún en este pueblo.

-Bueno, al primero ya sabemos que el motivo se encuentra allí, en la casa de las momias, retenido por la ley, por ser sospechoso; la otra quizá esté a la espera de la resolución del caso, no obstante trabaja para un detective, en este caso con más razón ha de quedarse para averiguar el final. O tú no harías lo mismo en caso de que alguien me diese pasaporte a la otra vida, si es que hay una.

-Claro que lo haría mi caro amigo. Yo siempre encuentro al asesino. Ese es mi lema y el que será tuyo cuando termine, quiero decir termines las prácticas, y se independice, perdón de nuevo, no me hago al tuteo, montando su propia oficina de detectives.

-Entonces podemos dejar a un lado a la linda Calíope según la describe Leopoldo en su cuaderno de abordó.

-Este tipo debía de tomar algún tipo de drogas, cómo pudo describir como linda a una mujer como ella. Pero siga, este cuaderno se pone emocionante.

-Mira, aquí en ésta página relata cómo llegó Licinio a él y qué venía a buscar. Bueno parece que éste contrató los servicios del detective por tener alguna sospecha de su mujer, se refiere a sospecha de infidelidad.

-Claro y con esa belleza y ese tipo quién no iba a tener una preocupación similar, sobre todo si eres un tipo como él, es para estar mosqueado.

-Ya lo creo.

-Pero dejemos ver cómo transcurre la reunión de estos dos. Ninguno de ellos sabe quiénes somos, así que vamos a acercarnos, nos sentaremos en la mesa de al lado.

-Mi querido amigo y pasante compañero le auguro un maravilloso porvenir y le digo más, seré yo quien lo apadrine el día en que le entreguen su titulación.

-Bueno te lo agradezco, de momento no tenemos nada mejor que hacer. Ahora deben de estar haciendo el levantamiento del cadáver y por lo menos hasta mañana no sabremos nada sobre la autopsia, ya sabemos que el forense tiene su bufete o sala de despiece, en el condado limítrofe a éste, a unas cien millas.

Las luces del pueblo iluminan las calles, la avenida principal con sus tiendas de comestibles, y una ferretería y un supermercado comienzan a apagar sus luces. Los pocos ciudadanos que pasean se dirigen a su templo. Hogares para el descanso y el letargo de rutina que se convierte en tedio y desilusión para el mañana. Acabados en dos manzanas y dando los mismos pasos durante todos los días de sus vidas, los que empiezan y los que esperan a que la vida se tome la revancha y los hunda en el foso de las miserias para ser devorados por los gusanos y aquí el anónimo olvido como cada tarde saldrá a pasear en el atardecer de la mano de un sol ajeno a los movimientos de la gente. Ajeno a la propia vida terrestre, ajeno a la oscuridad.

Y Libidinous y sus habitantes se duermen a las once. Las farolas se apagan quedando impares encendidas. Las puertas se diluyen en el duermevela. El borracho y el tonto del pueblo salen del bar que comienza a despedir a sus clientes. El motel, el único lugar donde hospedarse sigue esperando a sus huéspedes hasta las doce, hora ésta en la que el dueño no dejará entrar a nadie. El que no llegue a tiempo dormirá en la calle bajo el relente, que en esta zona cae con una frescura descarada como si puntas de hielo cayesen sobre el cuerpo. Si un pobre despistado se queda en la calle, a la mañana siguiente lo irán a recoger para descongelarlo aunque sea en verano.

En el bar como ya se ha dicho comienzan a echar a los clientes. Los dos hombres intentan quedarse hasta el final y lo consiguen, salen justo detrás de Calíope y Licinio que se dirigen ambos hacia el único motel que hay.

Los cuatro únicos clientes que esta noche dormirán allí. Los dos hombres desconocidos y la singular pareja llegan a recepción e intercambian el típico saludo de buenas noches.

-Se diría que son ustedes viajeros- pregunta Licinio a los dos hombres-, lo digo por sus aspectos- refuerza la pregunta para no parecer un estúpido curioso.

-Sí, efectivamente, tiene usted buen ojo- responde el más joven.

Calíope suelta una risita como de bochorno por la pregunta irreverente de su compañero. Y el encargado del motel aparece fumando un puro y con la cabeza llena de rulos, es un hombre grande y obeso de color negro y con unos enormes labios objetos de deseo de cualquier homosexual o de cualquier ninfómana. Les entrega, a cada uno, la llave correspondiente y les desea buenas noches con una especie de gruñido; si Julio Vigo lo tuviera en sus manos lo disecaría y lo pondría al lado de uno de sus osos, no habría mucha diferencia, quizá el pelo, quizá...

A través del camino que recorreremos o que vamos recorriendo en nuestras vidas, se nos va aleccionando sobre cuestiones de moral, ética, religión, política y además se hace todo lo posible por engañarnos como si nuestras inocencias quedaran relegadas a la de los niños que fuimos, a esos niños a los que nos enseñaron el caramelo para quitárnoslo luego. Sí, se nos engaña, se nos estafa y se nos rodea de una pantomima que en la mayoría de los casos es incluso creíble. Porque muchos pobres idiotas creen en todo cuanto se toca y se ve.

Nuestro peculiar narrador tenía el defecto de divagar, nadie es perfecto. Yo también divago a veces, porque mi imaginación se dispara en cualquier momento.

Una mirada. Un gesto. Unos labios. Unas palabras. Y ya estoy construyendo una historia, claro que si no fuese por ese defecto cómo iba a sobrevivir en esta selva de locos niños que olvidaron sus raíces y perdiendo el rumbo se han convertido en algo que ellos mismos aborrecen pero a la vez encumbran.

El caso es que nuestro Leopoldo nos abandonó no por propia voluntad, no, sino por todo lo contrario, y es que a veces, como ya he dicho antes, la vida o el transcurso de la misma, nos coloca en situaciones que ni hubiésemos soñado. Y Alas Clarín no habría soñado jamás que el caso que comenzara en aquel café donde disfrutaba de aquellos donuts le iba a llevar al otro barrio. A ese del que nadie, por pobre o por rico, vuelve. Por algo será, digo yo. Luego para no pensar en la forma en que vivimos, como burros con orejeras. Porque al final de toda esa preocupación y ese sacrificar nuestra vida y el tiempo que se nos regala con ella no nos queda nada por lo que hemos luchado. Insignificantes macacos con aires de prepotencia, de genialidad o racionalidad.

-Esto no lo puedes hacer Calíope, te pido por favor que lo dejes que no vas a convencerme de que pase por alto esta locura mirando para el otro lado.

-Está bien yo no voy a intentar convencerte de nada, pero te digo que no lo impedirás.

-Lo veremos- le digo a mi ayudante casi convencido de que voy a conseguir detener al loco de Julio Vigo. Pero ella me hace un gesto de desaire y sale de la habitación en la que como ya he descrito anteriormente me miran decenas de ojos de cristal esperando tener vida propia. Luego salgo de la habitación y me dirijo al salón donde están Cesáreo, Ángela, Licinio, el escritor, Julio, Abundia y Aéreo.

Mi fiel secretaria me coge del brazo y ese pequeño gesto me colma de seguridad porque al menos no me encuentro solo ante esta situación. Y al poco rato se comienzan a desencadenar los hechos ya relatados antes. Soy golpeado por Julio y hasta llegar al baño mantengo la calma. Y hasta el encuentro con Ursula queda en mi memoria y luego la nada. Una imagen y otra y la vida, lenta, pesada, acribillada como el paredón de los fusilamientos.

Veamos, en la habitación del motel, bueno en una de las dos que han sido ocupadas por sendas parejas, sigue la lectura de un libro de aventuras un remilgado detective. Mientras su compañero duerme con la profundidad propia de un adolescente. Y nuestro remilgado investigador ya sabe quién ha sido el asesino de Leopoldo. Yo como narrador de ésta parte de la historia también lo sé e incluso podría inventarme el resultado. De hecho hay dos versiones de los hechos, la mía, y la del detective, esperen, que hay otra versión que es la que en principio iba a entrar en este relato, pero por tratarse que su autora ha cometido el delito de plagio, no la vamos a admitir aquí, pero yo voy a narrar las conclusiones del detective y su ayudante y las mías.

Quiero indicar que el lector también puede sacar la suya, no en vano mentiremos los unos y los otros, porque en realidad Leopoldo era tan divagador que incluso, inventó su propia existencia y toda su vida no fue más que el fiel reflejo de un sueño frustrado. Y como de algún modo yo me sentí identificado con el narrador inicial de esta historia no dudé en robársela y en escribirla. No ha sido un robo físico porque el cuaderno del que se habla aquí cayó en manos de un ser

deslamado y ruin, el mismo que me había plagiado mi primera novela, sí, aquella que envié a concurso y ni siquiera fue seleccionada, la misma que meses más tarde era publicada a bombo y platillo como la ganadora del dichoso concurso.

Sí, el cuaderno por obra de magia o de astucia, diría yo, fue a parar a las manos de ella. Que quién era ella. Quién podía ser. No lo intuyen.

-Querido amigo, ya va siendo hora de que se despierte, tenemos un día muy agitado.

-Está bien-, responde el que se despereza con un largo bostezo poniendo los pies sobre la alfombra que está, evidentemente, echada sobre el suelo cerca del camastro en el que ha tenido, el pasante en prácticas, un sueño confortador. Un sueño en el que se dedicaba a perseguir una vaca, a ratos, y a huir de un toro, en otros ratos del sueño. Luego se ha detenido en la puerta de una gran casa. Casa que por su apariencia parece haber sido abandonada hace años. Pero no está abandonada, los signos de abandono no son más que la evidencia de la dejadez o apatía de sus inquilinos. Un matrimonio de aspecto gentil y agradable con sendas sonrisas de cordialidad que llegan a crear sospecha. Los dos, mujer y hombre, tienen las manos largas y blancas, demasiado blancas. Las ventanas están cerradas a pesar del calor, sensación ésta que no pertenece al mundo de los sueños, pero se intuye por parecer verano, al menos en el sueño del pasante así es. Verano por los espacios amarillos y por la tonalidad del cielo.

Luego en el lugar de la casa sólo quedan olivos, verdes olivos de olivas negras como ciruelas. Y sobre el suelo de terrones anaranjados los restos de tejas y algunos trozos de cerámica, como restos de tazas o platos en los que se intuye un color azulado desgastado por el tiempo. Y pronto la vaca aparece, y el toro también. Él sube a uno de los olivos que se ha convertido en un pequeño avión sin motor. Vuela y controla el vuelo y luego desaparece la materia y sus brazos se convierten en alas y el toro y la vaca se quedan allí abajo contemplando el vuelo de tan peculiar pájaro, y al segundo fornican y fornican. Hay un hombre que se coloca un guante en su mano derecha y luego coge la gran verga del toro y la introduce en la vagina de la vaca y así se cierra el círculo y mueren los olivos y las manos

blancas y largas de los dos ancianos se transforman en delgados palos que se elevan hacia un cielo cubierto de estrellas y en ese preciso instante una voz suena como desde muy lejos, tan lejana como un eco sin serlo.

-¡Vamos caro amigo despierte!- abre un ojo y luego el otro. Se despiereza. Un bostezo, largo, eterno.

-¡Buenos días compañero!

-¿Tiene alguna conclusión sobre el caso de Alas Clarín?

-Algo he visionado.

-No me diga usted, perdón, no me dirás que ahora te has convertido en visionario.

-Bueno era sólo una forma de expresión.

El detective se dirige a la puerta y le dice a su acompañante que lo va a esperar en el bar donde estuvieron la noche anterior. El otro le dice que no tardará y se mete en el baño. Y al entrar en la ducha recuerda el espectáculo que ofrecía Leopoldo en la bañera. No ha visto nada igual en todos los días de su vida. Pero sabe que con la profesión que ha elegido esto quizá sea lo más tierno y dulce que tenga que visualizar. En el mundo del crimen puedes encontrar versiones, incluso, más atroces. Los primeros encuentros con la muerte le serán incómodos, pero todo es adaptarse. Cae el agua sobre su cabeza y moja todo su cuerpo que se sumerge en un ligero sueño, el de la noche anterior con su vaca y su toro copulando. Pronto se percata de su vigorosa erección y para no dejar rígido el elemento su mano izquierda se desliza suavemente con el jabón de baño, arriba y abajo y luego una explosión y el mamporrero queda satisfecho porque su toro preferido ha inseminado a la vaca que tiene en su haber uno de los mejores premios de ferias de ganado. Y el pasante sale de su éxtasis volviendo a la realidad y recuerda que su jefe lo está esperando en el bar. Seca con rapidez su cuerpo y se coloca los pantalones, las botas, la camisa y la chaqueta. Ordena mentalmente el cuarto y tras una segunda ojeada a la habitación donde ha dormido, sale de ella cerrando tras él la puerta. Baja las escaleras y en ella se encuentra con Calíope y Licinio que parecen haber gozado de una noche de pasión a juzgar por sus relucientes sonrisas.

-¡Buenos días señor!- le dice la mujer con aire de ironía.

-¡Buenos!- responde taciturno el acompañante del detective.

-Parece que no ha dormido muy bien- dice el hombre de bigote como fila de hormigas.

-No crea, que incluso he soñado.

-¿Bueno y descubrió al asesino?- dice Calíope coqueta.

-No, precisamente no he soñado con asesinos y cadáveres.

-Por lo que veo ustedes no lo han pasado tan mal- ante esa apreciación por parte de él ellos, tanto mujer como hombre, se ruborizan y además se molestan, cosa que no dudan en poner en conocimiento del pasante.

-No cree que eso a usted no le interesa- dicen al unísono los dos amantes. Porque no queda más remedio que creer que estos dos son amantes. Por su comportamiento, no hay duda, no cabe la menor duda de su relación.

El ayudante del detective se pierde escaleras abajo y Licinio y Calíope se quedan estrechados en el pasillo donde su pasión se desborda y se convierte en un acto de copulación, como el de la vaca y el toro del sueño del apurado pasante que va a toda prisa hacia el bar donde lo espera nuestro remilgado investigador privado. Afamado y rico detective que nunca ha fallado un caso y que siempre procura elegir bien a sus clientes, cuyas rentas no son inferiores a los dos millones de dólares anuales.

Y yo acabo de llegar al pueblo donde han ocurrido todos los hechos y encuentro la casa de Julio Vigo, hombre al que no conozco de nada. Y allí me detengo como abducido, embobado observando los animales que han quedado eternizados por la mano del taxidermista que pronto estaría detenido junto a mí y los ya citados en su propia casa y bajo la vigilancia de sus mejores amigos, el sheriff de Libidinous, Calcáreo Costa Potato y los dos ayudantes, Eric Burton Stamp y Will Mac Douglas, compañeros de cacerías interminables por los bosques de los alrededores de ese pueblo en el que habitan los cuatro.

Entonces me dirijo hacia la puerta de entrada, coronada ésta con una enorme cabeza de Alce en la que sus ojos se han clavado en los míos como si quisieran matar al intruso. He venido para que Leopoldo no olvide mi caso y se ponga a la obra. Pero no espero encontrar lo que encuentro. Me abre la puerta Leopoldo, me recibe

con algo de mal humor, entro en la casa. Y ahí están todos. Ángela mi querida musa destruyendo la inspiración que me ha llegado a través de sus grandes ojos.

Sí, ahí está la musa de mis creaciones sentada en el sofá de tres plazas en el salón donde pocas horas después se llevaría a cabo una batalla, donde la suerte se inclinaría del lado de Julio Vigo que pudo realizar con buen fin su proyecto y el de Abundia que ahora estaba en el proceso de secado en la habitación de al lado y en el cuarto de baño, arriba, pronto irá a encontrarse con la muerte el que compartió ese lado de la belleza de Ángela, el que iba intentar descubrir quién era mi plagiador para ponerlo en conocimiento de la ley.

Recuerdo en este momento, cuando escribo ahora, que por las miradas de los allí presentes el único que no iba a ser bienvenido a aquel velatorio, por decirlo de algún modo, era precisamente yo, ni siquiera el sheriff y sus ayudantes, ni tampoco el par de detectives que se habían encontrado metidos en el caso sin apenas imaginárselo. Cosas de las casualidades que te llevan a las causalidades que eran las que iban a determinar quién era el asesino y sus cómplices si los había.

Cesáreo Márquez Douglas sheriff de Pine Bluff: hijo del anterior sheriff Roldan Márquez Da silva y de Ursula I, con su larga cabellera y sus pequeños ojos rajados de color marrón. Sus labios como líneas casi sin relieve que no eran capaces de dibujar sonrisa alguna. Y aquella barbilla huidiza y tímida que procuraba mantenerse al margen de los acontecimientos. Sus grandes orejas abrazadas a su cabeza. Aquel fanfarrón, taciturno, despistado, un tanto chiflado. Nostálgico. Que arrastraba un complejo de la niñez; al verse abandonado por su madre y a expensas de su padre y crecer sin el calor ni el cariño de ésta. Circunstancia ésta que lo ha marcado de por vida. Por ello se comportaba con una extravagancia digna de un chico de quince años. Amante del orden y la ley, desmesuradamente los ama a ambos, venerándolos como si se tratase de dioses, no en vano se ha educado bajo la potestad de otro guardián de la ley y el orden. Es hijo de la bisabuela de Aéreo, fue engendrado en una ocasión que su padre salió a buscar a su desaparecida madre y encontró a la india que engendró como ya se ha dicho la primera hija de Abundio el catalán.

La linda Calíope, Hija de Alfredo y Rosario. Con sus 45 primaveras nacida bajo el sol cálido de California. Aquella tenaz secretaria que ignoraba la procedencia de su singular nombre. La misma que no podría amansar a las fieras con su voz angelical por carecer ésta de ese tono mágico que poseía Calíope musa de los poetas griegos. La misma que hace dos décadas que dejó de estar a la moda y de vestirse con lo apropiado de los tiempos que vive, porque ella se quedó instalada en el pasado, su pasado de revolucionaria y joven inconformista.

Allí estaba Licinio el dueño de mi musa, más conocido por Licinio Ortiga Juárez, hijo de Olegario y Juana dos comerciantes natos que triunfaban como lo hacía él, no obstante, nos encontrábamos en el país de las oportunidades, en el lugar idóneo para que cualquier ser humano tuviese una vida justa, pero eso sí, sin antes no haber pasado por el aro y haber sacrificado una gran parte de la existencia. Y a la edad de cincuenta y seis años tenía solucionado su futuro de jubilado. Tomaría vacaciones dos o tres veces al año, y con ello estaría disfrutando del buen clima de los lugares que habría elegido con anticipación y así podría quitar del mapa a su bellísima mujer, mi

adorada Ángela. Era, como ya se ha dicho de estatura pequeña, su metro cincuenta y cinco centímetros de altura no hacían justicia a la grandeza que él presumía poseer. En el fondo lo único que poseía aquel loco era la cadena de tiendas, lejos de ellas o ya definitivamente privado de ellas, no era más que un mequetrefe. Luego estaba lo de su bigote fino y que corría como una hilera de hormigas por encima de la comisura de los labios y sus cristalinos que se asomaban con una mueca o un tic que los hacía moverse a cada segundo y enseñar el color que los hacía característicos por formar parte de ellos el pardo anaranjado que los hacía, incluso, más pequeños de lo que en realidad eran y allí tras ellos se escondía una mirada triste y lánguida. Aquel que regentaba dicha cadena de tiendas y que triunfaba en la vida se sentía solo y perdido, ausente ante la felicidad que a él le parecía que todos habían encontrado. Un hombre extrovertido y hablador lo que le valió para ser uno de los mejores comerciales del momento, un gran vendedor. Sin embargo en el fondo de su fuero interno se debatía en grandes batallas de existencialismo propias de otros seres, quizá, más espirituales que él. La inseguridad que sentía en lo concerniente a sus relaciones matrimoniales, lo convertía en un hombre obsesionado, celoso y vengativo. Ama a su esposa por encima de casi todo, evidentemente primero es el negocio. Al que le atribuye la razón de poder permitirse los privilegios con los que vive, él y su mujer Ángela Casagrande Rosario.

Sí, ella es la musa de mis sueños la que ha sido capaz de quitarme los mismos; esos en los que puedo soñarla y se pierde y se aleja cada vez más y más. Ella con la que he gozado tantas horas que se pierden en el recuerdo, lejano y absurdo del pasar del tiempo. Ella es esa soledad que me ayuda a dirigir mis pasos y a aclarar mis ideas, a saber qué necesito y qué echo de menos. Ella es la musa que como una Calíope invierte el tiempo y me deja postergado a la nada. Y allí estaba con su divina sonrisa, esperando que un par de mequetrefes decidieran sobre el asunto con la clarividencia que les otorga el ser detectives.

Y el buen Aéreo Olfield Sarda nacido de aquella aventura de su madre y el piloto de las fuerzas aéreas del país que se jactaba ante sus posibles enemigos de haber creado el más poderoso de todos los

ejércitos. Respaldado éste por las más avanzadas armas de destrucción. Sí, allí estaba aquel lerdo que había conseguido su propósito; la abuela era la que había logrado realizar su sueño. Y él, pajarillo que por un lado podríamos decir de que era un verdadero atleta, era en esos momentos el ave inocente y ajena que picotea sobre el lomo de su buey en una pradera idílica. El único nieto que Abundia tenía. El bisnieto de Abundio contaba, en aquellos momentos, con veinticinco años. Y al atleta pertenecían los rasgos de indio tan marcados, los mismos que realzaban su belleza como lo hacían en su madre. Y el rasgo que los unía a todos también se mostraba como un apéndice que era lo que realmente era aquella nariz aguileña chaparrada. Rasgo éste que los hacía inconfundibles como familia. Y eran sus ojos de color verdes pequeños, asustadizos que se ocultaban bajo unas pestañas largas y negras que actuaban como persianas y como trincheras donde él escondía su mirada de los seres que no le caían bien. Tenía Aéreo manos grandes que se escondía en los bolsillos cuando caminaba con su peculiar andar taciturno y cabizbajo. Y para rematar el rostro sus cejas prominentes, sus pómulos marcados, mentón hacia fuera, dientes resplandecientemente blancos. De herencia le ha llegado la tozudez y el olvidar rápidamente, no guarda rencor a nadie, es cariñoso, sólo con su abuela, con nadie más.

Hasta el momento tenemos a estos personajes, también está, pero como se ha dicho antes, en la habitación de al lado secándose, Abundia Sarda Canto Libre, hija de Abundio y de Ursula I, nacida en libertad en el bosque, el mismo que custodia el *Pegaso*. A la edad de sesenta y cinco años ha sido disecada por el feliz Julio Vigo. Es madre de Ursula. Engendró a su única hija de una exclusiva relación con un indio que encontró en una de sus excursiones por el bosque. Es delgada y de estatura mediana, tiene las piernas algo arqueadas, su nariz hace justicia a la de todos los suyos. Es mestiza de ojos color canela, frente estrecha, cejas bien definidas, labios carnosos y muy perfilados, barbilla puntiaguda como elevándose hacia la nariz, cabello largo y negro brillante, largas pestañas y orejas grandes. Carácter dominante con una mezcla de sumisión que compone su idiosincrasia. Testaruda pero nada rencorosa. Amable con quien le satisface. Cariñosa sólo con su nieto. Dejó de creer en el

romanticismo el día que conoció al que sería padre de Ursula. Y ella ahora está en el lugar que corresponde a los muertos pero con su cuerpo preparado para seguir en este mundo, para no abandonar a su querido Aéreo, para hacerle compañía el resto de su vida. Se colocará, mejor dicho será colocada por su inestimable nieto en un rincón del salón o de la cárcel según estos petimetres investigadores decidan.

Quiero decir que no tengo nada en contra de los detectives ni de los policías si es que han notado ustedes un cierto aire de desdén en mis palabras, no tengo nada en su contra, tampoco en su favor. Bueno que Aéreo pondrá a su abuela en el lugar que más le apetezca y ella desde el más allá lo velará con el amor y cariño típico de abuela.

Y yo como siempre llego tarde o temprano, según se mire, pero parece que nací algo distante del movimiento con el que ocurren los acontecimientos en la vida. No estemos aquí demasiado tiempo para terminar de contar la historia de Abundía y su nieto Aéreo que lo único que pretendían era llevar a cabo su objetivo, cosa que al final han conseguido. La abuela ahí. Disecada. El nieto aquí. Detenido. La suerte que corre. El muerto en la bañera. El sheriff tomando huellas por doquier. Sus ayudantes mirando con aire de sorprendidos, en la vida hubieran imaginado que en su tranquilo pueblo ocurriera algo así. Ellos lejos de los paseos por la avenida principal y las tardes en el bar y los días libres con el rifle a la caza de un pobre animal no han tenido mayor excitación que la que se tiene cuando la adolescencia va abriéndose paso en el imberbe que comienza a hacerse pajas.

Y allí todos me miran con una pregunta clara en los ojos: qué hace aquí este tío, incluyendo a Ángela, mi admirada musa.

-Mi caro amigo ha tardado usted mucho- dice el detective que ya se ha tomado el café, bien caliente como a él le gusta, que le queme la lengua, así tiene una sensación de frío que le gusta experimentar cada mañana cuando se toma su doble de café bien cargado.

-Bueno quedamos en lo del tuteo, pero veo que va a ser imposible, de todos modos perdona por mi retraso, pero la ducha me hacía falta. Por cierto que durante el tiempo que he estado bajo el agua he sacado algunas conclusiones que ahora expondré.

El camarero se ha acercado y preguntado qué va a tomar al recién llegado. Luego tras haber oído <<un vaso de leche>> se ha dado media vuelta y se ha dirigido hacia el lugar donde se encuentra el producto lácteo. Lo ha calentado con una calma que pone de los nervios a los que tienen prisa. No es este el caso. Porque quién puede tener prisa en un pueblo como Libidinous. Nadie. Porque aquí todo ocurre con una calma absoluta. Todo es un pasar lento. Calma en las horas. Lento el tiempo. Y nada es parecido a la realidad de otros lugares. En cada lugar existe una realidad diferente y los que la viven también son diferentes pero dejan de serlo cuando uno entra en sus realidades y se convierte en una parte más de las mismas o lo que es lo mismo pasa a ser una parte de la cotidianidad. A esto Leopoldo le llamaba ida de cabeza o paja mental. Pues eso.

-Me gustaría hacerle una exposición de los hechos.

-Adelante, no tenga reparo en ello, espero que acierte, aunque como sabes querido amigo, los mejores aciertos están basados en los grandes errores y descartando unos y otros se llega a descubrir la verdad de lo ocurrido.

Aunque en muchas ocasiones la realidad se aleja mucho de los descubrimientos y la verdad se remite a lo que los demás quieren oír. Cuántos casos han quedado cerrados y vistos para sentencia acusando a un inocente; llena está la lista de errores cometidos por la ley y los que la aplican. En estos casos el verdadero asesino se queda tan campante y con la boca bien cerrada a no ser que se trate de uno de esos locos que matan para disfrutar con la fama que ello les origina.

El ayudante o pasante es un hombre joven, apenas alcanzan sus años la treintena; se diría que acaba de cumplir los veinticinco años. Ese cuarto de siglo lo delata como temerario y audaz, serio pero divertido, responsable pero agradable. Con ojos profundamente azules y un cabello rizado y pelirrojo que dan a entender su procedencia, digamos que éste joven pasante de detective es un irlandés nacido en tierras americanas. Hijo, probablemente, de un inmigrante del norte de Irlanda que cruzó el océano para buscar la tierra prometida. O bien es descendiente de uno de los reos enviados por la corona a cumplir condena en las nuevas tierras de Inglaterra. El caso es que sus rasgos irlandeses son inconfundibles. No tiene

importancia este detalle en esta historia porque qué más da la procedencia de los detectives. El otro el aventajado y culto investigador es más bien latino, pues sus rasgos delataban una ascendencia de color o al menos mestiza, porque su tono de piel se alejaba mucho del pálido color en comparación con la de su joven acompañante.

-Voy a ir al grano, el asesino de Leopoldo no es otro que el único personaje de toda esta historia que no se haya presente.

-Hombre, vaya descubrimiento y en qué se basa esa apreciación tan acertada al menos para usted que la ha dado a conocer con una certeza casi abrumadora, cualquiera que le oiga no dudará en creer su versión.

-Ya lo creo, pero es la única versión que puede arrimar algo de luz al asunto.

-A Leopoldo lo llevaron al cuarto de baño, Cesáreo, Calíope, su amigo Julio y Licinio, también estaba Aéreo presente pero éste se estaba encargando del ritual para dar el último adiós a su querida abuela. En fin, vamos a que estos personajes lo llevaron al baño. Luego aparece Ursula que no tiene intenciones de acabar con la vida de Leopoldo, de hecho en el cuaderno podemos ver que lo único que realizó ésta fue el acto sexual. Y tras él viene la pérdida de conocimiento del detective y con ella sus últimas palabras escritas en el diario: <<el agua sale hirviendo y el baño queda en la penumbra de los vapores. Me adormezco y luego al rato despierto y ahora veo con claridad el agua; el agua; el agua; roja; roja; y puedo decir que hasta aquí he llegado>>.

-¿Lo ve?

-Sí, ya lo veo con claridad, me está usted sorprendiendo.

-Y hay, o al menos se da a entender, un intervalo de tiempo desde que Ursula sale y él siente el adormecimiento de la muerte.

-En ese intervalo pudo llegar cualquiera de los presentes por encontrarse estos en el piso de abajo.

-Sí, pudo pero estaban demasiado ensimismados con el trabajo de Julio Vigo y como todos ellos pensaban que Leopoldo había quedado bien atado no les preocupaba en absoluto, porque en realidad ninguno de ellos pretendía acabar con la vida del detective, no tenían razones, la única que existía era la del embalsamamiento y una vez

realizado él ya no podría hacer nada y los presentes se irían con la satisfacción de haber presenciado una nueva experiencia y por supuesto con el contrato firmado para su momificación en los próximos años. Unos y otros se beneficiaban del encuentro, como por ejemplo el sheriff Cesáreo que se iba con la propiedad de Abundio en su bolsillo, con todo lo que Abundio había construido desde aquel lugar remoto, desde aquella caseta con los tres surtidores, sí, su imperio se lo llevaba Cesáreo porque ese fue el precio que puso a la pareja que entrase aquel día por la puerta de su despacho, mientras él se atusaba el mentón y su dorada cabellera se reflejaba en la pared de su oficina. Ese era el pacto y por esa razón éste estaba en Libidinous. No tenía intenciones de matar a nadie, él tan sólo venía a por la parte que le correspondía y no se realizaría la momificación sin antes tener en su bolsillo el documento que firmara la alocada de Ursula en el que renunciaba a todo lo que le correspondía. Aéreo renunció también, por tanto como Abundio ya era espíritu de otra dimensión y cuerpo de la de siempre todo quedaba a disposición del Sheriff que no iba a dudar en meter al viejo Abundio en un manicomio para así poder hacer uso de todas sus propiedades. Así de fácil.

-Bueno, veo que has hecho bien los deberes, parece que el sueño te ha reconfortado y te ha dado alas. Yo tengo algunas dudas, por ejemplo: ¿Si Leopoldo no era importante en este asunto, por qué lo enviaron a conseguir la firma de Ursula?

-Lo enviaron porque sabían que ella se iba a rendir al momento ante el hombre, aunque él no fuese precisamente un galán y a falta de tortas ellos lo utilizaron. Creo que eso es lo que hacían con él utilizarlo para sus diversiones.

-¿Crees que son tan perversos?

-Yo diría que están aburridos y al parecer el detective le hacía gracia al sheriff y éste como agente máximo de la ley le enviaba algunos casos para quitarlo de en medio durante un tiempo.

-¿Y Licinio, crees que él también lo utilizaba?

-Claro, éste estaba y está enamorado de la fiel secretaria, que no lo es tanto, y por ello quería que Leopoldo se encargara de pillar en acción a su queridísima Ángela, de la que sabía que era algo ligera de

cascos y con ello ganaba tiempo para estar con Calíope y además testigos para dejar a su mujer sin un duro y divorciarse de ella.

-¿Y por qué él ha venido hasta aquí, no le incumbe el tema, digo yo?

-No, realmente a él no le preocupa nada en absoluto que momifiquen o no a Abundia, a él lo único que le interesa es el sexo que le da la linda musa y como ha sido ésta la que lo ha invitado a venir él no lo ha dudado, creyendo, por supuesto que no iba a encontrar a su mujer aquí.

-Quizá a Licinio si le interesa que su mujer sea sospechosa del crimen o mejor que ella sea la asesina.

-Ya que se lo han puesto en bandeja sí.

-Y no habrá sido Licinio para cargarle el crimen a su mujer de la que sabía que lo engañaba con el escritor y con el detective, por no decir con cualquier hombre que se le ponía a tiro.

-No creo que ese razonamiento tenga lógica. Él estaba gestionando el divorcio y tenía pruebas suficientes, él no necesitaba quitar a su linda mujer de en medio de ese modo.

-Calíope puede que haya sido la autora, no lo piensa.

-Ya te he dicho antes que el único asesino no está presente y que sólo ha estado en el momento de cometer el crimen.

-¿Sabemos, entonces, quién es al autor con total seguridad?

-Sí que lo sabemos, al menos tú y yo, porque no irás a decirme que tú, siendo el mejor de los investigadores, no lo has descubierto, pero nadie ha reparado en él porque está muy lejos de la mente de esta gente, bueno de la del que lo conoce no, porque el resto no tiene ni idea de su existencia.

-Muy buena apreciación pero prefiero que seas tú quien descubra al asesino, yo como bien has dicho, ya lo tengo entre rejas, por decirlo de algún modo. Esto se pone bien, vayamos a la casa y pongamos en antecedentes al sheriff.

-No hay que precipitarse, déjame, al menos tomar mi desayuno, o no lo tengo bien merecido.

Yo sabía que algo se me pasaba por alto, claro, a qué había venido yo al pueblo. Lo he dicho y lo repito, a buscar a Leopoldo Alas Clarín para que descubriera quién era el autor de los plagios de mi obra. Y claro lo sorprenden a uno y entonces: los dos detectives tras sacar

sus conclusiones salieron del café en el mismo momento en que entraban Calíope y Licinio, no hubo saludos esta vez, sólo el cruzar de sus miradas que validaron el protocolo reglamentario. Y qué había sobre la mesa donde los dos investigadores habían desayunado. Una verdadera sorpresa y un verdadero despiste por parte de los detectives. Sobre la mesa estaba el cuaderno que el pasante había encontrado en el baño junto al cadáver de Leopoldo. Y quién pudo coger el borrador que contenía los detalles de la novela que yo escribiría y que ingenuo de mí, enviaría con toda mi esperanza a otro de esos concursos y nuevamente el plagio. Calíope se apoderó del cuaderno, presurosa por no ser vista lo introdujo en su bolso y allí quedó.

Todo queda en la calma más absoluta tras la tormenta. A mí me recuerda la calma que se produce tras los grandes días de fiesta que taciturno uno se ensimisma en reflexiones tan precarias como quiméricas, porque todo en la vida es así. Sin más. Ese tedio de domingo relajado en el que sales a dar un paseo y todo se mueve de un modo diferente como si un gran imán atrajese los cuerpos y los hiciera caminar lentamente. Así veo yo esos días de calma tras la tormenta. Esas tempestades del alma que traen consigo la luz. El camino por el que debemos seguir. Quizá aquí se me ha ido nuevamente la cabeza. Pero ya he dicho con anterioridad que padezco de una enfermedad no reconocida y por tanto no definida aún, y no es otra que la de la divagación, quizá sea ésta algo parecido al amor, producto de la imaginación como casi todas las cosas que no podemos tocar con nuestros insignificantes dedos, por grandes que pretendamos ser o creamos serlo. En definitiva, divago porque además me produce cierta satisfacción hacerlo. Prefiero ese método de evasión que esa terrible realidad que me rodea cada día. El caso es que va llegando la hora de acabar con esta historia y yo, una vez que Leopoldo ha dejado de pertenecer al mundo de los vivos, me dispongo a dar por acabado lo que él comenzara.

Un arco iris de reminiscencias evoca el tiempo en que nuestro detective se introdujo en el caso Abundia y Aéreo. Cómo fue llevado a seguir a Ángela y a convertirse en su amante, cómo fue enviado a aquella estación de servicio en el fin del mundo, en aquella tierra extraña habitada por no menos extraños seres, entre los que cabe

destacar a Abundio, el único, el original, aquel adolescente que fue llevado, por el sonido de las campanas, a extraviarse de su familia y con ello a la separación de ella para siempre. Los acontecimientos de la vida o las circunstancias muchas veces nos lanzan hacia caminos tan dispares por mucho que lo queramos evitar, el destino ya tiene reservada su butaca en la primera fila del teatro que nos corresponde interpretar en la vida. El adolescente absorbido por aquel sonido ajeno al resto de los acontecimientos de ese día, cuando su familia huyó de Barcelona a Francia donde quedó exiliada durante más de cincuenta años. Sí, nuestro Abundio, el primero, que nosotros conocíamos, que con ese nombre cruzara el océano Atlántico como lo hicieron tantos otros que huían de la muerte. Llegó a la tierra de las oportunidades y a él se le brindó la suya que aprovechó con toda la paciencia que hay que tener para construir, de la nada, un imperio como el que había creado el catalán. Un imperio que alguien pretendía arrebatarse sin más. Como si su esfuerzo no tuviese valor alguno. Y allí estaba Cesáreo, el sheriff de Pine Bluff, el hijo de Roldán Márquez Da Silva que nació en Brasil. Hombre patriótico, cumplidor de la ley y el orden. Ferviente seguidor de dios, de comunión diaria. Servicial y camarada de los amigos. Para él no había nada más importante que el país que lo adoptó como hijo. Cruzó casi toda Suramérica para llegar a Estados Unidos donde se instaló. Realizó la aventura con doce años dejando tras él a toda su familia a la que no volvería a ver jamás. Creó su propia familia, aunque sólo tuvo un hijo con aquella mujer a la que no pudo desposar. Sirvió en los marines y allí se convirtió en un buen agente de la ley. Y su hijo ahora manchaba la memoria de aquel hombre tan honesto quitándole con su poder la propiedad a Abundio.

Llegaron a la casa de Julio Vigo los dos detectives; allí no había habido muchos cambios, seguíamos sentados, vigilados por los dos ayudantes del sheriff, Ángela, Aéreo, Julio y yo. Ya se ha dicho que Calíope y Licinio no entraban en el grupo de sospechosos por no sé que razón que argumentaron en el momento en que llegó la policía. Que quién alertó a los guardianes de la ley, no lo sé, tampoco allí lo sabía nadie, pero se ha dicho que fue una vecina que alertada por gritos humanos no dudó en hacer una llamada a la casa del sheriff.

Se baraja también que fue Ursula después de salir de la casa, dejando a Leopoldo allí en el cuarto de baño descansando de su feliz encuentro, satisfecha porque su furor había desaparecido, al menos de momento. O pudo haber sido el que realmente asesinó al detective, este punto lo vamos a dejar para que lo expliquen el engreído detective y su humilde ayudante.

Entraron en la casa que, como ya hemos dicho, se encontraba del mismo modo, con los animales allí postergados a una eternidad forzada por no haberla elegido ellos por su propia voluntad, caso que era contrario al de Abundia que había elegido, ella solita, quedar inmortalizada para hacer compañía en las horas de soledad a su nieto. Los detectives se quedaron de pie, junto a la puerta de la habitación donde se secaba la abuela. Olía a formol, un intenso olor a formol inundaba toda la estancia, olor éste que yo no había percibido al principio quizá debido a los nervios. El ayudante del detective habló con tono pausado y con una gravedad en sus palabras aplastante. Yo no tenía nada que temer, pero no podía fiarme de la ley, sabía que se habían condenado a muerte, y se había aplicado la condena, en muchos casos, a inocentes; era como para no tener miedo. Tenía terror de que se me culpara del asesinato, en fin que el humilde pasante habló de éste modo:

-Estamos nuevamente aquí para comunicaros que hemos hecho grandes avances en la investigación.

-Y hemos venido para aclarar todo esto- dijo el detective engreído.

-Llegado este momento haré algunas preguntas que ustedes, si quieren (no están obligados a ello), responden, la ley les ampara en ese punto.

El sheriff Cesáreo respondió que él no estaba dispuesto a decir media palabra y que no diría nada sin la presencia de un abogado. Y diciendo esto cerró su boca y siguió atusándose su larga melena que a esta altura de la circunstancia parecía deslucida por la irritación que su propietario sufría.

-No han de preocuparse, nosotros haremos nuestra exposición de los hechos, quiero adelantarles que no tienen nada que temer.

-¿Entonces no creen que haya sido uno de nosotros?- preguntó con voz sensual Ángela y yo la miré y volví a caer en sus garras, estaba perdido por sus huesos.

-Por lo menos podré irme tranquila- dijo con su voz seductora.

-Todos se irán tranquilos una vez hayamos concluido la reposición de los hechos- hubo un encadenamiento de suspiros que daban paso al relax que producía oír aquellas palabras.

En realidad ninguno de los allí presentes había tenido nada que ver con el asesinato, pero tampoco sabíamos quién lo había realizado. Reconocimos, bueno, reconocieron los que habían participado en atar a Leopoldo haberlo hecho y haberlo llevado al baño, pero ahí se quedó la cosa según ellos, que se habían preocupado de saber si, a pesar de lo incómodo de las ataduras, el detective se encontraba bien. Y como ya no podía interrumpir la operación; Julio Vigo se puso manos a la obra y en dos horas tenía el cuerpo de Abundia preparado y más tieso que un ajo.

-Como ya les he dicho, pueden respirar tranquilos, sabemos que ninguno de ustedes lo hizo.

-¿Cómo puedes hacer una afirmación así?- dijo el engreído detective interpretando su papel a pedir de boca.

-Muy fácil, ya te he dicho en el bar que gracias a la investigación, a las pruebas halladas y a mis humildes reflexiones- esto le sobró porque no hay nada peor que la falsa modestia sobre todo en alguien a quien, al menos yo, había creído humilde-. He descubierto que el asesino de Leopoldo Alas Clarín no se encuentra entre vosotros, no, reitero lo dicho ya con antelación. El asesino a estas horas se encuentra muy lejos de aquí. También voy a contarles la parte de la historia que ustedes ignoran, debido a que estaban, todos, contemplando el trabajo de Julio en la hora en que se produjo la muerte de Leopoldo. El forense corroborará mi tesis. Ustedes entraron a esa habitación- y diciendo esto señaló con el dedo índice como Colón señala con el suyo el horizonte en el puerto de Barcelona-, a las tres de la tarde. ¿Me equivoco?

-No se equivoca- contestamos casi al unísono.

-Precisamente a las tres y cinco minutos para ser exactos- apostilló Julio.

-Está bien, a Leopoldo lo llevaron al cuarto de baño media hora antes.

-Sí, efectivamente, más o menos- respondimos uno tras otro.

Yo seguí mirando de reojo a la atractiva Ángela que cruzaba sus piernas en un gesto coqueto hacia el detective mayor. No pude evitar el ataque de celos repentino, sabía que si ella lo deseaba aquel hombre estaría bajo su cuerpo o él sobre el suyo aquella misma noche. Entonces la voz del que me había parecido humilde quedó relegada a un segundo plano como si se tratase de un hilo musical o esa voz que se oye cuando estamos adormilados y oímos como un murmullo lejano, así quedó aquella voz y por consiguiente las palabras que salían de su boca se perdieron en el aire porque no oí nada desde que comenzó mi ataque de celos.

Descartamos a Licinio, Calíope, Ursula y a Abundio y nos queda solamente Aéreo, Julio, Cesáreo, Ángela y yo. ¡Ah! Mi dulce Ángela la vuelvo a mirar y ella se ríe con su aire de indiferencia que es el que me mata, que es el que mata a cualquier hombre cuando una mujer lo pone en práctica.

Sí, qué tiempo vivido, qué tiempo olvidado. Y ahí están esos mequetrefes hablando y hablando de supuestos asesinos, de huellas, de pistas, de cosas que no me incumben a no ser que se me culpe de asesinato. Pero no he sido yo. Yo sólo llegué a esta casa de loco donde los animales sospechan de todo y todos.

Ahí en este lugar que huele a formol, a alcohol de quemar, a disolvente, a barniz, olores estos como los del estudio de un pintor. Y yo sigo mirando a la increíble mujer de Licinio ese hombre que está forrado y ella sigue flirteando con el detective que no habla que se limita a escuchar a su acompañante que hace un monologo de los hechos.

-Así que Ursula viene y entra por la puerta trasera- vuelve la voz a mis oídos-, sube a la parte de arriba. Y para sorpresa suya encuentra a Leopoldo en el estado en que lo han dejado los aquí presentes.

-¿Qué ha venido a hacer aquí y cómo sabe de la existencia de este lugar?- Pregunto yo como si quisiera arrojar algo de luz al asunto.

-Ella ha venido para presenciar la momificación de su madre. No ha sido invitada, pero su madre, sin duda, no ha podido mantener el secreto del asunto y le ha dejado esta nota- el detective saca un papel y lo lee, efectivamente, Abundia le dejó una nota a su hija en la que le comunicaba su decisión-. La nota la hemos encontrado en el cuarto de baño, junto al diario del finado. Por cierto, dónde he

metido el dichoso diario- dice el practicante de investigación-, ya lo recuerdo, lo he dejado en el bar, luego iré a recogerlo.

-Sí es que todavía está allí- apunta su compañero experimentado.

-Por ello, Ursula- sigue el detective con su hipótesis-, entra como una fugitiva, ya sabemos que las relaciones entre ella y Abundia, su madre, no eran muy buenas, y como en su camino encuentra al hombre con el que hacía poco tiempo había gozado tanto, no lo duda y olvidándose de la disecación de su madre se ensalza en un cuerpo a cuerpo con el detective atado de pies y manos. Luego lo deja exhausto, como ya se ha dicho, medio dormido en la bañera. Y se va sin más por donde ha venido.

-¿Cómo ha sabido usted esto?- pregunta Cesáreo.

-El cuaderno de Leopoldo, que acabo de dejar olvidado, describe una caravana y lo hace tan bien, además de ser de lo más llamativa, que si alguien se cruzase con ella no iba a pasar desapercibida. Y eso es lo que me ocurrió ayer. Mi jefe también habrá visto la caravana cuando se cruzaba con nosotros que íbamos en dirección al motel.

-Sí, la vi, pero a pesar de llamar mi atención lo único que pensé era que algún espíritu libre viajaba hacia el sur.

-Luego cuando en el cuaderno de Leopoldo llegamos a ese punto pude saber que la propietaria de dicho vehículo no era otra que Ursula, que vendría para no perderse la fiesta, o para evitar tal barbarie.

-Sigamos por donde íbamos. La madre de Aéreo se fue satisfecha y dejó atrás el pueblo y puso rumbo al lugar de donde había venido, a sabiendas de que pronto ese lugar ya no le pertenecería.

Cansado de oír me fui adormilando y caí en un profundo sueño sin reparar en la falta de respeto y el gesto de mala educación que ello suponía para la reunión. Pero no sé lo que me ocurrió que desfallecí y no pude evitarlo. Cuando desperté ya se habían ido todos. La casa me parecía incluso más terrorífica. Me sacudí la cabeza varias veces, restregué mis ojos como queriendo ver una realidad que no existía. Me levanté y recorrí la estancia con una curiosidad casi agobiante. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaban todos? ¿Era esto otro relato, otra historia o todavía era la misma? Habrían ido a tomar un café al bar, supuse, por lo que salí de la casa dejando detrás de mí ese centenar de ojos que me seguían observando en la distancia. Llegué

al bar y salvo algunos parroquianos no había ni rastro de mis compañeros sospechosos. Pregunté al camarero y la respuesta fue negativa para mis expectativas. No habían aparecido por allí. ¿Qué debía hacer? Pues muy fácil me dirigí a la oficina del sheriff y una vez allí podría saber la verdad.

Entonces recibí una llamada de mi agente literario y tuve que salir de Libidinous con prontitud hasta Pine Bluff, lugar donde me esperaba. Recogí mi coche y me puse en marcha, ya volvería a por la respuesta a mis preguntas, lo que ahora me interesaba, precisamente, no era el final de aquella historia, sino lo que me tenía que contar mi agente que al parecer por su tono de voz, era algo importante y por tanto bueno para mí.

Perdí la imagen del pueblo en el espejo retrovisor cuando ya casi atardecía, al menos el sol estaba ya a punto de entrar en ese espacio donde va componiendo colores anaranjados para ir dando paso a los violetas, luego a los rojos y viceversa, el caso es que el sol se encontraba a punto de entrar en esa fase en que se convierte en un pintor coloreando el cielo que lo circunda.

Los kilómetros fueron pasando y cuando vine a darme cuenta vi a lo lejos un resplandor, el típico que vemos cuando vamos por una carretera en la oscuridad de la noche y se aproxima un pueblo. Allí estaba. Era Pine Bluff. Allí donde había gozado de todas aquellas horas con Ángela. ¿Dónde estaría en esos momentos? Pregunta que retumbó en mis oídos como una campana. Todos tenemos una vida. Un destino. Un momento. Nada nos pertenece y el presente de uno cambia cuando el otro deja de estar en él y sigue su camino. Mundos diferentes. Aparte. Sí, cuántas veces me había hecho la misma pregunta, tantas que llegó a parecerme absurda. Incluso sin hallar la respuesta. Seguiría siendo absurda. Por el mismo motivo que uno deja de pertenecer a la vida de alguien en el mismo momento en que el presente se convierte en pasado y vamos quedando relegados al recuerdo. Por ese mismo motivo la sola idea de hacerme la pregunta me resultó, en ese instante, cuanto menos, irreverente por mi parte. ¿Qué le iba a importar a ella que yo me plantease una u otra cuestión? Nada o quizá sí le importaba. No lo iba yo a saber, sobre todo en ese momento.

Y aceleré al ver la luminosidad, el leve e indeciso resplandor que producía, sobre aquel cielo estrellado, el pequeño pueblo a donde había venido a dar con mis huesos por pura casualidad o podría ser por puro destino.

Eran las cuatro de la madrugada cuando llegaba a mi casa. Allí estaba el auto de mi agente. Justo en la puerta de entrada al garaje. Y lo encontré tumbado en el sofá y borracho, había acabado con mi colección de cervezas, casi una caja se había soplado aquel mal nacido. Pero no podía reprocharle nada, él era mi salvación en el mundo de la literatura. No quise despertarlo.

Mi ansiedad por saber qué noticias me traía no era tan grave como para hacer que aquel tipo gordo y sudoroso se levantase y taciturno sumido en una resaca de mil demonios me diera las nuevas noticias. Así que me fui a mi habitación y me tiré, literalmente, sobre la cama y sin apenas pasar unos segundos me introduje en un apacible sueño que terminó en una horrenda pesadilla que me despertó sobresaltado y con los músculos agarrotados. Y la primera imagen que vieron mis aturcidos ojos fue la de mi gordo agente con los pelos de punta que intentaba calmarme sujetando mis brazos.

-Calma amigo, despierta.

-Ya estoy despierto, ha sido horrible.

Desperté de mi pesadilla, nos fuimos a la cocina, tomamos café, tres tazas cada uno. Pronto iba a saber la buena nueva. Porque esta vez era buena. Lo pude ver en el brillo de los ojos de mi agente. A él se le podían ver los signos del dólar, como en esos dibujos animados, dibujados en sus grandes ojos negros protegidos del polvo por unas enormes pestañas también de color negro.

-Bien. Parece que por fin vamos a salir de la ruina-, dijo Cesar Antonioni. Tenía un contrato para mí con una editorial importante que se dedicaba a autores desconocidos, era la oportunidad. Olvidé el caso de Leopoldo Alas Clarín, olvidé a Ángela que en esos momentos se despertaba en los brazos del detective remilgado que la había conquistado, el mismo con el que se iría a vivir dos semanas más tarde, aclaremos que la conquista la había hecho, evidentemente, ella.

-Y lo principal querido escritor- dijo mi agente-, el dinero que nos van a pagar por los derechos de autor de tu novela. Porque, supongo que tendrás una novela terminada.

-Claro, precisamente la he terminado estos días atrás, quedan algunos retoques, y estudiar el título- le dije, mintiendo, no iba a perder una oportunidad así.

-Entonces les daré una fecha para la entrega, por ejemplo la semana que viene. ¿Te parece bien?

-Mejor diles que en un mes.

-Será mejor que sea en una semana no vaya a ser que perdamos la ocasión.

-Está bien, en una semana, tendrás el manuscrito, y espero que negociés bien las condiciones del contrato.

-Ni lo dudes, amigo, ya te veo en la cima- rió mi agente literario.

Sin embargo, no fue una semana sino dos meses más tarde, cuando hice la entrega del manuscrito titulado *La abuela se momificó por mí*, sobre el caso de Leopoldo Alas Clarín, y que quede claro que si mi personaje recuerda al escritor español que escribió *La Regenta* por citar alguna de sus obras, será sólo por pura casualidad. Así que pasemos al final de la historia.

El imperfecto final

El ayudante del sheriff de Libidinous me contaba, una semana más tarde los hechos que a continuación se relatan, él que lo había oído todo por encontrarse presente en el momento en que yo caí en un profundo y nefasto sueño. De la presencia de éste ayudante puedo tener certeza. El ayudante del sheriff, un joven de apariencia necia, robusto como un roble y un poco cerrado de mollera, comenzó su relato. Recuerdo las últimas palabras que oí cuando comencé a dormirme. Se hablaba de la caravana de Ursula. Un vehículo llamativo. Rosa. Y con flores en sus laterales. Se entiende que las mismas eran pintadas. Aunque parece ser que, a una ventana de la caravana, se asomaban unos rojos geranios subrayando y fortificando la alegre vista que producía, en algunos, la extravagante caravana.

-No quedó muy claro, al menos yo no lo entendí bien, pero el caso es que todos los retenidos quedaron en libertad, porque el asesino había sido un tal Abundio, padre de la momia y bisabuelo del que se la llevaría a su casa para colocarla en el rincón de los familiares, ese que en todas las casas está repleto de fotos de antepasados. Fotos que nos revelan imágenes de otra época, miradas que se pierden en la oscuridad del inclemente paso del tiempo; oí decir, un día, a una mujer, que cuando se miraba al espejo no sentía la misma emoción que cuando se miraba en fotografías. Y yo estuve reflexionando largo tiempo sobre aquello, hasta que un día descubrí la razón por la que eso ocurría; y entonces supe que la mirada en el espejo siempre es presente y lo que vemos en las fotografías es el pasado, el recuerdo de cómo éramos o de cómo fuimos y esa es la sensación que nos arrastra a tener nostalgia o melancolía.

Y a cuento de qué estoy yo contando esta anécdota- dijo el ayudante-. No lo sé. ¡Ah! Ya, hablaba de esos rincones dedicados a los recuerdos. Allí quedaría Abundia porque Aéreo tenía una autorización firmada por el sheriff Cesáreo y eso lo excluía de ser cometedor de delito alguno.

Julio Vigo también dejaba de ser culpable porque tenía un contrato firmado por la momia que daba su consentimiento antes de quedar atrapada en el formol, y además contaba con una autorización firmada del representante de la ley. Así aquel taxidermista quedaba en plena facultad de usar su libertad.

Usted se quedó dormido y nadie quiso molestarlo por considerar que no se iba a perder nada interesante, ya su gesto de dormirse decía bastante al respecto de su interés por el asunto. Antes de seguir he de decirle que una vez se aclaró todo y llegaron los federales, el forense y el juez levantaron el acta y el cadáver fue retirado, los allí presentes salieron de la casa. Cada uno por su lado. La señorita Ángela, perdón la señora, se fue con los dos detectives porque argumentó que su coche había sufrido una avería y no podía abandonar Libidinous ese mismo día y que tenía prisa por hacerlo, así que el señor investigador de excelentes modales, la invitó a que hiciera el viaje de regreso con ellos. Debían pasar, estos, por Pine Bluff y allí la dejarían sana y salva. Su marido no se hallaba presente porque se había ido dos horas antes con la linda Calíope según la definió el comisario Douglas. Las bestias que momificadas habitaban aquella casa se quedaron estupefactas al ver que Julio Vigo, una vez se hubieron ido todos los invitados, incluyendo a la momia, que se la llevó su nieto en la destartalada camioneta oxidada naranja (la misma que viera el fiambre el día en que llegara a la puerta de la comisaría), se disponía a prender fuego, rociando la casa con gasolina, a todo lo que había construido con no poco esfuerzo. A veces creo que es mejor ser libertino que práctico. Al menos conozco a gente que ese sentido de lo práctico los ha abandonado justo al nacer y desde entonces se comportan con una frivolidad espeluznante a ojos de los que nos levantamos todos los días al amanecer para dirigirnos a nuestros puestos de trabajo. Y yo en mis cortas reflexiones pienso que al final da igual, porque llegaremos al mismo lugar, allí donde nada nos pertenece y por supuesto nos incumbe. Pero dejemos mis reflexiones y vayamos al grano. El caso es que el asesino, como ya he dicho era, según el detective más joven, el señor Abundio, fundador de la saga y de la cadena de gasolineras *Pegaso*, que abastecía parte de aquel estado. ¿Que cómo y por qué? Esto lo explicó de este modo el aprendiz o pasante de investigador privado, hombre éste que no estaba muy lejos de desbancar a su mentor y dejarlo en la cuneta, por que la ambición, una vez atrapa al hombre le nubla la razón y lo convierte en un salvaje competitivo que no duda en destrozar al que pueda convertirse en su adversario. El caso es que aquel joven identificó a Abundio como culpable de asesinato. Y nosotros tuvimos

que volver a intervenir junto al cuerpo de bomberos de Libidinous para sofocar el fuego que había producido aquel loco y como nadie lo denunció y además se trataba de su propiedad nosotros, los agentes que luchamos para que se mantengan la ley y el orden, no tuvimos más remedio que verlo marchar en su descapotable europeo de color malva. Los animales se consumían en el fuego, y como estaban impregnados de formol, las llamas eran tan potentes que no podíamos hacer posible que se extinguieran. Tengo que decir en nuestro favor que el cuerpo de bomberos de nuestro admirable pueblo, está compuesto por los ayudantes del sheriff que somos dos, el propio sheriff, el alcalde y dos ex bomberos que pertenecieron a la brigada de bomberos de San Francisco. Ellos eran los que ponían la experiencia, el resto poníamos la voluntad que a veces no es suficiente para llevar a buen término un proyecto o acción.

Así que Julio Vigo se marchaba y nos dejaba huérfanos para el futuro, porque quién nos iba a disecar a partir de ahí las piezas que cobrásemos en nuestras cotidianas cacerías. Esa era una gran pérdida. Pero al menos nos había quedado el recuerdo en nuestras casas de los animales que disecara para nosotros el buen vecino Julio Vigo.

A dónde se dirigía lo desconozco y nadie allí hizo la pregunta, entre otras cosas, como ya he dicho, nos encontrábamos demasiado ocupados como para detenernos a hacer preguntas de tipo alguno. No es que nos importara mucho la propiedad del taxidermista pero si no deteníamos el fuego se corría el peligro de que todo el pueblo fuese atrapado por las llamas y en realidad lo que pretendíamos no era otra cosa que salvar nuestro entrañable y apacible Libidinous.

Del resto no puedo contarle gran cosa. Ya sabe prácticamente el resultado de las averiguaciones. Y mientras el descapotable color malva se perdía en el horizonte tras las primeras ondulaciones del terreno que como sabe aquí es casi todo llano, nosotros conseguíamos controlar aquel incendio con ese olor nauseabundo a pelo chamuscado, no en vano se calcinaron casi todos los animales disecados. Pudimos salvar un oso pardo y dos ciervos, el resto se convirtió en cenizas. Solamente los ojos que eran de cristal, no todos, los recogimos como un niño recoge sus canicas después de haber jugado y perdido la partida. Poco más tengo que decir al respecto.

De este modo terminó su relato el joven ayudante de sheriff. Yo me quedé a tomar un café en el bar de Libidinous y luego pasé por la puerta de la que fue la casa de Julio Vigo, de ella no quedaban nada más que el jardín y algunas paredes que mostraban los efectos del fuego. Los animales habían desaparecido como si hubieran sido liberados y nuevamente devueltos al bosque donde corretearían en libertad por los espesos prados y en donde saciarían su sed en el nacimiento de los arroyos que desde el corazón de la arboleda surgían para ir zigzagueando hasta convertirse en el río que surcaba, rumbo al sur, por la parte de atrás de las casas del pueblo donde el taxidermista decidiera, años atrás, instalarse para ejercer el arte que su abuelo gallego le había enseñado.

Como no podía creer lo que me había contado el agente, entre otras cosas, porque me parecía que todo se había llevado con poco rigor y se había sido demasiado frívolo en sentenciar y aceptar la hipótesis del pasante del detective, me dije que iba a hacer mis indagaciones. Tuvieran el fruto esperado o no. Quise hacer preguntas y para ello decidí hacer una visita a cada uno de los que se encontraron presentes el día de la momificación de Abundia.

Curioso pero no pude encontrar a ninguno de ellos. Ni siquiera al sheriff Cesáreo Márquez Douglas. Cómo podían haber desaparecido de aquel modo aquellos personajes. Como si la tierra, en un esfuerzo casi antinatural, se los hubiera tragado y no iba a ir yo recorriendo el enorme país para encontrar a aquellos tipos. Quizá alguno de ellos, haciendo honor a las leyendas del oeste americano hubiera cruzado la frontera con México y se habría establecido en Tijuana, Ciudad Juárez, Baja California, o habría ido, en su osadía temeraria, hacia el sur de aquel variopinto país yendo a instalarse a las playas de Acapulco en plena zona tropical. Otros habrían ido hacia el norte a lugares próximos a Canadá. Quién sabe y yo no iba a gastar ni tiempo ni dinero, del primero me sobraba casi todo y del segundo para hacer honor a mi profesión siempre estaba a dos velas. Aunque mi agente me había conseguido el contrato que me iba a reportar algunos dólares todavía no había cobrado ni un centavo. El caso es que no pude hacer indagaciones y tuve que conformarme con la versión narrada por el ayudante del detective que gozaba de la presencia de mi amada musa, Ángela, a la que tampoco pude encontrar. Al único

que pude localizar fue al fiel pasante que había montado su propio bufete de detectives, con él trabajaba una linda secretaria de origen peruano y un simple recepcionista que hacía las veces de vigilante y guarda espaldas. Cosa que daba una buena imagen al detective. Dónde fue a instalarse; en una ciudad donde se haría verdaderamente famoso, en el mundo de los investigadores privados, allí en San Francisco aquella colorida ciudad que en otro tiempo fue llamada Yerbabuena.

Concerté una entrevista con él y me la concedió con un margen de dos semanas. Tenía una agenda demasiado apretada para perder el tiempo con un don nadie como yo. De la entrevista no pude sacar nada nuevo. Las razones del tipo eran sólidas; como yo no había estado muy atento, ya se sabe que el sueño me atrapó en el preciso instante en que éste investigador puso su hipótesis sobre el tapete y fue aceptada por todos, no sólo aceptada sino corroborada por su jefe, por los federales, y por el forense. El sheriff de Libidinous y sus ayudantes se limitaron a asentir con un leve movimiento de cabeza, no era de su incumbencia el resultado, a ellos le daba exactamente igual. A Cesáreo lo único que le preocupaba era tener en su poder el documento que lo hacía propietario de todas las haciendas de Abundio y como éste reinaba ya en su poder qué le podía importar que el asesino fuese uno u otro, aunque la demostración de que había sido Abundio a él le favorecía en algo. No tendría que expulsar a nadie de su tierra, tan sólo haría uso de ella. Entraría con su fiel canina Bush y se sentaría en la butaca de la base de operaciones de aquel catalán que no iba a llegar a prisión por anticiparse la muerte, y luego de disfrutar de ese irreplicable momento en el que hacía uso de la toma de poder desaparecía para no tener que dar explicaciones jamás.

Podría ocurrírsele a alguien como yo hacer preguntas indiscretas y abrir lo que ya, con tanta satisfacción para ellos, se había cerrado. Dicen que la mierda huele más cuanto más se mueve, y los que participaron en el ritual de momificación no querían oler nada que no fuera el dinero y la libertad que éste les otorgaba. El caso que ni siquiera pude ver a la abuela o al menos el resultado de la momificación. Aéreo y ella se habían esfumado como el resto de los personajes. Parece que tan sólo quedábamos el investigador y yo, a

los demás se los tragó la tierra. Y mi musa. Maravillosa musa. Estaría en los brazos de aquel hombre recorriendo Europa y en ella los vestigios de la antigua Roma y de la incomparable Grecia. Pasearían en góndola por los mil canales de Venecia y contemplarían la Capilla Sixtina con sus maravillosas obras realizadas por el gran genio de las artes. Y yo me seguiría pudriendo delante de la máquina de escribir que había cambiado por un procesador de texto, había que estar con los tiempos. Y mi agente se quitaría del mapa, como todos, largándose con el dinero que la editorial le había pagado por mi manuscrito. Novela que no se publicaría jamás en mi nombre y que sí, lo haría en el nombre de Soledad Ribaduejo, una escritora que había ganado el premio al que presenté mi primera novela, la misma que se había publicado bajo el título de *“La obesidad mata”* bajo la firma de la misma autora Soledad Ribaduejo.

Desengañado colgué, por decirlo de algún modo, los hábitos y me dediqué a vagar por las calles. Con la única intención de divagar y mirar musarañas inexistentes. Mirando sin recelo al mundo que me rodeaba y que me parecía, a la vez, desmesuradamente salvaje, absurdo y estúpido pero sin guardar rencor para nada ni para nadie. Yo había tenido la desgracia de nacer en un tiempo en el que la ferocidad de los seres acababa con personas de carácter más bien libertino y de pensamientos libertarios, diríamos que los seres libres de espíritu no tenían cabida en un mundo como el que me había tocado vivir por no hablar de los seres sensibles, para ellos el atroz mundo era un infierno. Así que de mi vagancia por las calles saqué la esencia de mi existencia. No somos nada y a la nada iremos. Haciendo una versión diferente de la frase tan extendida por la iglesia: polvo somos y en polvo nos convertiremos. De haber llegado a ser un erudito, culto y elegante lo habría escrito en latín. Pero me quedé en inadaptado y miserable mendigo que se conforma con vivir sin más y que no cultivó más idioma que el autóctono.

Hay una canción de un autor español que habla de esos seres inadaptados. Ahora no recuerdo la letra pero sí recuerdo mi manuscrito al que de vez en cuando le hecho un vistazo con nostalgia, nunca con melancolía, los recuerdos son sólo para saber que hemos vivido, nunca para esclavizarnos a ellos.

Ahora les dejo en compañía de alguien que tuvo mucho que decir en esta historia y que las circunstancias llevadas por la avaricia de los hombres lo dejaron con la boca cerrada, lo mismo que le ocurrió al que inició este relato y lo mismo que me hubiera ocurrido a mí si los personajes de este relato no hubiesen desaparecido. Porque uno tiene el defecto de la curiosidad y el de no conformarse con lo que se dice en primera instancia. Yo hubiera hecho preguntas molestas y quizá hubiera acabado en el fondo del lago o en la bañera de cualquier baño o en una carretera, tirado como un perro atropellado por un auto.

Eran las cuatro de la mañana y la niebla roja, típica de aquella zona, ocultaba el frondoso bosque y los tres surtidores y la caseta y la veleta con el *Pegaso*. El frío era intenso y la estufa de leña ardía con brío, Abundio estaba sentado en la butaca frente a ella cuando escuchó el sonido de un motor que se detenía en la gasolinera. Quiso descubrir de quién se trataba pero la niebla le impedía la visión así que decidió salir por la puerta trasera y dirigirse a la caravana de su nieta Ursula para cobijarse allí y esperar que la niebla levantase para ir a fisgonear quién venía en el auto que se acababa de detener delante de su estación de servicio. Cuando llegó no encontró a su nieta que tenía, entre otras, la rara costumbre de ausentarse en noches como aquella. A dónde iba, no lo supo jamás. Pero tampoco le interesaba mucho ese detalle. Así que se refugió en la caravana y sin poderlo evitar se quedó dormido. Por la mañana se dirigió a la estación para averiguar si aún estaba o estaban allí, él o los que habían llegado la noche anterior. Y cuando llegó se acercó con sigilo porque vio que el auto estaba estacionado en la parte delantera de la caseta. Y cuando abrió la puerta trasera de ésta encontró a aquel tipo con el que mantuvo una pequeña y trivial conversación. Pasó el día y llegada la noche, uno volvió a la caravana y el otro se quedó en la butaca frente a la estufa.

Amanecía un clareado día cuando su nieta hizo aparición en la caravana arrastrando a un tipo por los pies. Era ésta una mujer fuerte y criada con todas las vicisitudes de la falta de hombres en aquel medio desagradecido. El caso es que arrastraba al hombre como si se tratase de un fardo de lechugas. Ya se ha dicho que era fuerte pero además hay que sumar la circunstancia de que el hombre que era

arrastrado era pequeño y pesaba unos cincuenta kilos. Abundio le preguntó que por qué razón había golpeado al individuo y ella dijo que lo había encontrado dormido en la butaca frente a la estufa de la caseta y que al no ver a su abuelo pensó que éste le habría causado algún mal y su reacción de defensa fue atizarle con una sartén que dejó sin sentido a aquel tipo.

Y que cuando lo arrastraba, de repente, sintió un cosquilleo en su cuerpo y comenzó a atraerle el pequeño hombre y se creó un cargo de conciencia que no había tenido jamás.

En el trayecto lo había besado e incluso lo tomó porque el pequeño hombre con el golpe quedó en un estado de erección digno de cualquier ahorcado. Y con todo eso no había podido sacar de la inconsciencia al desconocido. Entonces tomó la decisión de llevarlo junto al lago y sumergirlo en él y en el caso de que no recobrase la consciencia lo dejaría allí para pasto de alimañas y mosquitos. Así que Abundio hizo un examen de la situación y dejó hacer a su nieta lo que había planeado. Ella se dirigió al lago y allí, antes de sumergir al pequeño hombre en las oscuras aguas, lo volvió a tomar viendo que la erección seguía perenne y justo cuando estaba a punto de llegar a su orgasmo el hombrecillo se despertó alucinado y volvió a caer en estado de conmoción.

Pero por qué Abundio iba a matar a aquel hombre es algo que no podremos saber jamás porque al catalán lo encontraron dos semanas más tarde flotando en las aguas del profundo lago donde estuvo a punto de ir a parar Leopoldo si no hubiera sido por su erección permanente, porque era Ursula una mujer que después de satisfacer sus deseos si no se le ofrecían más placeres se deshacía de los hombres, nunca matándolos como hace la mantis, pero como éste estaba, o ella pensaba que lo estaba, muerto, qué importaba.

Sí, allí en el lago descubrieron los federales a Abundio. No se pudo comprobar si su muerte fue fortuita. Lo único que se demostró, que ya era una evidencia, fue que se produjo por ahogamiento. Que Abundio cayera al lago por su propia voluntad o no, no se podía averiguar, esa fue la conclusión, que la inteligencia de los federales, pudo sacar, la de los dos que cerraron el expediente diciendo que había sido muerte por ahogamiento probablemente causado al caer el cuerpo al agua, esa era la inteligencia de aquella pareja de

investigadores del gobierno y como el anciano tenía ya demasiados años y nadie reclamó nada, pues se olvidó todo y el caso pasó a formar parte de millones de archivos que son pasto de cucarachas y polillas.

Estamos en cómo o por qué Abundio mató a Leopoldo. Pues porque, según el pasante de detective, él fue el que consiguió que su nieta renunciara a todo y además fue en beneficio del que odiaba tanto, bueno a él directamente no, a su padre porque tenían algo en común. La madre de Abundia y la de Cesáreo eran la misma persona y Abundio odió a muerte a Roldán Márquez desde que se enteró de su aventura con la india loca que no tenía dueño alguno. Sí, y como Cesáreo se había quedado con todo lo que le pertenecía a él o iba a quedárselo quiso vengarse y no dudó ni un segundo en hacerlo. Acabaría con el culpable de que se firmase el documento y luego más tarde haría lo mismo con el bastardo del hijo de Roldán, en su mente ardía la llama del odio y pretendía acabar con todos los que conspiraban en su contra, incluyendo a su bisnieto Aéreo y a su hija Abundia con la que no podía acabar por haberse adelantado el experto taxidermista, así ideó su venganza y comenzó por el que, según él, tenía la responsabilidad por haber aceptado el caso.

Así que el día que Ursula salió con su caravana para ir en busca de su hijo y de su madre, tras haber encontrado la nota que le dejara ésta, que la llevó a la casa de Julio Vigo. Su abuelo la seguía a distancia prudente y así pudo llegar a Libidinous y tras esperar que su nieta saliese de la casa de los animales disecados entró en la misma, por la misma puerta que lo había hecho Ursula, la trasera, subió las escaleras sin hacer ruido, aunque lo hubiera hecho los allí presentes estaban demasiado ensimismados como para oír nada. Y llegó al piso de arriba y registró habitación por habitación hasta encontrar a Leopoldo dormido en la bañera. Y allí perpetró su crimen. Llenó la bañera con agua templada. A Leopoldo, que había quedado exhausto, no le despertó este motivo, sintió el agua pero creyó soñar y se dejó llevar por el sopor que ello le produjo.

Y entonces Abundio metió las manos del pequeño detective en la bañera y allí cortó con una fina cuchilla las venas de aquel hombre.

Este se despertó y podemos decir que lo vio, sí, vio a su asesino y quiso salir de allí pero era demasiado tarde, al único lugar que pudo

llegar fue a su cuaderno de apuntes y allí escribió lo de rojo y tal y tal hasta que se desvaneció.

Así que el pasante de detective descubrió que Abundio fue el asesino. Y lo vamos a contar en este momento. Anteriormente se ha hecho alusión a ello pero sin detalles, en este apartado vamos a deleitarnos con los pequeños detalles que llevaron a tan insigne investigador a descubrir al verdadero asesino.

Regresaba Abundio a su hogar situado en aquel lugar perdido. Junto al bosque con la satisfacción de haber hecho bien su primer trabajo. Más tarde tenía planeado seguir con la ejecución de sus planes y no estaría satisfecho hasta ver cumplida con éxito su venganza. Fue este el motivo que hizo que yo no encontrase a aquella gente, no se sabe, como ya se ha dicho, ni unos ni otros podían hablar al respecto. Todo iba a quedar en la incertidumbre para los que habíamos sobrevivido. Bueno al menos para mí. Para el detective de San Francisco había una cosa clara y era que el viejo había llevado a cabo su venganza e hizo desaparecer a todos, exceptuando a Calíope y a Licinio que habían puesto tierra de por medio y se habían instalado en un paraíso cercano a Santo Domingo donde disfrutaban de su amor despreocupados, él de su cadena de tiendas que le reportaba grandes beneficios, y ella de su trabajo de funcionaria de correos y secretaria del detective Leopoldo, muerto en acción.

Y así fue como todo sucedió. El viejo Abundio acabó con Ursula, con Aéreo, con Ángela y con el estirado detective, con Cesáreo y con Leopoldo y con Julio Vigo y cuando hubo conseguido su propósito se arrojó a las aguas del lago y allí sucumbió toda su vida y todo lo que había conseguido con el transcurso de ella quedó a disposición del estado. Perdón aquí hay un error. Quedaron sus propiedades a disposición del pasante de detective. Porque el estado puso en venta las mismas y éste sin competidor alguno pujó por ello y se quedó con todas las riquezas que aquel catalán había acumulado durante su vida.

Fue muy inteligente el ayudante que sin cortarla ni pincharla le vino como anillo al dedo el caso, el día que se dirigía con su jefe a la ciudad de San Francisco para solucionar unos asuntos de faldas. Y como la suerte no se presenta en muchas ocasiones él vio en el caso

de la momificación la fortuna y con ella su carrera que se dispararía como ya ha quedado reflejado.

Así que cuando no hay quién reclame nada en esta vida quedan impunes los crimines y los criminales. Y así fue. Yo me recogí de mi etapa de asceta y volví a la literatura que es como una droga, que una vez se prueba, aunque mortifique, satisface y no se puede uno librar tan fácilmente de ella. Lo único que había cambiado con mi proceso de mendigo fue que a partir de ahí escribía pero sin la intención de publicar y parece que cuando uno evita llegar a algo, las fuerzas del universo confabulan para que llegue.

Es como cuando no quieres hacer una cosa y al final terminas haciéndola pues así ha sido. Porque ahora se publican mis libros, no con mucho éxito, si llamamos éxito a triunfar vendiendo millones de copias, no a ese nivel pero al nivel que satisface a cualquier escritor.

Visité el bosque y me quedé maravillado. Tenía razón Leopoldo cuando lo describió comparándolo con los paisajes que pintara *Edward Hopper*, al igual que la gasolinera con sus tres surtidores de colores rojos y casi oxidados y esa luz cenital que impregnaba todos los rincones. También paseé por el lago donde se hundieron para siempre los sueños del loco que pasó toda su vida intentando regresar a su país de origen y cuando pudo hacerlo, sintió miedo, más bien horror de encontrar, bueno de no encontrar nada de lo que había perdido, de lo que recordaba vagamente. Y el sonido de campanas volvía a sonar en los oídos del niño que daba paso al adolescente y se perdía en un paraíso artificial que construía con los suyos, con los que no tuvo la suerte de crecer porque, la vida, como ya se ha dicho, lo llevó por derroteros diferentes de los que su propio padre tenía reservados para él. Y el creador de la familia acababa con ella con la misma finalidad con que la había creado.

Visité toda aquella extensión de tierra árida que daba paso, tras un largo recorrido, al lugar que sería la envidia, de cualquier oasis, en cualquiera de los grandes desiertos del mundo. Sí, allí podía haberse establecido, tan sólo gente como aquel Abundio, en la línea de comienzo de un frondoso bosque en el que gustaba de internarse a pasear, allí pasó casi toda su existencia el hombre que flotara en las aguas del lago.

Para mi sorpresa, la caseta guardaba en su interior lo que ya habrán adivinado. Sí, en un rincón, al lado de la estufa y de pie, vigilante, con la mirada escrutadora como canicas brillantes y azules o verdes según la tonalidad de luz que recibía a determinadas horas del día, encontré a la momia de Abundia y me quedé petrificado, mudo si vale la expresión. Me senté porque mis piernas desfallecieron y pude observar con más detenimiento la obra que había realizado Julio Vigo, el gallego fugado de aquella tierra ingrata.

Su obra, la que lo inmortalizaba, la que le daba el pasaporte a la eternidad. Tenía tal expresión en su rostro que parecía, que de un momento a otro te iba a invitar a tomar un café. Un gesto servicial y pueril de una candidez casi paranormal, porque aquello debía de tratarse como un fenómeno extraordinario, algo inusitado, ni tan siquiera comparable a las momificaciones que hicieran los egipcios siglos antes. Sí, era la obra con mayúsculas de Julio Vigo, porque había que reconocer que se esmeró tanto en ese trabajo que ahí estaba el resultado. ¡Asombroso!

Luego de salir del trance, en el que había entrado al vislumbrar aquella momia, salí de allí. Tomé la carretera, aquella lengua de regaliz, hacia el sur, con idea de visitar las fronteras de Texas. El bosque quedó derramado en el espejo retrovisor. Los tres surtidores volvieron a su estado estático de cuadro, *Pegaso* buscó sus alas en el cielo y al caer la tarde, cuando el sol dijo adiós un día más, se detuvo como por encanto, y se quedó allí, tan estático como los surtidores, entendí que acababa de abandonar el cuadro de Hopper.

Hice un movimiento para acomodarme en el asiento del coche. Aceleré y vi cómo el horizonte engullía al sol como una boa engulle a su presa. Un inofensivo conejo que agoniza mientras los músculos internos del depredador lo estrangulan.

Y entonces apareció la más oscura de las noches que yo haya conocido. Volví acelerar y puse el auto a doscientas millas por hora. Excesiva velocidad si se atraviesa algún animal.

Y la lengua de regaliz me fue engullendo y tuve la sensación de ser el indefenso conejillo que no tiene escapatoria ante los fuertes anillos de la serpiente que dormirá tranquila con su estómago repleto.

Se hizo el día. Había conducido toda la noche. Estaba cansado. Aminoré la velocidad. El paisaje seguía siendo igual. Una inmensa

extensión yerma de vegetación. Un viento helado levantaba nubes de polvo rojo. Los ojos ensangrentados. Y el horizonte plano. Demasiado llano. El cielo de color celeste acuchillando al sol que se abría paso entre unos pequeños cúmulos de nubes que desaparecían tras la línea de un horizonte espeluznante. Pronto divisé una estación de servicio. Recordé la de Abundio, pero ésta no se le parecía en nada. Era totalmente distinta. Una de esas estaciones que componen una cadena de ellas con los mismos colores y los mismos eslóganes y los mismos uniformes para el personal y con las mismas tiendas donde uno puede adquirir de todo y de nada a la vez. Allí detuve mi auto. Bajé. Estiré las piernas entumecidas. El viento era fresco pero no frío. En la cafetería había tres personas. En el exterior sólo un camión enorme con doble remolque. Su chofer inconfundible bebía café y tomaba un plato enorme de patatas y huevos con panceta. Llevaba la típica camisa de cuadros. Una gorra de su equipo favorito de rugby y unos vaqueros descoloridos. Cara de pocos amigos. Barba de tres o cuatro días. Una nariz aguileña chaparrada. Constitución fuerte. Corpulento. Con rasgos de indio.

De repente pensé en dónde había visto yo a aquel hombre. Volví sobre mis pasos y en un pasado no muy lejano, encontré lo que andaba buscando. La similitud del camionero con el bisnieto de Abundio, hijo de Ursula y nieto de Abundia. Si no era él, era su alma gemela. Uno de esos dobles que dicen que todos tenemos y con el que nunca nos cruzamos en la vida.

Allí estaba el doble de Aéreo o era el verdadero Aéreo. ¿Iba yo a preguntarle haciendo acopio de mi irreverente curiosidad? No. No podía hacerlo. Así que me senté cerca de una de las ventanas que daban al exterior, desde la que podía ver mi auto y los surtidores de gasolina. Oí a mi espalda que el camionero pagaba su cuenta y se dirigía hacia la puerta.

Miré hacia la calle para verle salir y no lo vi. El tiempo pareció detenerse. Una mano cayó sobre mi hombro sobresaltándome. Cuando, en un gesto rápido, giré la cabeza, lo vi allí tan cerca.

-Hola escritor- me dijo con una sonrisa cándida.

No supe qué responder, y sin más se dio media vuelta y se alejó. Salió a la calle. Subió al camión. Hizo sonar tres veces la bocina y salió rugiendo a la carretera. Lo vi desaparecer en el horizonte de la lengua

de regaliz. Me levanté y fui hacia la barra, una mujer servía a otro de los clientes de la mañana. Pronto estuvo a mi altura.

-¿Qué desea desayunar?- preguntó con una mirada lánguida.

-Ponga un café doble y unos huevos- le dije sorprendido.

-Está bien- respondió ella.

Una cara así no es difícil de olvidar. Y menos cuando minutos antes has visto los mismos rasgos en otro rostro. Qué estaba pasando. Me estaba volviendo loco, debido al tiempo que pasaba en soledad, aunque Bécquer dijera que la soledad no se deja sentir porque con ella se adquiere más sabiduría. Porque los personajes de la historia de repente se hacían reales cuando no los buscaba. Porque la mujer que me servía el desayuno no podía ser otra que Ursula. Yo a ella no la había visto jamás, pero las descripciones, a veces, son suficientes, sobre todo si las hace un buen fisonomista, y he de reconocer que Leopoldo lo fue. Y la mujer no sólo coincidía con los rasgos descritos sino que además coincidía con los del camionero que acaba de marcharse. Tampoco hice preguntas para no delatar mi curiosidad. Crecí con el prejuicio asimilado de que la curiosidad mata al gato y de que por la boca muere el pez.

Y como no daba crédito a las imágenes que estaba viendo, decidí, en contra de la propia realidad, que aquello no era más que un espejismo creado por mi disparatada imaginación. Tomé el desayuno dejando más de la mitad del generoso plato servido por aquella Ursula y tras pagar la cuenta, salí de allí echando leches.

Volví a la carretera, a la lengua de regaliz, a la infinita línea de asfalto que parecía no tener fin. Sin rumbo conducía hacia el sur pero sin un concreto objetivo. Quería ver pasar el tiempo, los kilómetros, la vida, quería llegar a algún lugar y desaparecer. Pero qué lugar podía alejarme de mí mismo. De mi imaginación. Cómo podía matar a los personajes sin llegar a convertirme en un Abundio desesperado. No, no creo que hubiese un lugar así. Entonces una serpiente que cruzaba la carretera distrajo mi atención y fui a mirar hacia una especie de cabaña que se levantaba justo al lado de la lengua de regaliz, y fue mirar y mi pie, como impulsado por una fuerza superior, pisó a fondo el pedal de freno y el automóvil se detuvo en seco en menos de veinte metros. ¿Qué era lo que habían visto mis desdichados ojos en aquella caseta que sin obedecer una orden de

mi cerebro reaccionaban a su libre albedrío dictando a mi pie derecho que pisase el freno para detener el auto?

Sobre el color ocre de la pared, a la que le daba la espalda, se reflejaba la sombra de su exuberante melena. Sacudí mi cabeza una y otra vez, no podía creer que aquella visión fuera real. Volví a sacudir mi cabeza y la melena brillaba reflejando los rayos del sol del medio día sobre la pared de la caseta o cubil. Allí sentado en una mecedora, se mecía el comisario Cesáreo Márquez Douglas sheriff de Pine Bluff y junto a él un perrito, de raza desconocida, de esos chuchos que son la imagen de un motón de mezclas, y que no podía ser otro que la misma perrita Bush. Faltaban las vacas pastando en un prado de color verde y con árboles que dividían el horizonte. No había tal paisaje pero aquel era el mismo Cesáreo.

Cómo en menos de diez millas podía haber visto a tres de los personajes del relato de Leopoldo. No lo sabía y tampoco ésta vez hice pregunta alguna. Tenía miedo. La verdad. No de los personajes sino de mí mismo, de mi propia imaginación que se estaba convirtiendo en la dueña de mis actos. Y así me negué y luché y mi pie volvió al acelerador y chirriando las ruedas mi auto se perdió, nuevamente, en aquella inmensa lengua de regaliz.

Tres cuartos de mentira, un kilo de imaginación, varias bocas relatando historias, unas verídicas, otras falsas, otras exageradas o disminuidas y un toque de despropósito, tenemos, mezclando todos estos elementos, una historia con un final falso. A continuación se narra el verdadero final, y, sobre el autor de los crímenes realizados éstos todos con el beneplácito de la ley, contamos la otra versión, la que realmente ocurrió.

No estaría de más describir, por ejemplo: que la hora de la muerte de Abundia se produjo, poco más o menos, digamos, que fue, días más tarde de lo que el doctor le había pronosticado. Y aquel pronóstico se basaba en la enfermedad que tenía la anciana. Había contraído uno de esos tumores malignos que, para cuando fue a visitar al doctor, había tomado casi todo su cuerpo, llegando la metástasis a sus huesos, por lo que sus expectativas de vida eran desesperanzadoras, a lo sumo tres o cuatro meses. Y fue entonces, al salir de la consulta del doctor que Abundia tomó conciencia de lo que le ocurría y se apenó porque no soportaba la idea de abandonar a su

pobre nieto, al que había criado y al que la unía un amor que estaba por encima de los sentimientos maternos o paternos, no se podía comparar aquel amor, tampoco, con aquellos amores de jóvenes amantes dispuestos a acabar con sus vidas, la literatura ha reflejado esos amores en grandes obras, no, el amor que ella sentía por su nieto era de otra índole, quizá no se haya podido definir aún un sentimiento como el que ella tenía hacia el hijo de su hija, tampoco era el famoso complejo de Electra o Edipo. El caso que ella tuvo conciencia de ello y temiendo que él se sintiera abandonado o triste por la soledad que le iba a producir la pérdida de su abuela, ella tomó, con la determinación que la caracterizaba, la decisión de ser momificada y para ello movería el cielo y la tierra y si hacía falta el infierno.

Cómo le comunicaría, a su querido nieto, aquella noticia, la traía sin descanso, aunque en realidad el cansancio, además, estaba producido por los efectos del cáncer que la devoraba sin escrúpulo alguno como si el cuerpo en el que se había instalado le perteneciera, y no dudaba en destruirlo con su ritmo constante y con la certeza de que no habría nada que se lo impidiera.

Abundia se armó de valor, no es que careciera de éste, todo lo contrario, pero para el asunto y sobre todo para enfrentarse al que amaba lo hizo. Ya se ha dicho que su amor era de modo que aún no se ha definido o descrito y todo lo que se intente hacer para reflejarlo carecerá de fuerza porque quedará pobre de recursos por muchos, que para ello, se utilicen. Y con la fuerza que le robó a su enfermedad por ese día para hablar con Aéreo se sentó delante de él. Y con los ojos llenos de lágrimas le contó al joven su decisión y de cómo pensaba llevarla a cabo.

Su nieto Aéreo se quedó petrificado, entre otras cosas porque era un tanto tosco y tardaba en rumiar una idea o noticia y tras varios minutos, la decisión que le acaba de notificar su querida abuela, fue haciendo la digestión y poco a poco fue llegando a su entendimiento. No tuvo otra reacción que la de echarse en los brazos de su amada abuela como cuando tenía tres años o cuatro o cinco o seis, o cuantos tuviera porque había estado echándose en los brazos de aquella, que lo había acurrucado desde que era un bebé, durante toda su vida. Lloró desconsolado durante media hora. Luego las

lágrimas dejaron paso a una tímida sonrisa que daba a entender que por fin lo había entendido, no asimilado porque tardaría en hacerlo.

No era tan grave la pérdida de su abuela según el planteamiento que ella había hecho de la misma y además ella no iba a desaparecer, estaría con él, presente en todo momento y él la vería allí en el rincón y se consolaría en las horas tristes que produce, a veces, la soledad. Tampoco tendría que echarla de menos, sentiría su presencia, podría hablar con ella, sin esperar una respuesta, como el experto taxidermista, la iba a dotar de una expresión tan viva y de una mirada tan compasiva, no tendría nada que temer.

Así todo quedó entre abuela y nieto. Y tomada la decisión salieron de la estación de servicios una mañana en busca de la autorización legal. Cosa que Abundia sabía que encontraría en el pueblo de Pine Bluff, donde reinaba el que era su hermano de madre, Cesáreo Márquez Douglas. El mismo al que podía convencer con el pago de su herencia. Ella estaba dispuesta a dejarle lo que le correspondía a aquel cuya melena se agitaba al viento la mañana que llegaron Aéreo y Abundia a su despacho. La misma que los vio entrar y salir y luego volver a entrar y volver a salir y al final lo hacían con las condiciones que él impuso. Era hombre ambicioso y quería retirarse antes de que le llegase la jubilación. Además que tenía un sueño alentado por su padre, el de ir a conocer el país de donde saliera su progenitor, a tomar allí una hacienda conocer a la familia y quedarse para el resto de los años que le quedaban por vivir. Quería todo, esa era la condición y para ello debían conseguir que Ursula renunciase, a favor de él, a su parte de herencia. Cómo hacerlo, muy fácil, encargando el caso al detective del pueblo, del que sabía que sus finanzas no eran lo que se dice fructíferas, por lo que aceptaría el encargo, todo hombre tiene su precio, por mucho que algunos digan que no se venden con facilidad. Hagan la prueba y sobre todo si la necesidad presiona, verán el resultado. Esta es una práctica muy antigua que han llevado a cabo los gobernantes de todas las épocas, presionan y luego impone sus condiciones. Tan fácil. Porque los seres humanos, no todos, en su gran mayoría lo único que saben hacer es comer, dormir, trabajar, mear y cagar y fornicar, para todos esos no existe otra forma que evidencie que en la vida se puede acceder a otras

maravillas, cultivando la mente o culturizándose. Esto lo saben bien los que gobiernan el mundo.

Cómo no iba Leopoldo Alas Clarín (que llevaba éste nombre por ser descendiente, primo lejano, del escritor español autor de relatos y novelas como por ejemplo *“La Regenta”* de la que ya se ha hecho referencia en esta historia), a aceptar el caso si estaba más tieso que una mojama. Claro que aceptó el caso y ya sabemos lo que ocurrió después, él nos lo ha relatado con todo lujo de detalles. Con lo que Cesáreo no contaba era con la última carta que guardaba Abundio en su manga. La salud. Eso lo situaba, al sheriff, en una espera que se le haría interminable. Pero en contra del privilegio, entregado al catalán por la naturaleza, no había nada que hacer. Lo único que se podía hacer era esperar, y, aquel viejo no daba señales de quererse, de momento, morir. Estaba sano como una pera. Además de que su salud era como la de un roble. Fuerte y con ganas de vivir. ¿No le iban a venir por lo menos otros diez años más a la saga de su existencia? Claro que le vendrían en aquellas condiciones. Entonces Cesáreo comenzó a hilar una idea. Idea ésta que lo fue absorbiendo por completo, como el cáncer se adueña de todos los órganos de Abundia, se adueñó de él la idea de una muerte anticipada para el fundador del impero. Cómo llevaría a cabo tal acción que produjese esa muerte repentina era otro cantar. Pero le daba, día y noche, vueltas al asunto, y en una de aquellas noches concibió el plan perfecto para acabar con el senil personaje.

Después las circunstancias se complicaron y lo que había planeado tuvo que aplazarlo. Pero a toda maldad se le propicia la oportunidad y ésta se le propició al sheriff. Cosas de la vida.

Claro y en todo este asunto estuvo por medio el detective. El mismo que consiguió la firma por la que Ursula renunciaba a su parte de herencia a favor de Cesáreo. El detective como no se fiaba guardó el documento hasta no tener la parte correspondiente del dinero, así se había pactado. De ese modo se haría. También las circunstancias cambiaron para él. Porque Abundia no tenía tiempo que perder, se sentía morir y quería llevar a cabo su momificación antes de que fuese demasiado tarde. Y por eso Leopoldo, fue sacado, a rastras de su oficina, recién llegado del lugar donde conoció a la insaciable Ursula. No hubo tiempo de entregar el certificado y recoger el dinero.

Y cuando todo estaba preparado y todos presentes en la casa de su querido amigo Julio Vigo, el detective quiso detener el acto, porque quería tener la parte que le faltaba del trato. Fue maniatado y registrado por el sheriff Cesáreo, que buscaba como loco el documento que le hacía propietario de todas las riquezas del viejo loco y de su familia. Lo encontró en el forcejeo, una vez en el baño, y los que le ayudaron a subir al pequeño Leopoldo se hubieron ido, perpetró su crimen. Estranguló al detective y este estrangulamiento le produjo, como a todo hombre que muere por esa causa, una erección que podía durarle horas. Así encontró Ursula a aquel tipo con el que tanto había gozado y no dudó en tomarlo y saciar su implacable deseo sexual. No se detuvo a averiguar sobre el estado del cuerpo, lo mismo que la primera vez que lo hizo con él, se encontraba éste en igual estado de inconsciencia, lo que le producía una erección con la que ella volvió a saciar sus deseos.

No, no reparó en que estaba cometiendo un delito de necrofilia, para ella aquel tipo estaba vivo ¿O no lo demostraba aquel eficaz miembro alzado como un mástil?

Más tarde, como dijo el detective ayudante o pasante, llegó Abundio que lo único que hizo fue intentar reanimar al hombre y como había leído en algún libro, que cuando alguien se encuentra desfallecido, se le reanimaba practicándole una sangría pues a ello se puso, por ese motivo a Leopoldo lo encontraron con las venas cortadas. Abundio cuando descubrió que se había pasado, sin saber tampoco que estaba ya muerto puso tierra de por medio y tal como vino se fue y se refugió compungido en su estación de servicio. Por su torpeza dejó huellas por todos lados y además las cuchillas que había utilizado, quedaron como el arma con la que se cometió el asesinato, las marcas del estrangulamiento pasaron por un golpe sufrido por la víctima al caer derrumbado sobre el borde de la bañera. Tenemos que decir que se encontraba su cuello apoyado en el borde de la tina y su cabeza hacia fuera. Cesáreo vio el cielo abierto cuando descubrieron las huellas y los efectos de los cortes en las muñecas de Leopoldo. Ahora no tendría que acabar con el maldito viejo que le impedía tomar posesión de aquella fortuna con la que se iba a marchar a Brasil país de donde provenía su queridísimo padre. De los

tres disparos se sentenció que habían sido hechos por el mismo Abundio, dado que el muerto no pudo haber sido.

Se puso en busca y captura al anciano. Fue el sheriff Cesáreo quién pidió a los agentes federales que él mismo se encargaría de la detención del viejo por encontrarse, su hacienda, en el término de Pine Bluff. Hemos de decir que el término municipal del pequeño pueblo era uno de los más extensos del sur del país. Los federales no pusieron objeción alguna a la propuesta.

El sheriff de Pine Bluff salía con su maravilloso coche hacia el lugar donde, con toda seguridad, podría encontrar al hombre. Y sin duda lo halló. Allí estaba sentado en la mecedora mirando el bosque como si estuviera esperando que Cesáreo llegase para acabar con todo. Así fue. El sheriff Cesáreo Márquez Douglas ante el miedo de que el anciano hablase y dijera la verdad, aunque era su verdad contra la de la ley, pero ante la posibilidad de que ello iba a ser un incordio era mejor darse un paseo por el lago y allí Abundio entendió el resultado final.

Volvió a oír las campanas. Las mismas y con la misma intensidad que cuando desaparecieron, para siempre, los suyos, de su vista y de su vida. Y pudo ver a la gente que corría despavorida, a los aviones que lanzaban una lluvia de bombas sobre la capital de Cataluña destruyendo todo allí donde caían. Pronto sintió el efecto de la fuerza que lo empujaba al lago. Vio venir el agua y sintió el frío de la misma. Echó una última mirada a su entorno. Y a lo lejos seguía el bosque orgulloso, y despiadado como un Caín estaba el sheriff que dejaba ver una malévola sonrisa de avaricia y ambición.

En el espejo retrovisor veo como todo queda atrás. Yo avanzo. Adelante. No sé a dónde. Pero adelante. Como todos vamos adelante y la vida es como un espejo retrovisor donde todo queda atrás y desaparece en la línea del nuevo horizonte, en ese que constantemente se crea conforme avanzamos.

Un perro muerto sobre la lengua de regaliz. Luego un bulto en el retrovisor. Un punto cada vez más minúsculo hasta que ya no es más que un reflejo de luz y sombra en un atardecer donde el sol queda detenido como atrapado por el tiempo. Más tarde como si fuera empujado por fuerzas misteriosas, cae en picado tras la línea del horizonte y así en el cielo...

